



**Certamen literario  
para el alumnado  
“Ana M<sup>a</sup> Aparicio Pardo”**

**Relatos premiados  
2002 - 2006**







CERTAMEN  
LITERARIO  
PARA EL  
ALUMNADO

# ANA MARÍA APARICIO PARDO

RELATOS PREMIADOS 2002-2006



Región de Murcia  
Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia  
Consejería de Educación, Formación y Empleo  
Secretaría General



Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Región de Murcia  
Consejería de Educación, Formación y Empleo  
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

Ilustración de cubierta: María Elisa Campuzano  
Diseño y maquetación: Enrique Marín Alcaraz

I.S.B.N. ES: 978-84-692-4065-6  
Depósito Legal: MU-1981-2009  
Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Abonico Gráfico, S.L.L.

# PRÓLOGO

Una de las más gratificantes misiones que, como perteneciente al mundo de las letras, he tenido ocasión de llevar adelante, ha sido la de presidir, desde su inicio en 2002, el Premio de Creación Literaria Ana María Aparicio Pardo. Cierto que la tarea, ingente, mayúscula, oceánica, del Premio, ya estaba hecha. Todo un equipo de profesores, dirigido por José Luis López García, ya había trabajado desde un año antes para que todo estuviera a punto.

No creo que exista un equipo más entusiasta, no sólo como organizador de concursos literarios, sino de cualquier otra cosa. Todo el año trabajan, desde la convocatoria y sus problemas añadidos, hasta la difusión de los concursantes premiados. En realidad, sólo ellos saben cuánto les cuesta, en trabajo personal, cada edición de este Premio tan excepcional en España entre el resto de premios de ámbito escolar.

En realidad, no dejo de sentirme un poco intruso, al aceptar prologar este libro que compendia todos los premios de las cinco primeras ediciones. Firmar este escrito es un acto, en cierta manera, de usurpación. No le quepa la duda a nadie. Todos y cada uno de los colaboradores de José Luis deberían estar abajo, por orden alfabético acaso, como verdaderos protagonistas de este suceso literario.

Cierto que los pocos ejemplares que a los miembros del Jurado nos llegan están ya muy seleccionados. Y detrás han quedado cientos, verdaderamente cientos de trabajos, a los que el logro no acompañó a las ilusiones y a los sudores que les precedieron. Por eso, la labor de los jurados es hartamente placentera. Somos privilegiados, que leemos lo ya juzgado como digno y de categoría por otros. Debido a ello no podemos hablar sino de nivel, de calidad de página, de imaginación de altura, de análisis válido, de madurez literaria.

Tenemos la seguridad, todos y cada uno de los miembros del Jurado que, por circunstancias presidido, de que en toda España se espera la nueva convocatoria de cada año. Ahí es nada, viajar hasta Murcia con acompañante y asistir a la entrega de premios, siempre presidida por una autoridad literaria de primer orden. Y es que el Premio Ana María Aparicio Pardo es algo más que un Premio Literario para estudiantes: es una máquina de encontrar y mantener talentos literarios. Tarea nada despreciable. Un premio literario del común desaparece de la mente del ganador. Este no. Este habrá de permanecer para siempre en la memoria de sus premiados, por estas galas que organiza el equipo de José Luis, plenas de sabor literario y de glamour escénico.

Quienes no tuvimos la suerte de conocer a la Profesora que da nombre a estos Premios, solamente podemos entrever qué suerte de magia debería de emanar de su personalidad docente, amante de la Literatura. Si fue capaz de dejar depositada en sus amistades la energía suficiente como para que, al cabo de los años, sigan todos con el entusiasmo y capacidad que demuestran en cada

curso académico, no nos cabe duda de que fue una persona extraordinaria.

Piensen en ello quienes, acaso impelidos por este libro que prologamos, adviertan alguna energía, no extraña ciertamente, emanada de sus páginas, de sus tapas, de su total completo de libro. La creatividad y la ilusión responden a circunstancias asaz misteriosas, y bien pudieran haber encontrado entre la tapas, entre las letras, entre las páginas del volumen, lugar desde el que saltar al lector.

Quiero imaginar ahora, para concluir, a los autores de los cuentos de las páginas que siguen, con la emoción de abrir el volumen y encontrar su cuento. Yo he padecido ese goce o he gozado ese padecimiento, que viene a ser igual. Un desasosiego, eterno aunque breve, hasta ver ese título que tanto nos hizo pasar, plasmado al frente de nuestra prosa. Pero llega al fin, y un placer nos recorre el cuerpo desde la vista, que va repasando las frases consabidas, que tan grato suenan, en su silencio de lectura interior, a nuestro espíritu. No obstante, me quedo con ese hormigueo en la barriga, que no cesa hasta encontrarse; porque no es encontrarse con el cuento: es encontrarse consigo mismo, hecho título y prosa de cuento.

Nada más, enhorabuena a José Luis y a su equipo, y felicitaciones a todos los ganadores de los premios aquí editados.

**Santiago Delgado**



# SUMARIO

<b>I CERTAMEN (2002)</b> .....	7
<b>MODALIDAD A</b> .....	9
Primer premio: Campo de margaritas .....	11
Segundo premio: Diario de una joven iraquí.....	17
Tercer premio: Recuerdos de una vida .....	21
<b>MODALIDAD B</b> .....	27
Primer premio: Algunas veces .....	29
Segundo premio: Lo nunca dicho .....	35
Tercer premio: Padre .....	43
<b>II CERTAMEN (2003)</b> .....	47
<b>MODALIDAD A</b> .....	49
Primer premio: Vida nueva .....	51
Segundo premio: Luna en Nueva York o Iguazú no son unas cataratas.....	57
Tercer premio: Trauma .....	65
Mención especial: Mi alma en un tejo .....	71
<b>MODALIDAD B</b> .....	77
Primer premio: Autodefinido .....	79
Segundo premio: Inocencia obsesiva .....	83
Tercer premio: Una melodía diferente.....	91
<b>MODALIDAD C</b> .....	97
Primer premio: Una historia de mi pueblo.....	99
Segundo premio: Bendito seas Rubén.....	105
Tercer premio: Todas las farolas.....	111
Mención especial: El mono darwinista .....	117
<b>III CERTAMEN (2004)</b> .....	125
<b>MODALIDAD A</b> .....	127
Primer premio: Batalla escolar .....	129
Segundo premio: Los ojos del tiempo .....	139
Tercer premio: Dentro del 37 .....	147

<b>MODALIDAD B.....</b>	153
Primer premio: El cliente.....	155
Segundo premio: El barman .....	161
Tercer premio: La ciudad de lo sueños.....	167
<b>MODALIDAD C.....</b>	173
Primer premio: El flechazo .....	175
Segundo premio: Ángel de la guarda.....	181
Tercer premio: El secreto de la memoria .....	191
<b>IV CERTAMEN (2005).....</b>	199
<b>MODALIDAD A.....</b>	201
Primer premio: Tango .....	203
Segundo premio: Kanibe Tuhi-Yong y el león .....	213
Accésit: Las alas del hombre .....	219
<b>MODALIDAD B.....</b>	223
Primer premio: Mas allá del mar .....	225
Segundo premio: Caso en la Casa Blanca .....	233
Accésit: Por amor.....	241
<b>MODALIDAD C.....</b>	249
Primer y segundo premio ex aequo: Dejá vu.....	251
Sin aire .....	259
Accésit: Tiempos modernos.....	265
<b>V CERTAMEN (2006).....</b>	273
<b>MODALIDAD A.....</b>	275
Primer premio: Romanticismo parisino .....	277
Accésit: Ángeles de la ciencia.....	281
Finalista: Inspiración.....	291
<b>MODALIDAD B.....</b>	295
Primer premio: El ladrón de almas .....	297
Accésit: Reflejo.....	305
Finalista: Pacíficas fuentes del deseo .....	311
<b>MODALIDAD C.....</b>	319
Primer premio: Anaïs no es sólo un perfume .....	321
Accésit: El perdedor .....	329
Finalistas: Olivetti blues .....	337



## I CERTAMEN (2002)

### Modalidad A (hasta 16 años)

PRIMER PREMIO:  
*"CAMPO DE MARGARITAS"*. Noelia Martínez Rey.

SEGUNDO PREMIO:  
*"DIARIO DE UNA JOVEN IRAQUÍ"*. Beatriz Collantes Prieto.

TERCER PREMIO:  
*"RECUERDOS DE UNA VIDA"*. Elena Suau de Castro.

### Modalidad B (desde 17 a 21 años)

PRIMER PREMIO:  
*"ALGUNAS VECES"*. Ana Andujar Ruiz.

SEGUNDO PREMIO:  
*"LO NUNCA DICHO"*. David Lorenzo Magariño.

TERCER PREMIO:  
*"PADRE"*. Francisco Manuel Canto Martín.

— |

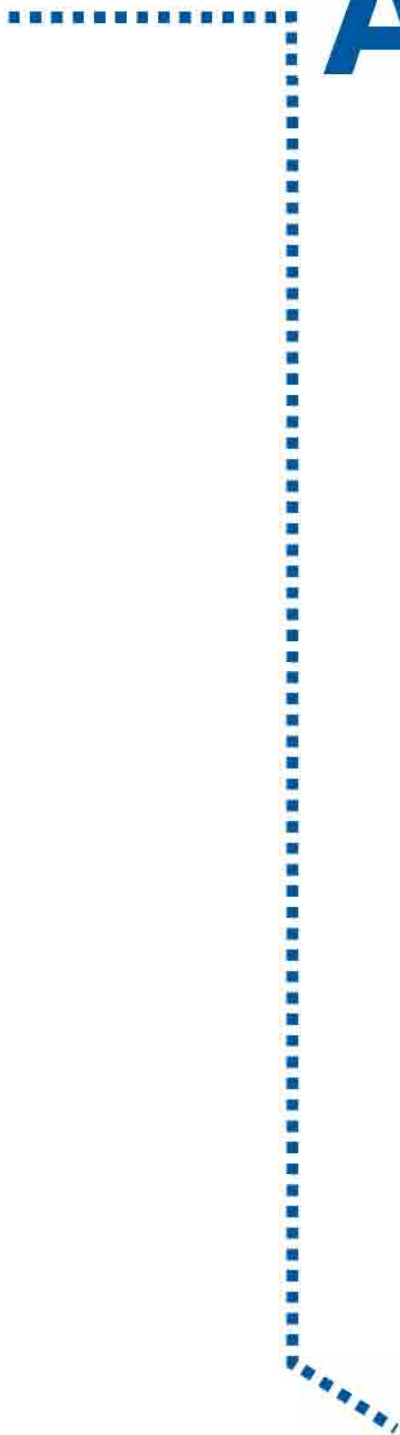
| —

— |

| —

**MODALIDAD**

**A**



— |

| —

— |

| —

# CAMPO DE MARGARITAS

Noelia Martínez Rey

Ilustración: Francisco Vivo González

Mientras paseaba por la ciudad, tenebrosa bajo la escasa luz de la luna, pensaba en un extraño sueño, terrible, que había tenido aquella noche. Me desperté sobresaltada cuando me diera aquel miedo espantoso...

En mi pesadilla aparecía un campo lleno de margaritas bajo el hechizo de un bosque al fondo, Me daba miedo y no le encontraba sentido a aquel sueño extraño, no lo entendía.

Lo que no sabía era que con el tiempo todavía lo entendería menos.

No me había percatado de que me había alejado mucho de mi casa, no sabía donde estaba, estaba perdida, perdida en medio de una gran ciudad: mi ciudad.

No hacía más que dar vueltas sobre mí misma, reflexionando sobre la pesadilla pasada, cuando de pronto, una sombra negra se acercó a mí, era un hombre:

—Es una señal—me dijo.

Se marchó.

Yo no daba crédito a mis oídos, “es una señal”..., me dijera aquel extraño. ¡Otro enigma! ¡Qué cosas más raras me estaban pasando aquella noche de primavera!

Pero de pronto, una luz me iluminó la mente. ¿Sería una señal mi sueño?, tal vez, pero.... ¿qué me señalaba?, no lo sabía, pero estaba muy cansada, mejor encontrar el camino de vuelta a casa.

No sabía, cogí un taxi y me fui.

Al día siguiente, después de un estresado día en la facultad, regresaba a casa cansada y con ganas de meterme en la cama. Mi cuarto estaba en penumbra, miré el reloj: once y media de la noche. Parecía mentira que tuviese tanto sueño a aquella hora, ni siquiera había cenado.

Mi habitación era cuadrada, tenía tres estanterías llenas de libros hasta el techo y una ventana desde la cual se podía divisar la luna a medianoche.

Quería meterme en la cama.

Eso fue lo que hice.....

¡Oh, no!, me encontraba de nuevo en el extraño campo de margaritas, tumbada sobre ellas estudiando unos apuntes de Pedagogía, algo sobre el juego como metodología de aprendizaje, o algo similar. De repente, algo raro, una fuerza invisible como el aire comenzó a arrastrar mis apuntes hacia lo más profundo del campo de margaritas.

Me entró miedo, ese temor me hizo correr y... ¡DESPERTAR!

Volví a soñar con esas margaritas, sólo que el sueño era diferente y...estaba estudiando y... perdía los apuntes o... se iban, no sé.

Ya era de día, tenía clase, debía, ir a la universidad. Me disponía a preparar mi carpeta, cuando de pronto, me encontraba los apuntes del profesor Calderón, qué casualidad, mi profesor de Pedagogía. Se me hacía tarde por lo que pensé que los fotocopiaría de algún compañero si no los encontraba. No le di importancia y salí de casa.

Me encontré con Marta en la puerta del aula de Pedagogía:

- Marta, ¿traes hoy los apuntes que dio la semana pasada Calderón?

- ¿Cómo dices?, me preguntó con cara de sorpresa.

- Los apuntes de Pedagogía, el tema del juego.

Pero si el profesor Calderón nunca da apuntes, los temas los tenemos que confeccionar nosotros, ¿estás bien?

Me había quedado con la boca abierta. ¿Qué estaba pasando?

Al salir de clase me encontraba indispuesta, confusa. Me pasé el día ensimismada sin poder hacer otra cosa que darle vueltas a lo mismo. Las clases de la tarde eran demasiado aburridas o yo no podía prestar atención.

No sé.

Cuando salí de la biblioteca de la facultad era de noche, no se veía a nadie, las aceras estaban desiertas, pero... ¡la sombra negra de la noche anterior! Sin embargo, no me producía temor, sino curiosidad. Me quedé sin habla cuando se acercó y me volvió a repetir:

—Es una señal—, y se marchó.

Otra vez lo mismo.

Quería meterme en la cama y olvidarme de todo lo ocurrido, pero temía volver a soñar con ese tenebroso campo de margaritas. El sueño me venció y me quedé profundamente dormida.

El campo de margaritas estaba enfrente de mí, no me había dado cuenta de que era una extensión increíblemente grande. Paseaba con Lucky, mi perro, un pequinés muy cariñoso que me había regalado mi padre cuando cumplí diez años. Muy simpático, tiene una mancha blanca en el ojo derecho que le hace parecer un pirata. Jugábamos a correr y bailar y dar vueltas, hasta que de pronto,



mi perro corría y corría hacia las margaritas. Yo intentaba seguirle pero algo me hizo tropezar y caer al suelo. Cuando levanté la cabeza ya no vi a Lucky por ninguna parte.

Las flores le debían de cubrir y no podía distinguirlo. Le llamé pero no volvía. Me fijé en mi rodilla, sangraba y me escocía. Entonces desperté.

Desperté con un dolor impresionante, salí de la cama y entonces vi algo que me dejó paralizada: ¡Mi rodilla sangraba!, sangraba igual que en mi pesadilla. Parecía que había ocurrido de verdad, pero supongo que me había lastimado con algo de la cama en algún movimiento brusco.

Fui junto a mi madre para que me curase la herida. Me sorprendió no ver a Lucky, pues siempre estaba con ella. Entonces le pregunté.

—¿Dónde se ha metido Lucky? ¿Estará haciendo alguna de las suyas?

—¿Lucky? ¿Quién es Lucky?

—No me tomes el pelo mamá, ¿quién va a ser Lucky?, nuestro perro. ¿Dónde está?

—¿Te encuentras bien? —me preguntó— Nosotros nunca tuvimos perro, sabes que a papá nunca le gustaron, ponen todo perdido de pelos y rompen cosas.

Mi madre me miraba de un modo extraño porque yo me quedé tan sorprendida que las palabras no me venían a la boca. Los ojos se me llenaron de lágrimas y subí corriendo a mi habitación. Busqué mi álbum de fotos, allí tenía fotos con mi perro. ¡Era imposible! No aparecía Lucky en ninguna de ellas, ni siquiera en aquella del verano pasado cuando él y yo estábamos en la playa. ¡Estaba yo sola! No me lo creía. No me lo podía creer.

¡Era como si las desapariciones de la pesadilla, se borraran por completo de la vida real!

Pasé el día pensando en los apuntes de Pedagogía, en mi perro Lucky..., nada tenía lógica. La sombra negra los atrapó.

Pero debí de quedarme dormida porque corría y corría al lado de mi hermano. Corríamos, no sé el porqué. De pronto nos detuvimos frente al misterioso campo de margaritas, yo no quería acercarme, me daba miedo pero Tomás me dijo:

—Me tengo que ir.

No pude decir nada, porque Tomás iba en dirección a esas malditas flores y yo sabía que no podía detenerlo, no sé por qué pero no sentía miedo en ese momento, sólo un extraño temor a lo desconocido. De repente vi a mi hermano adentrarse en el campo y desaparecer.

Lloré, lloré y lloré por Tomás. Era culpa mía. No había hecho nada. No pude hacer nada por impedirlo.

Esa culpa, ese repentino momento me hizo despertar.

Me encontraba en mi cama llorando, no lo entendía, pues yo casi nunca lloro, ni en sueños, ni cuando siento un dolor intenso.

Fui rápidamente a buscar a Tomás, a su cuarto, pero no estaba, mi presentimiento era cierto porque ni siquiera era su cuarto, era una salita pequeña donde había una televisión y unos sofás estampados, no vi más. Mi padre se despertó y se asustó al verme tan nerviosa.

—Tranquila, has tenido una pesadilla seguramente. Ya ha pasado.

—No ha pasado, no ha pasado —decía, cada vez más angustiada. Creo que me estaba volviendo loca.

No me atrevía a preguntar por Tomás, porque ya sabía la respuesta: nunca había tenido un hermano.

Cuando me encontraba más relajada revisé la casa. No apareció nada que perteneciese a mi hermano. Nada.

Nada me importaba, todo me daba lo mismo.

Ya no tenía miedo a que llegara la noche porque mi mundo, todo mi mundo desaparecía en cuestión de minutos o de noches. Me sentía mal, desprotegida, culpable....

Había pasado el día disimulando ante todo el mundo mi dolor, mi pesar, todo lo que me producía angustia.

Llegó la noche, cuando de pronto vi alguien en la calle. Abrí mi ventana: era aquella dichosa sombra negra que me vigilaba.

Me fui al cuarto de baño y vi algo que me dejó aterrorizada, en el espejo estaba escrita una frase que me resultaba familiar: “Es una señal... es una señal... es una señal...” No me lo podía creer, tuvo que ser aquella extraña persona, me dije a mí misma. Pero, no pudo haber entrado en mi casa.

Me dormí. Sabía que volvería en mi sueño al campo de margaritas. Mis presentimientos fueron ciertos....

Paseaba al lado de mi padre por un parque cuando de pronto, los árboles, el césped, las flores, las fuentes, los columpios..., todo eran margaritas, un gran campo de margaritas.

Mi padre se dirigía hacia allí. Yo quería gritar pero algo me agarraba la garganta, no podía respirar. Algo o alguien me estaba estrangulando, tosía y tosía y desperté...

Tosía sentada en la cama, no podía parar. Mi madre debió de escucharme porque cuando llegó a mí me dijo horrorizada:

—Hija, ¡te estás ahogando!

No podía creer lo que escuchaba, sí, miré mis manos y éstas estaban puestas sobre mi garganta, apretando fuertemente. Inmediatamente las solté y no podía parar de repetir la misma frase: “estoy loca..., estoy loca..., estoy loca...”

Una vez calmada, pensé en mi padre, no estaba allí. Sabía que no estaría. Le pregunté a mi madre, pero yo ya sabía la respuesta: él nunca estuvo con nosotras, mi madre no estaba casada, mi padre la había abandonado cuando se enteró que estaba esperando un hijo, una hija, yo.

Me encerré en mi habitación, quería meditar, pero entonces me di cuenta de algo en lo que antes no me había parado a pensar: todo mi mundo, mi familia, todos desaparecían en el campo de margaritas, así que todo debía estar allí, debía de continuar allí. Tomé una decisión, debía adentrarme en aquel maldito jardín para recuperar todo lo que había perdido. No sabía lo que me esperaba allí dentro pero era mi última decisión.

Pronto volví a soñar, estaba decidida y caminaba buscando aquellas flores blancas. Caminaba entre ellas con paso firme, mirando a mi alrededor cuando divisé a lo lejos aquella sombra oscura, ese hombre misterioso, que destacaba como un fantasma en el medio de tan clara extensión de flores. Tenía que alcanzarle para que me explicara pero me caí, de pronto caía en un profundo pozo negro que me hizo despertar.

Oía a mi perro, no podía ser. Mi hermano le gritaba para que dejase de hacer alguna cosa. No entendía nada o .. nada había pasado. No sé. Tenía un montón de folios por mi cama, me había dormido estudiando supongo, era Pedagogía. Todo estaba allí, no había desaparecido nada. Mi padre golpeaba mi puerta para que yo despertase y no llegara tarde a la facultad. ¡Qué alivio! Supongo que todo lo que había soñado era real y lo real soñado. No me importaba que no tuviera explicación para todo aquello, lo importante era que había recuperado mi vida, toda mi vida.

¿O todo no?, cuando abrí mis cortinas pude contemplar asombrada que mi casa estaba rodeada por todas partes de un enorme campo de margaritas silvestres y un hombre extraño vestido de negro me saludaba con la mano.



— |

| —

— |

| —

# DIARIO DE UNA JOVEN IRAQUÍ

Beatriz Collantes Prieto

Ilustración: Francisco Vivo González

Querido diario:

Hoy es 19 de marzo; ya es de noche. Oí hablar a mis padres sobre la guerra que tal vez haya aquí en mi país. Estoy triste. He escuchado atentamente y un tal Bush desea liberarnos de Sadam; yo creo que eso es bueno, pero resulta que para ello van a tirar bombas encima de nosotros y puede que nos maten y ya no es tan bueno.

Aquí tengo a toda mi familia, amigos y conocidos y no me gustaría que a ninguno le pasara nada.

Mis padres dicen que tal vez haya que irse del país, a Siria o a España, puesto que allí tienen amigos de la infancia (bueno, ellos dicen que de su más tierna infancia). He preguntado a mi hermano mayor donde está España (Siria ya lo sé); él me dijo que no estaba muy seguro, pero que creía que estaba en Europa. Me ha contado cosas de ese continente y lo más fascinante es que escriben de izquierda a derecha, al revés que nosotros. No me gustaría irme de aquí, pero creo que no voy a tener más remedio que obedecer a mi padre y a mi madre. Me llaman. He de irme a la cama. Adiós diario; mañana te hablaré sobre lo que descubra. Lo bueno de esto es que no tengo que ir a la escuela. Hasta mañana, diario.

Querido diario:

Ha sido el peor día de toda mi vida. Por primera vez vi a mi padre llorar pidiendo a Alá clemencia. Fue espantoso. Yo corrí a mi habitación llorando. Eso fue por la noche, mientras bombardeaban mi ciudad, Bagdad.

Me asusté muchísimo, nunca había oído tanto ruido junto. Lo peor vino después por la mañana: encendí la televisión y descubrí que habían muerto cinco civiles, entre los cuales había dos niñas. Y vi horrorizada que uno de los cuerpos que enseñaba la televisión era el de Suaila, una amiga del colegio con la que había jugado hacía apenas un día en el colegio. Corrí a mi habitación llorando y

empecé a recordar. Me acordaba perfectamente, puesto que ella había elegido a la muñeca más fea, dejándome a mí la que yo quería, la del vestido azul. Aunque la muñeca era suya, me la dejó y me dijo que cuando ella se hiciese vieja y se muriese me la daría. Yo le dije que le tomaba la palabra. He ganado una muñeca y perdido una amiga, aunque preferiría que hubiese sido al revés.

No quiero perder a más gente querida como Suaila. Me encantaría haberme despedido por lo menos y decirle que era una de mis mejores amigas. Ahora ya es tarde y lo único que quiero es no perder más gente. Hasta mañana, querido diario. ¡Que se me olvidaba! Nos vamos a ir a España, pero antes iremos a Siria.

Querido diario:

Hoy es 21 de marzo. Y estoy mejor por lo de Suaila. Hoy lo he pasado bastante mejor, pero también ha habido bombardeo, aunque hoy mi padre ha conservado la calma y yo también. He averiguado una cosa, y es que mi padre también está contra Sadam. Le he preguntado si estaba en el bando de Bush y él me ha dicho: "Hija, aquí no sólo hay dos bandos". Yo no lo he entendido y eso que mi capacidad es de 6º de Primaria, aunque estoy en 4º. Se lo he preguntado a mi madre y me ha dicho que no sólo están los americanos y los que apoyan a Sadam, sino que en medio estamos mucha gente, que solamente queremos la paz y un gobierno democrático para que el pueblo iraquí elija libremente a sus gobernantes.

Hoy ha venido la madre de Suaila. Me ha dicho que ella habría deseado darme su muñeca azul y me la ha dado. Yo le he dicho lo que sentía por Suaila, que era una de mis mejores amigas y todo eso; le he prometido que llevaré la muñeca siempre conmigo.

No he oído nada más sobre España. Espero que acabe pronto esta catástrofe, la guerra en dos palabras.

Hasta mañana, querido diario.

Querido diario:

Esta noche, a causa de los bombardeos, me he despertado varias veces para correr al refugio. Al final me he levantado a las once de la mañana y he visto muchas cajas y maletas. Lo primero que he pensado ha sido que había venido la familia y con gran entusiasmo he ido a comprobarlo, pero mi madre me ha dicho que las maletas y las cajas son nuestras, que nos vamos a España. Yo me he puesto a llorar; no me quiero ir de mi país, no me quiero ir de Bagdad.

Por suerte, irá mi prima Heba y viviremos en una casa que está en frente de un colegio al que iremos nosotras.

Bueno, es lo que ha dicho mi madre. Lo que pasa es que no puedo llevar todos mis juguetes y tengo que decidir cual coger y cual dejar.

Los bombardeos no cesan. En parte quiero irme ya, porque allí no tirarán bombas. Dice mi madre que papá ha encontrado trabajo y una bonita casa donde vivir (como ya he dicho, con vistas a un colegio).

He llamado por teléfono a Heba y dice que no quiere ir; yo le he dicho que cuando lleguemos quiero ir a comprarme chucherías y ella se ha puesto a reír. Mañana nos vamos. ¡Qué nervios! Querido diario, mañana partiré hacia España y por ese motivo voy a empezar un nuevo diario que me ha comprado mi papá. Tú me has ayudado en estos momentos difíciles y por eso te doy las gracias, pero es hora de empezar una nueva vida. De todas formas, no creas que te voy a dejar. Te voy a llevar siempre conmigo, junto con la muñeca azul. Con vosotros dos siempre recordaré una amiga que se fue y una tierra a la que espero volver, aunque no sé cuando.

Te quiero diario.



— |

| —

— |

| —



# RECUERDOS DE UNA VIDA

Elena Suau de Castro

Ilustración: José Antonio López Sánchez

Un pitido intermitente, producido por el controlador electrónico de las pulsaciones, era el único sonido que durante toda la jornada se había podido percibir en aquella desolada habitación. La enfermera desapareció por la puerta, sin hacer ningún ruido, con la eficacia de autómatas propia de su oficio. Mercedes se sentía cada vez más sola, pese que, a través de los cristales que daban al pasillo, veía pasar continuamente a médicos, enfermeras y pacientes. Ante su insistencia, la enfermera que la atendía había ido a llamar a sus hijos, y al volver le había asegurado que pronto llegarían. Y aunque Mercedes no quería admitirlo, el temor de que no vinieran se iba adueñando poco a poco de sus pensamientos. Una idea no carente de fundamento, aunque ella aún se negaba a aceptarlo.

Mercedes no veía a menudo a sus hijos, y nunca el tiempo suficiente. Hacía una semana que había visto a Juan, pero con aquellos papeles sobre la mesa apenas pudieron hablar; lo justo para firmarlos.

De Elena, la mayor, hacía casi un año que no tenía noticias. Fue durante las Navidades: Mercedes telefoneó a sus tres hijos para celebrar con ellos las fiestas. Juan y Rebeca se disculparon, ya tenían compromisos.

Elena no estaba en casa; fue María, su nieta, quien cogió el teléfono. Mercedes la invitó a comer. Sabía que María convencería a la madre para no faltar a la cita.

Mercedes, ilusionada, preparó la comida: embutidos, carne rellena con salsa y pastel de fresa. Al terminar, fatigada, se sentó en la sala de estar. Media hora... dos, tres... Todo acabó en la basura. Su hija no telefoneó hasta la noche. Se disculpó diciendo que había recibido una llamada urgente de la oficina.

Mercedes se sintió mal. Muy mal. También sus ilusiones habían ido a parar a la basura. Se pasó la noche llorando. No culpaba a Elena, porque su hija... ¡pobrecilla!, bastante mal lo tenía que haber pasado cuando la requirieron en su trabajo justamente el día de Navidad, y no pudo comer con su madre. Sí que debían haberla cargado de trabajo; ni siquiera tuvo tiempo de hacer una simple llamada telefónica para cancelar la comida. Trabajo y más trabajo. Incluso los días de fiesta. Era diseñadora de moda y andaba todo el día de aquí para allá.

Siempre que quedaban en verse, Elena acababa sin acudir, pues en su despacho le esperaba una montaña de trabajo.

Una enfermera entró con paso decidido, distrayéndola de sus reflexiones. Mercedes no sabía con certeza si se trataba de la misma enfermera que había telefoneado a sus hijos. Todas eran iguales, como robots programados para hacer siempre la misma tarea, perfecta, sin equivocaciones. Ni siquiera por su aspecto se podía adivinar cómo eran en realidad, cubiertas como estaban por las bata, el gorro, la mascarilla y los guantes. La enfermera le tomó el pulso y supervisó los aparatos que la rodeaban, con el gesto mecánico de quien repite un movimiento cien veces al día. Luego consultó algunos gráficos sobre su estado y anotó los nuevos resultados, desapareciendo tal y como había entrado, sin el más mínimo gesto que revelara sus pensamientos, mecánicamente, con los mismos pasos, sólo que el recorrido de salida era en sentido opuesto. El pip-pip del controlador electrónico continuaba impertérrito su monólogo.

Mercedes ya llevaba allí cinco días con sus cinco respectivas noches, y cada minuto era igual al anterior.

Continuo movimiento en el pasillo, enfermeras que entraban y salían cada cierto periodo de tiempo, el doctor que le informaba de cuando en cuando sobre su estado... Padecía su enfermedad desde hacía tres años; desde la muerte de su marido. Ni siquiera cuando empezó a sufrirla los médicos pudieron hacer gran cosa: medicamentos para evitar el dolor, para conciliar el sueño... Ellos decían que a esa edad era normal, que el cuerpo iba cambiando, que la vejez tenía consecuencias... Pero Mercedes sabía que todo era a causa de la muerte de su marido; que en unos segundos había perdido al amor de su vida, y sabía que el verse sola le había afectado no sólo psíquica, sino también físicamente. Nada fue igual desde entonces. Su corazón había comenzado a latir más lentamente, con breves pero numerosos paros cardíacos. Si alguien le hubiera proporcionado entonces el cariño y la comprensión que necesitaba... Pero sus hijos estaban demasiado ocupados. No podían dedicarle su tiempo.

La enfermedad de su marido duró casi un año, antes del trágico pero pronosticable final. Padecía pérdidas de memoria, ahogos... Hablaba muy poco. Ella no soportaba verle en ese estado; cada día se abría más la fina cortina que tapaba la ventana de la muerte. Quizá el sentirse olvidado había ayudado a que falleciera. Le había pasado a él entonces como a Mercedes ahora: se había ido hundiendo cada vez más profundamente en esa sensación de abandono que le ahogaba, hasta verse asfixiado completamente. Ella no supo interpretar su soledad, pero ahora el recuerdo dejaba paso al remordimiento, a medida que la incompreensión se iba convirtiendo en conocimiento.

Y lloró por él como nunca lo había hecho.

Desde la muerte de Rafael, el recuerdo de sus hijos había sido para ella la única base en la que apoyarse.

El recuerdo, no su presencia, ya que apenas la visitaban. Fue para ella una sorpresa que una semana antes de ingresar en la clínica, Juan acudiera a su casa con un amigo... Alfonso Marí. Era notario, o algo por el estilo.

Mercedes no entendía de eso, pero ¿qué importancia tenía? Habían charlado un rato con ella, y después le habían tendido un documento para que lo firmara. Ya le habían explicado de qué se trataba: era su herencia.

Ella lo había firmado confiada, mirándolo apenas por encima. Siempre lo hacía. Su hijo entendía de papeleo, así que ¿por qué iba a engañarla? Si no fuera por él, no sabría como arreglárselas. Menos mal que sus hijos siempre la apoyaban. Debía de ser una gran carga para ellos, que tenían que estar siempre pendientes de sus necesidades. Una vez que lo del documento estuvo arreglado, Juan y su amigo se marcharon.

El doctor J.P. Villalonga irrumpió en la habitación. Cogiendo una silla, se colocó junto a Mercedes y la observó con atención, mirándola fijamente a los ojos.

—Mis hijos, ¿han llegado ya? —preguntó ella nada más verle. El médico negó con la cabeza, con gesto apesadumbrado— Bueno —continuó ella, intentando parecer convencida de lo que decía—, no tardarán en venir... Siempre han sido muy responsables.

Esto último lo había agregado bajando la voz; y sus ojos, melancólicos, revelaban que su afirmación era una pequeña mentira. El médico le dedicó una sonrisa franca, cariñosa, pero con un deje de compasión que, afortunadamente ella no pudo percibir. Por eso la sonrisa le reconfortó y le devolvió la calma y la confianza que necesitaba. El médico se levantó y, lentamente, se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba a punto de cruzar el umbral, se volvió hacia su paciente y, con rostro imperturbable y voz cálida, características propias de quien tantas cosas ha visto, manifestó:

—Entonces no tardarán en llegar —y desapareció cerrando con suavidad la puerta tras de sí.

Mercedes se quedó meditando: acababa de afirmar que sus hijos eran responsables. Bueno, ella siempre se había sentido orgullosa de ellos. De pequeños eran tan dulces, tan cariñosos, tan atentos... Pero en realidad no muy responsables. Ahora ya no los veía mucho, pero no creía que hubieran cambiado.

Años atrás ella solía salir a pasear con su esposo por las mañanas. De niños sus hijos les acompañaban, pero cuando se hicieron mayores preferían salir con sus amigos. Al regresar de uno de aquellos paseos matutinos, Rafael fue directamente a su habitación para escuchar la radio. Mercedes se quedó arreglando el salón: mullía los cojines, limpiaba el polvo acumulado durante la noche y el día anterior... Mientras ordenaba la mesa camilla, encontró por casualidad una carta entre un montón de revistas. Dori, la mujer de la limpieza, la había encontrado en el suelo de la habitación y la había dejado allí sin pararse a ver de qué se trataba. La letra era de Rebeca, su hija menor, y la carta iba dirigida a sus padres. Mercedes comenzó a leerla: les explicaba que había decidido marcharse con un tal Ramón, a un piso a las afueras de la ciudad, que no se había despedido porque sabía que ellos no se lo consentirían. Les pedía por favor que no la buscaran, que ya les escribiría y que...

Mercedes se dejó caer destrozada en un sillón: su hija que sólo tenía diecinueve años, se había ido a vivir con un hombre al que ni siquiera conocían. Desconsolada, rompió a llorar amargamente.

Mercedes y su marido sufrieron en silencio la ausencia de su hija, hasta que, pasados unos meses, Rebeca regresó a casa, llorando, después de mantener una de tantas otras discusiones con su pareja. Entonces Mercedes se sintió renacer y, recuperando el tiempo perdido, no dejó en ningún momento de apoyarla, brindándole todo su cariño y su amor, como cuando era pequeña. Un año después, en un día cualquiera, desapareció de nuevo.

Esta vez sin explicaciones. Y ya no la volvió a ver. Un par de llamadas telefónicas, muy breves, fue todo lo que obtuvo de ella.

No, la verdad es que sus hijos no eran muy responsable, pero los quería como a nadie, y al perder a su marido había volcado en ellos todo su amor, aunque sin ellos saberlo, entenderlo y apreciarlo.

Mercedes tomó aire. Se encontraba muy, muy cansada. Miró a través de la ventana abierta de su dormitorio, que daba al jardín. Un jardín precioso, plétórico de luz y colores, concebido para devolver la esperanza a aquellos que la habían perdido. El viento agitaba la hierba y mecía las flores. El exterior del hospital contrastaba con su interior: a un lado la vida; al otro la muerte o, al menos, la duda.

El jardín recordó a Mercedes su estancia en el asilo. Sólo un mes había pasado allí, pero para ella había sido toda una vida. Todo comenzó cuando la mujer de la limpieza se tuvo que marchar: el sueldo de pensionista no dejaba a Mercedes alimentar a otra persona, y al no poder pagarle Dori se fue. Su marido había fallecido ya, y ella estaba demasiado débil para ocuparse de todo sola. Pidió ayuda a sus hijos: que la llevaran a su casa o que alguno se fuera a vivir con ella durante un tiempo. Después de mucho suplicar, su hijo decidió hacerse cargo. Le dijo que la pasaría a buscar para llevársela con él. Mercedes estaba ilusionada ante la perspectiva de volver a vivir con Juan, con su hijo, como cuando era un niño.

Al día siguiente él pasó a recogerla muy de mañana. Cogieron un taxi. Juan indicó el camino al taxista.

Mercedes no lo oyó, y no supo adonde se dirigían hasta que el coche se paró en seco frente a un edificio enorme rodeado de un bonito jardín, como el que ahora podía contemplar a través de la ventana del hospital. Un hombre vestido de blanco recogió su equipaje y, sin darle tiempo a reaccionar, escuchó el rugido del motor y el taxi dobló una esquina y desapareció. Poco después supo que estaba en un asilo.

Mercedes no pronunció ni una palabra durante el mes que pasó allí. Todas las noches las pasaba en vela, llorando, y durante el día se sentaba en una silla y recordaba: Elena, Juan, Rebeca; sus hijos eran toda su vida.

Después de mucho insistir a su hijo para que hiciera los trámites necesarios, la dejaron salir y pudo regresar a su casa, sola de nuevo. En ningún momento culpó a Juan, ni entonces ni ahora, estaba segura de que él lo había hecho todo por su bien.

El día se acababa. El sol, lentamente se escondía tras la verja del jardín;

cansado ya de contemplar este paisaje, iba en busca de otros nuevos. La habitación, poco a poco, se fue oscureciendo. De pronto, la puerta rechinó y una silueta se recortó en el umbral. Era un hombre alto, delgado. Inconfundible pese a la poca claridad de la estancia. Incluso pese a unos ojos cansados de ver.

—Hijo mío..., ¡sabía que vendrías! —susurró la anciana con un hilo de voz. Y, con un suspiro de agradecimiento, cerró los ojos.

El controlador electrónico, que marcaba con un pitido cada latido del corazón, mensajero de la vida y de la muerte, calló sobrecogido ante la seriedad del momento.

El hombre encendió la luz. Llevaba puesta una bata blanca, y en ella una placa en la que se podía leer:

"Dr. Villalonga".

Se acercó a Mercedes. Le tomó el pulso —Pobre mujer— murmuró el doctor.

Mercedes estaba muerta. Había muerto con una sonrisa en los labios.



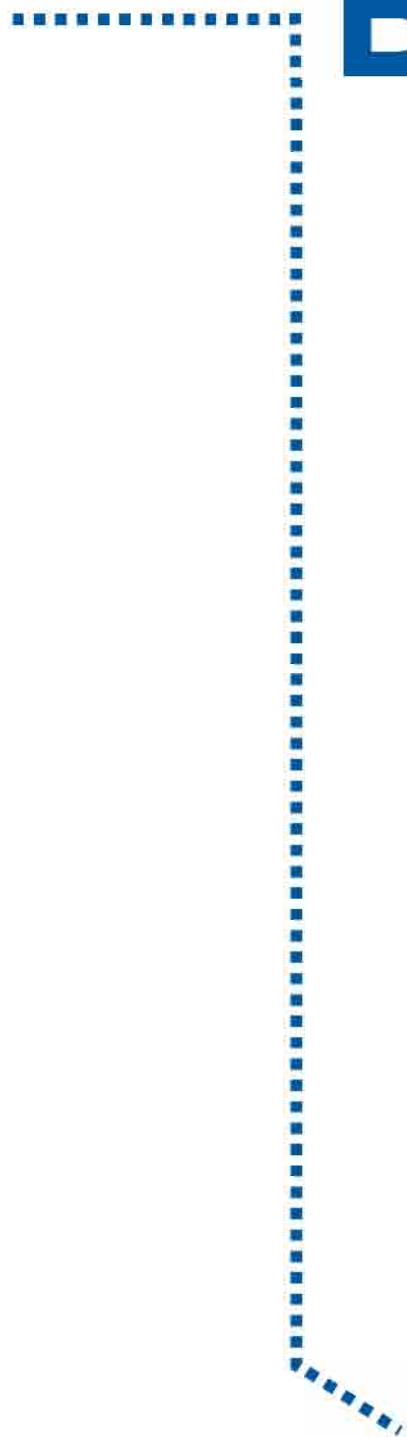
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD **B**



— |

| —

— |

| —



# ALGUNAS VECES

Ana Andújar Ruiz

Ilustración: José Antonio López Sánchez

Medio a oscuras, buscó su pantalón y sacó un cigarrillo, se lo colocó en los labios de manera que el humo no le cegara y siguió vistiéndose. El chico moreno seguía durmiendo boca abajo. Dolor de cabeza, estómago revuelto, un extraño sabor en la garganta... enhorabuena, la noche anterior Lucía se había convertido en el tipo de ejecutiva ninfómana que predicó Cosmopolitan y había pasado la noche en una cama minúscula de muelles delatores. Tirando la ceniza al suelo, miraba la habitación azul, miraba el pelo rizado del romeo, ¿recordaba algo de ayer? Se conocieron junto a una máquina de tabaco, ella sacaba Marlboro y él Lucky de 10; un par de miradas demasiado explícitas, algún comentario sobre el trabajo y oscuridad por acera mojada, y edificio Pegaso, 2ºD. Recogió su cartera, su chaqueta y su anillo del suelo y cuando iba a salir recordó que el chico era veterinario y se traía el trabajo a casa, y que mejor saliera por la escalera de incendios si no le gustaban los reptiles en celo. Lucía saltó por la ventana hasta las escaleras metálicas e, intentando no hacer ruido, se despidió mentalmente de alguien que no volvería a ver.

La mañana se presentaba como siempre, soleada y fría, llena de gente y densa contaminación. Todavía adormilada, miraba en los escaparates su estampa: rimel fuera de sitio, andares hartos de finos tacones, pelo revuelto y ganas de ducharse hasta encontrar una excusa a su nueva faceta vampiresa. Su portón estaba enfrente, los ojos se le cerraban, y, bostezando, cruzó la calle. La gente chilló: creían que el estruendo era algún explosivo de los tantos que por desgracia, estaban acostumbrados a sufrir, pero sólo fue una furgoneta... a toda velocidad, había atropellado a Lucía y había teñido su capó de sangre. La multitud rodeó el accidente, el conductor palidecía, las ancianas chillaban, alguien llamaba por teléfono y todos tocaban el cuerpo muerto de Lucía esperando respuesta. El Rubio se coló en el corrillo y, fingiendo tomarle el pulso al cadáver, volvió a largarse.

Demasiada gente para robarle bien. En el rápido movimiento de su actuación como "médico de urgencias" sólo había podido quitarle un anillo y el reloj, y la

verdad que no parecían muy caros. No aceptaban cargos morales: bajo tierra no podría lucirlos como el dinero que sacaría él, el Rubio era así, plena energía dedicada al delito, veloz y astuto, cómplice y otro eslabón más en la cadena.

Camino al piso de Natalia, las ambulancias corrían en dirección contraria. Miraba las joyerías, los cajeros, los veinticuatro horas, en todo rincón veía beneficio, a cada persona le inventaba un timo por su aspecto, él era una inteligencia desperdiciada por la supervivencia del día a día. Doblando la calle y esquivando contenedores alcanzó con la vista la ventana del cuarto sin ascensor de Natalia. El balcón, de madera quebrada y cristal mugriento, dejaban adivinar los ojillos de la chica a través de él. El Rubio respiró hondo y se preguntó, como cada día, si sus pulmones serían capaces de permitirle tantos escalones seguidos sin un pitillo que los alimentase. Oyó desde el primero la puerta que abría Natalia con bullicio, y por el hueco de la escalera, la vio asomar expectante. Sólo cuando llegó a la meta, exhausto, aspirando el aire a bocanadas, tratando de evitar el caos que le conjuraba la búsqueda del tabaco en sus bolsillos, las respuestas adecuadas al interrogatorio cantado de la pelirroja, y el propio hecho de respirar, se pudo desmayar sobre el sofá de flores románticas que todo piso de alquiler alberga y Natalia lucía como un verdadero vertedero.

—Contéstame: ¿me has traído el caballo?

—¿Me quieres soltar?— y quitándose de un zarpazo a la niña de encima le arrojó la dosis sobre las losas amarillentas del piso— toma, colgada.

Maldiciendo y desatando el argot menos apropiado, desapareció con la droga mientras el Rubio le gritaba que le perdonase.

—Venga, Natalí, ¡que te he comprado un regalo!— y depositó el anillo robado sobre la mesa.

El sol entraba con toda la fuerza por el cristal y los rayos delataban el polvo de la casa, con una salita simple y un sofá-cama, cocina y cuarto de baño, la única morada que ella se podía permitir. Al rato salió del aseo y con los ojos inundados se desmoronó sobre el Rubio y sobre su pecho taqueteaba el nuevo regalo del novio.

—¿Te gusta?

—Sssí... —con la boca todavía pastosa dejaba escapar una sonrisilla dormida— ¿a quién se lo has mangao?

Horas después, tras haber visto la televisión juntos, comido nada, y dormitado un rato, Natalia se levantó y dejó cabeceando al Rubio sin despertarlo. A él no le gustaba que saliera fuera de su zona, pero que le jodan, necesitaba el dinero, esta vez no le podía pasar todo lo que le consumía, y cuando se levantara iba a estar tan colocado que le pondría la cara como un Picasso de nuevo. No, esta vez no.

Sus dos piernas larguísimas avanzaban entre los coches aparcados en la Gran Vía como tropas militares, aunque sin la misma discreción gracias a la minifalda casera, el reclamo de su negocio: Natalia sabía cortar el pelo, barrió pasillos del colegio durante meses y era lista... entonces se preguntaba por qué

su vida era una basura, ofreciéndose para paliar el mono. Luego dudaba de seguir viviendo o no, o si simplemente llegaría a los treinta o se dejaría pudrir vegetando en cualquier lugar, y por eso prefería colocarse y dejarse llevar, para que su cuerpo se llenase de todo lo que no tenía, que la heroína le abriese los ojos para mirar el mundo...

En una calle apartada a la izquierda de la Plaza Mayor, un hombre robusto, de mirada oscura y cejas canosas, se apoyaba en un taxi con el cartel de "libre". Sostenía un cigarrillo y la miraba inquisitivamente.

Natalia se paró en seco y fue hacia él.

—¿Tienes un pito?—le dijo cuando lo tuvo enfrente, aguantándole la mirada mientras le daba fuego.

El aliento del chófer era rancio, con sus manos callosas sacó casi treinta euros del bolsillo, y Natalia tras regatear, subió al taxi a darle lo que por ese precio, según ella, no llegaría a más que breve sexo oral.

El reloj de la iglesia de San Miguel, como siempre impuntual diez minutos, rompió con sus campanadas el letargo de Ginés, y la prostituta salió del taxi con el dinero sudoroso que no había soltado en ningún momento. Suspirando, el cincuentón arranco el Citroën y volvió a encender la radio de la central, dándole la vuelta de nuevo a una foto que escondía a su mujer y tres chicos, y la puso derecha junto a la estampa de Santa Gema. Hora del almuerzo: la calle enloquecía y superpoblada, se lanzaban a las aceras jaurías anónimas, mirando relojes, sosteniendo maletines que no andaban lejos de contener el vacío, cargando bolsas de la compra, y más mujeres y más hombres, y humo negro sobre sus cabezas. Ginés, mareado, se colocaba todavía el pantalón y conducía directamente a su casa: llevaba una tarta de aniversario en el asiento trasero más de dos horas. Para él todo era tan simple como respirar, la vida era automática, él se movía a impulsos, por eso fumaba después de dos infartos, por eso vivía en un piso mediocre en una zona mediocre, por eso pagaba a una fulana para que le activara el día; al fin y al cabo, luego llegaría a casa, le daría un beso a su mujer, se llevarían la comida de la cocina al salón para celebrarlo y verían las noticias sin hablar.

Aparcó en la calle para salir más fácilmente y tener una excusa para largarse rápido y apagó el motor.

Se frotó los ojos. Ayer no pudo dormir casi, el parásito de su hijo montó por lo visto una fiesta particular y hasta las tantas no cesaron las risitas. Cuando estaba apunto de salir del taxi, un reflejo de luz cruzó su vista y miró al suelo: junto a los pedales, un pequeño anillo le acusaba de presencia femenina cerca de su entrepierna. Agachándose dificultosamente, lo recogió y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros, y soplando atravesó el portón para caer de nuevo en ese hogar que para él significaba sobres de la CAM debajo de la puerta y un sofá con la forma de sus posaderas enfrente del televisor.

Abrió los ojos poco a poco y dejó que la luz lo cegase para volverse a dormir... entonces, por supuesto, oyó la llave de la puerta, con ese tintineo



especial que le anunciaba la llegada de su padre. Ya reconocía el sonido de cada miembro de la familia, el finísimo de su madre, el discreto del hermano jueguista, el escabroso del menor... él, como buen hijo intermedio, era la vergüenza de la familia y la rémora de la casa, vivía con sus padres, lo reconocía porque le gustaba vivir bien, estudiaba lo que quería y trabajaba en lo que le parecía gratificante, quizá se salía de la media de hijos que vivían chupando la sangre porque él extraía hasta la última gota con la única condición de un par de arrumacos para su pobre madre y unos cuantos billetes que ayudaban al viejo a mantener la boca cerrada por momentos y que sólo Dios sabría en qué tipo de salón de juegos o licor barato se gastarían.

Oía los pesados pasos del padre cada vez más cerca y, despejándose un poco para gritar con más facilidad. La puerta se abre y empieza el combate: el progenitor recrimina las horas de entrada y salida, poca vergüenza, que por Dios, se levante de la cama que ya son horas, que haga algo con su vida, se deje a esas niñas que mete en su casa, porque es su casa, y que se largue de una vez. Se suman gritos ahogados de la madre, con otros tantos gruñidos del resto de los hermanos, mientras Dani piensa en una playa caliente y azul: es increíble la capacidad de abstracción de los hijos cuando las charlas son frecuentes, y ahora

el moreno recordaba la noche tan fantástica que había pasado y que nadie le podría arruinar... Cansado, Ginés abandonó la habitación no sin antes dejarle algo que se había encontrado por la calle y que le podría dar a alguna de esas amantes fugaces que osaba beneficiarse bajo su techo.

Dani miró a su padre desaparecer tras un portazo y luego al suelo, donde estaba el anillo, un anillo de plata demasiado familiar... Encendió la radio y conectó un cd antiguo que la noche antes había puesto para... ¿cómo se llamaba? Delicadas notas fundidas con leves estratos de jazz, una voz africada y ligeras imágenes con sabor a Bacardi... *Every time you walk away, and don't trust in anything, just remember i won't go back for you, my darlin' sweet....*, ¿Lucía? Lucía, sin duda, se acordaba de su piel, que no volvería a ver, pero que perra de tía al fin y al cabo: le había regalado el maldito anillo de plata porque no se podía contener a esos ojos lánguidos de pupilas dilatadas y ella se lo había tirado a la cara abandonándolo en su piso... puede que él le mintiera con algún aspecto de su vida, pero era mejor, y más cómodo, ser el ofendido. Ojalá estuviera muerta.

— |

| —

— |

| —

# LO NUNCA DICHO

David Lorenzo Magariño

Fotografía: Mario Rubio Noheda

El ascensor está subiendo. Laura frunce el ceño. Martín cruza los brazos. Laura parece estar esperando algo, pero Martín no dice nada. El espejo refleja sus rostros, el vestido de noche de ella y la americana de él. Cuando llegan al octavo, Laura abre la puerta de un empujón.

—Es que no me lo puedo creer, de verdad que no me lo puedo creer...

Laura abre el bolso, revuelve las cosas que guarda en su interior y saca la llave. Cuando intenta introducirla en la cerradura, el pulso le falla, la voz se quiebra.

—Joder... No me lo puedo creer, joder... Mierda... De verdad Martín, no me puedo creer nada de esto...

La puerta se abre. Laura pasa primero. Martín le sigue, aún con los brazos entrelazados. Después cierra la puerta con suavidad y echa un vistazo al recibidor de su casa. Hay otras dos puertas, una orientada hacia el norte, la otra al sur. La primera da paso a su despacho. Tras la segunda, el pasillo principal.

Martín piensa que aquel lugar no parecía tan pequeño cuando Laura y él vinieron a verlo por primera vez.

Laura atraviesa el pasillo rápidamente y se encierra en el único cuarto de baño. Martín se dirige a la cocina, se sirve un vaso de agua y se sienta en una de las dos sillas. Con la punta de los dedos, tamborilea sobre la mesa. Mientras, Laura comienza a gritar en el cuarto de baño. Martín sabe que Laura necesita gritar como está gritando, en voz lo bastante alta para que la oigan los vecinos. Comprende que es necesario.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Qué estoy haciendo? ¡Mierda! Pero no soy yo, no soy yo... ¡Es él! ¡Él es el puto gilipollas, no yo!

Martín espera a que comience a romper sus frascos de colonia, a que de

un momento a otro arroje contra la pared su máquina de afeitar. No le importa. Conoce a Laura, sabe como es. Comprende la naturaleza de los males menores, pequeños sacrificios que nunca son en vano. Bebe a sorbos el agua, piensa en que mañana tiene que trabajar, consulta la hora y ensaya la melodía de la marcha nupcial, que siempre le gustó.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¡Cómo puede ser tan capullo! Esto es demasiado, demasiado...

Pero Martín no es la primera vez que escucha cosas parecidas. Mientras ella se encabrita cada vez más, él trata de imaginar a Laura como la vio por primera vez: joven, hermosa, con un carácter visceral, incluso con un toque de romanticismo estúpido que ahora, quién iba a decirlo, casi se siente capaz de echar de menos. La vida es complicada, se dice, algunas cosas llegan, pero otras se van. Uno debe aprender esto y estar preparado para cuando ocurra.

Cuando termina de beber, se despereza, alargando mucho los brazos. Laura sale del cuarto de baño, entra en la cocina y se planta delante de él. Martín observa extrañado que esta vez, al final, no ha acabado llorando, ni rompiendo nada, ni golpeando la puerta.

—¿Cómo has podido decir eso? Dime, ¿cómo has podido? —dice, simplemente.

Martín desliza el vaso de cristal hacia el centro de la mesa. Intenta que sus movimientos pausados aporten cierta serenidad a la situación. Pero Laura lo intuye y eso la desquicia.

—¡No tenías ningún derecho Martín, ninguno!

—No es para tanto, Laura...

—¡Ya sé que para tí no tiene ninguna importancia, cabrón! Pero yo nunca me he sentido tan humillada como hoy. ¡Nunca he pasado tanta vergüenza en público como esta noche delante de Jorge y María! Me has hecho daño, Martín, te juro que esta noche me has hecho más daño que todas las noches juntas...

—Jorge y María apenas se han dado cuenta, no creo que le hayan dado menor importancia...

—¿Qué no le han dado la menor importancia? ¿Qué crees, que son gilipollas, que no saben lo que pasa? Lo saben, Martín, lo saben. tú también lo sabes, yo también lo sé. Joder, Martín, la has cagado. Me has insultado, ahora lo niegas, pero aquello era un insulto, Martín. Sé que no puedes entenderlo. Eso es lo peor, que ni siquiera puedes entenderlo. Ya no sabes ni lo que dices, joder. ¿Y qué coño te ha pasado esta noche, Martín, qué coño te ha pasado...?

Laura comienza a llorar. Se lleva las manos a la cara, solloza. Martín se levanta, intenta acercarse, pero ella retrocede de un salto y hace acopio de fuerzas.

—¡No me toques! -dice, señalando la silla con el dedo - ¡Siéntate!

—Laura...

—¡Ni Laura, ni hostias! ¡Habla si quieres, pero ni te acerques a mí, porque me dan ganas de vomitarte en la cara!



El odio que Laura ha imprimido en estas palabras cala hondo en algún lugar de Martín. Quizás por eso, Martín se sienta y cruza los brazos, mirando a Laura sin acabar de reconocerla. Está muy agitada, respira con dificultad, mueve las manos frenéticamente.

—¡Ha sido horrible! De verdad, ojalá pudieras sentir lo que yo estoy sintiendo. Lo que estaba sintiendo en el restaurante, mordiéndome los labios para no chillar delante de tu compañero de trabajo. Te odio, Martín, te odio y no sabes lo que daría porque tú también me odiases como te odio yo ahora....

—Laura, por favor...

—¡Laura, por favor! —remeda ella, completamente histérica— ¡Por favor, Laura, por favor! No, no me digas por favor que estoy hasta las narices de hacer las cosas por favor, ¿entiendes? Hasta las narices. No soporto esa mierda del por favor, joder...

Laura llora. Martín empezando a sentirse incómodo. Los gritos y los llantos empiezan a hacerse un tanto insoportables. Sus lamentaciones, inadmisibles. Algo debe haber que consiga calmarla. De repente le viene a la cabeza la idea de golpearla con el vaso. Sabe que eso la calmaría, que eso la haría callar. Podría dejarla inconsciente y tumbarla en la cama. Así él podría dormir

—¿Por qué te ríes, eh? ¿Te hace gracia, capullo? Todo esto te está haciendo gracia, ¿verdad?

Martín se levanta de pronto. La sonrisa ha desaparecido.

—Laura, en serio, no me estaba riendo de tí. Era una estupidez. Como lo del restaurante. Ha sido una estupidez eso que he dicho. Todo ha sido una estupidez. Tienes razón. Lo siento. De verdad que lo siento. Perdóname.

—No. Es todo igual. Primero lo dices y ahora te ríes por haberlo dicho y porque yo esté aquí como una imbécil sufriendo por ello. Todo lo que yo hago, hasta mis sentimientos, para tí no son más que tonterías...

Pusilánime, piensa Martín, se ha convertido en una pusilánime.

—Eso no es cierto, Laura...

—Sí, sí que lo es... hoy me lo has demostrado, Martín...

Martín carraspea. La sombra de ojos de Laura se está destiñendo, aguada por sus lágrimas. A Martín le inspira de pronto una profunda sensación de pena y desvanecimiento. La misma que sentía hace algunos años ante las prostitutas adolescentes, la misma exactamente. Parece que es incapaz de moverse.

—Laura —dice, pero le falla la voz-, tú sabes... tú sabes que yo no quería acabar así, no tenía ni idea de que aquello iba a afectarte tanto, jamás lo hubiera dicho si.. ni lo hubiera comentado si quiera...

Laura respira hondo. Cierra los ojos. Martín mira disimulante el reloj. Dentro de seis horas tiene que empezar a trabajar.

—Perdóname, Laura olvidemos todo esto. No volvamos a mencionarlo jamás. Perdóname. Necesito que me perdones, Laura. De verdad, lo necesito. A partir de ahora no pasarán estas cosas, te lo prometo. Perdóname y...

Laura desfallece. Martín se levanta y la estrecha entre sus brazos. Laura se deja hacer. Hay un último estallido de llanto, pero Martín desliza dulces palabras en su oído y ella se calma lentamente.

—Te quiero —dice Martín.

Laura aspira pesadamente por la nariz. Se aferra con fuerza a su cuerpo.

—Ahora estamos cansados. Vamos a la cama. Mañana hablaremos con calma, ¿de acuerdo? Todo está bien, Laura. No pasa nada.

Laura responde algo, pero él no puede entenderlo. Percibe, en cambio, los espasmos de su pecho. Martín se separa de ella, lo justo para poder ver su cara.

—¿Qué dices? no te entiendo.

Laura le repite, con la mirada baja:

—Que no.

Martín sonríe con ternura. Los minutos pasando.

—¿Como que no? ¿Que no, qué?

Laura alza el rostro hacia el de Martín. Hay un gesto extraño, como una determinación inquebrantable.

—Que no, Martín, que no. Que no nos vamos a la cama.

—¿No? ¿Quieres que hablemos ahora?

Laura niega con la cabeza. En un movimiento exagerado, casi infantil.

—Mira, Martín. Hasta lo de hoy yo pensaba que te quería, que te quería en serio. Pensaba que podías entenderme...

—Yo te quiero, Laura...

—No me interrumpas. Ya sé que vas a decir que me quieres. Yo también te quiero. Los dos nos queremos. Nos lo decimos dos o tres veces al día, ¿verdad?

—Laura, pero que...

—¡No me interrumpas!

Martín aprieta los labios con fuerza. La paciencia se despide de él. Cruza los brazos. Se agita.

Laura inspira con fuerza antes de continuar.

—Sí, sí, nos queremos mucho. Pero tú no me conoces, Martín. Hoy ha quedado claro que tú no me conoces en realidad. Ni yo te conozco, francamente. Porque de la última persona que esperaba algo como esto era de ti. Y ya ves, me he equivocado. Yo también, lo reconozco. No estoy dentro de tu mente. Estoy completamente fuera de ella, como tú lo estás de la mía. Así no podemos estar. No son idioteces, así yo no puedo quererte. No es cosa de un día o de dos. Así que me marchó, Martín, me voy...

Martín sonríe de nuevo.

—¿Cómo que te vas? Tú no vas a ninguna parte. No puedes estar hablando en serio. Sólo por esa tontería... Mañana...

—Mañana ya no estaré aquí, Martín. Me voy ahora mismo. Cojo cuatro cosas y me voy a casa de mi hermana.

—¡Que te vas a casa de tu hermana! Pero, ¿Qué dices, Laura? Estás muy confundida, ves las cosas distorsionadas. Ayer me querías, pero hoy ya no. ¿Y por qué? Por un comentario trivial durante una cena. ¡Dios mío! ¡No se me ocurre una forma más absurda de...! ¿A dónde vas?

Laura sale de la cocina. Martín la persigue. Entran en la habitación. Hay una cama, un par de mesillas con cajones, un armario, una lámpara de techo y otra de cabecera. Laura abre el armario y saca una pequeña bolsa de deporte.

—¡Laura! ¿Qué estás haciendo, Laura?

—Ya te lo he dicho... —responde ella, arrojando la bolsa sobre la cama.

—Ya te he pedido perdón. Ya hemos llorado y nos hemos abrazado. ¿Hasta cuándo va a durar este numerito? Laura... ¡Mierda, ¿no puedes dejar eso?!

Laura comienza a abrir los cajones, buscando prendas de ropa que luego guarda dentro de la bolsa.

Sus movimientos son compulsivos, automáticos.

—Te perdono, Martín. Te perdono porque sé que no puedes dejar de ser como eres. Pero me voy. Me voy porque no puedo estar viviendo con un hombre que piensa de mí como piensas tú...

Martín bufa de rabia.

—¿Y cómo pienso yo de tí? ¿Qué leches sabes lo que pienso yo de tí? Cuando he dicho lo de tú...

—¡No lo repitas! ¡Ni se te ocurra repetirlo! Porque sé muy bien lo que querías decir, no hace falta que me lo expliques...

Laura aplasta el contenido de la bolsa con una mano y entrecierra la cremallera con la otra.

—¡No tienes ni idea, Laura, ni idea! ¿Qué estás haciendo, eh, dime, qué cojones estás haciendo? ¡Nos casamos dentro de tres meses!

—No nos vamos a casar, Martín

—Sí nos vamos a casar.

Laura sale de la habitación. Martín detrás de ella.

—Nuestros hijos, ¿recuerdas? Al mayor íbamos a llamarle Miguel si...

Entra en el cuarto de baño. Laura coge su chaqueta.

—No vamos a tener hijos, Martín.

—Claro que vamos a tener hijos. ¿Qué te ocurre? Ya lo habíamos hablado. ¿no se te habrá olvidado?

Martín se sitúa bajo el dintel de la puerta, cerrando el paso.

—Lo que vas a hacer es una locura. Estás loca. Eso es lo que te pasa. No es grave, pero estás un poco trastornada. Uno de mis clientes es médico, mañana le llamaré y verás como...

Laura le atraviesa con una mirada dura e intensa.

—No estoy loca, Martín. ¿No lo entiendes? Hemos tenido suerte. En el fondo me alegro de lo que ha pasado esta noche. ¿Te das cuenta, si nos llega a

ocurrir dentro de diez o veinte años? Ya casados, con niños. Pobres niños, ¡que horror para ellos! Y para nosotros, Martín para nosotros también...

—Tú no te vas a ninguna parte, Laura...

Martín cruza los brazos, endurece el gesto, trata de aparentar inmovilidad. Laura le mira con una expresión que es mezcla de curiosidad y desafío.

—Y tú, ¿me lo vas a impedir?

—Si es necesario, sí...

Laura alza las cejas. Martín frunce el ceño.

—¿Me vas a pegar, Martín?

—No, no voy a pegarte.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Martín duda, está confuso, sus pensamientos giran a su alrededor sin que pueda atraparlos con la mente. Ya no se acuerda de las prostitutas. Ya no se acuerda de Laura, la primera vez.

—Perdóname, Laura...

—Ya te he perdonado.

—Entonces, no te vayas...

—Me voy, Martín. Quítate de en medio...

Martín cabecea negativamente.

—Eso es lo que soy yo ahora para ti, ¿una cosa que está en medio?

—No voy a responder a eso, Martín. Y no hace falta que tú hagas esto tampoco. Me voy a casa de mi hermana. Tú, mañana, tienes que trabajar. Ahora, déjame pasar, ¿de acuerdo?

Martín titubea, balbucea algo, pero al final dice:

—De acuerdo, Laura, pasa....

Y se aparta a un lado para dejarle sitio junto al umbral. Laura sale al pasillo. Martín se queda quieto.

—Joder... —masculla Martín.

—Adiós —dice Laura. Y avanza hacia la puerta, con la bolsa en una mano y la chaqueta en la otra.

Martín se queda atrás, con los ojos clavados en su espalda.

—Laura...

—¿Qué?

Pero Martín no dice nada. Laura se da la vuelta.

—¿Qué pasa?

—Nunca debí haber dicho eso, Laura. Nunca jamás debí haberlo dicho, ¿sabes?

Laura suspira con pesadez. Después se pasa la mano por el pelo. Nota que la mano le está temblando.



—Mira Martín, cualquier idiota se daría cuenta de que en una situación como esta lo menos importante es lo que tú has dicho esta noche...

Martín baja la cabeza y murmura:

—Sí, Laura, tienes toda la razón...

—Adiós, Martín...

Cuando Laura se va, Martín se queda solo. Ya no tiene sueño, ni cansancio, sólo una desolación mediocre. En un arrebato de furia, se encierra en el cuarto de baño y empieza a destrozar las pinturas de maquillaje de Laura, los tarros de crema, el bote de champú, el secador, el cristal. Solloza:

—¡Laura, Laura, Laura!

Pero, ella está ya muy lejos, a kilómetros y kilómetros de distancia, en algún lugar desconocido, inaccesible.

—¡Laura, joder, Laura! ¡Laura!

Grita. Se arrodilla sobre el suelo frío del baño. Busca un rincón para encogerse sobre sí mismo.

Se siente mal, se siente muy mal, nunca se ha sentido tan mal Martín, tan solo. Tan sincera, tan terriblemente solo.

—¡Laura! -implora.

Pero ¿y qué?

# PADRE

## Francisco Manuel Canto Martín

Fotografía: Mario Rubio Noheda

Sí, padre, sí, ya murió, ya murió. Ya las tierras son nuestras, las tierras que nos quitaron, las que te robaron, ya son nuestras. ¿No se alegra usted, padre?, yo ya lo maté, como usted me dijo. Y lo maté con la escopeta que guarda usted en la cuadra, al lado del pesebre y con los cartuchos que pidió hace tiempo a Antonio, el médico. Si lo hubiera visto usted con la cabeza en la tierra y con el traje de los domingos atravesado por dos perdigonazos. Ni uno gasté en balde, padre, ni uno, los dos en el espinazo, para que sepa ese ladrón cómo sabe la tierra.

Corre, y la vida se le escapa a través de los pasos. Cae, igual que ya caen los primeros rayos de sol sobre los cerros que rodean el pueblo a lo lejos. Corre, cae, grita, llora. Cae. Quieren matarlo y él ya lo sabe.

El hombre que lo persigue con la escopeta entre las manos no entiende de súplicas. El pueblo duerme. Es Domingo. Sube desesperado el camino que lleva al cementerio y los zapatos recién comprados se manchan en el cielo que lo inunda. Ya no puede más, su cuerpo está agotado. Y, sin embargo, el hombre lo mira de forma extraña, con sus ojos fijos en la espalda que tiembla de frío, y poco a poco se acerca. Ya apunta. Ya ve un muerto su mirada pegada al cañón de la escopeta, antes de que el cuerpo se derrumbe sobre el barro.

Dos disparos bastan. Dos balas bastan para desgarrar la espalda de aquel hombre, que, ahora sí, ya ha muerto.

Pero qué le pasa, ¿que no se alegra, padre?, ¿que se me va arrepentir ahora, padre? Mire que no lo entiendo, que me mandó usted que ese ladrón tenía que morir para que se hiciera justicia, que me encargó que yo lo matara porque decía que estaba usted ya muy viejo para matar a nadie. ¿Y que ahora se me pone usted a llorar, padre?, ¿que no me mandó usted matarlo?, ¿que no he cumplido, padre? No se preocupe usted mucho, que ahora ya podremos vivir nosotros como marqueses con estas tierras, que mañana mismo estoy yo allí labrando o haciendo lo que haga falta. ¿No se encuentra usted bien? Tendría usted que haberlo visto corriendo por el camino del cementerio, que parecía

querer que lo enterraran vivo allí mismo antes de que lo matara yo. ¿Que no se comió usted el pan que le dejé esta mañana al lado de la cama? Mire que eso fue lo único que me dio el cura, y eso que yo le insistí, y le dije que no tenemos ni ratas en la casa de la poca comida que gastamos. Si hasta las dos ovejas tuve que venderlas el año pasado y el burro está como cansado y no se mueve y nadie me lo quiere comprar. Si llego a saber yo que usted se me pone así hubiera yo vendido la escopeta al médico cuando nos la quiso comprar hace poco y le ahorro yo a usted esas preocupaciones.

Que mire que la escopeta es buena, y antigua. Era del abuelo, y se la dio a usted cuando murió, ¿se acuerda?, y hasta el señorito Alvaro la quería para él porque decía que no había visto arma más franca. Pero usted no se la quiso vender, porque entonces había qué comer en la casa y había tierras y nadie pasaba aquí hambre.

Yo me acuerdo que algunas veces me dejaba la escopeta para que yo matara alguna perdiz, y me decía que nunca había visto a ningún buen cazador que guiñara un ojo cuando apuntaba. Pero me acuerdo que lo que más me gustaba era entrar en la casa con las perdices y las liebres que siempre cazaba colgadas del hombro como si yo las hubiera matado. Y recuerdo que un día viniendo para la casa se nos atravesó un zorro en el camino y a usted le faltó tiempo para echar un pie hacia atrás, apuntar y reventarle la cabeza al animal.

Era noviembre, y como el mes tenía r usted mandó curtir la piel del zorro.

Y dígame usted cómo iba yo a saber que se me iba a derrumbar. Y mire que puse cuidado en hacer lo que usted me dijo, y maté al que nos había robado la finca, y ahora usted me lo agradece con llantos.

Usted sabe que no quiero que sufra y se me muera, porque si no dígame usted qué hago yo tan solo en esta casa y con tanta hambre, pero es que no lo entiendo padre, no lo entiendo.

Me desperté temprano esta mañana para limpiar la escopeta y cargarla con tiempo, y puse cuidado para no despertarlo a usted. Abrí la puerta y no sabía por qué pero estaba como acelerado. Cuando llegué al pueblo no había nadie levantado todavía. El hombre que usted me dijo que matara se llamaba Juan Antúnez y vivía cerca del cementerio, que está en lo más alto del pueblo. Me puse enfrente de la puerta de la casa y di una patada como usted me dijo que hiciera. El golpe debió de oírse en todo el pueblo, pero ni un postigo se abrió.

Un golpe hace temblar la puerta de una casa grande, una de las más ricas del pueblo, aunque su fachada ya dé muestras de vejez. Las grandes ventanas que ocupan la parte superior ya observan como la forja de sus balcones es víctima del frío, de la lluvia y del tiempo y cómo las plantas que un día rebosaron de sol hoy no son más que el relieve de un suelo gris. En su interior vive solo un hombre. Es muy temprano, pero la puerta cruje ante un golpe que el hombre no esperaba. Apenas hay luz en la casa, y el hombre se acerca a tientas a la cerradura de la puerta y abre.

Cuando me encontré con el hombre que usted me encargó que matara le



juro que por poco echo a correr, del miedo que tenía. Parecía, padre, que fuera yo a morir en vez del ladrón que ya estaba preparado para ir a misa. Pero me acordé de usted, y de las tierras robadas, y le puse la escopeta en la frente. Tendría usted que haber visto su cara blanca como la pared de la casa.

Crujen los goznes de la puerta al abrirse, y se resisten a dar paso a dos cuevas, negras como la noche, que poco a poco se diluye en el sol de la bella mañana. Son dos cuevas, dos bocas de lobo más negras que sus fauces y miran con atención la frente del hombre que acaba de abrir la puerta. El que sostiene la escopeta no mira al hombre, ni siquiera parece ser consciente de que la puerta se ha abierto y que aquél al que va a matar está frente a él. Tan sólo sigue con su mirada la línea que dibujan los dos cañones, que tiembla por momentos, y que acaba en un hombre. No ocurre nada. La figura de aquellos dos hombres parecía haber pertenecido siempre al paisaje, como las casas viejas, los trigales o los profusos cerros que ya marcan su silueta en la mañana. Nada piensan aquellos dos hombres, uno acechado por el miedo y el otro por la muerte, ambos enfrentados y sin que sus miradas se hayan cruzado.

El infeliz bajó la cabeza y echó a correr camino arriba.

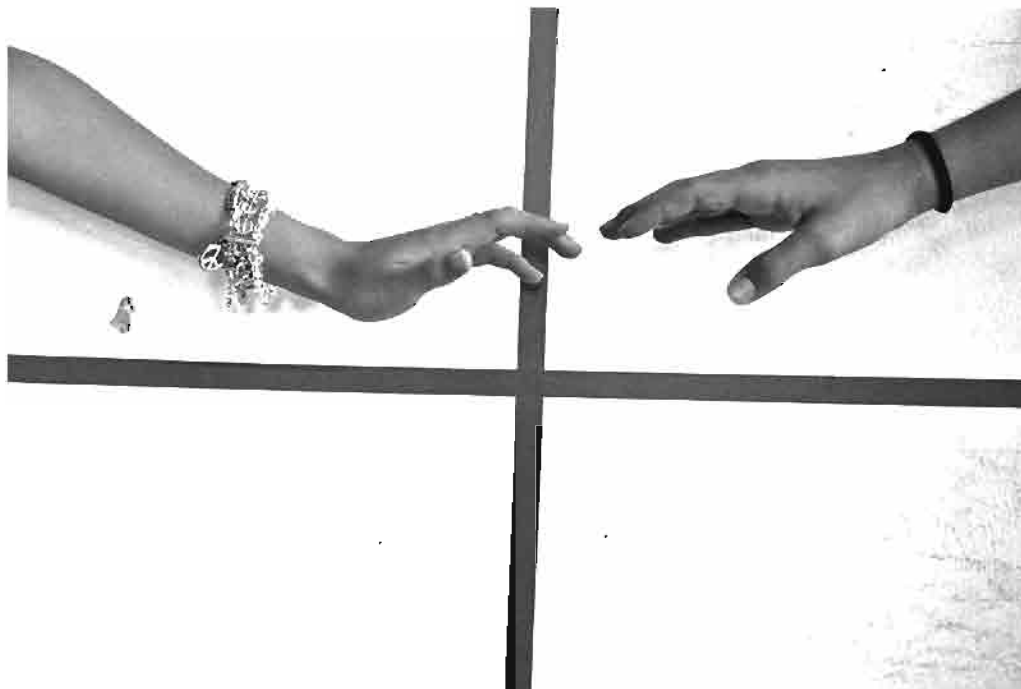
Un atisbo de conciencia llega a la mente del hombre señalado. Su cara pálida no lo sabe aún, y es incapaz de alejarse de aquella negra lanza que le roza y le hiere. Piensa. Piensa en aquel filo helado que no se separa de su frente y en la nariz y la boca que aquel arma deja entrever del rostro que la empuña. Escapa. Su cuerpo es ahora libre, y escapa. La estela de su rostro aún permanece frente al cazador, que lo observa con extrañeza, porque ahora ya no se sostiene el peso de su filo. Porque el cuerpo se ha deslizado raudo y ahora corre torpemente entre las piedras. Y, ahora sí, grita, porque va a morir.

Yo no tuve más que perseguirlo algunos pasos, echar el pie sobre la tierra. Muere también el rostro. Llega la mañana. Las manos que arrancan al hombre del cieno no sienten ya vida en él y recogen la escopeta y corren agarradas a ella. Y ya no reparan en el hombre que ha muerto. Y llega la mañana y el pueblo duerme, y el hombre que ha muerto, ahora duerme.

No me creerá usted, padre, pero ese hombre era igual que yo, y eso que yo solo recuerdo mi rostro de las pocas veces que me he visto en el río. Pero serán cosas mías. Yo me vine corriendo. Y en el camino, fíjese usted que cosas, me acordé de mi madre. ¿Qué le pasó a mi madre? ¿Lo sabe usted, padre? Me dijo usted que murió siendo yo muy niño, pero sólo eso. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué no me enseña dónde están las tierras que nos habían robado? Yo me acuerdo que usted me dijo cómo se las habían quitado, pero de eso hace ya mucho tiempo. Me dijo usted que se presentó aquí, en la casa, el hombre que yo he matado, porque decía que quería comprarle la finca que nosotros teníamos y que le ofrecía seiscientos duros por ella. Esa finca la heredó el abuelo cuando se murió su padre, el bisabuelo José, y se la entregó a usted cuando él también murió. Tenía casi siete fanegas de tierra y eran olivos buenos. De eso si me acuerdo. Y que se presentaron con el Joaquín, el cazador, y Antonio, el dueño de la lechera. Dijo usted que yo tendría uno o dos años. Y también me dijo que los

tres hombres vinieron como con mucha ceremonia y que hasta trajeron cuatro botellas de vino tinto de las bodegas del señorito Alvaro, que tenía mucha amistad con Joaquín, el cazador, después de que su hija se casara con el hijo del señorito, porque siempre iban los dos de caza y hasta lo invitaba el señorito a las monterías que hacía todos los años. También recuerdo que Juan Antúnez, que decía usted que tenía muchos estudios, trajo unas escrituras para cambiar las fincas de manos y que usted tenía que firmarlas. Luego me parece que estuvieron ustedes hablando de muchas cosas y que se bebieron las cuatro botellas de vino que habían traído. Y lo que yo digo, padre, que si usted no sabía ni leer ni tenía estudios como ellos, ¿cómo firmó usted aquellas escrituras sin saber siquiera lo que decían? Pero me dijo también que tuvo usted una disputa con Juan Antúnez a cuenta de unos insultos a mi madre que parece que le dolieron mucho, porque desde entonces se la tenía jurada. Y que por eso le dieron a usted una paliza los tres hombres aquellos que le tuvo que doler como no está escrito. Y al final me dijo usted que le engañaron y que ni le dieron dinero ni finca. Nada más que la humillación aquella tan grande.

¿Y que se me va a poner a llorar otra vez, padre? ¿Pero no ve usted que ya ha pasado todo? No se muera, no me deje usted aquí tan solo. ¡Padre! ¡Padre! Y ahora lo único que escucho de sus labios es ¡Ha matado a tu padre y a tu madre! ¿Qué está usted diciendo? Que no lo comprendo, padre. No se muera usted, padre, ¡por lo que más quiera!. ¡Padre! ¡Padre!





## II CERTAMEN (2003)

### Modalidad A (12 a 15 años)

PRIMER PREMIO:  
*"VIDA NUEVA"*. Aida Roigé Mas.

SEGUNDO PREMIO:  
*"LUNA EN NUEVA YORK O IGUAZÚ NO SON UNAS CATARATAS"*. Isabel Gerrero Llorente.

TERCER PREMIO:  
*"TRAUMA"*. Aroa Cobos Aguiló.

MENCIÓN ESPECIAL:  
*"MI ALMA EN UN TEJO"*. M<sup>a</sup> Dolores Tomás Navarro.

### Modalidad B (16 a 18 años)

PRIMER PREMIO:  
*"AUTODEFINIDO"*. Laura Pérez Torres.

SEGUNDO PREMIO:  
*"INOCENCIA OBSESIVA"*. Rosa M<sup>a</sup> Moya Rubio.

TERCER PREMIO:  
*"UNA MELODÍA DIFERENTE"*. Aroa Jiménez Aranda.

### Modalidad C (19 a 21 años)

PRIMER PREMIO:  
*"UNA HISTORIA DE MI PUEBLO"*. Juan Antonio López Rivera.

SEGUNDO PREMIO:  
*"BENDITO SEAS RUBÉN"*. Demian Alexandre Peed-Reading.

TERCER PREMIO:  
*"TODAS LAS FAROLAS"*. María Sierra González.

MENCIÓN ESPECIAL:  
*"EL MONO DARWINISTA"*. Jorge Enrique Martín Fernández Aragón.

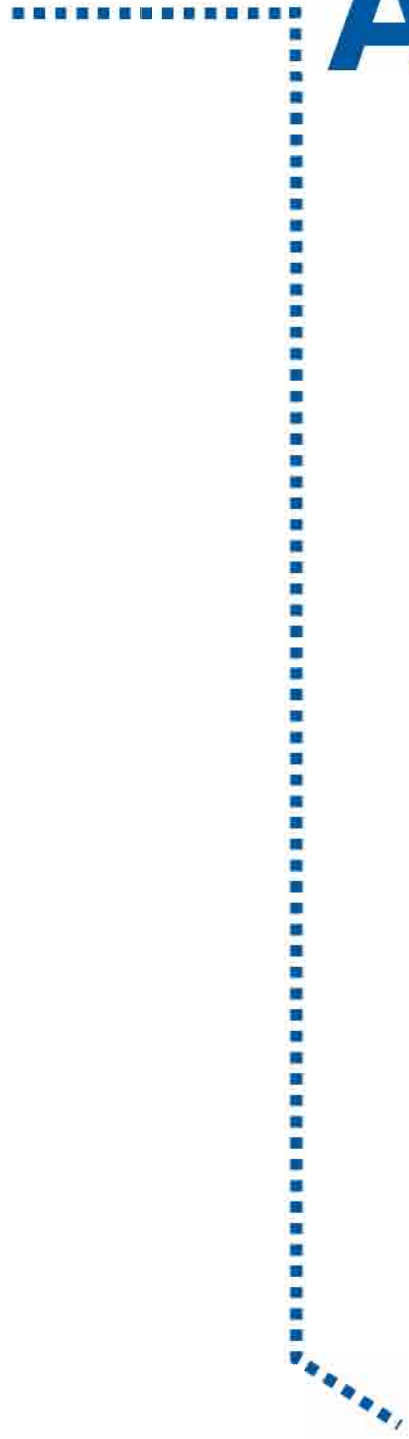
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD A



— |

| —

— |

| —

# VIDA NUEVA

Aida Roigé Mas

Carmen buscó en el fondo de su armario la ropa que hacía tiempo que no se ponía. Después de un rato encontró la que era su falda favorita, de tejero ceñida. Se la puso e intentó subir la cremallera, pero ésta se negaba a subir más allá de la cadera, y Carmen tuvo que abandonar la empresa. “Bah”, se dijo, “no importa. Seguro que la última vez que la lavé encogió. Buscaré otra”. La negra con un corte en la pierna tampoco le entraba, y al final recurrió a la de pana, que con la cintura elástica se amoldó a ella sin rechistar ni evidenciarle esos kilos que había engordado. También escogió una camiseta con un pronunciado escote. Carmen se peinó la melena negra, suelta al viento después de dos años de llevarla siempre recogida en una cola baja y se dio un brillante toque de carmín en los labios. “Un poco de rimel tampoco me vendría mal”, pensó antes de aplicárselo. Con un movimiento veloz, como si se tratara de un delito, también se esparció un poco de color en el escote. “Venga, qué más da, hoy me he decidido a cambiar y voy a cambiar”. Se miró al espejo antes de darse el visto bueno. La verdad es que estaba mucho mejor así. El espejo no le devolvía los treinta y ocho años que tenía, parecía más joven, y se veía guapa. Carmen, como última acción, se calzó unos zapatos de tacón finísimos, que junto a las medias estilizaban sus aún bonitas piernas. No entendía por qué durante todos esos años no se había arreglado nunca así. Cogió el bolso, las llaves de casa y salió a la calle dando un portazo.

El airecillo primaveral movía su melena, y Carmen, no acostumbrada a esa sensación, sentía cosquillas. Los tacones la iban llevando al metro, y ella observó que no había olvidado cómo se andaba con ellos, aunque hacía diez o doce años que no se los ponía. Doce años perdidos para nada. Sacudió la cabeza, pero no se podía quitar esa idea de encima. Ni siquiera había podido ponerse algo que la favoreciese en todo ese tiempo. Se empeñó en olvidar y entró en la parada del metro.

El metro debía estar bastante lleno para ser las nueve y media pasadas de un martes. No pudo coger asiento y se quedó de pie, cogida a una barra, junto

a unas cuantas personas. Fijó la vista en el suelo, pensativa. Iría al barrio barcelonés de Gracia a buscar trabajo. Como era muy comercial, seguro que podría optar a más de un empleo de dependienta. Aparte, buscaría ropa nueva para llenar su armario. Un roce inesperado interrumpió sus pensamientos. Carmen tardó unos segundos en identificar esa sensación. ¡Alguien le había tocado el culo en el metro! Eso significaba que les atraía, ¡no! Giró la cabeza hacia atrás y vio un ejecutivo cuarentón que la observaba indiscretamente, y volvió a su posición inicial, a la nada. Sí, no había duda. Después de mucho tiempo, observó que la gente no era indiferente a ella como antes, sino que la miraban de reojo. Bajó en su parada, descubriéndose atractiva, con una sonrisa en los labios.

Fuera, enfiló la calle principal, llena de tiendas. Paraba en cada escaparate para ver los nuevos modelos y con la esperanza de encontrar un anuncio solicitando personal para la tienda. Carmen se había dedicado durante doce años exclusivamente a las tareas del hogar, un hogar que para ella resultaba frío y solitario, incluso cuando estaba Eduardo. Él siempre decía: “¡No debes trabajar fuera de casa! sólo trabajan las que están solas o con un hombre que no cuida de ellas, que las deja ir sueltas por esos mundos de Dios”. Ahora se daba cuenta de su error haciéndole caso. Pero hoy mismo encontraría empleo, vaya que sí. Se había despertado con la idea de cambiar su vida, y para eso era necesario incorporarse de nuevo al mercado laboral.

En el quinto escaparate en el que se paró vio unos pantalones que le gustaron. Entró en la tienda con paso firme, y mientras, cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no se compraba nada nuevo.

La dependienta se dirigió a ella cortésmente, y Carmen señaló los pantalones del escaparate sin vacilar.

Se los probó y se gustó. Eran muy estrechos, Eduardo le hubiese impedido llevarlos. Le hacían buen tipo. Fue a pagar.

—Perdone —dijo la dependienta después de darse cuenta de que Carmen se iba a marchar—. Pero no se ha vuelto a cambiar.

—No se preocupe—respondió ella—. Me los llevo puestos.

Otra vez en la calle, Carmen siguió mirando escaparates hasta que se topó con una tienda donde ofrecían empleo de dependienta. Se dirigió al interior y sólo entrar, su mirada se cruzó con la del encargado, un señor ya mayor. Él, alegre, la trató amablemente como si se tratara de una cliente. Ella le dijo que venía por lo del anuncio. Él le explicó que necesitaba a alguien para los fines de semana y festivos, ya que la anterior dependienta estaba a punto de dar a luz. Ella sacó su currículum del bolso, con una foto de “la Carmen de antes”, sin maquillar y con el pelo recogido, y se la entregó en mano. El hombre la miró asombrado.

—Sí que has cambiado. Deberías actualizar la fotografía —fue su único comentario. Y leyó el currículum con atención.

Carmen estaba nerviosa, le parecían insuficientes el certificado escolar y



el cursillo de secretariado al que había asistido. El hombre marcó las tres tiendas en las que había trabajado hacía tiempo, antes de conocer a Eduardo.

—Ajá, esto es lo que me interesa —exclamó el dueño.

Con un par de preguntas más terminó la entrevista. El encargado le dijo que ya la llamaría, pero que muy probablemente el puesto ya era suyo.

Cuando Carmen salió a la calle, no pudo evitar que de su garganta saliera un:

—¡Sí!

No creía que le pudiese ser tan fácil rehacer su vida.

Miró otro escaparate, y otro, pero no vio ningún cartel. Se detuvo enfrente del fotomatón. "Deberías actualizar la foto", le había dicho el encargado. ¿Eso significaba que parecía tomada hace tiempo? ¡pero si era del mes pasado! ¿Había conseguido cambiar? Para celebrarlo, usó el fotomatón, abrió el bolso y sacó un puñado de currículos, y cambió las fotos viejas por las nuevas. Al compararlas, se dio cuenta de la diferencia en la expresión: en la antigua parecía triste, mientras en la de ahora se la veía decidida, esperanzada.

Esa mañana recorrió muchas calles y paseos, hasta que se detuvo en un mesón donde servían tapas. Sí señor, ahí también podía entrar sola. Cogió un sitio en la barra y pidió unas tapas variadas. Por fin se podía sentar; de tanto andar los pies casi no le respondían. Había entregado su currículo en siete tiendas esa mañana, de las cuales dos casi le habían asegurado el puesto. Comió con hambre la rebanada con salmón encima, que nunca había probado. La verdad es que estaba muy bueno, ahora entendía por que era tan caro. Quién pudiese aspirar a comerlo cada día.

Eso le dio una idea: ¿por qué no aspirar a un puesto de trabajo más alto? Se acercó a un diario olvidado en la barra. Lo abrió por la sección de empleo, y leyó algunas ofertas que le gustaron. Alguien la interrumpió.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Carmen alzó la mirada y se topó con la de un hombre de su edad, sonriente y con un cigarro en la boca. Ella buscó el mechero dentro de su bolso, mientras él cogía sitio a su lado. Le encendió el pitillo, el hombre le ofreció uno, pero ella negó con la cabeza.

—Haces bien. Yo debería dejarlo —reconoció él con una amplia sonrisa.

A Carmen le pareció un chico agradable, y, deseosa de entablar conversación, dijo:

—Esta tapa de queso de cabra está buenísima —y pegó un bocado al manjar.

—¿De verdad? Gracias por el consejo, es la primera vez que vengo aquí. No sabía por cuál decidirme, y tengo un hambre...

—No, si yo también es la primera vez que vengo —admitió Carmen.

—¿De verdad? Oye, pues eso no puede ser, tendremos que repetir...

—Eso, a ver si nos volvemos a encontrar —rió ella, divertida.

—No, si lo digo de verdad... ¿Volverás mañana? ¿Por cierto, cómo te llamas?

—¿Yo? Carmen.

—Juanjo —dijo él tendiéndole la mano.

Estuvieron el resto de la comida hablando, y Carmen hasta rió en algún momento. Cuando salió del bar, Carmen aún conservaba una sonrisa en los labios, y las palabras pronunciadas le volvían a la mente una y otra vez. Acordaron encontrarse el día siguiente allí, misma hora, mismo lugar. “Una cita” se dijo ella. Estaba eufórica, y se sentía recordada. Esa debía de ser la sensación que se tenía cuando sabías que alguien pensaba en ti, que te estaba esperando. Por fin se sentía bien consigo misma, y estaba dispuesta a ir a por todas. Quizás le hacían falta unas nuevas amistades, gente con la que compartir unas aficiones que estaban aún por renacer. Los antiguos amigos los había perdido por falta de contacto, por eso se había sentido tan sola. Ahora ya no. Quizás ese encuentro era insignificante para Juanjo, pero para ella representaba tantas cosas... En su mano aún guardaba un cachito de periódico con la dirección donde podía conseguir un empleo de azafata. Estaba en otro barrio, tendría que volver a coger el metro. A ver si sucedía como antes, pensó divertida. Recogió la prensa gratuita y entró en el vagón de metro, esta vez casi vacío. Carmen pudo coger asiento y leyó el periódico. Se detuvo en la página de contactos. ¡Claro! ¿Cómo no había caído antes?

Lo que de verdad necesitaba era dialogar, conocer gente, tener algo por lo que luchar día a día. Había muchos grupos mixtos de su edad que demandaban nuevas incorporaciones. Se podía integrar en alguno de ellos y pasarlo bien en sus ratos libres. Carmen hizo una cuidadosa selección de los que le parecieron más serios y más acordes con sus gustos, cogió el móvil y dejó un mensaje en tres de esos grupos.

Esperaba recibir respuesta pronto. Ahora sí que reharía su vida.

El metro paró en Barcelona y ella bajó y se fue al hotel donde tenían lugar las entrevistas. Estaba nerviosa, había muchas chicas guapas y jóvenes, seguramente con estudios. ¿Y qué pintaba ella ahí? No la cogerían: cualquiera de esas universitarias con buen cuerpo era mejor que una casi cuarentona ama de casa que llevaba una década sin conocer el mundo. No podía negar lo que era. Llevaría esa carga siempre encima, como una mochila. Carmen estaba triste porque, pese a sus esfuerzos, el recuerdo insistía en salir, era como una mariposa volando por su cabeza. Y pese al empeño que ella ponía, no conseguía enterrarlo bajo capas y capas de arena. No, no quería sentirse mal otra vez, no quería recordar. Se levantó y se fue sin hacer la entrevista, ignorando al portero.

En la calle de nuevo, Carmen respiró con fuerza. El sol, amortecido en el cielo, la iluminaba con sus rayos tenues. Carmen sintió frío. Pero no llevaba ni una mísera chaqueta. Convencida de que todo le terminaba saliendo mal, agarró el bolso con fuerza y se fue paseo abajo, simplemente por el hecho de estar ocupada y no pensar.

Caminó hasta que llegó al puerto. El sol estaba ya bajo, rojo, fundiéndose

con el cielo. Ella no lo había visto así desde su niñez. Más tranquila, subió a duras penas al espigón del puerto. Los tacones resbalaban y parecía que iba a perder el equilibrio, pero finalmente consiguió subir encima de las rocas y descubrió el mar abierto. Se sentó para ver anochecer. Las ondas del agua reflejaban el sol, y adquirirían un bello tono rojizo. "No tengo que desanimarme" se dijo, "aún hay esperanza de rehacer mi vida. Ayer no tenía nada de nada. Hoy tengo un puesto de trabajo casi seguro, me he comprado estos pantalones nuevos, he recuperado mi estilo, he gustado a un hombre, he probado la buena comida, he quedado con un chico y haré nuevas amistades... Todo esto lo he logrado en un día. Quizás no trabajaré nunca de azafata ni dirigiré una empresa, pero esto es más de lo que he tenido durante todos estos años". El sol ya se fundía con el mar, y dejaba el cielo en la oscuridad. "Me da rabia tener que empezar de nuevo. Si no fuera por él...". Cayó la noche y las estrellas empezaron a aparecer, y Carmen se entretenía observándolas y contándolas. La paz se había apoderado de su interior.

Bien entrada la noche, a Carmen le costaba distinguir la hora en su reloj. Las diez y media ya. El tiempo le había pasado volando, ya tocaba volver a casa. Bajó del espigón y se alejó del puerto, andando tranquilamente entre callejones, alumbrada sólo por la débil luz de las farolas. El aire era gélido y tenía frío.

Casi no había gente, y todas las callejuelas le parecían iguales, hasta las personas se asemejaban entre sí.

Sólo oía el ruido de sus pisadas y algún coche que pasaba de vez en cuando. Se estremeció, el ambiente no era demasiado agradable. De repente paró atención a otro ruido de pisadas que no era el suyo. Por los alrededores no vio a nadie, así que supuso que ese "alguien" debía andar detrás de ella. Siguió su camino tranquilamente, pero al cabo de un rato aún oía las mismas pisadas, que acompañaban las suyas. Nerviosa, apretó el paso. El otro andar también se aceleró. Carmen, desconcertada, pensó que quizás la debían de estar siguiendo. Para salir de dudas, dobló la primera esquina, entrando en otro callejón todavía más abandonado. Cual fue su sorpresa al comprobar que esa persona aún seguía detrás de ella. Quizás era casualidad.

Giró por la próxima calle, hacia el túnel del metro, cada vez más rápido y las otras pisadas continuaban.

No había duda, la estaban siguiendo. ¿Qué podía hacer? No había nadie en la calle, solamente ella y la otra misteriosa persona... Suerte que el metro estaba cada vez más cerca... Si continuaba con este paso rápido, seguramente podría llegar en...

—Guapa! ¿Quieres compañía?

La voz la asustó aún más. Venga, rápido... Sólo faltaban unos pasos para la boca del metro...

Se preguntó qué clase de persona debía ser el dueño de aquella voz... La parada ya se divisaba, pero aún la acompañaba el misterioso personaje. Sin dejar de caminar, localizó su tarjeta de metro y la mantuvo en la mano. Ya no le hacía

ni pizca de gracia el que la seguía, ni siquiera se atrevía a girarse para ver cómo era. Bajó corriendo las escaleras, introdujo la tarjeta en la ranura de la máquina, pasó, y cuando las compuertas se cerraron, por fin tuvo el valor suficiente para girarse hacia el seguidor.

Ese pelo oscuro, esos ojos negros y esa cara de duro eran los mismos que había visto cada día. ¡Era Eduardo! Ella no daba crédito a lo que veía, seguramente no la había reconocido hasta entonces, él parecía que tampoco se lo creía. Carmen lo recordó todo en apenas unos segundos: su boda, el piso nuevo, cómo la presionó hasta que dejó el empleo, y posteriormente cómo se fue alejando de sus amigos y familiares por las reprobaciones de Eduardo... Cuando se quiso dar cuenta se había convertido en una triste ama de casa sin otro motivo de vivir. Pero luego llegó lo peor: los insultos, la desaprobación, la inferioridad... Ella callaba y aguantaba, todavía le quería, tenía la esperanza de que algún día cambiaría, que se daría cuenta por sí solo... Hasta que, hacía un mes, él le dijo que la dejaba, que tenía a otra mujer a la que quería... Carmen sufrió viendo lo bien que trataba a la otra mujer, cuando ella ni siquiera había gozado de la mitad de consideración. Ayer firmaron los papeles del divorcio, para que Eduardo se pudiera ir con su "chica". Él le había destrozado la vida...

No se lo podía perdonar...

—Ca... Carmen... ¿Pero... —balbuceó Eduardo, su exmarido.

—Mira, capullo —le dijo Carmen con actitud amenazadora—. ¡Ni te me acerques! ¿Es así como vas babeando detrás de las mujeres?

—No.. Es que... yo...

—Eres un desconsiderado y... —Carmen se asombró al ver a Juanjo, que casualmente estaba entrando en el metro.

Él la había visto, e iba hacia ella para darle dos besos. Entonces Carmen tuvo una idea: giró la cara y le dió un besazo de película en la boca a Juanjo, que, aunque sorprendido, se dejó hacer. Cuando el beso terminó, Carmen se giró hacia donde un momento antes estaba Eduardo.

Él ya estaba varios metros lejos, yéndose con la cara inundada de rabia. Carmen sonrió de satisfacción, pero sus ojos se toparon con los sorprendidos de Juanjo.

—¿Y eso...? ¿A qué ha venido...?

Carmen se encogió de hombros, sonriendo.

—¿Qué puedo contestarte?

# LUNA EN NUEVA YORK O IGUAZÚ NO SON UNAS CATARATAS

Isabel Guerrero Llorente

Ilustración: Rafael Richat Bernabeu

“Bajé a sacar la basura, miré hacia el pequeño cielo de Nuevo York y no vi la luna”.

Eran las cinco de la mañana, yo dormía en el sofá de mi piso, del West Side, de repente sonó el teléfono:

—Ann —dijo una voz amable y somnolienta— soy yo, Valeria. Tienes que hacer las maletas, te vas a Argentina.

—¿A Argentina? ¿No estaba allí Marta?

—Sí pero ha tenido que volver. Un problema de apendicitis. Tu vuelo sale hacia las diez, pásate por redacción a las seis y te daré más detalles. ¡Bye!

—Vale. Hasta luego.

Me senté en el sofá un poco aturullada. De repente me llamaba la directora de redacción de la revista para que fuera a Argentina. Sabía poco de ese país latinoamericano. Argentina..., dejadme pensar... capital Buenos Aires, la casa Rosada, la sonada crisis económica... ¡Ah! ¿No era allí donde están las cataratas del Iguazú? Había visto algunas imágenes de ellas, un lugar lleno de magia y fantasía.

Al llegar a redacción Valeria empezó su discurso con voz acelerada, característica de estrés neoyorquino.

—Las seis menos cuarto estás batiendo tu propio récord. Bueno, aquí tienes el billete de avión, sólo es de ida. En cuanto Marta se recupere volverá ella. Cuando llegues pide un taxi, y que te lleve a esta dirección: C/. Córdoba nº25. Ella se alojó en un hotel, tú estarás en casa de una familia, con todo este

lío de reducción de presupuesto no tenemos para más. Ya hemos pagado tu alojamiento y dos comidas al día. ¿Alguna duda?

—Nada, de acuerdo.

—Bueno, puedes irte ya si quieres, llámame si tienes cualquier problema.

—Ok. ¡Hasta pronto!

—Hasta pronto, Ann.

Decidí que lo mejor no sería coger un taxi hasta el momento de ir al aeropuerto. Nueva York, a las 7:30 de la mañana, puede ser un auténtico caos automovilístico.

Una vez en el aeropuerto, lo de siempre. Que si detector por aquí y detector por allá. Justo cinco segundos después de sentarme en el avión caí completamente dormida.

Buenos Aires, o cómo descubrí a Iguazú.

Desperté con el ruido del aterrizaje en pista, había pasado durmiendo todo el viaje. Cogí un taxi que me llevó hasta la casa donde había de alojarme.

Ya había llegado, calle Córdoba nº25, casa de la familia Mendoza. Llamé a la puerta y una chica de piel oscura y cabello negro salió a recibirme:

—Usted debe de ser la señorita Ann —dijo con su bonito acento.

—Así es —contesté.

—Pase, pase. Le enseñaré su habitación, Si quiere algo estaré en la cocina.

La habitación no era gran cosa. Un armario, una mesa, una silla y una cama.

A pesar de su sencillez aquel cuarto provocaba una sensación cálida y de absoluta tranquilidad. Unas cortinas rojas jugueteaban con los rayos de sol que se colocaban detrás del gran ventanal.

Después de deshacer mi maleta y acomodarme en el que tendría que ser mi hogar durante unos días, me dirigí a la cocina, para preguntarle algunas cosas a la chica. Ahí estaba ella, envuelta entre cacerolas y sartenes.

Tras la consabida presentación (“No me has dicho tu nombre”) “Oh! Qué despistada soy. Me llamo Carolina”, me contó que allí vivían sus padres, ella y sus dos hermanos, Iguazú de 13 años, y Alfonso, de 6. Cerca del mediodía aparecieron un chico y una chica, seguramente Alfonso e Iguazú.

—¡Hola! —dijeron los dos a la vez con espléndidas sonrisas infantiles.

—Mire, Ann, éstos son Iguazú y Alfonso. dijo Carolina.

—Encantada de conocerlos, chicos.

Iguazú ayudó a poner la mesa mientras Alfonso jugueteaba por el pasillo. Comimos. Después empecé mi labor como reportera. Debía continuar el reportaje sobre economía argentina que había comenzado Marta. Eso es lo que haría todas

las mañanas y por las tardes, pero las noches eran para mí, y de eso hablaré de aquí en adelante.

### 1ª noche, o "La luna"

Llegué a mi nueva casa hacia las diez, justo para cenar, allí, en la cocina, estaban Sandra, o mamá, Gonzalo, o papá, Carolina, Alfonso e Iguazú. Durante toda la cena noté que ésta última me miraba mucho. Al terminar sólo quedábamos ella y yo quitando la mesa.

La chica era extremadamente bonita. Tenía unas manos menudas que jugueteaban incansablemente con su melena negra y ondulada. Lo que más sorprendía de ese rostro juvenil eran sus ojos, de un azul acuoso muy poco usual entre la gente de esa zona.

—¿Por qué te llamas así? —le pregunté.

—¿Por qué tú te llamas Ann? —dijo algo enfadada.

—Vale, vale. Tampoco es para ponerse así. ¿¿Qué es eso!!? —pregunté sobresaltada, había visto algo brillante cruzar la habitación.

—¿El qué?

—Acabo de ver algo muy brillante cruzar la habitación, como una bola o algo así.

—Ah..., eso. No, no es nada. Vamos, supongo que no sería nada —En su tono de voz se adivinaba que intentaba ocultar algo.

—No, no. Yo he visto algo. ¡Ahí está otra vez! —corrí tras aquella misteriosa esfera brillante sin poder alcanzarla.

—¡Basta! —gritó la chica con voz quebradiza.

Quedé paralizada.

—¿Estás segura de que has visto algo?

—Segurísima —aquello empezaba a inquietarme. ¿Qué podría ser?

—¿Algo como esto? —Iguazú hizo un movimiento circular con las manos y de ellas surgió una gran mariposa azul rodeada de un halo plateado. Esta es Luna. Bueno, concretamente Mariposa Luna.

—Pero... pero... —titubeé.

—Parece ser que eres una de las elegidas.

—¿Elegida de qué?

—Tranquila, cada cosa a su tiempo. De momento ya sabes mucho, puesto que conoces la existencia de la mariposa. Relájate, no va a pasar nada. ¿Quieres venir a mi habitación? Te contaré algo más sobre lo que has visto y sobre mí.

Su cuarto era muy diferente al resto de las estancias de la casa. Una habitación pequeña con moqueta y con paredes azules. En el techo, de un bonito color azul oscuro, había pegatinas de estrellas y planetas fluorescentes simulando el firmamento.

Me indicó que me sentara en la cama, junto a la ventana, y encendió una lámpara con forma de globo terráqueo que producía una luz amarillenta y que hacía aún más bonitos sus ojos. Aquello era perfecto, las estrellas y planetas en el techo y la tierra iluminada desde su mesilla, sólo faltaba la luna, aunque esta era bien visible desde la ventana.

Debido al encanto de la situación ya me había relajado, escuchaba atenta todo lo que brotaba de la sonrisa de la niña.

—¿Ves la luna? —dijo señalando hacia el exterior— Bien, pues con ella empieza mi historia. Por favor, no me interrumpas mientras te cuento mi secreto o la magia desaparecerá.

—¿La magia?

—¿Quieres escucharlo o no?

—Claro.

—Pues haz el favor de callarte —me repitió sin dejar de sonreír—. Todo empieza cuando no había hombres en el mundo, cuando los planetas pensaban y, aseguran, que incluso hablaban. Por aquellos tiempos la Luna y la Tierra eran muy amigas. La Luna le prometió a la Tierra que, cuando aparecieran los hombres y no pudieran hablar, ella se convertiría en una chica y así podrían estar siempre juntas.

Esa chica llevaría el nombre de un río y viviría en un país de Sudamérica. Tendría la piel tostada, pelo negro y ojos de agua cristalinos. ¿Has visto alguna vez a una chica así?

—Sí, a tí Iguazú.

—Así es, yo no soy Iguazú, soy Luna. Tal vez no te baste con Mariposa para creermelo, así que mira.

Extendió la palma de su mano y en ella se vio la imagen de una luna igual a la que se veía a través de la ventana.

—Esta es la prueba. No soy Iguazú, soy Luna.

Mi asombro crecía con cada palabra, con cada gesto de la chica. Mariposas y bolas brillantes, Luna, planetas que hablan... Verdaderamente no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Según la leyenda, para que la Luna viva en la Tierra, debe ir confesando su secreto a cuatro personas antes de cumplir los 15 años. En realidad, lo saben cinco personas, puesto que, a la madre de la nueva Luna, la anterior le cuenta el secreto la última vez que se ven antes de morir. Mi bisabuela era Luna, se llamaba también Iguazú. Murió un día antes de nacer yo.

—Lo siento.

—No, no debes sentirlo. Ella sabía que moriría antes de nacer la siguiente Luna. Era ya muy mayor y, cuando se enteró de que mi madre estaba embarazada, comprendió que nunca nos llegaríamos a conocer.

—¿Quieres decir que tu madre no sabía que tu bisabuela era Luna hasta su muerte?



—Exacto. Luna sabrá quienes son las otras cinco personas porque a estas se les aparecerá la mariposa. A mi padre se le apareció cuando yo tenía 5 años, mamá me ayudó a contárselo. También lo sabe mi abuela, Marcus, un amigo de California, y Samanta, que es profesora de Astrología en la Universidad y al principio no creía nada de esto.

—Perdona que no te acabe de entender. Me resulta muy extraño. Acabo de llegar a un país que no conozco y me encuentro con una niña que dice ser la Luna.

—Es que es verdad, yo soy Luna.

—Si yo te creo, sólo te digo que me cuesta mucho entenderlo. A ver, ¿para qué se supone que estás aquí? ¿Qué haces en la Tierra?

—Te lo dije antes. Soy fruto de una promesa de amistad. Iguazú hace que Luna y Tierra estén juntas por siempre.

—¿Se te puede considerar un ser mitológico o algo así?

—En cierto modo tal vez sí, pero la mitología no es real. Esto sí.

—¿Y de qué nos sirve a los humanos toda esta historia?

—Creía que sería más fácil contigo que con Samanta, ya veo que no. Además de perpetuar la amistad de ambos cuerpos celestes, Luna es la memoria de la Tierra. Existimos desde la antigüedad, y la memoria de la primera de nosotras pasó a la segunda y así sucesivamente. Podríamos decir que somos la base de datos del mundo. Guardamos en nuestra mente todas las cosas bellas de la Tierra para contárselas en nuestra muerte a Luna, la de verdad, ese astro que ves tras la ventana.

—¿Cuáles son esas cosas que guardáis?

—Sonrisas de niños, miradas confusas, leyendas, historias, lugares...

—Eso quiere decir que habrás viajado mucho.

—Te equivocas, no he salido nunca de Argentina.

—¿Sólo le describirás a Luna lugares de aquí?

—Cuando digo que no he viajado me refiero a que no lo he hecho de forma física —debí poner una cara rarísima, por lo que la chica empezó a reír—. Jaja. Mejor lo dejamos por hoy. Has de dejar pasar un poco de tiempo para asimilar todo lo que te he contado. Además, seguro que tienes un montón de cosas por hacer.

## 2ª Noche, o Luna llena.

La segunda noche Iguazú me propuso ir a dar un paseo por el parque.

—Qué bonito está el cielo. —dije a la niña.

—Hay Luna llena.

—Sí, es preciosa.

Le brillaban exageradamente los ojos.

—¿Te pasa algo? —pregunté preocupada.

—No le dio tiempo a contestar. Un halo de luz la rodeó y ella flotó en el aire. Una extraña música, como proveniente de otro mundo, inundó los sonidos nocturnos. Yo no estaba asustada, ni tan siquiera nerviosa. Era tan bonito verla allí, rodeada de mágica luz que el terror tenía miedo de aparecer.

Al cabo de un minuto la chica volvió a su estado normal y me explicó qué era lo que había pasado:

—Cuando hay Luna llena necesito venir aquí para recargar mi energía, yo soy como los humanos, pero a la vez soy Luna y necesito de su energía para vivir. O más bien necesito de la energía de mi otra yo para poder vivir en la Tierra. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Es complicado pero me voy haciendo a la idea.

3, 4, 5, 6 noches, ojalá fueran mil.

Todos los días, al ponerse el sol, yo volvía a la casa y acababa mis artículos mientras Iguazú desnudaba, poco a poco, el secreto de Luna.

Ella viajaba, por supuesto que viajaba. No había salido de Argentina y conocía como la palma de su mano los largos inviernos polares, las noches en la India con olor a especias, los suspiros y palabras de amor que miles de parejas se habían susurrado mirando a la luna. Todos los mares, ríos, lagos, glaciares y océanos donde el susodicho astro había posado su silueta alguna vez, eran conocidos por ella.

Al recargar su energía ella veía uno de esos lugares. Ésta era su manera de “almacenar” recuerdos para luego transmitírselos a Luna, a la Luna de verdad.

En aquellos días Iguazú también tuvo tiempo de compartir conmigo algunas de las historias, leyendas o poesías que había oído siendo astro en algún lugar del mundo.

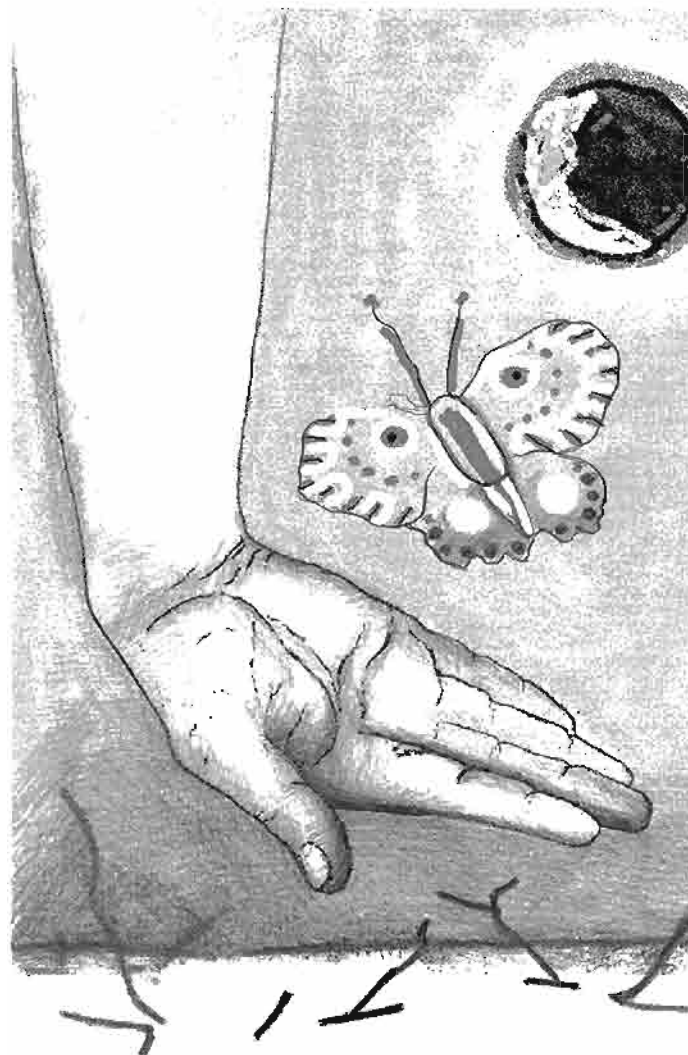
Recuerdo con especial cariño cómo me contaba lo que la gente había dicho mientras la contemplaba en el cielo. Cómo había servido de inspiración para muchos pintores, poetas y escritores.

Tantos acontecimientos habían sucedido bajo su lejana mirada... Me contó que una chica consiguió alegrar a una amiga suya diciéndole lo siguiente: “A veces todos tus errores se amontonan y te sonríen desde un rincón. Te empeñas en aplastarlos y siguen allí, hasta que eres capaz de amontonarlos con tus propias manos y reírte antes que ellos.”

Como todo lo bueno, las noches de fantasía e historias viajando con Iguazú acabaron, esto ocurría en la 7ª noche, o la llamada.

Estábamos Iguazú y yo en mi habitación, ella leía, yo acababa un artículo. El silencio de la noche se rompió con el aullido del teléfono móvil.

—¡hola, Ann! Mañana llega Marta a Argentina. No ha hecho falta una operación, tan solo un poco de reposo. Pasado mañana sale tu avión, te mando



por e-mail la contraseña para recoger tu billete, ¿ok? hasta pronto Ann.

—Ok. Hasta pronto.

Cuando colgué se me destrozó el corazón, me encantaba pasar las noches con Iguazú, aunque la conocía unos días, me llevaba muy bien con ella.

Era una chica especial. Distinta, con esos ojos azules y esa piel morena, sus historias, sus leyendas, sus consejos y sus lecciones sobre la vida. Tragué saliva e intenté decirle que me iba:

—Iguazú, ya es hora de dormir, venga, a la cama— le dije.

—Primero te contaré una leyenda china, ¿vale?

—Bueno —dije mordiéndome el labio inferior.

Cuando acabó con la leyenda ya no tuve valor de decirle que me marchaba, lo dejé para el día siguiente.

8ª noche, o la despedida.

—Me voy —le dije—, mañana por la mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó, a la vez que una delicada lágrima brotaba de sus ojos.

—Sí, me tengo que ir ya —apenas encontraba palabras para decirlo. Le había cogido tanto cariño...

—Prométeme —dijo mientras su rostro se invadía de lágrimas—, prométeme que cuando mires al cielo de Nueva York y veas la luna pensarás en mí, así podré verte cuando recargue mi energía.

—Prometido, pero no llores, ¿dónde se ha visto a la luna llorar?

Sonreímos y nos prometimos con la mirada que nos volveríamos a ver, que el recuerdo de la otra estaría siempre en nuestras vidas.

A la mañana siguiente me fui de Argentina, país que nunca podré olvidar porque me enseñó algo que pocas personas saben, que la luna tiene rostro y trece años. Un montón de magia invade esa esfera que vemos todas las noches y de la que, en realidad, no sabemos nada.

“Bajé a sacar la basura, miré hacia el pequeño cielo de Nueva York y allí estaba ella, la luna, Luna, Iguazú”.

# TRAUMA

Aroa Cobos Aguiló

Ilustración: M<sup>a</sup> Asunción Pérez Maciá

—¿Sabes? Siempre he cuestionado la existencia de la justicia. La verdad es que es una cuestión bastante común. No es que la gente se lo pregunte muy a menudo... pero estoy segura de que es un tema que se ha planteado muchas veces. En realidad no sé por qué me pongo a pensar en esto ahora. Creo que esta sala blanca, grande, esta silla, esta camisa, el ambiente, las medicinas, el trato, la luz, yo misma... todo este conjunto de elementos y otras sensaciones te empujan a pensar, a recordar... de hecho esta es la primera vez en el mes y medio que llevo aquí que me paro a pensar seriamente. A lo mejor me he cansado.

Quizás lo debería haber hecho al principio. No sé por qué, pero después de tanto tiempo lo recuerdo... lo veo tan claro... Puede que aquel día no debiera haber vuelto a casa. Puede que no debiera haber desobedecido a mis padres.

—¿Desobedecerles? ¿Cuándo? Explícate.

—Las aprovecharéis todas, ¿eh? Pues... es una historia muy larga. ¿Seguro que la quieres oír?

—Adelante.

—Era el día de mi cumpleaños. Cumplía 7 años. Mis padres me dijeron que tenían trabajo y que tendría que pasar el día en casa de mis tíos. Suponía que me querían dar una sorpresa, que por la tarde se presentarían allí con un pastel y un regalo, que lo celebraríamos allí mismo, con mis tíos. ¡Mira que llegaba a ser ilusa! Me estaba cansando de esperarles y a eso de las 6 de la tarde -sí, aún lo recuerdo- fui a mi casa, sin que mi tío, que se suponía que me estaba vigilando, se diese cuenta. Mi casa estaba a un cuarto de hora caminando. Cuando llegué vi que la puerta de la entrada estaba mal cerrada. La abrí bruscamente, con la intención de que, si estaban en casa, me verían enfadada, decepcionada. Me dirigí al comedor, pero no entré. Me quedé detrás de la puerta, mirando. Allí estaban, mi madre y mi padre, pero acompañados de un hombre y una mujer. Me quedé allí, escondida, de espectadora. Los cuatro estaban muy serios. Se ve

que aquellos pertenecían a una organización llamada Riben, a la cual, según pude entender, mis padres le debían mucho dinero. Aquel día era la fecha límite de pago.

En mi casa no teníamos mucha riqueza, pero nunca habría pensado que mis padres estuviesen endeudados. No tenía una relación estrecha con ellos. Mi madre siempre trabajaba y cuando no, estaba bebiendo cerveza o haciendo faena. Mi padre tenía el turno de noche, así que el resto del día estaba en casa durmiendo.

Bueno, el caso es que aquella mujer que estaba con ellos sacó... sí, aquella desgraciada sacó una navaja bien grande y afilada que, rápida y violentamente clavó a mi madre en el estómago. Mi padre, sin pensarlo, se lanzó encima de la mujer, furioso. El hombre cogió a mi padre del brazo y le disparó 3 tiros en la espalda. Cayó al suelo. Mi madre, aún consciente, se levantó como pudo, pero la mujer la cogió del pelo y le asestó más de diez golpes en la cabeza contra la esquina de la mesa. El suelo, como la mesa, se tiñó de sangre. La cara de mi madre estaba completamente cubierta por el color rojo que salía de su frente. Yo estaba inmóvil, tenía la mente invadida por un terrible sentimiento de horror e impotencia.

Aun así no dejaba de mirar, ni siquiera parpadeaba. Quizás para no sentirme más cobarde de lo que estaba demostrando ser al no ir a ayudarles. Temblaba, pero ni un sólo gemido salió de mi boca. Mi padre, para mi indefinible sorpresa, todavía vivo, cogió un jarrón y lo lanzó contra el hombre... pero la puntería le traicionó. Aquel desgraciado, al ver las desafortunadas intenciones de mi padre, se dirigió a él y, a golpes de navaja, lo mató. Un río de sangre llegó hasta mis pies. Mi padre estaba muerto y mi madre... mi madre estaba siendo apalizada por aquella maldita mujer. Su cara, cubierta de sangre, quedó demacrada por los puños de aquella persona. Entonces, los dos se dirigieron hacia la salida del comedor, donde estaba yo. Rápidamente, me escondí en el mueble que había a mi lado. Entraron a la habitación de mis padres y salieron con un sobre en el cual mis padres tenían guardados todos sus ahorros. Se fueron. Yo aún estaba allí escondida. Finalmente, al cabo de un rato, me decidí a salir. No sé por qué esperaba que hubiese sido un sueño... o que sólo tuviesen heridas leves. Pero allí estaban los dos. Mi padre se encontraba estirado en el suelo, apoyando su espalda en el sofá, con la cara hinchada, llena de sangre... con los ojos abiertos, bien abiertos. Me miraban. Me quedé de pie, delante de ella. —"Hola"— dijo. Yo estaba completamente aturdida, tanto que ni me sobresalté al escuchar lo que me dijo alguien a la que creía muerta. Me acerqué a ella, apoyé mi cabeza en su pecho. El corazón se le había parado. Aquel "hola" fue lo último que dijo, su último esfuerzo, su último aliento. Me quedé abrazada a ella, coloqué su brazo de manera que me rodeara. Ya no desprendía el olor de mi madre, sólo olor a sangre fresca. Mirando a mi padre, acariciando el brazo de mi madre, me quedé dormida. Cuando me desperté al cabo de una o dos horas, me costó salir de entre sus brazos, rígidos y fríos. Era de noche. De repente, oí el sonido de la puerta y la voz de mi tío que me llamaba. Cuando entró en el comedor se quedó quieto. Mudo. Inmóvil. El horror y la inquietud estaban escritos en su cara. No dijo nada. Entonces rompió a llorar, haciéndose preguntas en ese momento sin

respuesta. Yo me fui a su coche, a esperar. Al cabo de unos 20 minutos vi que llegaba la policía. A partir de entonces todo fue muy rápido.

Nos llevaron, a mi tío y a mí, a comisaría. La primera en pasar a la sala de interrogatorios fui yo, pero no dije nada. Al día siguiente, volvimos a ir. Le explicaron a mi tío lo que habían averiguado hasta el momento, supuestamente yo no lo tendría que haber oído, pero en un momento de descuido del guardia me puse detrás de la puerta y lo oí todo. Cabía la posibilidad de que los asesinos fueran miembros de una organización que traficaba con drogas. Entonces mi tío confesó que mis padres eran camellos y que hacía un tiempo cometieron un grave error y se endeudaron. Aún así, pensaba que habían podido salir adelante y que habían dejado aquel mundo. Efectivamente, mi tío estaba equivocado.

Las escenas se repetían en mi interior. La cabeza de mi madre golpeada una y otra vez contra la esquina de la mesa, la sangre cayendo sobre su cara, como si fuese una cascada. Mi padre apuñalado una vez tras otra, la sangre extendiéndose por el suelo, la expresión de satisfacción y frialdad en el rostro de aquella mujer... todo estaba grabado en mi mente. No había noche en que no soñase con eso. Pero en ninguna de esas pesadillas cambiaba nada. En ninguna de ellas intentaba ayudarles.

No volví a pronunciar ni una palabra hasta que cumplí los 10 años. Desde la muerte de mis padres vivía con mis tíos. Aquellos tres años los pasé de visita en visita al psicólogo. Aquella experiencia me había provocado un trauma. Aun así, no lograron hacer que volviera a hablar. A veces, cuando estaba en casa, sola, veía a mi madre. Sentada en el sofá, con una cerveza en la mano, su pelo despeinado, la cara completamente pálida, huesuda y demacrada, con unas ojeras exageradas, los labios morados y la navaja aún clavada en el estómago. Siempre me la encontraba -y me la encuentro- así, mirando la televisión. Le hablaba, pero nunca contestaba. Me sentaba a su lado, pero ni tan sólo me miraba. Mi padre, en cambio, sí se dirigía a mí... aunque de otra manera. Me lo solía encontrar por la calle. Caminaba junto a mí, sacaba una pistola del bolsillo de la chaqueta y me disparaba tres veces en la espalda. Dolía. Gritaba. Pedía ayuda. Nadie quería verme. -"Está loca"- decían.

Ahora mismo mi madre está aquí, sentada en la silla del fondo de esta sala. Nos mira y sonrío. Es una sonrisa tétrica, debe reírse de la lástima que, seguro, doy en estos momentos.

La vida en casa de mis tíos era normal, pero mi tía no me veía con buenos ojos. Para ella yo no era más que "la basura de la familia", es decir, de mis padres. Sólo era la continuación de la mancha que ellos comenzaron y que yo, con su muerte, heredé. Pero mi tío siempre me defendía.

Cuando él estaba en casa, no había problema. Aunque yo no pronunciase ni una palabra, mi tía las aprovechaba todas para echarme tierra encima, para hacerme ver lo agradecida que tenía que estarle, pero cuando él estaba con nosotras, no había lugar para la discusión. El silencio me invadió durante aquellos tres años, pero poco después de cumplir los 10 años, mi tío murió. Cáncer de pulmón. Entonces, no sé por qué, rompí mi largo silencio. El trato que recibía

de mi tía era cada día peor. Además, las pesadillas relacionadas con aquel día, con mi séptimo cumpleaños, se repetían constantemente. Pero hubo algo que me sorprendió. Ya no lo pasaba tan mal como anteriormente. Era como si mi "yo" de la pesadilla se hubiese acostumbrado a ver la cara demacrada de mi madre, o a ver como las balas atravesaban el cuerpo de mi padre, o cómo olía la sangre que cubría el suelo.

A los 17 años, cansada de los malos tratos de mi tía, decidí irme de casa; pero un día, ¡cómo no!, empezamos a discutir. No me preguntes el por qué, ya que ahora mismo no me acuerdo. El caso es que ella me empujó contra el armario de la cocina y, con el golpe, el cristal de éste se rompió. Me toqué la parte trasera de la cabeza y noté que me había hecho una buena herida. Cuando vi mis manos impregnadas de sangre las acerqué a mi cara y empecé a frotarla. Aquel olor familiar, me recordaba a aquella vez... Mi tía me preguntó qué hacía restregándome la sangre por la cara. Me llamó loca, me dijo que la muerte de mis padres me había afectado por completo el cerebro.

Tenía razón, ¿no? Quizá sí que me había afectado a la cabeza. O no... ¿y si en realidad, anhelaba el color rojo vivo de la sangre? Puede que echara en falta el intenso olor de la sangre fresca. Sí, fue ver la sangre en mis manos y... y... Rechazo. La cara de mi tía estaba llena de rechazo, de odio, de asco, de desprecio. Pero cuando aparté la mano manchada de sangre de mi cara, su rostro cambió por completo. Sí, me sentía llena. El simple hecho de ver el cambio de expresión en la cara de aquel ser asqueroso con el que había tenido que convivir durante aquellos años, que no me aceptaba, que se creía tan superior a mí... Sí, cuando su expresión de seguridad y desprecio cambió a confusión y miedo, mi interior empezó a arder. Papá, mamá, fue por vosotros dos. Sí, os hice el mejor homenaje, ¿verdad? Aquella mujer tan estúpida, que siempre os había dejado de lado, quien siempre os había humillado... en aquel momento ella dependía de mí. Por ti, papá, cogí un cuchillo y lo clavé incontables veces en su cuerpo... como hizo contigo aquel hombre. Mamá, golpeé su cabeza contra la esquina de la mesa tantas veces como la imagen de tu muerte se reflejaba en mi memoria. La sangre me salpicaba, pero no me sentía sucia... un sentimiento que todavía ahora no sabría describir, me llenaba en aquel momento. Sus gritos de dolor eran la mejor música que podía oír. Muerta. Estaba muerta.

Me senté a su lado y empecé a remover el charco con mis dedos. Abracé el cuerpo sin vida de mi tía.

Sentada en el suelo, abrazándola... Pasó el rato, pero yo seguía allí. Sonó el timbre, pero no abrí la puerta. Estaba tiñendo el pelo de mi tía con la sangre que había quedado esparcida por el suelo. Recogí del suelo el cuchillo con el cual la había apuñalado tantas veces. Se lo clavé en el estómago. Le deshice el moño que llevaba, soltándole así el pelo y alborotándoselo un poco. Le esparcí un poco más de sangre por la cara y allí estaba, mi madre de carne y hueso. Pero aún y así, seguía fría, sin hablarme, sin mirarme... muerta. ¿Por qué la había matado? Mientras intentaba reflexionar, sonó el timbre de nuevo. Esta vez forzaron la puerta y entraron. Eran la vecina y su hijo mayor. Cuando llegaron a



la cocina y nos encontraron, a mí y al cuerpo de mi tía, se horrorizaron. La vecina gritaba y lloraba, su hijo fue a llamar a la policía. Cuando llegaron, me llevaron a comisaría. ¿Quién pensaría que diez años después volvería a estar sentada en la silla de la sala de interrogatorios? Pues allí estaba. No mentí, pero la realidad les gusto menos de lo que, creo, les iba a gustar cualquier otra mentira.

Mis declaraciones y posteriores análisis y pruebas me llevaron a este psiquiátrico. Determinasteis que mi estado mental no era precisamente bueno. Y yo pregunto, ¿el de aquella mujer sí lo era?

Algunos de los sentimientos por los cuales se mueven los humanos son el odio, la superación, la venganza, etc. ¿Querrías matar a alguien? No. Tú no. Tú eres normal. Tú eres una persona sana, equilibrada mentalmente. ¿Y aquellos dos? Los asesinos de mis padres. ¿Qué eran ellos? Matar a una pareja por un puñado de billetes, por un montón de polvo blanco. ¿Aquello lo justificáis? Seguramente no y mi caso puede que tampoco sea justificable... pero la diferencia es que yo estoy loca y ellos no. ¿Cómo es que ellos no están locos?. Pero yo no quiero pasarme la vida con esta camisa de fuerza puesta. Soy una asesina, sí. Pues encarceladme, pero no me tratéis como algo que no soy. A ver, el que pulsa el botón de la silla eléctrica o el que pone la inyección letal no es ningún criminal. ¿Por qué? Porque todo esto son motivos que nos creamos nosotros mismos para justificar nuestra propia y vana existencia. ¡¡¡Ja ja ja ja ja!!! Quizás lo único que estoy intentando hacer es justificarme.

Me contraigo. Supongo que querréis que diga lo mucho que me arrepiento de haber matado a aquella histérica que tenía por tía, ¿no? Queréis ver mi rostro arrepentido, que pida perdón, ¿no es así? Pues siento decirte que no tengo ninguna intención de pedir disculpas. No puedo porque ahora soy consciente de que cuando abracé el cuerpo sin vida de mi madre, el olor a sangre me calmó. Ni grité, ni lloré... toda aquella sangre y su intenso olor me dijeron que no había nada que hacer, que por mucho que me lamentara ellos ya estaban muertos y no había vuelta de hoja. Viendo a mi padre, tirado en el suelo, pensé que ya se había acabado su sufrimiento. Sí, seguro que yo quería liberar a mi tía. La libré de mí, de sus preocupaciones y responsabilidades. Tía, no hace falta que me lo agradezcas. Por fin me doy cuenta de que no debo de tener ningún remordimiento. Lo único que me preocupaba hasta ahora era el hecho de no arrepentirme de haberla matado. Pero... me río de mí misma. ¿Para qué nos vamos a engañar? En realidad el único motivo por el que maté a mi tía fue saciar mi sed de venganza. ¿Quería vengarme de aquellos dos que mataron a mis padres?, ¿pero cómo una chica de 17 años iba a cargarse a dos traficantes de drogas? Imposible. Ella me odiaba, yo la odiaba. Aquella persona estaba también en contra de mis difuntos padres, así que ya que no podía matar a sus asesinos, la maté a ella.

Mi padre está aquí, a mi lado. Pero, ¿por qué no dispara? ¿Eh? ¿Papá? ¿Mamá? ¡No os vayáis! No... no le hagáis caso. ¡Miente! No estoy loca... Se equivocan... no marchéis por favor. ¡Ah! ¡Mi brazo...! Ya... tardabas pa... papá... ¡Eh! ¿Que no me ves? ¡Ayúdame! Mi brazo... sangre.

—Sería mejor dejarlo por hoy. Sólo te hemos puesto un sedante. Nadie te ha disparado.

—¡Eh! no se vaya. ¿Cómo que no me han disparado? Mi brazo... ¡duele! ¡Sangra! ¿Me va a decir que no...? ¡Papá! ¡Mamá! ¡Volved! No me dejéis...

Sola. Estoy sola. Ahora tendría que ver a mi madre sentada con su cerveza en la mano, pero no la veo. Será que el sedante empieza a hacer efecto. Mi brazo... huele bien. Ya no duele, ya no sangra, no hay herida... ¿Tú que crees? ¿Estoy loca?



# MI ALMA EN UN TEJO

M<sup>a</sup> Dolores Tomás Navarro

—Me fallaste... —susurró.

Miró el empañado páramo, las montañas yermas y grises a lo lejos, el horizonte.

Todo bajo una borrosa cortina, que le picaba en los ojos y en el alma.

—¡ME FALLASTE! —un grito desgarrador que arrojó al viento, hacia las montañas.

Cayó de rodillas y golpeó su frente en la fría tierra.

\* \* \* \*

Mirek frenó en seco su caballo. De repente, le había asaltado una inquietante duda. Ya no importaban los miles de kilómetros recorridos, ya no importaba la dureza del frío que aún tendría que soportar, y ya no importaba si encontraría o no refugio en la próxima aldea. Porque se dio cuenta de que ahora, lo único que importaba, única y exclusivamente, era si quería seguir o no. Era una sensación muy extraña, no encontraba razones para continuar cabalgando, ni tampoco para quedarse allí en medio. Una fina llovizna empezó a caer y su caballo trotó sin control hasta un abrigo en la roca. Mirek soltó las riendas. Quizá, cuando un hombre no puede tomar una decisión, su caballo sea el único ser capaz de hacerlo.

\* \* \* \*

Disha apretó con fuerza su bolsillo derecho. La figurita de madera tenía un tacto suave y seguía oliendo a melocotón. Madera de tejo. Hace no muchos años, todo el páramo estaba cubierto de tejos. A Disha siempre le había gustado tumbarse boca arriba en la sombra y escuchar a los tejos.

A veces contaban historias de gentes extrañas que vivían en valles lejanos, más allá de las montañas. Otras le cantaban canciones suaves, ya olvidadas, que alguna vez habían pertenecido a su pueblo.

Pero eso era antes. Ahora ya no quedaba ni un solo tejo en el páramo, ya ni siquiera más allá de las montañas. El valle de antaño, su valle, verde y fértil, había sido sustituido por una inmensa y desolada llanura blanca. Y con mucho frío. También hacía mucho tiempo que no llegaban ya los rayos de sol. Se los había llevado la guerra, como todo lo demás.

\* \* \* \*

Cuando los cascos de su montura chocaron contra la piedra, Mirak abrió los ojos. Ya había amanecido y se encontraban lejos de la ruta. No recordaba nada, no sabía cómo estaba allí, ni por qué. Sus ropas estaban mojadas y se dio cuenta de que estaba temblando violentamente.

Un bulto se movió a su lado. Giró penosamente su caballo y contempló paralizado cómo una fantasmal figura blanca se acercaba a él y cogía las riendas del caballo. Poco a poco el ruido de la lluvia se fue apagando.

\* \* \* \*

El Jinete Sin Nombre despertó recostado sobre un manto verde. Parecía que la cueva estaba en penumbra. Una mano blanca se posó sobre su frente y retiró un paño de agua ya frío. Al parecer, había estado ahí todo el tiempo.

La figura blanca se acercó al fuego y trajo un cuenco con agua. Metió el paño y sacó de su túnica algo abultado. Abrió el paquete y echó algo inerte en el cuenco. Después, levantó el paño humeante a la altura de sus ojos. Aquella mano de apariencia delicada se posó de nuevo en su cara, denotando una fuerza al oprimir el paño que casi hizo gemir al jinete. A pesar de su apariencia, aquella mano estaba realmente curtida por fogatas y vientos fríos, pensó en un último momento de lucidez el jinete. Se preguntó hasta qué punto el bosque respetaría aquellas manos, se preguntó si no estaría ya muerto.

Algunos hombre sabios de la aldea decían que en los tejos habitaban las almas del bosque, las que lo habían amado demasiado para abandonarlo.

Su pueblo siempre había respetado el bosque. El bosque les daba vida, comida y protección, y los mejores violines jamás construidos por ningún ser humano.

Disha volvió a la cabaña. Antes había sido de piedra, pero habían tenido que derribarla para proporcionar munición a Los Malditos. Nadie sabía de dónde venían ni cómo habían llegado hasta allí, sólo supieron que era demasiado tarde. Llegaron con las primeras lluvias y dijeron que tenían que luchar con ellos o morir. Su pueblo siempre había sido pacífico, pero no pudo soportar por mucho tiempo ver cómo Ellos destruían su bosque. Esa noche hubo una gran tormenta. Hubo gritos, fuego y muerte. Y por fin, Los Malditos marcharon, no sin antes jurar que defenderían su honra con sangre.

A partir de entonces, todo sucedió muy de prisa. Otros pueblos llegaron y suplicaron ayuda y pronto fue necesario aliarse para sobrevivir. Lo que vino después, dolía demasiado para recordarlo.

Disha tomó sus últimos dos trozos de pan de cebada. Antes la comida siempre había sido suficiente. Recordó sus visitas al molino y sus paseos a caballo con Mirek para recoger harina. Necesitaba volver a oír su risa cuando jugaba con Aisha. También había perdido a Aisha. Pero él volvería. Se lo había prometido.

\* \* \* \*

Cuando el Jinete Sin Nombre despertó por tercera vez, casi todo el dolor había desaparecido.

Podía distinguir con asombrosa claridad la irregularidad del techo de piedra. La hoguera se había extinguido y un descarado rayo de luz solar inundaba la cueva de principio a fin. Intentó incorporarse apoyado en el codo derecho y volvió a caer exhausto al suelo. La manta bajo su cuerpo había desaparecido y un sudor pegajoso le invadía desde la cabeza hasta el talón del pie. Palpó la venda empapada de su vientre y se dio cuenta de que estaba casi desnudo.

Muy lentamente, se incorporó sobre sí mismo y miró a su alrededor. De no ser por los casi imperceptibles vestigios de la hoguera, habría jurado que todo lo sucedido respecto a la mano blanca había sido un sueño. Aunque, en realidad, aquella débil escena era la única que recordaba de toda su vida.

Repentinamente, ruido amortiguado de unos cascos de caballo. De manera instintiva, buscó la daga española que siempre llevaba al cinto, pero descubrió angustiado que ya ni siquiera tenía cinto.

Un relincho estridente le reveló que el caballo estaba parado cerca de la cueva, quizá a la izquierda. Se arrastró penosamente hasta la parte más oscura y esperó. Unos ligeros pasos humanos se acercaron al refugio y la figura blanca apareció en la entrada.

Los penetrantes rayos de sol que se colocaban a través de su silueta le conferían un aspecto fantasmal, casi irreal que hizo preguntarse al Caballero Sin Nombre si aquella figura era humana por tercera vez.

Cuando el bulto avanzó rápidamente hacia él, pudo observar el rostro de perfil. Era el rostro de una mujer. Un rostro blanco y afilado, de asombrosa e inquietante belleza. No, aquel rostro no podía ser humano, y sin embargo, transmitía una gran compasión y bondad mezclado con una dura y fría expresión de fortaleza y poder.

Apenas había podido detenerse a observar ensimismado a la mujer cuando la figura se acercó a su escondite y se agachó junto a él.

La dama blanca posó una de sus pálidas manos -otra vez ellas- pensó el jinete, sobre sus ojos. Una sensación de vacío en el estomago se apoderó de él.

Cuando la dama blanca le retiró las blancas manos del rostro, se dio cuenta de que estaba sentado sobre un caballo rojo, rojo fuego, que galopaba como dominado por una firme mano a la zaga de otro caballo, de un negro puro, azabache, bajo la dama blanca.

Los árboles se interponían una y otra vez en el camino de los jinetes, pero

el Caballero Sin Nombre podía ver cómo, asombrosamente, el caballo los esquivaba una a una con movimientos suaves y seguros, sin que él intentara hacer ningún movimiento al respecto.

No supo el Caballero cuánto duró aquella irreal cabalgada a través del amenazante bosque que cada vez se hacía más profundo.

Sólo pudo percibir a través de la fría niebla, cortante y siniestra, cómo la oscuridad se cernía lentamente, pero de manera inexorable, sobre el húmedo paisaje. Los cascos de sus monturas golpeaban sobre la densa capa de musgo rojizo que cubría el suelo, en contraste con la verde espesura, cada vez más oscura, en la que se adentraban.

\* \* \* \*

Disha, Mirek y Aisha iban a menudo a recoger melocotones. A las afueras del pueblo había un gran campo de melocotoneros, altos y bien cargados, que según algunos, llegaban a dar más de trece cosechas al año. Mirek decía que nadie se había preguntado nunca cómo era posible que unos melocotoneros fueran capaces de tal prodigio, ni el porqué de que los melocotones nunca se acabaran simplemente porque nadie antes había visto unos melocotones distintos a aquellos. Lo cierto es, que todo el pueblo podría haber comido de ellos durante tres años seguidos y seguirían quedando melocotones para otra primavera más.

Disha adoraba su olor y la manera que tenían Mirek y Aisha de comerlos, a grandes mordiscos, que les dejaban unos enormes chorretes en la boca y en las mejillas. Ella nunca hubiera sido capaz de hacerlo. La piel de los melocotones en los dientes le ponía los pelos de punta, así que tenía que pelarlos antes de comérselos si no quería acabar como un verdadero erizo.

Cuando Mirek salía de cacería durante días y ella la oía regresar por las noches, lo primero que notaba era su olor, fresco y reconfortable. Mirek se reía cuando Disha le decía que olía a melocotones.

Disha tomó en sus manos la figurita de madera. Tenía una expresión dulce y delicada, con dos tendencias talladas alrededor de la cabeza y una amplia sonrisa. Una lágrima se estrelló en su vestido.

\* \* \* \*

Veintisiete días y veintisiete noches cabalgó el Caballero a la zaga del caballo negro. Ya no había ninguna dama blanca sobre él, ni tampoco quedaba ya rastro de bruma en el bosque. Todo lo que ahora podía ver eran unas inmensas montañas cubiertas de nieve helada que se interponían entre él y el estrellado cielo. El caballo negro comenzó a subir. El Jinete dudó un momento. Parecía que había recobrado el control sobre su propio caballo. Miró sus manos reseca y vacías, palpó de nuevo su herida en el costado y se dio cuenta de que ya no tenía nada más que perder. Intercambió una mirada con su propio caballo y tomó una determinación. Los cascos resbalaban en la amenazante capa de hielo que sepultaba el sendero.

\* \* \* \*

Todo había ocurrido hace apenas un mes, aunque ahora pareciera una eternidad. La flecha había cortado el aire con un silbido sordo y se había ido a clavar limpiamente sobre su costado, arrojándole a tierra. Mirek ni siquiera la había oído. Sólo minutos después, cuando había notado la pegajosa sangre en sus manos y había contemplado el cálido líquido de un rojo parduzco, se había dado cuenta de que iba a morir.

\* \* \* \*

El Caballero Sin Nombre descendió suavemente por la ladera sur de la montaña. Ahora todo era verde de nuevo. A lo lejos, pudo ver un espeso bosque de tejos. Y entonces recordó todo. El caballo negro se volvió una vez más hacia Mirek y emprendió el galope perdiéndose tras la niebla.

Mirek sabía que no volvería a verlo nunca más. Bajó de su montura y comenzó a andar lentamente, sujetándola por las riendas. Ahora que su viaje había terminado, sentía que debía hacer la última parte del camino a pie, notando el musgo bajo sus pasos amortiguados, como tantas otras veces. No supo cuánto tiempo le llevó el camino de vuelta a casa, sólo supo que deseaba volver cuanto antes, como se lo había prometido. Anduvo hora tras hora, reconociendo exactamente cada curva, cada dirección del sendero, hasta que la vio.

Estaba tumbada bajo un gran tejo, uno de los más imponentes del bosque, dormida, así, como antes, tal como la recordaba.

Sentía deseos de correr hacia ella, de besarla, de estrujarla, pero en lugar de ello, avanzó lentamente, para no interrumpir su sueño.

Había estado deseando aquello tanto tiempo. Y ahora parecía irreal. Se agachó junto a ella y simplemente se lo contó todo al oído, susurrando de nuevo junto a su tejo. Ahora podría quedarse para siempre.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Disha. Quizá ella aún pudiera oírle.

Hace no muchos años, todo el páramo estaba cubierto de tejos. A Disha siempre le había gustado tumbarse boca arriba y escuchar a los tejos. Pero eso era antes. Ahora ya no quedaba ni un sólo tejo en el páramo, ya ni siquiera más allá de la montañas. Algunos hombres sabios de la aldea decían que en los tejos habitaban las almas del bosque, las que lo habían amado demasiado para abandonarlo.

El valle de antaño, su valle, verde y fértil, había sido sustituido por una inmensa y desolada llanura blanca.

Disha despertó suavemente tumbada sobre la fría piedra. No había ya ningún tejo junto a ella, pero estaba sonriendo.

Una extraña sensación de felicidad la invadía inexplicablemente por todo el cuerpo. Miró a su alrededor, el empañado páramo, las montañas yermas y grises a lo lejos, el horizonte. Y todo bajo un intenso olor a melocotón.

— |

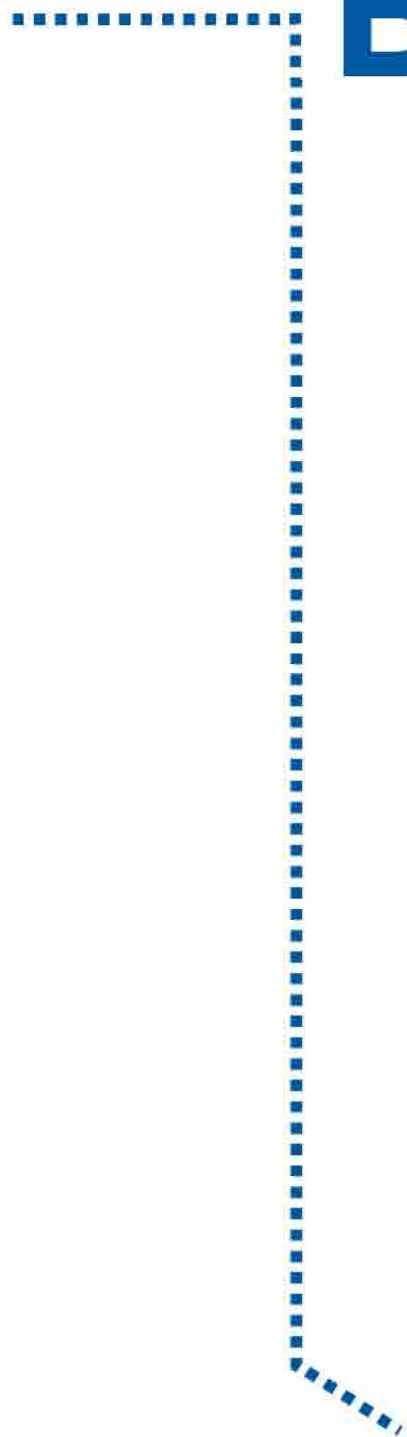
| —

— |

| —



# MODALIDAD **B**



— |

| —

— |

| —

# AUTODEFINIDO

Laura Pérez Torres

Ilustración: M<sup>a</sup> José Mira Navarro

Cerro aislado que domina un llano. Otero. Las diez y media, tendría que acostar a las niñas. Mañana van a casa de mis padres y vienen temprano a recogerlas. No creo que se duerman, pero al menos dejan de ver esa película tan mala que no es para niños, ni para nadie. Ya están protestando, la verdad es que no quiero quedarme sola, las dejaré hasta que se acabe. Quizá aprendan que cuando hay que madrugar es mucho mejor acostarse antes, al menos a mí me duele la cabeza durante todo el día si no duermo lo suficiente. Pero con lo cabezonas que son, han salido a mí, no me harán ni caso. Como aquella vez que quisieron quedarse despiertas para ver las estrellas fugaces, era agosto porque estábamos en el pueblo, no podían mantener los ojos abiertos y seguían firmes en sus puestos. Definitivamente tan cabezonas como yo. Atreverse. Osar. Mañana tengo que ir al juzgado, qué lío de papeles. Estoy cansada ya de todo esto ¡como si no tuviera ya bastante! mi decisión no es firme, no tengo claro ninguno de mis pasos futuros, es la inestabilidad la que está reinando en mi vida. Prefiero pensar que los demás no saben qué es lo que pasa dentro de mí, aunque los demás crean saberlo. Tampoco tengo ganas de escuchar sermones, ni consejos, ni que me recuerden lo joven que todavía soy. Todo eso lo sé pero no sirve para olvidar los tres últimos años de mi vida. Ahora noto la soledad que me espera, la misma que antes no sentía, la misma que hace apenas unos días deseaba. Porque tenía miedo a una intimidad no compartida, sino obligada, compartida por el miedo. Mi madre me ha asegurado que nada será como antes, que todo irá bien a partir del paso que acabo de dar, fe, dice que tenga fe, eso es algo que no tengo desde hace tiempo. Insiste en animarme a salir, tendrá sus motivos, yo tengo los míos y son bastante contundentes, pero no quiero enfadarme con ella. Me ha ayudado mucho, demasiado, ahora que no está conmigo después de estos días, me siento sola. Necia. Estúpida. Sí, lo mejor será volver a trabajar, espero que Luis acepte mi propuesta de reincorporarme a la librería, con lo que me gustan los libros, sirven para no recordar la realidad, para olvidar un instante tu vida. Necesito

olvidarme de esto, y el silencio no deja de recordármelo. Los días pasan pero yo sigo encerrada en esa maraña. La alfombra está bastante sucia, creo que necesita una limpieza a fondo, mañana lo haré, si termino pronto. Eso me hará ocupar el tiempo en algo, hasta que regrese al trabajo. Esclavo de los lacedemonios. Iloa. Siempre pensé que era una mujer fuerte, independiente, inteligente, con recursos ¿me habré engañado a mí misma? Ni me siento fuerte, ni quiero estar independiente, ni necesito mi inteligencia, y creo que los recursos... se me fueron como todo. Verdaderamente me doy pena, siempre odié la compasión y ahora yo me estoy autocompadeciendo cada vez que me detengo a pensar. Todos los kilos que he perdido, todas las lágrimas y toda mi vida en una mala elección se esfumaron, en un falso perdón. Amarra. Ata. Definitivamente la película... mejor no describirla. Estaban muy cansadas, no paran en todo el día. No quiero quedarme sola, y menos en el dormitorio donde todas las imágenes me vuelven una y otra vez, estoy harta de darle vueltas a lo mismo, no sirve de nada pensar si yo tuve la culpa. Nada justifica lo que él hizo. Los sentimientos contradictorios que todavía despierta en mí, no me dejan aún pensar con claridad. A veces pienso que mis dudas y temores ya no desaparecerán nunca. Siento que no valgo nada, ¿por qué lloro? No necesita ni una lágrima más, ni la merece. Nunca la ha merecido. Reunión nocturna. Sarao. Pierdo los mejores años de mi vida por alguien que... ni siquiera me tuvo respeto. La base mínima de una relación. Al menos podría haberme dejado antes de que... todavía no lo entiendo. Llevábamos cuatro años juntos y unidos. Al menos eso me parecía. Existía confianza hasta esa noche. Una cena de amigos, todos con sus respectivas esposas menos uno, el cual era bastante simpático y estuvo junto a mí toda la noche. Recuerdo su mirada más bien opaca y su sonrisa franca, puede que me monopolizara pero no le dí ninguna importancia, puesto que desde que me había casado no me lo había pasado tan bien, los últimos años pendiente de él o de las niñas. Cuando llegamos a casa lo noté extraño, tan serio... cuando en el dormitorio me dijo que teníamos que hablar me di cuenta de que estaba muy borracho y ni siquiera lo había notado. Le susurré que hablaríamos mañana. Alabar. Loar. Entonces él me impidió el paso y me pegó en la mejilla, se me cortó la respiración de la sorpresa. Continuó hablando como si estuviera loco de la infidelidad, el abandono, la vergüenza que le había hecho pasar delante de sus amigos... yo no le escuchaba, no conocía a ese hombre y mi cabeza sólo me indicaba que huyera de allí. Pero no pude. Me empujó mientras gritaba todo lo que se le pasaba por la cabeza, como si durante cuatro años hubiera guardado todos mis errores y en un segundo me los quisiera echar todos en cara. Gracias a Dios, las niñas dormían esa noche en casa de los abuelos, gracias a Dios, cuando desperté, él ya se había marchado. Ósculo. Beso. Me sonrió culpable y me dijo que estaba borracho, fue un error, no volverá a suceder. Respiré aliviada. Me abrazó y me dijo lo mucho que me quería, me quería tanto, y yo, egoísta, le había hecho sufrir la noche anterior con mi comportamiento con sus amigos. Con un beso firmamos la reconciliación, con un beso firmé mi condena. Llevo un mes sin verlo, pero sé que me intenta ver. Los trámites de divorcio están en marcha, la orden de alejamiento también. ¿Quién llama a estas horas? Luis, mi jefe. Me necesitan, y yo los necesito a ellos

para superar esto. Volver a tener la cabeza llena de problemas y no que un problema llene mi cabeza. Dentro de dos días vuelvo a sentirme útil. Espero que recupere mi autoestima, la seguridad en mí misma. Lo que yo era antes de esto. En otro tiempo. Otrora. Todo son preguntas. Mis vecinos, mis amigos, mi familia, pero las que verdaderamente me importan son las que no me hacen, las de mis hijas. No sé lo que saben, lo que han visto, lo que sienten... su silencio es el más doloroso secreto y el más duro reproche. Una caída en el baño ¿se arreglaría con flores? Una maldita paliza, con sus propias hijas muy cerca, se arreglaba con doce rosas rojas. Durante todo el tiempo que duró la conversación no me miró a los ojos, ni siquiera cuando me pidió perdón. Él no es de esos, le dije al policía cuando me convencía para que lo denunciara. Demasiadas caídas. Dejaré a mis niñas en casa de mis padres hasta que empiece el colegio. No voy a contratar a una canguro. Voy a intentar estar con ellas mucho tiempo, son lo mejor que él me dejó. Y se lo agradezco. Dueña. Ama. Debería irme a dormir, pero no quiero volver a mi cuarto. Todo vuelve. El dolor de cabeza sigue aumentando y es continuo, desde aquella mañana es lo único que no me deja sola, el dolor de cabeza. Sólo sentí la primera patada, cuando caí al suelo, el miedo impidió que notara dolor físico, mi cerebro se nubló a la vez que mis ojos, todo sucedió con una velocidad desorbitada, al menos para mis sentidos momentos tan confusos y extraños que son difíciles de precisar. Mi madre recogió a las niñas en el colegio sin preguntarme nada. Voz de mando militar. Ar. En estos momentos que me embriaga la nostalgia pienso que quizá me equivoqué, me precipité. Pero sólo dura unos minutos lo que tarda en volver la imagen de sus ojos vidriosos y de sus grandes manos sobre mí, entonces me recorre el miedo. Mi madre no ha preguntado nada después de mi confesión en el hospital. Cuida de mí, todos me miman demasiado. Pero no quiero hablar. Nadie sabe qué causó exactamente la aparición de esa violencia desmedida, que tenía oculta. Lo denuncié y renuncié al hombre del que me había enamorado, porque ya no existía. ¿Por qué recuerdo cuando lo conocí? Si lo que quiero es olvidarme de todo eso. Me dejó el número de su móvil para que lo avisara cuando recibiéramos el libro que iba buscando. Al recogerlo una semana más tarde me invitó a cenar. Fue muy romántico para mi mente inmadura. Ahora he madurado de golpe. Tardamos un año en casarnos, siete en separarnos. Ha sido un verdadero revés tanto para su vida privada como para su carrera. Cabeza de algún partido. Adalid. Él tenía el mismo carisma que un buen político, decía la frase apropiada en el momento más oportuno. Si mi temor hubiera sido menor quizá aún estaría con él, porque todavía no lo he podido olvidar, pero ellos llevan razón, debo pensar en mis hijas, no se merecen esto. Nunca lo he llegado a conocer, no sé lo que verdaderamente piensa, siente por mí. Tan acostumbrado a mentir, a camuflar su mal humor, a ocultar sus problemas. Necesito hacerles creer que es de mutuo acuerdo. Que su padre ha hecho un largo viaje es lo único que se me ha ocurrido por el momento. Presagiaba. Anunciada.

Dejó al descuido el crucigrama sobre la mesa, el vaso de tila estaba olvidado desde hacía muchos minutos, su contenido estaba frío. Ella recorrió con los secos ojos la habitación, miraba sin ver a su alrededor. El cenicero estaba lleno

de colillas apenas consumidas. Su largo pelo negro enmarañado le tapaba la cara, tan amoratada y agotada que no parecía real. Embutida en un cómodo pijama cerró los ojos con fuerza. Otra pastilla, con movimientos que indicaban rutina y se asomó a su nueva vida apoyada en el quicio de la madrugada. Ahora lo comprendió, había hecho la mejor elección, aunque demasiado tarde, acababa de escuchar la llave en la cerradura y los pasos se acercaban...



# INOCENCIA OBSESIVA

Rosa M<sup>a</sup> Moya Rubio

Ilustración: Manuel Delgado

No entiendo muy bien qué hago aquí. Yo no estoy loca y creo que no debería convivir con ellos. En momentos como éste, echo de menos a mi madre. Ella murió hace ya algún tiempo, fue a causa de un cáncer y yo tenía cinco años. Acababa de dar a luz a mi único hermano poco antes de que sucediese todo esto.

—¡Oiga! No le cuento mi vida para que usted satisfaga su curiosidad, así que deje de mirarme como si me lo estuviera inventando todo. Si cree que intento darle pena para que me deje salir pronto de aquí está muy equivocado, sinceramente, no me importa salir hoy mismo o pudrirme entre estas paredes. Sólo intento cumplir con mi obligación. Creo que ya se ha acabado nuestra charla por hoy.

—Está bien, como quieras, Sara. Nos veremos la semana que viene.

No entiendo qué esperan de mí. Pretenden que finja un progresivo cambio en mi estado de ánimo para poder dar un diagnóstico favorable pero en el fondo les descoloca mi actitud. Quizás sea la primera vez que se enfrentan a una paciente tan constante, sin crisis ni progresos. Me niego a la medicación pero reconozco los beneficios terapéuticos del aislamiento social, supongo que eso es lo único que me ayuda hasta que no esté preparada para enfrentarme de nuevo a la vida. Mi madre nunca hubiese permitido que me internasen en un psiquiátrico como éste, pero este hecho no me llena de odio hacia mi padre, ni siquiera lo siento por Elisa, quien le aconsejó que esto era lo mejor para mí. En verdad lo necesito, aquí están cambiando muchos de mis temores y valores; sí, la verdad es que tengo mucho tiempo para pensar, a veces, incluso demasiado.

Es realmente curioso el miedo que tenemos a los muertos cuando en realidad deberíamos tener más miedo a los vivos. No menos paradójico es el temor a los “locos”, pero... ¿y acaso los de ahí afuera están más cuerdos? No sé, en algún momento de mi vida habré llegado a estar realmente loca, pero de lo que sí estoy segura es de que éste no es ese momento. Estoy más cuerda que nunca aunque mi estado depresivo asuste o despiste a los que me creen capaz

de suicidarme. Esa no es solución, como tampoco lo es vivir del recuerdo.

Cada vez que tengo que ver o charlar con el psiquiatra se me revuelve el estómago, me dan asco sus miradas intentando desnudarme a través de los ojos. Desde el primer día en el que llegué -hace casi un año de esto- no ha dejado de rondarle la cabeza el concepto idealizado de ver en mí una "Lolita" más, dispuesta a todo por salir de aquí. Aprovecha cualquier momento para intimidarme y que sea yo la que me deje llevar por mis intereses. Claro que, estos intereses de valor comercial entre un certificado de curación por su parte y un favor sexual por la mía sólo son suposiciones o conjeturas existentes en su imaginación. El muchacho está algo confundido a causa de mi expediente médico. En él se hace referencia a las circunstancias en que Fernando y yo empezamos nuestra relación.

No es la primera vez, que una alumna se siente atraída por alguno de sus profesores por el hecho que supone que éste le resulte más interesante que cualquier chico de su edad. Quizás es el morbo el que te arrastra a estar con una persona más madura o con más experiencia de la que pueda tener una adolescente de diecisiete años. La diferencia de edad entre ambos tampoco era abismal, él tenía treinta años pero la forma en que pensaba o actuaba era propia de una persona de cincuenta.

Yo estaba segura de que aquello no tenía futuro porque ni siquiera a mí me hubiese gustado en aquel momento tener algo serio con él. Aquello estaba bien como estaba porque de haber querido formalizarlo hubiese perdido toda su gracia. Apenas nos veíamos tres horas a la semana, él era el profesor de Biología, suplente, que sólo permanecía dando clases en nuestro instituto dos o tres meses a lo sumo. Esa era una condición ideal para tener un romance pasajero basado en unas cuantas noches de pasión adulta para después acabar en un distanciamiento en el que reinen por su ausencia las situaciones incómodas. Supongo que para él -o al menos al principio- yo también era una aventura sin expectativas de futuro, ni reglas de ningún tipo. Éramos totalmente opuestos, lo único que teníamos en común eran nuestra pasión por la Biología o ciencia de la vida, como él la llamaba. Yo era un poco alocada, me gustaba vivir el presente sin tener en cuenta el pasado ni preocuparme demasiado por el futuro. Me regía por la ley del mínimo esfuerzo y ocupaba el noventa y cinco por ciento de mi tiempo en planes para el ocio, las juergas y todo lo relacionado con divertirse a lo grande. Nunca había renunciado a cualquier viaje o experiencia por peligrosa que ésta resultase. Fernando se estaba convirtiendo poco a poco en mi próxima aventura.

Él era el hijo perfecto para sus padres, el alumno aventajado de la facultad, educado, culto y responsable. Su familia y la mía tampoco guardaban parecido alguno. Mi padre es humilde albañil, mi madre cuando aún vivía era modista, mi hermano David es en la actualidad un bala perdida, y siempre hemos sido ateos, aunque si algo nos ha caracterizado alguna vez ha sido nuestra escasez económica. Por el contrario, los Sánchez Serrano han sido siempre una familia de la alta sociedad, con hijos licenciados y grandes empresas por todo el país, pero... ¿y qué importa eso para echar una canita al aire? Nada, no importa nada. Yo no me iba a casar con él, no tenía que ser su esposa ni la madre de sus hijos, mi único



objetivo era lograr atraerle a él tanto como me atraía a mí. Me moría por despertar en él el deseo, deseo hacia mí, deseo de besar mis húmedos labios cada vez que estos se desgastaban en suaves roces con mi lengua para lograr estremecer los atentos y nerviosos ojos de Fernando posados sobre mí. La intensidad y el contenido sexual de nuestras miradas era cada vez más asfixiante, y sentía como me explotaba el termómetro corporal cada vez que nuestros cuerpos se acercaban para comprobar algo al microscopio. Podría sentir los latidos de su corazón en mi espalda cada vez que apoyado detrás de mí y con nuestra cabezas unidas por las mejillas nos disponíamos a observar alguna experiencia en el laboratorio. Susurrándome alguna frase literalmente científica no podía evitar dejar ver sus pensamientos; deseos que ahondaban en mí perforando todos mis sentidos. Esta sensación aún persiste como una realidad cuando su recuerdo me invade y es inevitable sentir el bienestar que eleva mi alma; y que le impide regresar a la conciencia de este asqueroso mundo.

Hoy tengo visita, pero para ser sincera no me importa demasiado, más bien casi me da igual. Pensaba que sería mi padre pero creo que le duele demasiado venir a verme y por eso nunca se atreve, es Elisa. Antes era mi mejor amiga y ahora sólo es otra persona más. Desde que ocurrió todo no he sido capaz de sentir nada por ella, ya no siento odio ni amor por nadie, soy incapaz de sentir y es por eso que mi vida carece de sentido. Sólo espero poder recuperar mis sentimientos algún día. Fernando es el único que aún me hace vibrar pero sólo en los recuerdos, porque no viene a visitarme, tiene miedo, alguien le está impidiendo que nos volvamos a ver. Elisa también tiene miedo, aún no se decide a entrar en mi habitación, cree que puedo hacerle daño y prefiere estar ahí tras el helado cristal reforzado que nos separa. No llora por mí, llora por ella, por nuestra amistad. No sabe si me hace daño su desconfianza, pero aun así, tiembla cada vez que me acerco.

Aún recuerdo como si fuese ayer el día en que me atreví a besar por primera vez a Fernando. Estábamos solos porque acababa de terminar la clase y todos habían salido ya. Él estaba muy nervioso y temblaba de miedo porque sabía lo que iba a pasar. Debí de resistirme porque aquello no estaba bien pero era incapaz de rechazarme incluso cuando veía en mis ojos el afán de locura. Yo, en efecto, estaba loca, loca por ser suya. Él también lo estaba, de no ser así no hubiésemos mantenido durante meses esa relación secreta y prohibida que se fortalecía día a día. A pesar de que intentaba hacerme creer que sólo se había estado dejando llevar por mis acosos y que no estaba de acuerdo con que aquello continuase. Yo sabía que estaba enganchado a mí como una droga y que sólo terminaría todo cuando yo lo terminase. Yo llevaba el mando de la relación, era mi juego y las reglas las ponía yo. El problema surgió cuando él dejó de ser mi juguete para convertirse en la persona más importante en mi vida, y a la que más había querido nunca. De igual modo que aquella situación escapó más allá de sus deseos al principio, logró escapar a los míos cuando dejó que Fernando se convirtiese en mi compañero sentimental, pareja con la quería pasar el resto de mi vida.

A finales de trimestre y con el fin de curso en los talones, empezamos a

ser verdaderamente conscientes de que aquello iba más allá de un calentón, entre adolescente provocativa y atractivo profesor, más allá de unos cuantos revolcones.

Los dos coincidíamos en el mismo sentimiento y empezábamos a querernos, a querernos de verdad. El deseo y la atracción iniciales no habían desaparecido, pero ahora todo era diferente, era más fuerte y parecía ser resistente a todo.

—¡Deje de mirármelas así!

—¿Eso es lo que piensas? ¿Piensas que quiero acosarte? ¿Piensas que quiero acosarte igual que Fernando te acosaba a tí? O... ¿eras tú quien le acosaba a él?

—Yo no le acosaba, le quería porque éramos novios.

—Pero sus padres no lo veían así ¿no es cierto?

La verdad es que cuando llegó a oídos de todo el mundo, incluida su familia, estalló el escándalo y todos se opusieron a la relación. Todo era un obstáculo para impedir nuestra felicidad que era la de estar juntos. Para su madre yo era lo más alejado al ideal de chica que ella quería para su hijo, y no era la diferencia de edad lo que menos le gustaba, sino la diferencia social, yo no era una chica con clase y refinada, sino todo lo contrario.

Mi espontaneidad y naturalidad fueron precisamente los responsables de que Fernando posase sus ojos en mí, más allá del cuerpo. Él estaba algo aburrido y cansado de su rutinaria vida de la que yo le sacaba de vez en cuando para mostrarle otro mundo diferente al que él conocía. Mi defecto de inmadurez con respecto a él era compensado con la multitud de experiencias que yo ya había vivido y que él, de no haberme conocido, no hubiese vivido en diez años más.

Luchábamos contra todo tipo de inconvenientes. Yo intentaba comportarme lo mejor que podía ante su familia, fingía una educación protocolaria que yo nunca había recibido con el único fin de ser aceptada, aunque a mí no me quitaba el sueño lo que sus padres pensasen de mí. Solamente lo hacía por él y para que se sintiese bien con su familia y conmigo al mismo tiempo sin tener que elegir entre ellos y yo. Yo sabía que nunca aprobarían lo nuestro pero me conformaba con que no nos separasen.

A pesar de que sus padres no tiraban la toalla y seguían condicionándole para que me dejase, él me demostraba que estaba a mi lado y que no me abandonaría nunca. Cuando peor se habían puesto las cosas, en cuanto a los conflictos y disputas entre su familia y yo, vino una inesperada prórroga.

Me notaba unos dolores de cabeza muy intensos desde hacía ya algún tiempo, pero no les había prestado una excesiva atención puesto que pensaba que sólo eran el producto de ese estado de tensión en el que Fernando y yo vivíamos en esos momentos. Momentos difíciles, en los que ni siquiera tenía tiempo para preocuparme por mi salud, mi única enfermedad era él. Al final decidí ir al médico para hacerme algunos exámenes y quedarme más tranquila al comprobar que sólo se debían a mis jaquecas.

Fui acompañada por Elisa, quien casi me arrastró a la consulta. Ella era la única persona a quien se lo había contado, ya que no quería preocupar a Fernando con más problemas. El pobre estaba tan desesperado que rozaba el borde de caer en las propuestas de su madre de abandonarme.

Por suerte o por desgracia para mí en aquel entonces, dichos exámenes y análisis sólo confirmaron un pequeño tumor que se estaba reproduciendo en mi cabeza. Al principio se me cayó el mundo encima cuando pensé que ante mí se acababa de presentar el mayor obstáculo a nuestra relación: la muerte. Sólo pensaba cómo sería la vida de Fernando tras mi muerte, y no me hacía a la idea de que tarde o temprano rehiciese su vida con otra persona.

Después de hablar con él y contarle todo sobre mi diagnóstico me di cuenta de que eso fue lo mejor que me podía haber pasado en ese momento, porque él sería incapaz de abandonarme en una situación así, y ahora creo que estaba replanteándose justo antes de aquella conversación. Él no había dejado de quererme en ningún momento, de eso estoy totalmente segura, pero hacía tiempo que le veía sin fuerzas para seguir luchando.

Cuando su familia se enteró dejó de molestarnos durante todo el tiempo que permanecí hospitalizada, y eso hizo de Fernando sacar las últimas fuerzas para apoyarme y estar conmigo en todo momento.

Ahora no sé qué hubiese sido de mí de no ser por él; creo que no estaría aquí recordándole de no ser porque me hizo luchar por la vida. Él era mi única y más grande motivación para vivir, para curarme, para superar mi enfermedad. Estuvo en los momentos más duros, en los momentos próximos a la operación en la que me lo jugaba todo a una carta. El dilema era vivir o morir, pero junto a él, esto carecía de diferencia.

Todo resultó ser una falsa alarma que parecía más grave de lo que en verdad era, puesto que hasta el mismo día de la operación no se supo con certeza la magnitud de la gravedad de aquel tumor. Afortunadamente era más benigno de lo que todos habían pensado en un principio, y su extirpación no suponía ni la mitad de riesgo para el que ya nos habíamos preparado. De todas formas, soy consciente de que no haber sido por el apoyo y el cariño de Fernando, nada ni nadie me hubiese evitado la muerte. A lo mejor hubiese salido igualmente ilesa de la operación, pero yo hubiese muerto en el momento en que él pusiese punto y final a lo nuestro.

Este accidental o fortuito suceso alargó un poco más la agonía de él, que, a pesar de que me quería más que a nada en el mundo y deseaba dejarme tan poco como lo deseaba yo, no podía evitar los planes que rondaban su mente. Nunca sabré si realmente él hubiera tenido el valor suficiente como para abandonarme de no ser por el respaldo de su familia. No. Definitivamente, no. Él me quería tanto como yo a él y juraría que, aún a día de hoy me sigue queriendo. Estaba algo confundido con el rumbo de su vida porque se le escapaba de las manos y no sabía cómo dominarla, igual que cuando no era capaz de dominarme a mí y a mis deseos de estar con él, pero no estaba decidido a abandonarme. No me abandonaría ni por la constancia de sus padres.

Sólo era cuestión de tiempo, de paciencia. Yo únicamente debía de esperar un poco más, sólo hasta que las cosas se calmasen un poco con su familia para dar el golpe final proporcionándole una escapada juntos, una huida de la sociedad que nos oprimía. Mi único objetivo ahora era separarle de su familia para asegurarme un futuro con él. Juntos, habíamos superado demasiadas cosas como para rendirnos justo ahora que estábamos a punto de conseguir lo que durante tantos meses habíamos ansiado.

—¿Recuerdas qué fue lo que hicieron los Sánchez Serrano para que dejases en paz a su hijo?

—No he podido olvidarlo desde entonces.

—¿Crees que ellos le mataron?

Desde aquel dos de abril no han dejado de perturbarme todas y cada una de las escenas que acontecieron en casa de Fernando, y yo, a pesar de no estar cordialmente invitada, me presenté allí como la novia de Fernando que era. Mi presencia no causó lo que se dice mucha alegría, ni siquiera para Fernando que no esperaba esa revelación sorpresa por mi parte. Él me había pedido que no diese ningún escándalo y que lo mejor para todos era que yo no asistiera al convite, pero yo me resistía a la humillación.

De saber cómo acabarían las cosas no sé si lo hubiera hecho, lo único que tengo claro es que nunca hubiera imaginado aquel desenlace. Yo tengo la conciencia tranquila porque sé que no tuve la culpa de lo que pasó, pero aún así, soy responsable de desencadenar la tragedia.

Todos, nada más verme allí, se disgustaron con Fernando porque pensaron que él me había invitado, y su padre empezó a acusarle de los problemas y vergüenzas que había pasado su familia a causa de la relación que éste había empezado conmigo. Entonces Fernando me cogió por el brazo y empezó a gritarme delante de todos que lo nuestro se había acabado, y que a pesar de que yo me había resistido a aceptarlo hacía semanas que no estábamos juntos, me pidió que le olvidase instantes antes de que saliera corriendo hacia mi coche.

No le culpo de todo lo que dijo porque sé que no lo sentía así como lo decía, fue presa de un ataque de nervios y quiso escapar de la situación diciendo todas aquellas cosas que no eran ciertas. Fue la presión del momento la que le hizo reaccionar de ese modo, pero yo le he sabido perdonar porque estoy completamente segura de que me seguía queriendo.

—¿Piensas entonces que fue un accidente?

Con los ojos llenos de agua rota en lágrimas me era muy difícil verle nítidamente correr hacia mí para impedir que me montase en el coche. No dejaba de gritar que no subiese, que no hiciese ninguna locura. Intentaba convencerme de que podíamos hablar y solucionarlo todo, pero yo sabía que volvía a mentir y que había acabado todo, no entendía por qué tenía que acabar si aún nos queríamos, tanto o más que al principio, pero lo cierto es que estaba sucediendo.

Consiguió alcanzarme y montarse en el coche conmigo, yo iba furiosa y pisé el acelerador a tope a pesar de que él intentaba tranquilizarme para que



parase el coche y nos bajásemos los dos, pero yo seguía acelerando, entonces él forcejeó conmigo para quitarme el volante, pero no pudo hacer nada para evitar que yo, en un volantazo, estrellase el coche contra un muro con el fin de acabar con mi vida.

Al día de hoy reitero que fue un accidente porque yo no quería matarle, no a menos que pasase algo como lo que pasó. Un accidente es algo que no debe pasar, pero pasa, y en este caso el accidente fue la disputa que intentó echar a perder nuestra relación, el choque contra el muro no fue un accidente, fue la consecuencia del accidente, algo que sí debía pasar.

La muerte ya nos había unido una vez y en un caso tan necesario como éste era la única opción para volver a hacerlo, y esta vez para siempre. Lamentablemente el destino no quiere unirnos en muerte sino en vida y prepara un reencuentro por el que me mantengo viva.

—Aún no aceptas que está muerto, ¿verdad? Te niegas a admitir que tú le mataste con el propósito de no dejarle ser de nadie más, pero... ¿te ha perdonado él ya? ¿Volvéis a estar juntos?

—No se burle de mí, ¿quiere? Él sería incapaz de morir sin mí porque aún me quiere, esté donde esté, aún me quiere.

# UNA MELODIA DIFERENTE

Aroa Jiménez Aranda

Miro al cielo y sólo veo nubes, una manta de sombras grises que amenaza con descargar sobre nosotros. Siento cómo se va enfriando la taza de té entre mis manos, su calor pasa a mi cuerpo, mi cuerpo lo desperdicia en innecesarios suspiros.

Es el día perfecto para estar en casa, junto al calor de la familia y el fuego de la chimenea. Pero eso no va a ocurrir. Estoy en la calle, en un callejón estrecho, escondida, temerosa por haber robado una simple tacita de té para no congelarme de frío.

Giro la cabeza y allí está mi compañera, mi amiga del alma. Dormida, con la belleza escapando por cada rincón de su cuerpo. E inmóvil. Muerta de frío y quizás también de miedo. Pero al dormir olvida todo, por eso duerme. Es lo único que hace. Y al despertar, tiene frío y tiene miedo. Y duerme.

Acerco mi mano a su rostro y acaricio su frente con suavidad. Se le escapa un suspiro. El calor de su aliento le roza la piel, se estremece. En ese momento se despierta. Tiene los ojos brillantes, como ansiando romper en llanto; esos ojos que tenemos al recordar los errores que nos han llevado donde estamos. Parpadea y una lágrima empieza a caer lentamente por su cara. Arrimo mi dedo y la recojo con delicadeza, e imagino que llora porque tiene frío, porque tiene miedo. No hace falta preguntarle porque siempre responde lo mismo. Se incorpora y apoya la cabeza sobre mi hombro. Siento el calor de su cercanía, mitigando la frialdad de la tarde.

Comienza a llover. Intento valorar la situación: llueve, hace frío, no tenemos dinero, no tenemos donde dormir. Lo único que podemos hacer es repetir los pasos de nuestra monótona vida, y caminar. Nos levantamos y empezamos a andar. Le cojo la mano y es un calor tan agradable que no me importaría seguir el resto de mi existencia aferrada a esa mano. La lluvia cae cada vez con más fuerza. Vemos unas bolsas tiradas en el suelo. Me agacho y le coloco una a Choni

en la cabeza, para que no se moje más su ya enmarañada melena. Choni es mi compañera, una mujer inocente y delicada, que en cualquier momento puede caer, como las hojas de los árboles en otoño. No sé exactamente qué edad tiene, rondará los treinta, pero no está tan joven como podría estarlo. Lo más bonito de ella es su pelo, es lo único que le ha preocupado, lo único que ha querido cuidar en estos meses desesperados de transitar por calles vencidas por la corrupción y la miseria. A mí me gustan sus ojos, tiene una mirada profunda, a veces me da miedo. Todo lo demás en ella es chiquito: sus labios, sus manos, sus pies. Y su alma que se va volviendo pequeña a medida que le llueve un poco; encoge como la ropa al mojarse. Tiene el alma cansada. Yo la miro e intento pensar en el día que la conocí, más hundida en la miseria, más derrotada por la sociedad que la despreciaba. Pero su alma era grande, porque no llovía, y a mí me da pena, porque la quiero.

Me llamo Tina, y no soy tan perfecta como Choni. No conozco la unión de una familia. Nadie me ha enseñado nada, lo que sé lo aprendí de los gatos moribundos, los perros callejeros, los viejos borrachos de las puertas de los bares y las prostitutas que deambulan por debajo de las farolas; mis compañeros de fatigas que, al igual que yo, fueron niños de la calle, que aprendieron de la misma forma y acabaron hundidos en el infierno de la noche en las calles.

No hay nada en mi vida digno de ser contado. No he tenido ni tan siquiera momentos felices, exceptuando los últimos meses junto a Choni. Pero no conozco vida mejor, no he salido nunca de los rincones de estos barrios. Conozco a la perfección las frías esquinas, que en la noche resultan tan frías y húmedas. El tiempo pasa lentamente cuando no tienes nada que hacer, pero buscarse la vida lleva su tiempo. Aquí el afortunado es el que encuentra una ocupación durante el día, aunque sea tocar la armónica de la forma más terrible que se pueda imaginar. Yo no tengo armónica, sólo tengo un cuaderno, roto y mojado por los bordes, en el que escribo mis sueños e ilusiones. Pero ha llegado el momento de cerrarle la puerta a los deseos que de antemano sé que no se cumplirán. Aún sabiendo que mi vida no merece la pena, todo lo que me rodea me empuja a contar y enumerar los errores de mi vida, los traspies y los resbalones, y las épocas de alegrías.

He perdido la noción del tiempo, sería incapaz de decir con seguridad en qué día vivo. Todo se hace muy difícil en un lugar como este. Pero, aun así, calculo que fue hace unos cuatro meses cuando cambió mi vida.

Sentada en el banco de un parque me dedicaba a observar lo que allí sucedía, a envidiar a las felices madres con sus hijos, las conversaciones de los ancianos y las citas de los enamorados al caer la tarde. Era un día como todos, el mismo banco de metal, la gente de todos los días, la soledad que siempre me acompañaba. Pero algo había cambiado. Miré a mi alrededor; no encontraba el fallo, la pieza que no encajaba en este puzzle que tan bien conocía. Y allí estaba. Sentada en un bordillo, junto a la zona de juego de los niños, una joven parecía hacer lo mismo que yo: observar y envidiar.



Levantó la cabeza y miró al cielo. Y en ese momento, como si la brisa de la tarde hubiese poseído su cuerpo, empezó a balancearse. Parecía bailar al son de una música que no existía. Tuve el impulso de acercarme a ella, y así lo hice. Faltaban poco más de dos pasos para encontrarme justo a su lado, cuando dejó de danzar. Bajó la cabeza y me miró. Un escalofrío recorrió cada centímetro de mi cuerpo, su mirada me atravesó e incluso llegó a hacerme sentir un dolor que, aparentemente, no debía sentir.

—¿Has escuchado la música? Llevo varios días andando sin saber donde voy, sólo siguiendo la música. Y sonriendo se levantó y cogió mi mano con ternura. Por unos momentos me sentí querida, tuve el deseo de parar el tiempo y permanecer callada, dejándome querer por esa desconocida.

—Parece que la música me guiase hacia tí. ¿No sientes que el destino quería que nos uniésemos?

No supe qué contestar. Me había quedado muda, prefería escuchar su voz, que me hablaba como nunca me habían hablado. Lo cierto es que sí lo sentía. Algo nos había unido. Todo era extraño: ella y su música, yo y mi repentino interés.

Ella me miraba y sonreía, pero por dentro había algo que la estaba matando. Estaba acostumbrada a ver vagabundear gente con peor apariencia, pero me di cuenta de que era la primera vez que me interesaba por alguno de ellos.

—¿Qué quieres de mí? Sonríes y en realidad sabes que estás muerta de miedo. Nunca te había visto por aquí. ¿De dónde vienes?

La perfecta sonrisa que había mantenido durante ese tiempo se borró, y dio paso a la expresión del miedo, de la condena, de la angustia. Soltó mi mano.

—Sólo quería olvidar por un momento que mi vida no tiene sentido. Quería pensar que todavía hay un sitio para mí, que encontraría alguien con quien ser feliz. Al verte sentí que podías ser esa persona. ¿Tú por qué te has acercado?

—Me llamó la atención que bailases sin música. Sólo eso.

Las dos sabíamos que algo nos unía, por encima de todas las excusas que pusiésemos; parecíamos necesitarnos la una a la otra.

—Tengo miedo, porque estoy sola; la angustia me está matando, porque he perdido todo lo que tenía; no tengo a dónde ir, porque mi madre prefiere olvidar que existo. ¿Necesito alguna razón para estar aquí? Cuando era pequeña creía que los momentos bonitos en la vida iban acompañados de música, ¿cómo puedo vivir la vida que había soñado? Nadie la pondrá por mí.

Una lágrima se me escapó, sin darme cuenta de que me estaba conmoviendo el escuchar mi propia historia en boca de otra persona. Me acerqué a ella y la abracé. Y durante unos minutos lloramos las dos, por sentir que nos comprendíamos. Luego nos cogimos de la mano, y sin mirarnos a la cara, paseamos juntas, siguiendo un camino que nunca acabaría, y nunca nos separaría, o al menos eso creímos. A los dos días de estar juntas nos dimos cuenta de que no nos habíamos presentado. Era Choni.

No ha dejado de llover. Choni ya ha despertado. Hoy está triste, y más débil que otros días. Está llegando su fin, le queda poco por vivir. Siento que cuando no esté a mi lado mi vida tendrá un punto y aparte que no sabré cómo continuar. Para la gente no somos más que dos vagabundas sin rumbo, locas porque bailamos sin música, peligrosas porque dormimos en la calle. Para mí somos dos enamoradas, buscando el camino que nos lleve a la vida que siempre hemos soñado; Choni se está muriendo, el tiempo se acaba. Quiero morir con ella, no seré capaz de bailar si no está conmigo, no podré pasear con nadie que me pueda hacer sentir tan feliz como ella lo hace.

Choni siempre había sido la hija rebelde, la que daba problemas. Cuando llegó a su casa diciendo que estaba enferma, todos supieron lo que era. Su madre no quiso tenerla cerca, y Choni se tuvo que ir con su enfermedad, que tantos cuidados precisaba, a la calle, buscar allí el sitio en el que prefería morir. Y nos encontramos, para descubrir juntas que su príncipe azul no aparecería para salvarla. Era yo, la solitaria Tina, quien estaría con ella; no para protegerla, sino para quererla. Y aún sabiendo que el tiempo corre en nuestra contra, disfrutamos, como nos permite nuestro mundo, lo poco que nos quede.

Dije que contaría mis alegrías. Me equivoqué, solo había una: el encontrar a Choni. Dije que confesaría mis errores, pero sólo he sido capaz de escribir lo que hizo Choni para llegar aquí. Todo gira entorno a ella. Siento que nací con el destino escrito en la frente, algo decía que nunca saldría de estas calles. Mi madre murió joven, me dejó sola en el mundo que a nadie gustaba. He tenido que descubrir por mi cuenta los desengaños que la vida nos da, estemos donde estemos. Pero si estoy aquí es porque no he intentado salir, no he hecho nada por cambiar mi destino. Ese es mi error. Y si hubiese salido, ¿qué habría sido de Choni? Prefiero haber vivido condenada en este inframundo porque, por ella, ha merecido la pena.

Estamos sentadas en nuestro parque, ese que nos presentó la felicidad, ese en el que escuchamos la música que no existe. Choni apoya su cabeza en mi hombro. Está débil, todo está acabando, y ella lo sabe.

—Tina creo que esto se acaba. No tengo fuerzas para seguir recorriendo un camino que no tiene fin. ¿Me harás un favor?

—Claro Choni, lo que tú quieras?

—Escapa de aquí. Sal de este camino que hemos dibujado, vive mi sueño por mí, cambia esta vida por una mejor.

No quiero seguir escuchando, sus palabras suenan a despedida. Nunca había sentido tanto miedo como el que siento ahora. La parte feliz de mi vida está a punto de abandonarme, está muriendo, y yo no puedo hacer nada. Otra vez sola, sin música que imaginar, sin vida que disfrutar, sin alguien a quien querer.

Anoche dormí en una cama; sábanas limpias, un olor agradable, el estómago lleno. Hace unos cuatro meses de la muerte de Choni. Hice lo que me pidió: salí de la calle como pude, y ahora estoy viviendo nuestro sueño. Pero estoy sola, me

falta ella. Tengo todo lo que siempre quisimos, pero no soy feliz. No sé si merece la pena continuar esta farsa, imaginar que estoy viviendo una vida normal. Todo resulta demasiado difícil sin ella. Creo que ya no tiene sentido seguir escribiendo en este viejo cuaderno. Con esto me despido de todo. No puedo asegurar que mi vida llegue muy lejos. He alcanzado a contar los momentos más importantes de mi vida, o más concretamente, el tiempo que estuve con Choni. He cumplido su deseo, pero no me pidió que luchase. No puedo luchar sin ella. No me gusta la vida, no sin Choni.

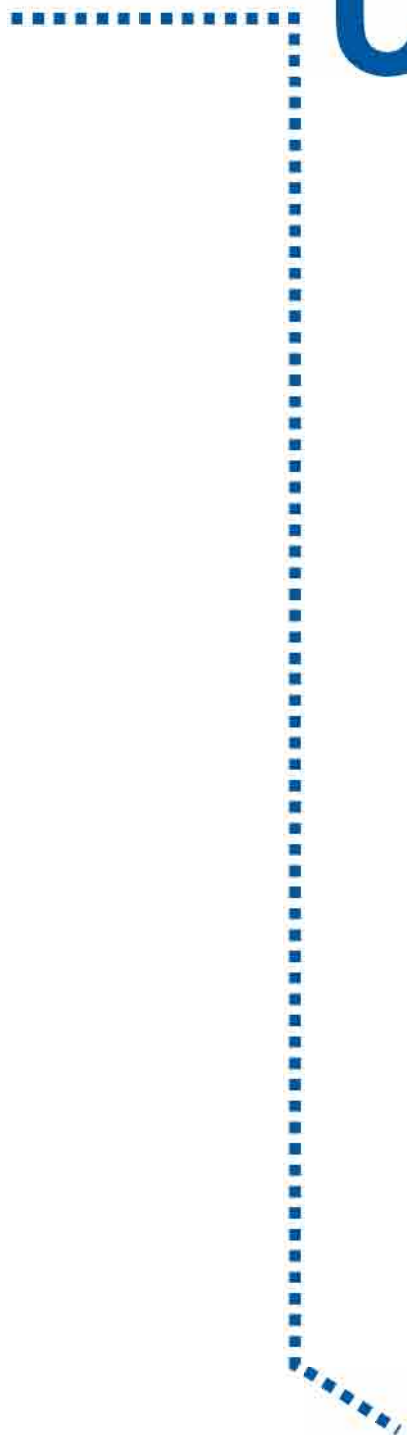
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD C



— |

| —

— |

| —

# UNA HISTORIA DE MI PUEBLO

Juan Antonio López Rivera

Ilustración: Carlos García Jiménez

Me encantan esas historias que se cuentan a media luz en la muerte de la tarde, o en plena medianoche bajo los auspicios de una solitaria vela. En la intimidad de un café, o en la sinceridad de un whisky. Contadas por alocados jóvenes... o por memoriosos abuelos. ¡Oh abuelos, cuántas historias escondéis bajo vuestro manto de vejez!

Uno de ellos fue quien me contó lo que ahora voy a contar yo.

1906. El cólera llevaba ya dos años causando estragos en mi pueblo. Sin interrupción, la gente iba cayendo tras una penosa agonía, y en poco tiempo el número de muertos superó al de los vivos en el pueblo.

Entre los vecinos corrían muchas conjeturas sobre el origen de la enfermedad. Primero se pensó que todo había empezado en la carne de cordero. Se sacrificaron todos los corderos, y se dejó de comer carne de cualquier tipo. Después se pensó en la fruta, y se dejó de comer fruta. Luego en la verdura. Y en la leche. Cuando se descubrió que la fuente de la infección era el agua, ya era demasiado tarde. La población, además de estar infectada, estaba desnutrida.

Sólo se alimentaban de miedo. El pueblo asemejaba el peor de los horrores imaginables. Las calles se encontraban plagadas de gente agonizante, rodeada por sus propios vómitos y excrementos, a los que sus familias no dejaban entrar en casa. A través de las ventanas les echaban mendrugos de pan como único sustento. Tardaban tres o cuatro días en morir. Cuando lo hacían, las familias se apresuraban a llevarlos al cementerio; sólo para eso salían de casa. El problema era que siempre ocurrió lo mismo en ese trayecto: alguien resultaba infectado. Y entonces se volvía a repetir el proceso: resolución en la calle, muerte y traslado al cementerio. Y nueva infección. Así fue cómo, poco a poco, muchísimas de las familias del pueblo fueron exterminadas en esa época.

Fulgencio Sánchez vivía en el pueblo con su mujer y sus tres hijos. Padre, madre e hijos trabajaban en el campo, como la mayoría de la gente del pueblo. A pesar de convivir con la azada de sol a sol, eran inmensamente pobres, y

estaban condenados a serlo toda su vida, según Fulgencio. Como la mayoría del pueblo, que estaría durante varios años más (hasta que llegara el cólera) condenada a estar al servicio del marqués.

Fulgencio y su familia tenían una vecina bastante peculiar. Su nombre era Valentina. Valentina era una solterona de unos sesenta años que vivía sola. Como todas las solteronas, era un poco siniestra y solía atemorizar a los hijos de Fulgencio. No era su aspecto lo que inspiraba miedo, sino las historias que contaba. Solía contar que ella guardaba su ataúd debajo de la cama, para que cuando llegara el temido final todo estuviera dispuesto. ¡Menuda cara ponían los niños! Fulgencio y su mujer no podían evitar sonreír al ver la expresión de sus rostros.

—Hijos, no tenéis por qué asustaros, eso que Valentina os cuenta es muy normal hoy en día.

Si supierais, hijos, que nosotros también compramos todas nuestras cajas hace ya tiempo, pensaba Fulgencio. Qué sorpresa os llevaríais si bajaseis al sótano. Y volvía a sonreír.

Lo que de verdad asustaba a los hijos de Fulgencio era la historia de la hermana de Valentina. Valentina la contaba muy a menudo y, a pesar de ello, siempre conseguía sembrar la inquietud en el ánimo de los niños.

—Veréis, chicos, yo antes vivía en esta casa con mi hermana Antonia. Por desgracia, murió hace seis años. Era soltera como yo. Recuerdo que tenía la costumbre de, cada cierto tiempo, ensayar su entierro, y hacía que yo la ayudara. ¡No pongáis esa cara, chicos, que no pasa nada! Antes había personas a las que les gustaba hacer eso, y mi hermana era una de ellas. Siempre me decía que quería ser velada por lo menos un par de días, y que hasta el momento mismo de ser sepultada no quería que el ataúd fuese cerrado.

Seguro que pensáis, chicos, que era una mujer muy rara; yo también lo pensaba por aquel entonces. Pero ya veréis como todo tiene su sentido.

Un día estábamos ensayando. Antonia se metió en el ataúd para fingir que estaba muerta. Por supuesto, me repitió lo de que no quería que cerrase la caja, como siempre. Así lo hice, como siempre.

El caso es que, cuando terminamos, mi hermana seguía tumbada en el ataúd, con los ojos cerrados, las manos entrelazadas sobre el pecho y sin moverse. “Antonia, ya puedes salir”, le dije. Pero seguía sin moverse. “Antonia, por favor, sal ya”, insistí, pero no se movía. La zarandeeé, asustada, pero no reaccionaba. Ya con las lágrimas en los ojos, conteniendo un chillido, puse mi oreja en su pecho. No oía su corazón. Mi hermana estaba muerta. En el pueblo fue muy sentida su muerte. Aquella noche dispuse todo para el velatorio. Me ayudaron los vecinos, entre ellos vuestros padres. La velamos toda la noche, cumpliendo su voluntad de no cerrar el ataúd en ningún momento.

Al amanecer todo el mundo se marchó. Yo me acosté, agotada y muy triste. Pero, cuando estaba a punto de dormirme, oí ruido. Me levanté sobresaltada y me dirigí a la habitación de Antonia. Se oían pasos. ¡Qué tremendo susto me llevé! Cuando entré en la habitación de mi hermana, me la encontré sentada en



el borde de su cama, con las manos en las rodillas y mirando al suelo. No pude evitar chillar. Me fui acercando lentamente. Me senté a su lado. "Antonia, no estás... no estás...", balbucía yo, asustada, estupefacta. Aquello era imposible, increíble. "¿Estás bien?", conseguí preguntarle, pero ella no respondía. Sólo miraba al suelo.

Tras unos minutos de silencio, la conduje a mi habitación. Andaba muy despacio y no decía nada. La acosté. Yo me senté en una silla junto a la cama, luchando por calmarme un poco y asimilar lo sucedido. No entendía nada. Hasta que mi hermana me lo explicó. Una hora después (yo ya estaba más calmada, pero seguía sin entender nada) se incorporó en la cama. "Voy a decirte algo muy importante, Valentina, algo que debes saber", me dijo. "Sufro una extraña enfermedad llamada catalepsia. No te lo había dicho antes porque temía asustarte. La catalepsia me hace parecer muerta cuando en verdad no lo estoy. No puedo moverme en absoluto, todo mi cuerpo se paraliza. Puede llegar a durar varios días.

La primera vez que me ocurrió fue cuando tenía veinte años. Tú eras muy pequeña. Por suerte sólo duró unas pocas horas. Hasta ahora no me había vuelto a pasar. Creía que había desaparecido, pero ya ves que no es así. Gracias por hacer todo lo que te dije, Valentina". Recuerdo que me puse a llorar desconsoladamente cuando oí todo aquello, y Antonia me abrazó.

Bueno, chicos, eso es lo que le ocurrió a mi hermana. ¡Se levantó en su propio velatorio! No es una historia muy agradable, ya lo sé. Pero, ¿a que Antonia ya no os parece tan rara?"

Los hijos de Fulgencio no dijeron nada. Durante varios años (hasta que llegara el cólera) siguieron oyendo esa historia. Y todas y cada una de las veces que Valentina les hizo esa pregunta, ellos siguieron sin decir nada.

1906. El cólera asola el pueblo. Ya son dos años provocando muertes sin interrupción.

Fulgencio se dirige a casa después de un duro día de trabajo. En el trayecto a casa siente cómo el fuerte hedor de la putrefacción le golpea en la cara. Camina deprisa. Tiene miedo.

Cuando llega a su casa, llama con ansiedad a la puerta. Su mujer abre y Fulgencio entra como un espasmo, escudriñando la casa de palmo a palmo. Están todos allí. Su miedo se disipa. La cena está servida. Pan, queso y vino. Ya no queda casi nada en la despensa. Fulgencio lo toma con desgana, lentamente. Cada día que pasa se siente más abatido. No soporta llegar cada día a la finca del marqués y comprobar que cada vez son menos. Por eso hace mucho tiempo que prohibió a su mujer y a sus hijos volver allí.

El cielo rojizo del atardecer deja paso a la sigilosa noche. Ya es tarde. Fulgencio termina de cenar y apaga todos los candiles de la casa. Es hora de dormir. Probablemente mañana tenga que volver a ir a trabajar.

Pero al día siguiente Fulgencio no se levantó de la cama. Por más que su mujer y sus hijos lo llamaran, gritaran y lloraran, Fulgencio no se levantaba. "Dios mío, todos moriremos, ha llegado hasta aquí y ha entrado en esta casa",

pensaba la esposa de Fulgencio, mientras intentaba calmar a sus hijos dándoles un débil abrazo. Todos lloraban junto a la cama de Fulgencio.

Llamaron a la puerta. Se oyó una voz.

—¿Qué pasa ahí dentro? Por Dios, abre, Teresa.

—Pasa, Valentina —dijo Teresa, la mujer de Fulgencio, con un tono de voz casi inaudible.

Valentina entró en la casa y se dirigió hacia donde se oían los sollozos. Se quedó petrificada cuando vio a Fulgencio, rígido, inmóvil, que yacía sobre la cama.

—No se levanta, Valentina, no se levanta... —gimoteó Teresa.

Aquella escena era verdaderamente desgarradora.

—Lo siento mucho, Teresa —dijo Valentina, mientras la abrazaba.

Pero enseguida, Valentina se sintió en la obligación de hacer lo que había que hacer.

—Rápido, Teresa, no podemos dejar a Fulgencio aquí —Valentina clavó sus enormes ojos azules en los profundos ojos negros de Teresa—. Ahora tienes que ser fuerte. Por tus hijos.

Teresa se secó las lágrimas y, tomando de la mano a Valentina, bajaron al sótano. Un minuto después, volvían a la habitación cargando con un viejo ataúd de madera. Rápidamente introdujeron a Fulgencio en él, mientras los niños luchaban contra el miedo y la incertidumbre.

Reuniendo todas sus fuerzas, Valentina y Teresa alzaron el ataúd y lo colocaron sobre sus hombros. Avanzando a pasos cortos, salieron de la casa seguidas por los niños, rumbo al cementerio. Atravesaron con repugnancia las calles del pueblo, convirtiéndose en testigos de la pestilencia y la putrefacción que allí reinaban. Los niños no levantaban la vista del suelo y se tapaban las narices.

Tras un largo y tremebundo trayecto, aquella pequeña comitiva llegó al cementerio. Se dieron cuenta rápidamente de que no eran los únicos que portaban consigo un ataúd.

“Dios mío, qué horror”.

Una multitud de gente se agolpaba al final del cementerio. Hacia allí se dirigieron. Poco a poco, los gritos, llantos y gimoteos fueron invadiendo y torturando sus oídos. Varios hombres excavaban con palas en la tierra. No cesaba de llegar gente con ataúdes.

Cuando ya llegaron al sitio donde se agolpaba todo el mundo, vieron algo que hizo flojear sus piernas: junto a un muro se extendía una fila de ataúdes que parecía llegar al infinito.

En aquel momento, toda la gente se dirigió con celeridad hacia el lado oeste del cementerio. Por allí llegaba el cura del pueblo, al que le esperaba un día largo y duro. La gente lo rodeaba, se lanzaba a sus pies, y él no podía más

que mantener la cabeza baja y el corazón encogido.

Teresa y Valentina se quedaron allá de pie, después de dejar el ataúd en el suelo. Los niños se abrazaron a las piernas de su madre, exhausta de cuerpo y alma.

Un hombre, viejo, de tez muy morena y apestando a alcohol, se acercó a ellas con una pala en la mano.

—Señoras, tienen ustedes que dejar el ataúd en la fila. Tomen —dijo, dándoles un trozo amarillento de papel y un lápiz mordido—, escriban el nombre del... fallecido aquí y déjenlo sobre el ataúd con una piedra encima. Vuelvan mañana, hoy será imposible... la sepultura.

El hombre volvió a su tarea y ellas hicieron lo que se les había dicho. Luego todos se encaminaron hacia el pueblo, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

Un tenue velo de oscuridad ha cubierto el rostro del cielo esta tarde. Es como un anochecer eterno. Las nubes rodean a un sol ensombrecido, incapaz de mostrarse en todo su esplendor. Los pájaros trazan líneas en el inaudito espectáculo del firmamento.

Nos encontramos de nuevo en el cementerio. Sopla una estremecedora brisa. La gente se está marchando; en unos minutos no quedará nadie. Salvo nosotros, que empezamos a caminar entre las tumbas. Nos acercamos hacia aquella fila de ataúdes que aún no han sido enterrados, porque estamos oyendo unos ruidos, unos golpes sordos.

De repente, uno de los ataúdes se abre con un estruendo que sólo nosotros oímos. Un hombre sale de él con la mirada perdida y los nudillos ensangrentados. Por un momento permanece inmóvil. Luego mira su ataúd, que le recuerda lo pobre que es. Mira a un lado y a otro y no encuentra a nadie. Sólo oye unos pasos a lo lejos que se callan para ceder la palabra a una pala que muerde con rabia el suelo. Ahora mira la larga fila de ataúdes, y sus ojos vuelven a brillar. Seguramente ya se ha dado cuenta de lo que le ha ocurrido. Permanece quieto unos minutos. Parece pensativo. Sigue examinando el panorama. Está solo.

De repente, deja de pensar y decide actuar. Y hace algo sin duda increíble: con pasmosa facilidad, y con unos muchos años de duro trabajo dibujados en el rostro, carga el ataúd sobre su hombro derecho y atraviesa el cementerio. Queremos, necesitamos saber quién es ese hombre, y para eso recogimos el papelillo que había encima de su ataúd: "Fulgencio Sánchez".

Mientras, él ya ha abandonado el cementerio. Tenemos que correr para alcanzarlo, pues está caminando a un paso insólitamente rápido.

Atraviesa las calles del pueblo como impulsado por una extraña fuerza. Los pocos que le ven se quedan sin palabras. Él tampoco dice nada. Lo único que quiere es llegar a su casa cuanto antes y recuperar su vida que esta mañana había perdido.

Por fin llega Fulgencio a su casa. A pesar del largo camino, no parece

cansado. Con el ataúd aún a cuestas, llama a la puerta. Ya casi es de noche.

La puerta se abre y aparece Teresa, que no dá crédito a lo que está viendo. Sus ojos se abren desmesuradamente y se tapa la boca con sus temblorosas manos. Mira a Fulgencio fijamente, mientras alarga la mano para tocarlo. Es real. ¡Fulgencio está vivo! Le preguntaría muchas cosas, pero se da cuenta de que es incapaz de articular una sola palabra.

Entonces Teresa mira el ataúd, y sus ojos se abren aún más, como si quisieran abandonar sus cuencas. Se encuentra presa de su temor asombrado. De nuevo le hacía muchas preguntas, pero de nuevo es incapaz de articular una palabra. Fulgencio esboza una leve sonrisa cuando observa cómo las lágrimas comienzan a humedecer los ojos de su mujer.

“Bajemos esto al sótano antes de que los niños lo vean”, es lo único que se le ocurre decir.



# BENDITO SEAS RUBÉN

Demian Alexandre Peed-Reading

Ilustración: Pedro Martínez Bragado

Se llama Rubén. Pero eso sólo lo sabe él. Los demás lo llaman por otro nombre; "ilegal". Sólo para nosotros se llama ilegal. Todos ellos se llaman ilegales. Todos son iguales para nosotros. Nos limitamos a agruparlos por etnias. Por colores. Negros, moros, sudacas, del este, de donde sea... Sin embargo, cuando nos conviene -cuando conviene a nuestra economía-, les damos papeles y los llamamos inmigrantes. Si no nos interesa -si no interesa otro cargamento de mano de obra barata-, no se los damos, ni les ponemos el sello que les convierte en mercancía con un cierto valor económico, y siguen siendo ilegales. Sin más.

Pobres ilegales; todos comparten rasgos comunes. Y de ellos, sobresalen los ojos. Todos tienen los mismos ojos. Ojos de tristeza. No, en realidad no son ojos de tristeza. Quizá sería más justo decir que son ojos de desesperación. O ni siquiera eso. Son ojos de aceptación, sí. Han aceptado -les hemos obligado a aceptar-, unas cartas que nadie quiere. Y ellos juegan sus cartas. Sin saber que están marcadas. Con esperanza. Con la esperanza ciega de los ilegales. Imaginan ellos, pobres ilegales, que tienen mucho que ganar. Lo cierto es que no tienen nada que perder. No tienen nada.

Nunca lo han tenido. Allí, en su tierra, son pobres; muy pobres, pero aunque ellos no lo sepan, conservando la dignidad. Se puede ser pobre con dignidad, pero no se puede ser ilegal con dignidad. Se la quitamos al calificarlos así. ¡Como si la dignidad fuera cosa del dinero! Son las leyes del Primer Mundo.

Rubén apareció un día cualquiera por el barrio.

"Otro sudaca", dijo la gente.

Eso, en realidad, sólo lo decía la gente que lo veía.

Los demás nos dedicábamos a desviar la mirada.

Porque a Rubén no se le ve. A Rubén no queremos verle. Los necesitamos, pero nos molestan. Por eso no los vemos. Igual que a los otros muchos inmigrantes que deambulan por nuestras calles, buscando algo, tal vez un trabajo, trabajito,

dice Rubén, tal vez comida, tal vez unos euros para enviar a su familia. Nosotros no queremos saberlo. Nosotros sólo explicamos las causas, los efectos, las razones...

“No es el Primer Mundo”, dicen los expertos comentaristas de la televisión.

“Los problemas del Tercer Mundo son endémicos”, dicen los economistas con cátedra en universidad pública o privada. En eso no hay diferencias.

“Sin embargo, necesitamos mano de obra dispuesta a hacer los trabajos que los de aquí desprecian”, dicen los empresarios.

“Vienen a robar”, dice la gente de la calle.

Precisamente la misma gente que, en realidad, está en su misma situación. Pero aquí, en el Primer Mundo, la miseria, el hambre, se nota menos. Aquí es más moral que físico: y eso no se ve. O tal vez se debe a que tampoco queremos verlo.

Y Rubén pasó a formar parte del paisaje urbano de mi barrio. Casi era parte del mobiliario urbano. Algo que molesta, pero no tanto como para derribarlo, aniquilarlo. En el fondo, somos respetuosos.

Rubén iba limpio, aseado, hablaba un español plagado de diminutivos - él hablaba español, nosotros castellano, ni en eso coincidimos-, dejaba vagar sus ojos negros por los árboles, quizá recordando su pueblo, su pueblito, decía él; miraba los coches, él decía autos, como si fueran naves del espacio; miraba los edificios del barrio como si fueran palacios de cuentos de hadas; miraba a los niños con cariño, dejando que los labios formaran una sonrisa, quizá unos hijos nacidos del amor y de la desesperación que él sabe están esperando los dólares que él les enviará, eso les dijo.

“Papá se va a trabajar muy lejos para poder enviaros unos dólares para comprar todo lo que necesitáis”.

—¿Todo? —preguntaron los niños sin alcanzar a comprender el significado de la palabra todo.

Pero si ni siquiera saben que lo que necesitan se puede comprar. ¿Cómo van a pensar en comprar algo que llene el vacío eterno de su estómago de niño? ¿Qué misterios divinos encierra la palabra “todo”?

Los niños, sus hijos, lo creyeron. Saltaron y rieron de alegría. Se abrazaron al padre. Sabían que no mentía. Y es cierto, Rubén no mentía.

Rubén los abrazó a todos, intentando disimular las lágrimas que pugnaban por salirle de los ojos. Con lo pequeño que es, sus abrazos consiguieron abarcar a sus tres niños y a su mujer, y guiñándole un ojo a esta añadió:

—Y hasta podréis comprar juguetitos y algún regalito para mamá, ¿verdad que sí? Tenéis que comprarle algo a mamá. Ya sabéis como es, nunca piensa en ella. Y sobre todo, sed buenos niños.

Y los besó a todos. Con amor, con cariño, pero sobre todo con ilusión, con esperanza, con la seguridad de que iba a conseguir lo que había soñado durante

tantas noches despierto junto al cansado cuerpo de su mujer.

Y Rubén llegó a mi barrio. Y han pasado los meses; muchos meses. Calor, frío; qué más da, Rubén no desespera.

Ahora Rubén ya sabe que aquí no hay dólares, sólo euros, y para conseguirlos debe olvidarse de la Declaración de Derechos Humanos. No le cuesta mucho olvidarla porque tampoco la conoce. Antes ni siquiera sabía que tuviera más derechos que trabajar una tierra dura, vengativa, sin nada que ofrecer, allá en su pueblo, quizás en los Andes. Nadie lo sabe. Nadie se lo ha preguntado.

A nadie le importa. Y aquí, tampoco lo sabe: él cree que sus derechos son hacer lo que alguien dice sin quejarse; ser humilde, como siempre ha sido; dar las gracias con respeto; no sabe darlas de otra forma. Y esperar que le vuelvan a llamar para realizar otro trabajo de esclavo.

Esos son los trabajitos que Rubén consigue aquí, pobre ilegal, trabajos también ilegales; explotación en el paraíso, aunque los dólares se llaman euros.

Y cuando puede, cuando reúne unos pocos euros, va a un locutorio -gente de su tierra que ha triunfado aquí-, y los envía a su familia. Por la noche, antes de dormir, rendido por el cansancio, ve a su mujer, menuda, guapa para él, fea y desgastada para la vida; y sus hijos, morenos, de amplia sonrisa, de ojos brillantes, alegres: qué saben los niños de la pobreza si no han conocido otra riqueza. Rubén los ve en el momento de recibir los euros. Allí les explican que -nadie de su familia sabe leer-, esos nuevos soles han sido antes euros.

—¡Llegaron los dólares de su marido! —dice el tendero.

—Los dólares de papá! —grita el mayor.

—Los dólares de papá —corean sus hermanos.

—Los dólares para comer —dice su mujer sin abrir los labios. Y la madre los coge, los dobla con cuidado, los aprieta en la mano y rodeada por sus hijos camina el largo trecho que los separa de su casa.

Rubén vive la escena como si estuviera allí en cuerpo y alma. Cuando llegan a casa, la madre, su mujer, va poniendo los nuevos soles sobre la mesa. Como si fuera un solitario. Los niños ya no pueden abrir más los ojos. Nunca han visto tanto dinero. Entre todos, los van contando. Sí, coincide con la cantidad que les han dicho en la tienda. La madre, su mujer, forma un montoncito con ellos. Los envuelve con un trozo de papel y los ata con una cuerda. Coge unos pocos billetes y se los pone en el bolsillo del delantal. Luego los acompaña con la imaginación; la madre, su mujer, andando ligera, los niños, sus hijos correteando alrededor, hasta la tienda donde comprarán comida. Mucha comida. Y tal vez unos zapatitos para el pequeño. Aunque está tan guapo descalcito, piensa recordando los pies de su hijito. Primero pagan lo que deben y luego hacen la compra, claro. Siempre se les acumulan las deudas. Suerte que en la tienda del pueblo tienen crédito. "Es el resultado de ser un hombre honrado", les decía a sus hijos. "No hay que avergonzarse de ser pobre, hijos". Es la voluntad de Dios. Si sois honrados siempre podréis ir con la cabeza bien alta".

Y los niños absorbían sus palabras porque, orgullosos de su padre, querían llegar a ser como él.

Rubén sabe que las tiendas de su pueblo no son como las de aquí. Rubén sabe que lo que aquí se tira, allí se come. Rubén sabe que lo que aquí se come, allí ni se sueña. Rubén sabe muy bien lo que allí se puede comprar. Por eso quiere ganar algún dinero aquí. Para que cuando se reúnan todos aquí, puedan vivir felices en este paraíso económico. Pero no quiere precipitarse, por eso sigue en su tiendita con los suyos. A Rubén, se le hace la boca agua imaginando la escena. No, no por él, por sus hijos, tan felices, tan contentos siempre. Tan sucios, con esa suciedad que sólo los niños felices por muy pobres que sean pueden llevar con dignidad, como el mejor conjunto de marca. Rubén no sabe lo que es un conjunto de marca, pero se ha fijado que todos los niños de aquí llevan las mismas prendas. Los mismos dibujitos de la pechera; un cocodrilo, un señor montando a caballo, esas cosas. Eso debe ser bueno, piensa él. Está seguro de que por eso los niños de aquí son más felices.

Rubén, pobre ilegal, pobre loco soñador, aún con esperanzas que va renovando día a día a pesar de los golpes que recibe.

Rubén, pobre Rubén.

Yo no supe que se llamaba Rubén hasta que el brutal atentado acabó con su vida.

Aquel día, la muerte ciega le devolvió a Rubén lo que la vida le había quitado. Le devolvió su nombre y sus apellidos. Volvió a ser un ser humano. Hasta querían darle, a él, pobre ilegal muerto, papeles legales; los malditos papeles que es lo único que podía convertirle en un ser humano. Así somos los seres humanos por aquí; toleramos a los ilegales vivos, pero no a los muertos ilegales. Los legalizamos por decreto ley.

Y Rubén, ahora sí, volvió a su pueblo en un féretro digno, de lujo, hubiera dicho él. Y enseguida habría añadido: "No, por favor, yo no merezco tanto. No se molesten por mí. No...".

Sus restos volaron en un avión, con papeles, muchos papeles; como un ser humano. Incluso alguien envolvió el féretro con una bandera de su país.

Cuando la mujer y los hijos recibieron los restos del marido, del padre, lloraron junto a su precioso ataúd, exactamente igual que el de los ricos, imaginaron, porque la verdad es que nunca habían visto: ningún rico, ni vivo ni muerto. Lloraban por el marido, por el padre y porque la única esperanza que les quedaba se la devolvían muerta.

Allá en su pueblo, perdido en las montañas, todos, su mujer, sus hijos, sus amigos, supieron que el marido, el padre, el amigo, que Rubén había triunfado en la madre patria.

Y la mujer, la esposa, la madre, lloró desconsoladamente por el marido muerto, pero, al ver los chorretones que las lágrimas dejaban en las sucias caras de sus hijos, se encendió en su corazón otra llama de esperanza; la misma que



cuando Rubén la convenció de que el futuro de todos estaba en la madre patria. Sus hijos, lo único que le quedaba, también irían algún día a la madre patria a triunfar.

Bendito seas, Rubén.



— |

| —

— |

| —

# TODAS LAS FAROLAS

María Sierra González

Ilustración: Pedro Martínez Bragado

Válgame Dios, que todavía no me puedo creer lo de esa pobre mujer, si es que apenas hace un par de días que la vi en esa misma calle, yo volvía de comprar un poco de verdura para hacer caldo, y también un trozo bien hermoso de jamón, y ella estaba poniendo los carteles esos que hay por ahí con la foto de su marido, que hay que ver cómo se ceba el destino a veces con algunas personas, ya lo decía mi madre, que en paz descansen, no somos nadie, y es verdad, quién le iba a decir a esa pobre mujer que iba a terminar así, aunque fíjate lo que te voy a decir, la procesión iría por dentro, porque no se la veía muy desesperada, muy triste y cansada también, eso sí, pero cualquiera diría que llevaba cinco días sin tener noticias de su marido, imagínate sin saber si está vivo o muerto, y eso que el hombre es muy buen mozo, con los ojos grandes y oscuros y una sonrisa... vamos, de esas que enamoran, tú ya me entiendes, y en el cartel pone que tiene un hoyuelo en la barbilla, fíjate qué cosa, cómo se le ocurrió a la mujer poner esa tontería, lo que hace el sufrimiento, tú no te vas fijando en la barbilla de la gente cuando vas por la calle, aunque ya le dije que procuraría estar atenta, estuve un ratito hablando con ella porque me dio pena, qué habrá sido del hombre, Alejandro se llamaba creo, después de lo de su mujer y sigue sin aparecer, al principio pensé que se habría ido con alguna fulana, aunque ya sabes que yo no soy de las que siempre piensan mal, pero para mí que éste está bien muerto en alguna cuneta, cualquiera sabe, si es que no somos nadie, ya lo decía mi madre, mira, ahí, ahí mismo lo pone, anda que un hoyuelo en la barbilla...

Hoy he colgado carteles con tu foto en todas las farolas y en todas las paradas de autobús. Miro los cromos repetidos de un rostro que todavía quedan sobre la mesa y no puedo evitar sentir cierto desasosiego al notar como me miras decenas de veces con tus inofensivos ojos de papel que, sin embargo, nunca fueron tan terribles... He llorado, sólo un poco, al despertar del sueño pastoso y gris de las pastillas para dormir, y posiblemente lloraré un poco durante la cena, envuelta en los ecos de todas esas noticias de guerras y hambres y catástrofes que, ahora que tú no estás, permanecen flotando durante horas en el silencio atroz de la sala de estar. También he pronunciado tu nombre abrazada a tu madre, un espejo de mi palidez y mis ojeras, como si por algún tipo de encantamiento mágico fueras a aparecer de repente, como Dorothy recién llegada del país de Oz, si lo dijera tres veces. Alejandro. Y las rodillas me flaquean.

Alejandro... me regodeo en la ele y me enredo en la jota, arrastro la erre hasta el final abrupto de la palabra, disfruto del sabor voluptuoso, dulce aunque ligeramente ácido, que deja en mi boca. Y se me llenan los labios con tu nombre.

Hoy he visitado, como todos los días desde el lunes, la comisaría, igual que cualquier mujer preocupada que ha perdido a su marido, y también esta noche la pasaré en vela, consciente del hueco de tu cuerpo a mi lado, recordando... recordando hasta que me duela demasiado para continuar y decida echar mano, una vez más, de las pastillas que ahora permanecen siempre en la mesita de noche. Después de la comisaría, ¿te lo he dicho ya?, he pegado carteles con tu foto en todas las farolas y en todas las paradas de autobús. En la calle del mercado me he encontrado con una señora muy amable, un tanto parlanchina, que me ha asegurado que, de ahora en adelante, se fijará en todos los hombres que vea por la calle que tengan un hoyuelo en la barbilla.

No he podido evitar sonreír. Porque no sé por qué puse lo del hoyuelo. Lo hice al final, cuando ya habían empezado a imprimir los primeros carteles, paré las máquinas decididamente como si, de repente, me hubiera acordado de algo importante. Y lo cierto es que había recordado cómo solía fascinarme, al principio, quiero decir, aquel pequeño socavón en tu cara que tantas veces habré besado sin piedad ni decoro, que tantas veces habré mordido, pellizcado o acariciado...

Se me ha venido a la cabeza, de súbito, cómo cuando me abrazas es tu barbilla la que queda a la altura de mis ojos, sólo un momento, hasta que me hundo en las profundidades de tu cuello. Sólo eso. Pensé que debía ponerlo. Que, por muchas vueltas que diera la vida y aunque pasaran años y años y las penalidades y el tiempo se marcaran a fuego en tu rostro, siempre podría reconocerte por un abrazo, por ese hoyuelo en la barbilla cuya curva conozco de memoria; menuda tontería pero podría reconocerte en cualquier parte, aunque no me estuvieses mirando desde el fondo infinito de esos ojos en los que me caí, un día que ya parece tan lejano.

El caso es que hoy al mediodía he sufrido un rato junto a tu madre, que no encuentra consuelo a pesar del cariño de tantos hijos y nietos, como si se le hubiera roto de repente el curtido escudo de mujer de marinero, de esposa que ve a su marido una vez al mes y lo despide en el puerto con una sonrisa, sin confesarse ni siquiera a sí misma el temor siempre presente de que, esa vez, la mar siempre traicionera le arrebatase todo cuanto tiene, sin cadáver para velar ni tumba para llevar crisantemos blancos los primeros de noviembre. He visto como lloraba de esa manera desgarrada y seca en que sólo lloran las madres, y me he sentido un poco culpable por no contarle la verdad. Porque ayer, cuatro días después de aquella noche en que no llegaste a la cena, descubrí finalmente tu mensaje mientras ponía orden en el salón para distraerme. Ví el hueco en la estantería y al instante me di cuenta de que el único que faltaba de entre todos tus libros era La Odisea. Pero no lo supe de repente, entonces. Lo fui sabiendo durante todo el día, apenas sospechándolo en la mañana, descubriéndolo por la tarde, hasta que, en la nitidez de la madrugada, ya no había ninguna duda. Y aún así hoy, quizá te lo haya dicho ya, he seguido pegando carteles con tu foto

en todas las farolas y en todas las paradas de autobús. Empapelando fachadas con ardor de militante comprometida con la causa. Llenando la ciudad de ti como si así fuera más fácil regresar a esta casa en la que no estás...

...no estás, nadie responde cuando recorro las habitaciones llamándote, no has visto sentado en el sofá con una cerveza bien fría el partido del miércoles ni apagado las luces que siempre me dejo encendidas. No estás pero tu peine y tu cuchilla de afeitar siguen en el baño. No falta ni una sola de tus camisas, ni siquiera la de rayas azul y beige que tanto te gustaba. Y tus zapatos, corbatas, calzoncillos y calcetines, todo está en su sitio impecablemente ordenado. Incluso se quedó sobre el aparador tu cajita de pastillas de regaliz y seguro que no has podido resistir y has vuelto a fumar, que te conozco.

Todo está aquí menos tus brazos y tus manos y tus inmensos ojos y tu voz que me arrullaba hasta que me quedaba dormida y, de alguna manera que no podría explicar del todo, sé que no te han robado y acuchillado en una esquina, ni te has caído por ningún acantilado, ni, por supuesto, te han secuestrado. Ni siquiera te has dado un golpe en la cabeza y no te acuerdas de que eres profesor de literatura en un instituto y de que tu mujer se enamoró de ti por una poesía escrita precipitadamente en una servilleta de papel, de que cuatro versos bastaron para que te siguiera al fin del mundo, que era todo lo que queda más allá de Madrid y Benidorm, de que el día que nos conocimos llovía, y tú llevabas un jersey azul y habíamos bebido demasiado, de que nos casamos una tarde de mayo y no fuimos ni al Caribe ni a Canarias, ni siquiera a Valencia o París, que tenía que ser a Pekín de la China, que era donde decía tu padre que iba cuando salía a faenar con los otros pescadores, de que te gusta el café solo y con una cucharada y nada más que una de azúcar, de que me lees todas las noches para que me duerma y todavía sigo despertándote de un beso, de que aún me quieres, me quieres aunque quizá no como aquel el primer día en que me quisiste en una calle solitaria de Madrid...

Todo está aquí y sé que te has marchado. Te has ido con todo el peso de tus cuentos sobre la espalda, has huido de mi respiración sonando cada noche junto a la tuya y de mi cara sonriéndote soñolienta y con alguna legaña, pero sonriéndote, cada mañana, de los macarrones con tomate de los jueves y del telediario de las ocho y media. Me has dejado, maldita sea, me has abandonado en esta ciudad que nunca será la mía, te han llevado el canto de las sirenas que cada tarde te llamaban desde el mar. Nunca debimos venir aquí, en Madrid todo era cláxones y luces de neón, carreteras inmensas que, al final de los atascos, sólo conducían a polígonos industriales o campos semiabandonados, estábamos lejos, a salvo, de la magia del océano. No debí aceptar venir aquí contigo, enfermo perpetuo de melancolía, sangre de marinero, larga estirpe de pescadores sin retorno. Porque en Cádiz, los días despejados se ven las costas de África en la lejanía como la luz de un faro destellando en mitad de la oscuridad de las aguas.

Y debí habérmelo imaginado, debí haberme dado cuenta antes. Porque ahora entiendo que llevabas tiempo despidiéndote de mí en silencio. Acariciando a medianoche, cuando creías que dormía, cada rincón de mi cuerpo para grabártelo

entero en tu memoria, contando cada uno de mis lunares y devorándome, mordisqueándome con ansia de carnívoro como nunca antes lo habías hecho.

Sé que no te ha pasado nada. Sé que te has ido, simplemente te has marchado. Te has ido por mar, en un barco que ya no puede ser un velero, con las sirenas, a dejarte envolver por los colores de África, a matar gigantes y luchar en mil batallas, a escribir un libro más para tu dichosa estantería. Libre, finalmente. Sin ataduras. Sin exámenes que corregir ni mujer que te haga otra-vez-macarrones con-tomate todos los jueves.

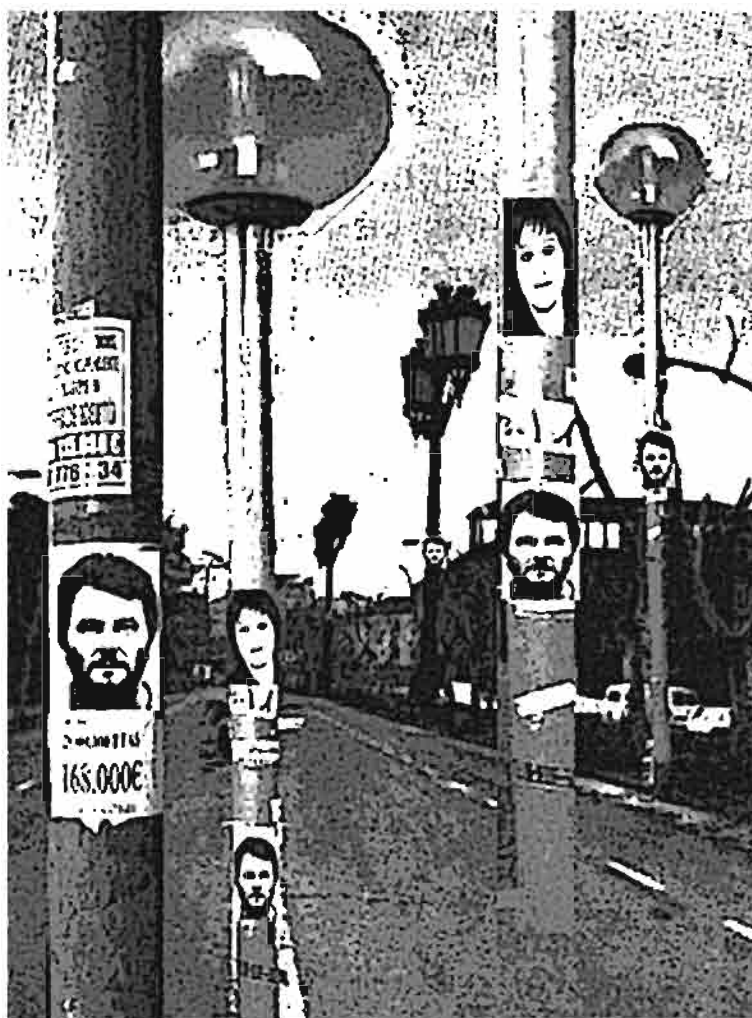
Y sé que volverás. No me has dejado un mensaje en una botella escrito con desesperación de naufrago, ni una nota escueta y rápida colgada del frigorífico porque eres mucho más retorcido, cariño.

Lo sé, porque has elegido esa historia, ese libro entre todos. Sé que me quieres, después de todo, al final siempre me quieres, ¿no se trata de eso? Y vivimos felices y comemos perdices... Sé que a mí me toca esperar tejiendo en mi telar noches sombrías mientras la sangre se me va convirtiendo en escarcha y se me seca la piel. A mí me toca ser tu fiel Penélope, permanecer aquí para que tengas un sitio al que regresar, mientras te ahogas en brazos de Circes y Calipsos que nunca te plancharán los pantalones con una impecable raya en medio.

Pero se te ha olvidado una cosa, mi amor. Se te ha olvidado, después de todo, por qué te enamoraste de mí. No soy Penélope. No conocí Ítaca. Amo demasiado la vida como para gastarla esperando. La vida real que es inmensa e inexorable como uno de tus océanos, la vida sin sirenas ni cíclopes ni dioses, las historias de la gente de verdad que tienen muchos más matices que cualquiera de tus cuentos.

Nadie lo sabe ni nadie lo sabrá, pero no me encontrarás aquí cuando regreses. Esta misma noche me marcharé. Me alejaré por esas carreteras eternas cuajadas de olivos polvorientos y campos de girasoles que una vez cruzamos en dirección contraria (era todo entonces, tan distinto...). Me iré aunque el corazón me estalle en pedazos tan pequeños que ya no pueda encontrarlos nunca más. Cruzaré tierras de olas de hierba y tomillo y sortearé ríos y montañas hasta llegar a la única ciudad que me llama como te llamaba a ti el mar. ¿Sabes que nunca conoces del todo Madrid? ¿Te has parado a pensar en la cantidad de callejuelas, esquinas y avenidas que se enredan en su interior? ¿Eres consciente de todas las urbanizaciones y las ciudades dormitorio y los suburbios y los poblados de chavolas que existen? Los cientos de calles, los millones de personas y ruidos... es un mundo más fascinante que cualquier océano. Regreso, vuelvo a casa, y después quién sabe... Adiós. Me voy porque ya no puedo quererte más, ahora que no estás. Te he querido demasiado, ya; porque, durante todo este tiempo, te he querido por los dos, te he querido, también, por todos los años venideros, te he querido más de lo que nadie vaya a quererte nunca. Y estoy agotada. Me voy y dejo mi cepillo de dientes junto al tuyo, todo quedará igual, para que lo encuentres cuando regreses, viajero traidor, todo menos yo... quizá mañana tu madre cuelgue carteles con mi foto en todas las farolas y todas las

paradas de autobús y una señora muy amable, algo pesada, le diga que, en lo sucesivo, buscará mi cara entre las de todas las mujeres morenas con mechas caoba con las que se cruce por la calle.



— |

| —

— |

| —



# EL MONO DARWINISTA

Jorge Enrique Martín Fernández Aragón

Ilustración: Paco Ñiguez Bragado

Empezaré a contar esta historia que no a poco asombrará, pero no puedo asegurar que la termine. Los hechos se originaron hace dos meses, cuando me vine a pasar el invierno a esta cabaña con el fin de dar término a mi libro. Vine completamente solo, con la única intención de contemplar la naturaleza, reflexionar y tomar tantas notas como conclusiones sacara del comportamiento de la naturaleza. Para ello no creo que hubiera mejor sitio que este bosque aislado, rodeado de árboles, plantas y diversas especies biológicas. De todas maneras, y para mi fortuna que ahora veo tornarse en desgracia, no estoy contemplando solo. Tengo compañía, si bien no es humano, o al menos eso creía hasta ahora. Pero vayamos por partes.

Todo empezó a finales de noviembre, cuando llegué a esta pequeña cabaña. En principio, mi alojamiento sólo estaba habilitado para que en él viviera una persona, al constar de un dormitorio -despacho con una pequeña chimenea y una mesa, un zulo acondicionado como baño y una diminuta cocina dotada de los más elementales enseres. Paradójicamente, lo más espacioso de la casa era el jardín, inhabitable debido al frío invernal que hacía que estuviese lleno de hojas y hielo la mayor parte del tiempo. Tras las gélidas noches, ese pequeño patio amanecía repleto de charcos helados con algún insecto congelado a modo de fósil en su interior. En otras noches de gran viento y tormenta, amanecía el patio con multitud de hojarasca, ramas y restos del bosque, impregnados de un delicioso olor a arena mojada.

Como he dicho, mi casa no estaba habilitada para alojar a otra persona en su interior, pero no impedía que un animal viviera en ella. Tengo que decir que los animales no son de mi agrado, más allá del estudio que de ellos hago; prefiero a las personas. En coherencia, el único animal con el que podría haber vivido es con el que mayor parecido tiene con el ser humano: el mono.

No es que me trajera un chimpancé conmigo, jamás se me habría ocurrido. Fue él quien vino a mí. Apenas habían pasado dos días cuando salí a por un poco de leña por los parajes que circundan a la cabaña. Llevaba casi una hora recogiendo leños y ramitas cuando divisé, ante mi estupor, un mono. Nunca había visto uno en persona, pero sí había leído estudios acerca de ellos con ávido interés.

Probablemente, si no me hubiera acercado, nada hubiera pasado, y yo no estaría relatando esta historia. Pero cada vez estoy más seguro de que en el fondo de nosotros albergamos unas fuerzas del destino que nos compelen a actuar, quizás porque tenemos un sino que irremediamente tenemos que cumplir. Pues bien, movido por una extraña curiosidad que iba más allá de mi interés científico, me acerqué cautelosamente al mono, que siguió quieto en su sitio. Cuando estaba a escasos dos metros, me paré y ambos nos quedamos mirando fijamente. Puedo asegurar que tenía rasgos humanos. Su mirada, sus pupilas, eran humanas. Medía poco más de un metro, estaba erguido y sus brazos le llegaban hasta las rodillas. Su cara me sorprendía y me resultaba graciosa a la vez. El silencio del bosque era sepulcral.

Tras unos breves minutos contemplándolo, me acerqué más a él, y de como si un bebé se tratara, le pasé la mano por el cogote, acariciando su suave y duro pelo negro. Me pareció ver sonreír al mono, como si le gustaran mis caricias en la cabeza. Me había ganado su confianza, pensé. Ahora sospecho que fue al revés. El mono dio un paso hacia atrás, juguetón. Yo, medio en broma, dispuesto a reanudar mi labor, le dije “encantado”, y le tendí la mano como gesto de despedida. Cuán grande fue mi sorpresa cuando el mono me la estrechó.

Mi razón, aturdida, intentó buscar una explicación a tan abrumante gesto. Enseguida pensé que no tenía por qué ser algo raro, que bien podría tratarse de un acto puramente animal; no en vano había leído que estos mamíferos desarrollan conductas asombrosas similares a las de los humanos.

Seguí buscando leños para mi chimenea, perdiendo de vista al mono por espacio de una hora. Apenas llevaba un par de kilos recogidos, y había calculado que necesitaría por lo menos el doble. El cielo se estaba oscureciendo más de lo debido: amenazaba tormenta. Intenté darme prisa en la recogida para volver a la cabaña lo más pronto posible. Me paré un segundo para escrutar la lejanía del bosque, frondoso de árboles, en el que se podía divisar un lago en el que quizá algún día pescara. En ese momento noté como una mano tiraba de la mía. Se trataba de una mano peluda, semiencogida. Me volví y me quedé paralizado. El mono me había cogido de la mano para enseñarme el fajo de leños que había recolectado.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo a la par que empezaban a caer unas pocas gotas del cielo. Ese mono era demasiado inteligente. Experimenté una extraña contraposición de sentimientos: por un lado me asustaba el comportamiento humano del mono; por otro, me parecía fascinante. Desgraciadamente, mi pánico cedió y de mí se apoderó una poderosa atracción hacia el simio. Algo tan extraordinario no podía abandonarlo. Como biólogo que soy no podía desdeñar la oportunidad de estudiar de cerca un animal tan interesante y tan peculiar a

la vez. Le cogí de la mano y lo llevé caminando hasta mi cabaña. En ese momento no era consciente de la fatalidad que acompañaba a esa decisión. Aún ahora desconozco las dimensiones que puede alcanzar.

Cuando arribé a la cabaña ya tenía decidido amaestrar al mono, con el fin de analizar hasta qué punto alcanzaba su entendimiento, o su inteligencia, porque ahora bien creo que se trata de inteligencia.

La convivencia no se tornó muy complicada al principio. Yo jugaba todos los días con él, le analizaba, veía de qué era capaz. De su alimentación se encargaba él: todos los días se perdía hacia la media tarde por el bosque para regresar alimentado a la cabaña. Cuando yo escribía, el mono salía al jardín, donde se agarraba a dos barrotes de madera dispuestos paralelamente en horizontal y se columpiaba en ellos. Eso fue lo que hizo, al menos durante los primeros quince días. Yo empezaba a cansarme del animal, que no me parecía ya tan peculiar. Hasta que un día el mono volvió a despertar mi interés. Estaba leyendo una investigación acerca de los cambios que experimentan las plantas con los cambio estacionales, cuando miré por el pequeño ventanuco de mi cuarto. El mono daba vueltas de un sitio a otro, una y otra vez, andando, como un ser humano que paseara meditando. Por segunda vez, el mono presentaba tintes humanos. No sabía yo que eso era sólo el principio.

Pasaron unos días en los que el mono estuvo menos activo de la habitual. No le di yo más importancia, tan abstraído como estaba en el libro. Una noche en la que no podía dormir, me levanté para ir a la cocina a por un poco de agua. Encendí una vela y caminé. Apenas alumbraba lo justo para guiarme sin tropezar por la casa. Al entrar a la cocina, sin embargo, intuí una forma, una respiración, un ligero brillar de ojos. Al principio me asusté. Después, cuando descubrí lo que era, me aterró. El mono estaba sentado en una silla con una mano en la frente y la otra en la barbilla, como la estatua griega, reflexionando. Me quedé helado. Ustedes a lo mejor no lo entienden, quizá no lo crean, pero el mono estaba pensando. Era algo monstruoso. Yo no podía dar un paso.

Cuando por fin me decidí, el mono levantó la cabeza y me sonrió, pero lo hizo con una sonrisa maligna. No pude conciliar el sueño en toda la noche.

No sé si ustedes saben lo que es el terror, espero que no. Si lo han sentido alguna vez, Dios quiera que no haya sido de noche, en la oscuridad, solos, azotados por el insomnio. Es de las cosas más importantes a las que se puede enfrentar el ser humano. Imagínense si, además, están en una cabaña perdida en el bosque, con la única compañía del causante del terror. La noche no parece tener fin, eres incapaz de conciliar el sueño. Tu mente comienza a albergar ideas absurdas que no puedes desechar, y que acaban convirtiéndose, para tu desgracia, en verosímiles. La razón, el sentido común, desaparece: es sepultado por el temor, el miedo, las elucubraciones, las fantasías. La tortura, en una palabra.

Cuando llevas una hora empiezas a oír sonidos que en verdad no existen, pero que te aterran. Tus ojos comienzan a ver furtivos movimientos de sombras en la oscuridad a la par que tu mente máquina perversidades que hacen que un hilo de estremecimiento recorra todo tu cuerpo. Sudas, sudas hielo. Intentas

pensar que todas esas cosas no son más que tonterías, que los hechos sobrenaturales no existen, que nada va a irrumpir en la cabaña a esas horas. Todo es inútil. Al igual que un soldado cuando patrulla en plena guerra por la noche, la amenaza, el miedo, es tan fuerte que sofoca el entendimiento, envolviéndote en un nuevo mundo en el que el espacio y el tiempo, la razón, la verdad, el bien y el mal, todo es nebuloso, todo es posible.

La mañana la dediqué entera a escudriñar al mono, pero no hizo nada sorprendente, más allá de balancearse en las barras del patio o tumbarse a la sombra de un árbol. Sospeché que el chimpancé fingía para no despertar mis temores. Era como si quisiera dosificar de forma homeopática sus revelaciones, como si quisiera ir despertando mis temores, mi terror, poco a poco, como si después de cada sorpresa intentara volver a ganar mi confianza para evitar que yo tomara alguna decisión drástica. A fe que lo hizo, muy a mi pesar, y ahora que lo descubro puede que sea demasiado tarde.

Pasaron unos días en los que me tranquilizó con su actitud, lo cual no evitó que yo durmiera con dificultades, alerta ante cualquier eventualidad. El mono parecía volver a su actividad normal. Por las mañanas, cuando me levantaba, ya estaba él jugando por el tejado o por el jardín, hasta que yo me ponía un rato con él. Me asombró, bien es cierto, su facilidad para aprender los trucos que le enseñaba, como el de abrir el cajón, aunque tampoco me extrañó, la verdad, puesto que había visto amaestrar perros y entendía que lo mismo se podía hacer con un animal más inteligente, aprovechando sus manos, en las que a mi entender radicaba su superioridad como mamífero. Una vez dijo un filósofo que el hombre es un ser inteligente porque tiene manos, sentencia que es extensible al mono. A mi juicio, el mono más que garras tiene manos, cierto que no tan útiles desde un punto de vista biológico como las del hombre, pero manos al fin y al cabo. Son grandes, con dedos separados y curvados, pero extensibles, que restan eficacia a la labor de desgarrar propia de las garras, pero que aun subsisten, de forma mínima en el mono, a diferencia del hombre, en el que sus manos han evolucionado y no sirven ya apenas como instrumento de supervivencia, inútiles, por tanto. Estoy seguro, de que ahí radica la clave de la evolución intelectual del ser humano, el cual, al verse privado de garras, al encontrarse con manos que no servían específicamente para nada, se vio obligado a buscar la manera de subsistir con tan inapropiados instrumentos: comenzó a pensar.

Pues bien, aproveché las manos del primate para enseñarle algunas cosas útiles. Como he dicho, no con mucha dificultad aprendió a abrir cajones provistos de un pomo circular. Viendo la facilidad con la que lo hacía, le enseñé a sujetar una vela, con la que me alumbraba todas las noches permitiendo que mi trabajo se extendiese más allá del ocaso de la luz solar. Como el terror había sido sepultado en el fondo de mi corazón merced a las argucias de las que ahora me doy cuenta de que el mono se valió, tales hechos no despertaron en mí desconfianza alguna, sino ilusión por el éxito de mis enseñanzas. Estaba claro, a mi entender, que el mono, los de su especie, en general, poseían el suficiente número de neuronas libres para asimilar enseñanzas que le fueran impartidas, aprovechando sus cualidades biológicas. La única diferencia, grande, por supuesto, con respecto

al hombre, era una incapacidad para relacionar esas ideas unas con otras y sacar consecuencias, o más bien la imposibilidad de ver más allá de sus necesidades vitales. Mientras que el hombre razonando es capaz de nuevos descubrimientos, el mono sólo tiene al alcance la posibilidad de aprender cosas y valerse de sus cualidades para la subsistencia. Pero si no poseyera esas capacidades, si fuera como el hombre un ser biológicamente deficitario, no podría sobrevivir. O eso era al menos lo que yo pensaba. Ahora empiezo a creer que esto, al menos en la criatura que desgraciadamente albergo en mi casa, no es así. Cada vez estoy más convencido de que este mono ya poseía esos conocimientos cuando yo me lo encontré, y que tan solo fingía para ganarse mi confianza. Ese mono, lo veo claro, pensaba, piensa. Empiezo a sospechar que sus razonamientos no discurren por buena senda.

Pero no adelantemos acontecimientos. Yo, después del susto que me dio aquella noche, había recuperado la confianza en el mico, y nada sospechaba de él. Hasta que ocurrió aquello. Aún tengo escalofríos al recordarlo, y todavía no me he decidido a actuar, mas pronto lo haré, por eso dejo constancia de todo lo que ha ocurrido hasta ahora, por si me pasara algo.

Habían transcurrido varias semanas y el invierno exhalaba sus últimos estertores, se sacudía en unas finales pero contundentes contorsiones. Una noche, tras un día de abundantes lluvias, descargó el cielo una tormenta como hacía tiempo que no veía. diluviaba, soplaban un viento veloz y fuerte, los truenos eran potentes; una noche para olvidar. Desde mi ventana podía divisar el negro cielo más allá de las montañas, a lo lejos, detrás de la espesura del bosque. Pocos leños me quedaban para la chimenea, así que decidí racionarlos, previendo acertadamente que más tarde podría necesitarlos. Como quería avanzar en mi trabajo, que iba un poco retrasado como consecuencia del tiempo que había prestado al mono, me puse a escribir, valiéndome de la capacidad del simio para sujetar objetos. Encendí una vela corta y gruesa que traje conmigo, y como no tenía lugar donde pudiera quedarse de pie con riesgo de que se cayera y pudiera prender algo, se la puse en la mano al primate, y le hice estarse quieto a mi lado para que me alumbrara mientras escribía.

Bajo la tenue luz de la vela apenas se veían con claridad mis papeles, y la silueta del mico se recortaba sobre la pared de forma humana. Si alguien hubiera entrado en el cuarto y hubiera visto la pared, no podría pensar sino que había un niño conmigo.

El simio tenía esa noche una cara extraña y respiraba fuertemente. Mientras escribía, fue creciendo en mí la sensación de que el mono me miraba con interés, lo cual me fue poniendo nervioso. Sin embargo, cada vez que levantaba la cabeza de la mesa y lo miraba, lo veía con los ojos hacia el suelo. Pero por el rabillo del ojo me daba cuenta de que en cuanto volvía a mis apuntes, él dirigía su mirada hacia ellos, hasta el punto que parecía estar leyéndolos. Afuera seguían cayendo truenos y relámpagos, y el ambiente de la habitación empezaba a ser gélido. De mi boca empezaba a salir vaho, así que decidí levantarme y acercarme a la cama para coger la manta y ponérmela encima. La cama estaba detrás de la mesa,

así que para acercarme a ella tuve que dar la espalda al mono durante unos segundos. Cuando volví, mis sospechas se difuminaron. Le vi asomado sobre mis escritos, alumbrándolos para leerlos. Estoy seguro, no era curiosidad: los leía. Me empecé a poner nervioso, pensaba si no sería mi imaginación la que me jugaba malas pasadas, alentada por lo propicio del ambiente. Mis dudas se dispararon en pocos instantes.

Me volví a sentar, convencido del malentendido, y seguí escribiendo. Al poco rato me di cuenta de que debía terminar rápido, pues la vela estaba cerca de consumirse, rozando casi los dedos del mono. De pronto, éste me sorprendió. Como veía que iba a quemarse, se dio la vuelta, salió de la habitación, entró en la cocina del fondo del pasillo, abrió un cajón, sacó un tenedor y pinchó la vela para poder cogerla sin riesgo de quemarse. No creo que puedan imaginarse el terror que me asoló en esos instantes. Esa concatenación de ideas no era posible en un animal normal. Ya estaba seguro: lo que tenía en casa no era un simple animal, era una criatura sobrenatural. Cuando volvió, el simio me miró y sonrió, enseñándome su dentadura amarilla. Incluso llegué a oír una carcajada que no terminó de salir de su interior.

Un tremendo nerviosismo me invadió. El miedo, el terror más bien, atenazaba mis músculos. El frío se conjuraba con mi terror para provocar escalofríos que recorrían mi cuerpo como si de descargas eléctricas se trataran. El mono seguía al pie de la mesa de trabajo, sosteniendo la vela, mirándome, como si nada hubiese ocurrido. Desesperado, irracional, me levanté fulgurosamente, golpeando con mi brusco movimiento los papeles de la mesa, que cayeron al suelo. Miré al simio, frente a frente. Él me retaba aguantando la mirada, en una especie de duelo. No pude más.

—¡Animal del demonio! —le grité—. Ya no me engañarás más, no... sé que me quieres, que vas a por mí. Pero no lo conseguirás. No sé que eres, pero sí sé cuales son tus intenciones. No las permitiré...

Obnubilado me abalancé sobre el animal para agredirle, estrangularle, no lo sé, la pasión me obcecaba y no puedo recordar bien lo que hice. El mono, como leyendo mis pensamientos, se me adelantó, y salió fulminado de la habitación al exterior.

Como todos ustedes pueden imaginar, no pude conciliar el sueño en toda la noche. Le daba vueltas y más vueltas, una vez y otra a la cabeza, tratando de dar con una explicación racional al comportamiento del mono. En algunos momentos, me convencía de que todo había sido una exageración de mi lunática mente, favorecida por el extravagante hecho de albergar un mono en la cabaña y por la sugestiva tormenta que afuera comenzaba a cesar. Sin embargo, enseguida rechazaba tal hipótesis. Demasiadas pruebas tenía de lo inexplicable de su comportamiento, demasiadas cosas sobrenaturales habían contemplado mis ojos como para poder creer que todo ello no fueran más que hechos naturales sobredimensionados por mi mente. No, no podía ser. Lo que había presenciado había sucedido, estaba claro, y se excedía de las pautas normales del comportamiento animal, por inteligente y evolucionado que fuera. Eso atendiendo

a los hechos objetivos. Porque luego estaban las miradas, las sonrisas, las intenciones que en él intuía: eso era lo que elevaba unos simples hechos anormales a la categoría de lo que se ha llamado "outré", lo sobrenatural, lo inexplicable, lo desconocido. Y ello me aterraba de forma que ninguno de ustedes creo que pueda comprender. Había que estar presente para comprenderlo y sentirlo.

Los siguientes días no fueron para mí más que un continuo ir y venir de inquisiciones que atravesaban mi mente y me impedían trabajar; tampoco podía dormir, tan sólo pensar en lo sucedido. Me di cuenta de que el mono volvería, de eso estaba seguro, y de que entonces tendría que actuar. Pensé en abandonar la cabaña, pero algo en mi interior me lo impedía, me constreñía a intentar averiguar qué era el mono, de qué criatura se trataba. Sabía que ello podía costarme la vida, así que al tercer día empecé a escribir la presente crónica para dejar testimonio de un hecho real, inaudito pero cierto, por si pudiera ser contado por mí en el futuro. Sé que muchos me calificarán de loco o enajenado, pero poco me importa. Bastante estoy sufriendo y padeciendo, bastante tengo con el terror que día y noche me asola como para preocuparme por otras cosas. ¡Ah, si ellos vieran su cara sonriente, sus dientes amarillos, ennegrecidos, su aliento, su vaho en la oscuridad, su mirada penetrante y amenazante! No. No se lo deseo a nadie. Jamás podrían olvidarlo.

Creo saber por donde merodea el animal. Recuerdo que cuando él salía de casa, muchas veces me lo encontraba junto al lago, donde yo pescaba, y juntos volvíamos a la cabaña. Estoy harto de esperar: iré allá a por él. Aprovechare para pescar y retocar este testimonio. Estoy seguro de que aparecerá.

Siempre después de la oscuridad vuelve a lucir el sol; después de la tempestad viene la calma; tal tuve el día hoy. La luz solar cae directamente sobre el lago sin obstáculos del cielo. No veo rastros del mono. Pero sé que vendrá. Tampoco quiero que crea que le estoy esperando; con la caña de pescar y estos folios con los que aparento trabajar no lo notará. Sin embargo estoy atento a cualquier movimiento, como el soldado en su trinchera, viendo de reojo su espalda, sus flancos, porque desde cualquier lugar puede venir la mortal bala. Ya está, allí se acerca. Me ha visto. Sabe que lo he visto. Está delante de mí, mirando a mis pupilas como yo miro las suyas. Voy a levant.

Hasta aquí llega la presente crónica, hallada en la orilla del lago, manchada de barro y deteriorada, pero legible. El cuerpo del autor fue hallado tirado, sin vida, con la cabeza sumergida en el agua. De la autenticidad de la historia relatada, nada puede asegurarse. Dado el carácter sobrenatural de los hechos que se relatan, nadie les ha dado credibilidad alguna. En un primer momento, se aseveró que había sido obra de algún loco que acabó suicidándose. Sin embargo, por interés de nuestros lectores reseñamos.

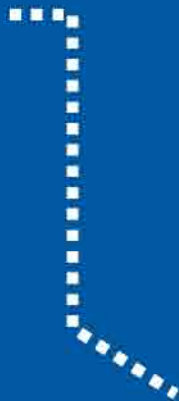
En el cuerpo se hallaron signos evidentes de que la cabeza del fallecido fue sumergida y mantenida bajo el agua después de haber sido derribado y golpeado. En la nuca fueron halladas brutales contusiones y marcas, así como unos pelos largos, negros y fuertes, poco comunes en la especie humana. El

caso, no obstante, fue archivado, sin más investigaciones, considerándose el suicidio como hecho más factible.

Estos son los datos a los que el Diario Vespertino ha tenido acceso. Juzguen ustedes.







### III CERTAMEN (2004)

#### Modalidad A (12 a 15 años)

PRIMER PREMIO:

*"BATALLA ESCOLAR"*. Henar Del Ser San Miguel.

SEGUNDO PREMIO:

*"LOS OJOS DEL TIEMPO"*. Celia Delgado Suárez.

TERCER PREMIO:

*"DENTRO DEL 37"*. M<sup>a</sup> Gracia Callejo Mateo.

#### Modalidad B (16 a 18 años)

PRIMER PREMIO:

*"EL CLIENTE"*. Pablo Sánchez Blasco.

SEGUNDO PREMIO:

*"EL BARMAN"*. Daniela Faccio Peláez.

TERCER PREMIO:

*"LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS"*. Samuel Rodríguez Rodríguez.

#### Modalidad C (19 a 21 años)

PRIMER PREMIO:

*"EL FLECHAZO"*. Georgia Costa Villaro.

SEGUNDO PREMIO:

*"ÁNGEL DE LA GUARDA"*. Berta Gutiérrez Mendoza.

TERCER PREMIO:

*"EL SECRETO DE LA MEMORIA"*. Laura Perelló Mateo.

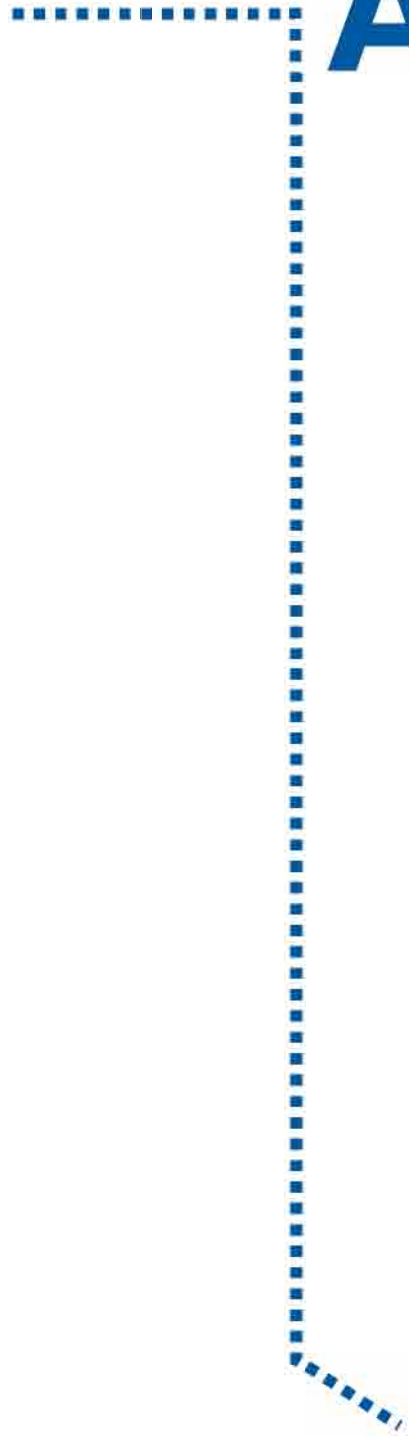
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD A



— |

| —

— |

| —

# BATALLA ESCOLAR

## Henar Del Ser San Miguel

Ilustración: M<sup>a</sup>. José Lledó Guerra

¡Hola! Me llamo Clara, aunque mis amigos y mis hermanos me llaman Oscura. Ya sabes... por eso de decir lo contrario. Como blanco y negro. El día y la noche. La autora de esta idea fue mi hermana Gu. En realidad se llama Gumersinda, pero, como no le gusta su nombre, decidió que le llamásemos Gu. Hasta mis padres y sus profesores se dirigen a ella con esa abreviatura. El día que me puso el apodo coincidió con mi sexto cumpleaños.

Estaba obsesionada con los sinónimos y antónimos porque los había dado ese día en clase y a todas las palabras que escuchaba les daba o un sinónimo o el contrario. Con mi nombre hizo lo segundo, justo cuando iba a soplar las velas...os la podéis imaginar: acababan de terminar de cantarme el cumpleaños feliz y cuando me disponía a apagar aquellas llamitas, gritó "¡Venga, Oscura, sopla ya!". No sé si lo hizo a propósito o si lo dijo sin darse cuenta. El caso es que a mis amigos les hizo mucha gracia y desde entonces para ellos soy Oscura.

A parte de Gu tengo otros dos hermanos. Son gemelos, rubios, tienen los ojos marrones-verdosos y sólo cuentan con cuatro años. Son muy traviesos y dormilones y lo único que les diferencia es que Dani tiene un remolinillo en el pelo y Miguel dos.

Yo también soy rubia, aunque de un tono algo más oscuro que ellos, y mis ojos son del mismo color. Tengo trece años. Me encanta el atletismo, sobre todo correr. Por eso, llevo desde los nueve años entrenando casi todos los días con el profesor de Educación Física, Gustavo (más conocido como el Rana, por lo de la rana Gustavo), y con unos cuantos chicos y chicas del pueblo. La verdad es que somos bastante buenos, porque, en las carreras en que participamos llegamos de los primeros.

De mayor, me gustaría correr en unas Olimpiadas. Lo veo muy lejano, como una utopía, aunque creo que si me sigo esforzando, algún día puede que vea mi sueño hecho realidad. Me encantaría representar a mi país y dejarlo en buen lugar.

Ahora os voy a hablar de mi hermana. Me saca tres años. Gu es bastante más alta que yo. Tiene los ojos marrones y el pelo castaño. Por desgracia, tenemos que compartir habitación. Este es uno de los motivos por los que siempre me estoy pegando con ella. Nunca nos ponemos de acuerdo en quién duerme en la cama de arriba o de abajo de la litera y también nos peleamos porque, cuando yo quiero escuchar música, ella se pone a estudiar y viceversa. Cosas de hermanas.

Os voy a relatar lo que me pasó un día en el instituto.

Todo ocurrió el pasado veinte de enero. Incluso ahora, después de haber pasado casi un mes de aquella mañana invernal, sólo hay dos personas que se han creído lo que me pasó a mí y a mis compañeros de clase. Esos dos granujillas que no desconfían de mi palabra son mis hermanos pequeños.

En fin...yo cuento lo que me sucedió y luego vosotros decidís si miento o digo la verdad. Aunque os aseguro que soy sincera.

Era martes. Lo recuerdo perfectamente. Hacía bueno, a pesar de que era invierno. Me había levantado a las ocho, como hacía normalmente los días de clase. En casa todo me salió bien, lo que me pareció muy raro, ya que o me tropiezo al salir de la cama, o me choco con las paredes al ir al baño, o se me cae la leche cuando voy a calentarla, o me pongo el pantalón del revés. Así que siempre ando justa de tiempo y tengo que correr hasta el instituto. Pero esa mañana todo fue perfecto. Incluso llegué la primera a clase, lo cual supone un gran récord para mí.

Poco a poco llegaron los demás. Y casi sin darnos cuenta se pasó el tiempo y sonó el timbre de las ocho y media, ese que te deja sordo y que te despierta por completo durante los segundos que dura aquel pitido que parece interminable.

La primera clase había comenzado.

Nos sentamos en nuestros sitios rápidamente, porque nos tocaba matemáticas con la Buitre. En realidad se llama Begoña, mas, como es muy estricta y severa y siempre está de mal humor, le pusimos ese mote.

¡Qué raro!...habían transcurrido casi cinco minutos y la Buitre no había llegado. Con lo puntual que es ella. Nunca se retrasaba ni tan siquiera una décima de segundo. Y tampoco faltaba ni un solo día a clase.

Todos nos habíamos dado cuenta de aquel detalle y nos mirábamos silenciosamente mientras observábamos las sonrisas de satisfacción y los rostros de sorpresa que se dibujaban en nuestra cara. No pude evitar ponerme colorada como una guindilla picante cuando mis ojos se cruzaron con los de Adrián. El chico que me gustaba y que me sigue gustando.

¡Es tan guapo! Con su pelo castaño claro siempre con un efecto despeinado; los ojos marrones tirando a un color similar al de la miel y que a veces, según les dé la luz, parecen verdes; la nariz recta y ni grande ni pequeña, simplemente perfecta; su boca tan... tan... tan maravillosa y aquellas graciosas pecas que estaban esparcidas por sus mejillas.

No sé cómo las demás chicas no están coladas por él. Además es muy

simpático y divertido. Siempre tiene algo que contar que te haga reír. Y de tipo...está fenomenal. ¡Y encima también va a atletismo!

Cuando empecé a recuperar mi color habitual, se abrió la puerta. Todos reaccionamos girando la cabeza hacia la entrada del aula. Todos temíamos ver una mano con largas uñas rojas y una mujer vestida de gris con una falda hasta las rodillas y un jersey de cuello alto. Sin embargo, no vimos la cara de amargada de la Buitre, ni tampoco sus ojos negros y su pelo tieso por la laca y recogido en una larga trenza. Lo que vimos nos hizo saltar y gritar de alegría. Acto seguido estábamos subidos por las mesas y abrazándonos. ¡Incluso Adrián me rodeó el cuello con su brazo y me plantó un beso en la mejilla! No fue el único que lo hizo, sin embargo, para mí fue el más especial.

Esta euforia había sido motivada porque la profesora que vino no fue la Buitre, sino Gloria, la orientadora. Y Gloria es la más maja de todo el profesorado del instituto. Es muy joven y simpática.

—Buenos días chicos —dijo cuando cesó nuestro griterío—. Vengo de guardia. Si tenéis deberes hacédlos y, si no, podéis hacer otra cosa, aunque sin dar mucha guerra.

Nada más escuchar aquellas palabras, me sentí la chica más feliz del planeta. Mis amigas y yo hicimos un corrillo cerca del radiador y nos pusimos a hablar. Comentamos lo raro que era que la Buitre faltase y me acordé de que en casa también me habían pasado cosas extrañas. No lo di mucha importancia, pues enseguida cambiamos de tema. Pero tanta buena suerte me daba mala espina. Sobre todo por eso de que lo bueno dura poco.

Estuvimos hablando de chicos. Ya sabían que me gustaba Adrián. Patricia, mi compañera de mesa, me dijo por enésima vez:

—¿Cuándo se lo piensas decir?

Y yo le respondí lo de siempre:

—Esta tarde, en atletismo.

Pero nunca lo hacía. En cuanto me dirigía a él, la lengua me traicionaba y las palabras no me salían. Aunque mis intentos de declararme consiguieron que Adrián fuese mi amigo. Nada más. Menos mal que sólo me quedo sin habla cuando le voy a decir lo que siento por él. Porque, si además me quedara muda cuando se dirige a mí como un amigo, pensaría que soy tan tonta que no sé juntar ni siquiera dos palabras.

También estuvimos charlando sobre otras cosas y nos reímos mucho.

A segunda y tercera hora tuvimos clase normal. La primera dimos lengua, estuvimos con la sintaxis, y después nos tocó francés.

Luego bajamos al recreo. Cogimos nuestros bocadillos y nos sentamos en las escaleras a saborearlos. Aquella media hora se me pasó volando, como siempre.

—Es lo que suele pasar: cuando te lo pasas bien no te das cuenta de que el tiempo pasa, pero, cuando te aburres, un minuto te parece una eternidad —

me explicó Inés en cuanto le comenté lo de que se me había hecho muy corto el tiempo de descanso.

Sonó el timbre y nos dirigimos muy lentamente a clase. Cuarta hora, inglés. En esta clase comenzó la historia que sólo se creen Miguel y Dani, mis hermanos.

Llegó Mariví, como siempre cargada de libros, el casete, montones de fichas, una botella de agua, el estuche, un par de diccionarios...una mole que llevaba sobre los brazos y que le llegaba hasta su nariz aguileña. Sólo se le veían los ojos, azules, bajo unas espesas cejas castañas. Dejó todo sobre la mesa del profesor y nos mandó sacar los libros.

Corregimos los ejercicios que nos había puesto el día anterior y, cuando terminamos, se puso a rebuscar entre su montón de papeles. Desordenó todas las hojas y, cuando por fin desistió en su búsqueda, nos dijo:

—Estad calladitos, que voy a por unas fichas. No tardo ni dos minutos y no os quiero oír desde el pasillo.

Y se marchó. En seguida nos pusimos a hablar. De repente se cerró la puerta de un portazo y todos nos caímos de la silla. Pero no había sido del susto. Había sido como si las sillas nos hubiesen empujado del asiento. Me levanté y me dispuse a sentarme en la silla como el resto de mis compañeros, pero, cuando iba a apoyarme en la silla, ésta se movió y volví a caerme al suelo. A los demás les pasó lo mismo. Unos cuantos lo intentaron de nuevo y les ocurrió lo mismo.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Alberto, un chico moreno de ojos prácticamente negros que se sentaba delante de mí.

—No sé —respondió su compañero de pupitre, Jandro—, parece que las sillas han cobrado vida.

Todos nos estábamos comiendo la cabeza sobre aquello sin éxito, pues no encontrábamos una solución a aquel dilema.

Yo estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos, embebida en mis pensamientos, cuando algo me golpeó la cabeza y me dejó aturdida. Pensé que había sido Patricia, en uno de sus desesperados intentos por sentarse en su silla. Pero no, el golpe me lo había propinado el cuaderno de inglés al caer de la mesa. Me froté el lugar donde pronto nacería un chichón y, mientras intentaba levantarme, recibí otro impacto, también en la cabeza. Entorné los ojos tratando de encontrar lo que me había golpeado y tuve que abrir la boca de la sorpresa que me llevé al descubrir lo que había motivado mi probable segundo bollo, justo encima de la oreja derecha. No podía ser...¿qué estaba ocurriendo? Otra vez me había "atacado" el cuaderno de inglés. Sin embargo, eso era imposible, pues mi cuaderno estaba en el suelo y no podía haberse elevado hasta llegar a mi cabeza. Lo observé. De nuevo estaba tirado en el suelo. Cerré los ojos fuertemente y los volví a abrir. El cuaderno no estaba. Miré en todas direcciones. A un lado, a otro, delante, detrás, arriba...¡estaba suspendido en el aire, sobre mí! Y, de repente, ¡paf!, cayó sobre mí. Me levanté rápidamente y empecé a correr por la clase. El



cuaderno me perseguía y me seguía atizando. Por fin, lo atrapé con una mano y lo coloqué debajo de mi pie. Lo pisé con todas mis fuerzas. Sentía sus movimientos, tratando de escapar.

Levanté la vista y lo que vi me dejó completamente sorprendida. Mis demás compañeros también estaban en apuros. Las sillas se movían de un lado a otro llevándose por delante a la gente. Las tizas volaban por toda la clase y de vez en cuando se chocaban contra los alumnos o pintaban en las paredes o en la ropa que llevábamos puesta. El borrador estaba golpeando a Elena. Había conseguido transformar su pelo castaño en algo que se asemejaba a una cabellera completamente canosa. Parecía que estaba en la peluquería, porque, a parte del nuevo tinte, varias tijeras se acercaron volando y se pusieron a cortarle el pelo. Jandro estaba siendo atacado por varios bolígrafos y rotuladores que pintaban su cara y manos. Parecía un indio. A Patricia le habían arrinconado unas mesas y no se podía mover. Aparte de eso, tenía la boca tapada con celo. La papelera se dirigía hacia la cabeza de Alberto, y allí aterrizó, a modo de sombrero. El pobre Alberto intentaba quitársela, pero no podía. Comenzó a andar y, como no veía, tropezó con una mochila y cayó al suelo. La mochila, enfurecida, le ató los pies con sus propias asas y lo arrastró por el frío suelo del aula. Los compases y las chinchetas se clavaban en los cuerpos de mis amigos y las grapadoras les destrozaban la ropa.

Todo estaba alborotado. Sin darme cuenta moví el pie que tenía prisionero al cuaderno y éste escapó y volvió a zurrarme. Me acerqué a la ventana con el propósito de abrirla, asomar un poco la cabeza y que el cuaderno saliese de la clase. Mi plan dio resultado. Pero, cuando me disponía a cerrar la ventana unas chinchetas me pincharon en las manos y yo empecé a dar saltos a causa del dolor. Una silla aprovechó mis brincos y se puso debajo de mis pies. Se balanceó hacia un lado y yo perdí el equilibrio con tan mala suerte de caer hacia el lado de la ventana abierta. Me agarré como pude al alféizar e intenté volver a entrar a clase, lo cual me resultaba muy complicado, porque sólo había conseguido sujetarme a la ventana con los dedos y estaba colgada de un pequeño saliente que probablemente no resistiría mi peso por mucho tiempo. Nada más pensar esto miré hacia abajo. Me encontraba en la segunda planta. La caída iba a ser bastante dolorosa. O a lo mejor no tanto, pues había unos arbustos cerca de la pared y puede que tuviese la suerte de caer sobre ellos. No estaba dispuesta a comprobarlo, así que reuní todas mis fuerzas e hice un gran esfuerzo para trepar. No subí ni cinco centímetros. Cambié de idea. Me balanceé a la izquierda y subí la pierna. Casi toqué la pequeña repisa sobre la que estaba sujeta. Lo volví a intentar. Esta vez sí que apoyé el pie, justo en una esquina, que cedió y cayó al suelo, donde se hizo añicos. El alféizar se resquebrajó un poco. Sentí cómo se despegaba de la pared. Pensé en gritar, pero, con todo el jaleo y griterío que había en clase, nadie me habría oído. Estaba desesperada, no sabía qué hacer. En cuestión de segundos, me precipitaría al vacío. Miré hacia arriba. Un borrador salió volando y detrás de él, el puño amenazante de Carlos.

—¡Carlos! ¡Carlos! —grité.

—¿Oscura? ¿Qué haces ahí? —me preguntó.

—Luego te lo explico. Por favor, ahora, ayúdame.

Rápidamente, me agarró de la muñeca derecha con sus dos manos y tiró de mí hacia arriba. No podía conmigo. Volvió la cara hacia dentro y dijo algo que no pude escuchar. Al instante, se asomó otra cabeza. Era Adrián. Me agarró del brazo izquierdo mientras Carlos me sujetaba del derecho.

—A la de tres tiramos —le dijo Carlos a Adrián.

—Vale —respondió.

—¡Una...dos...y... tres!

Me subieron medio metro. Ya tenía los brazos en el interior del aula. Volvieron a tirar de mí. Esta vez consiguieron introducirme en clase. El pie se me enganchó en la ventana. Ninguno de los tres esperábamos aquel infortunio. Los chicos cayeron al suelo al notar el imprevisto tirón. A mí se me salió la deportiva del pie y caí también, encima de ellos. ¡Qué situación tan embarazosa! Me había caído sobre Adrián, que empezó a reírse. Carlos también se reía. Yo también me puse a reír, aunque no sabía de qué. Seguramente lo hice para no quedar mal.

—¡Qué poco ha faltado para que te cayeras! —exclamó Adrián.

—Sí, es cierto. Me alegro de que hayas aguantado—dijo Carlos.

—Gracias...muchas gracias, chicos —les dije mientras me incorporaba.

—De nada—respondieron a la vez.

De repente, los tres volvimos a la realidad, a aquella clase tan alborotada. El borrador que se había ido volando por la ventana al huir del puño de Carlos había vuelto y se había chocado contra su cara, como si se estuviera vengando de él. Cuando se retiró, pude observar la nariz blanca que le había dejado a Carlos. Este, empezó a perseguirlo.

—¡Como te pille verás! —gritó con los puños alzados.

Me hizo mucha gracia aquella escena.

Oí un fuerte ruido procedente de la pizarra. Todo se quedó en silencio. Las sillas dejaron de moverse, las tizas ya no volaban...todo estaba quieto.

¡Boom! Otro estruendo que también procedía de la pizarra. Esta vez sí que supe el motivo. Se habían separado de la pared las dos esquinas inferiores del encerado. Luego se habían vuelto a juntar, chocando contra la pared y provocando aquel estrepitoso ruido.

Las tizas emprendieron de nuevo el vuelo y se dirigieron a la pizarra. Comenzaron a dibujar algo en ella. Pocos segundos después, una cara ocupaba gran parte del encerado.

Tenía los ojos cerrados. Poco a poco los fue abriendo. Parpadeó cinco o seis veces. Después, miró en todas las direcciones, parándose en cada uno de nuestros sorprendidos rostros. A continuación empezó a hablar con una voz muy grave que imponía mucho respeto.



—Buenos días, granujillas —nadie devolvió los buenos días—. Esta rebelión de material escolar la habéis provocado vosotros.

Yo no sabía de qué estaba hablando.

—¿Y sabéis por qué?

Esperó unos segundos en silencio.

—Pues porque sólo sabéis maltratarnos. Sí, sí. Continuamente nos estáis maltratando. Os subís por las mesas, os balanceáis con las sillas, arrancáis hojas de los cuadernos para fabricar aviones y barcos de papel, mordéis los bolígrafos y los lapiceros, rompéis las gomas para después lanzáros las, pintáis en los libros, dejáis las mochilas tiradas en cualquier sitio... ¿queréis que siga?

Una minoría se atrevió a negar con la cabeza.

Yo no daba crédito a lo que estaban escuchando mis oídos.

—No seguiré —prosiguió—. Sólo quiero que nos tratéis mejor. Que nos respetéis. También nosotros tenemos sentimientos. Si prometéis no tratarnos mal, nosotros os prometemos que nunca jamás os volveremos a atacar. Pero, si incumplís este trato, os atacaremos y lo de hoy os parecerá una pequeña batalla comparado con la guerra que prepararemos.

Como se os ocurra volver a hacernos daño, os enteraréis de lo que podemos hacer. Espero que haya quedado claro.

Nada más decir esto el borrador salió disparado de la mano de Carlos y borró aquella cara parlante.

De pronto, se abrió la puerta y apareció Mariví con las hojas que había ido a buscar. Al ver la clase patas arriba abrió la boca y se le cayeron las hojas que traía.

—¿Qué demonios habéis hecho? ¿Es que no se os puede dejar solos ni cinco minutos?

Miré mi reloj y, efectivamente, no habían transcurrido más de cinco minutos desde que se marchó. Me acordé de lo que me había dicho Inés al término del recreo: el tiempo no siempre te parece que pasa igual de rápido.

—Todos a Jefatura —nos ordenó Mariví con la cara tensa de ira.

Nadie rechistó. Todos bajamos silenciosamente y nos sentamos en los bancos del pasillo del infierno, como le llamábamos. Era el pasillo que había entre la Sala de Profesores y el despacho del Jefe de Estudios. Y era un lugar del que no solías salir sin una expulsión. Ninguno nos atrevíamos a abrir la boca. Estábamos demasiado conmocionados por todo lo que nos había sucedido.

Apareció el director, con el ceño fruncido, sus cejas parecían haberse unido sobre unos ojos oscuros que echaban chispas. Nos dijo que fuéramos entrando al despacho del Jefe de Estudios por orden de lista.

—Clara de la Calle Espinosa.

Era mi turno. Entré en el despacho. Me temblaban las piernas y aún iba descalza de un pie. Detrás de la mesa estaban el Director y el Jefe de Estudios. Me senté en frente de ellos.

—Cuéntanos lo que ha ocurrido —me ordenó el director.

Les relaté mi versión en menos de dos minutos. Incluso les comenté lo de la ventana. Mientras se lo contaba, reparé en el dolor de mis brazos. No me había dado cuenta hasta ese momento. La cabeza también me dolía, aunque menos.

En cuanto acabé, salí al pasillo y me volví a sentar en el sitio que había ocupado anteriormente. Allí esperamos durante media hora, hasta que acabaron de interrogar a los veintitrés alumnos que éramos en clase. Por fin, salió el último. Y detrás de él, el Director. Este nos entregó un papel a cada uno. Lo leí y me sentí furiosa. Nos habían expulsado hasta el miércoles de la semana siguiente por... por... según ellos, mentir a los profesores y montar la de "San Quintín" en clase. ¡Eso no es cierto! Iba a protestar, pero justo cuando abrí la boca me dieron otro papel. Era el dinero que tenía que pagar por los desperfectos de la ventana. ¡Encima! Casi me mato y ahora tenía que pagar. Decidí callarme y tragarme mis reclamaciones, porque no iban a servir de nada. Además, lo peor todavía no había llegado. Me iba a caer una regañina tremenda cuando se enteraran mis padres.

Sonó el timbre, tocaba cambiar de clase. Nos dejaron subir a por las mochilas y el abrigo y nos dirigimos al gimnasio. Antes de ir allí, busqué mi zapatilla. Estaba en el suelo, debajo de la dichosa ventana, al lado de los trocitos del alféizar que me había tocado pagar. Me la puse y me reuní con mis compañeros. El Rana ya se había enterado de todo y, por eso, nos mandó dar vueltas corriendo al instituto mientras él se informaba mejor de lo ocurrido. Se puso a hablar cerca de la puerta principal, por la que entrábamos y salíamos, con Mariví, que tenía la hora libre. Cuando no nos veía dejábamos de correr y nos desplazábamos

andando. Íbamos comentando lo que nos había pasado la hora anterior. Adrián y Carlos se acercaron a mí y me preguntaron qué tal me encontraba. Les respondí que estaba enfadada porque no nos habían creído, pero que, de lo de la ventana estaba bien y todo gracias a ellos. Carlos se puso a hablar con otro chico y Adrián se quedó a mi lado. Me miró y se puso rojo. Trató de decirme algo, pero no le salieron las palabras. Me recordaba a mí misma cuando trataba de decirle que me gustaba. ¿Es que le gustaba yo a Adrián? Sólo de pensarlo, yo también me puse como un tomate. No me atreví a mirarlo.

Llegamos a la zona de visión del Rana y comenzamos a correr. Había otra persona charlando con ellos. En cuanto descubrí quién era, se me cayó el alma a los pies. Decidí dar media vuelta y, al hacerlo, choqué contra alguien, no me fijé en quién. Esto empeoró la situación, porque llamamos la atención del Rana, Mariví y mi madre. Sí, sí. La otra persona era mi madre. Debía de haber ido al mercadillo, porque llevaba el carro de la compra lleno de cosas y, al regresar a casa, pasó por el instituto. Seguramente, Mariví decidió ponerla al corriente de lo que había pasado en clase y...

—¡Claraaaaa! —gritó mi madre nada más verme.

Me levanté lo más rápido que pude y corrí como nunca lo había hecho. Mi madre me seguía, gritando mi nombre y amenazándome con una barra de pan en la mano. Poco después, volví la cabeza y observé que se había parado. Apoyó una mano en la fachada del instituto y se llevó la otra al pecho.

Estaba fatigada.

—¡Ven aquí! —chilló.

Decidí ir porque, si no le hacía caso, iba a ser peor. Cuando llegué a su lado, me agarró de la oreja y tiró con mucha fuerza. Me llevó a la entrada. Yo iba retorcida del daño que me estaba haciendo.

—¿Es verdad eso que me han dicho? —me preguntó, mientras señalaba con la barra de pan a Mariví y al Rana.

—No.

—¡Ja! Te vas a quedar castigada todo un mes sin salir y sin ir a correr.

Me sentí indignada. Todo un mes sin atletismo. Era lo que más me gustaba hacer y mi madre me lo había prohibido.

Después de haberme dado aquel tremendo disgusto, me soltó la oreja y volví con mis compañeros.

Diez minutos después, sonó el timbre que indicaba el final de la última clase del día. Me puse el abrigo, me eché la mochila al hombro y fui a casa con mi madre.

Allí estuve sin salir hasta que, por fin, llegó el miércoles y pude volver a clase. Todo el instituto sabía nuestra historia y desde aquel día ya no fuimos la clase de 2ºB de E.S.O.; a partir de ese momento nos llamaban la clase de los locos, los chiflados o los cuentistas. Sin embargo, después de una semana y pico nos cambiaron otra vez de nombre. Ahora nos llamaban la clase de los

sobresalientes o de los empollones. Esto se debió a que, después de lo que nos dijo la cara de la pizarra, todos estudiamos más y nuestras notas han mejorado considerablemente. Yo también trabajo más, porque, como no salgo de casa y me aburro, me pongo a estudiar o a leer. O a escribir lo que me pasó un día en el instituto en que el material escolar se rebeló contra mi clase.

Hoy, diecinueve de febrero, termino esta historia que me ocurrió a mí misma. Mañana ya no estaré castigada. Volveré a ser libre. Podré ir a atletismo y le diré a Adrián que me gusta. Esta vez lo digo en serio. Y lo que tenga que pasar... pasará.

# LOS OJOS DEL TIEMPO

Celia Delgado Suárez

Ilustración: M<sup>a</sup>. José Lledó Guerra

—Riiiiinnnnngggg!!!!

El ruido me sobresaltó. El timbre que indicaba el final de las clases casi había hecho que me cayera de la silla. En realidad no debería sorprenderme. Casi todas las clases pasaban como un sueño por delante de mí, mientras me sumergía en mi mundo de fantasía y me dejaba llevar hacia algún lugar perdido del universo, muy lejos de mi pequeña ciudad.

Ese familiar sonido pareció devolverme a la realidad. Rápidamente recogí mis cosas y las guardé en la mochila. Salí como un huracán del colegio, adelantándome a mis compañeros para evitar preguntas. Tan rápido como me permitían mis piernas me adentré en el parque. Necesitaba aislarme del mundo, olvidarme de todo. Me dirigí a mi rincón favorito, junto al lago, y me senté con la espalda apoyada en el tronco del roble que crecía a sus orillas, dejando la mochila olvidada a un lado. Sabía que tendría que estar de camino a casa. Y también sabía que ese retraso me traería problemas, pero necesitaba despejarme antes de enfrentarme a lo que me esperaba allí.

Ésta había sido una mala tarde. Una vez más había tenido que inventarme otra tonta excusa sobre por qué no había ido a clase el día anterior, por qué llevaba el brazo amoratado, por qué no podía escribir con esa mano, pues apenas la podía mover... Esta vez la profesora había estado demasiado cerca, casi había rozado la verdad, y yo sabía que la iba a pagar cara. Ya me había caído demasiadas veces de un árbol, me había roto demasiadas veces el brazo patinando o montando en bici, y la gente cada vez preguntaba más. Esa era la razón por la cual estaba retrasando el momento de volver a casa, pues intuía lo que me aguardaba allí. La profesora ya habría llamado preguntando el porqué de mis moratones y eso sólo podía tener una consecuencia.

Me arrodillé a la orilla del lago para echarme agua en la cara. Vi mi reflejo mirándome con la tristeza pintada en esos ojos azules que mi madre decía que podrían conquistar el mundo. Pero mi madre había muerto, apenas unos años después de nacer yo, y toda esa esperanza había muerto con ella.

Aún sigo sin comprender por qué mi padre hace esto, por qué dice que la ve en mis ojos antes de golpearme...

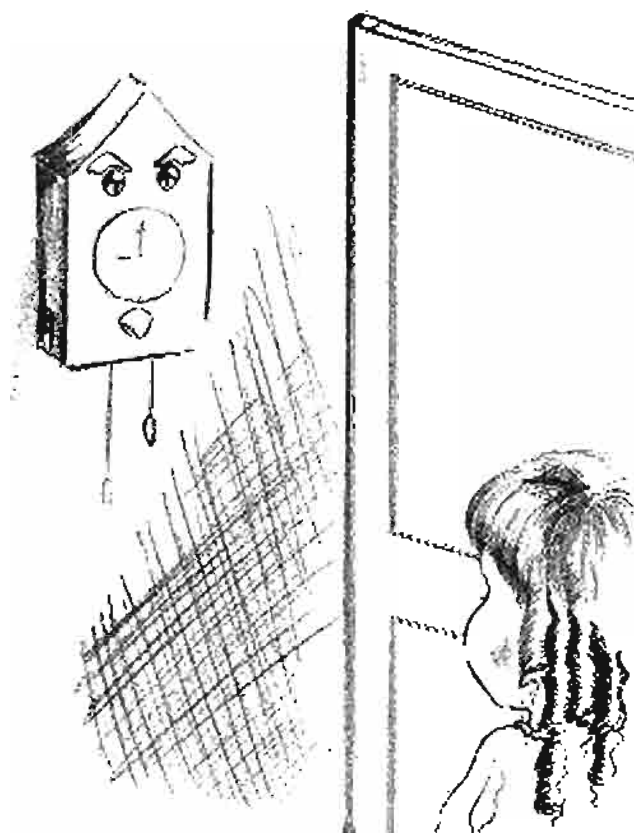
Conteniendo un suspiro me levanté. Se me había hecho tarde. El sol se ocultaba ya detrás de las montañas y sus últimos rayos se reflejaban en mi pelo rubio arrancándole destellos rojizos. Ya no se oía a los niños jugar y reír en los columpios y sólo quedaban unas cuantas madres intentando que sus hijos se pusieran el abrigo, dejaran sus diversiones y regresaran a casa. A veces me pregunto cómo sería eso. Mi padre rara vez se preocupaba de cómo me sentía, de si tenía frío o calor, si estaba triste o alegre... Atravesé el parque evitando pensar en ello. Entre los árboles se oía el canto de los pájaros que se preparaban para pasar la noche. Vi a lo lejos a una chica morena, alta, con unos ojos negros penetrantes y una mirada llena de desprecio. Apreté el paso intentando pasar desapercibida. Ella siempre se había metido conmigo, sin ningún motivo en especial.

Dejé que mis pensamientos volaran durante todo el camino a casa. Pasé por delante de la pastelería del señor Tomás. En mi primer año de colegio pasaba por allí con mi padre todas las mañanas, para comprar el pan antes de entrar a clase. Recuerdo que el primer día yo iba llorando desconsolada, como cualquier niño que tiene que dejar a sus padres e ir por primera vez a la escuela. También recuerdo la cálida sonrisa del señor Tomás y el bollo de chocolate que me regaló y que hizo que dejara de llorar. Durante ese curso, todas las mañanas me regalaba un bollo o un pastel, y yo cada vez iba más contenta al colegio, hasta que dejé de tenerle miedo.

Sumergida en mis recuerdos, avancé casi inconscientemente hacia mi casa. Cuando por fin pude vislumbrar la blanca valla de madera que rodeaba mi jardín, la luna ya se alzaba majestuosa en el cielo dándole un toque mágico a la oscuridad del patio.

Atravesé el jardín cuidadosamente, procurando no pisar las flores que tanto trabajo me había costado cuidar, y me paré delante de la puerta. Me quedé ahí un rato, no sabría decir cuánto, hasta que me decidí y la empujé suavemente, como si temiera que fuera a romperse. El silencio reinaba por toda la casa, penetrante, casi tenebroso. Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir un ruido tras de mí. Me giré casi instantáneamente, temiendo lo peor. Pero ahí no había nada. Una sensación de alivio se extendió por mi cuerpo, reconfortándome. Me acerqué suavemente a la repisa de la entrada, donde un reloj de madera antigua con un búho grabado marcaba la hora. Nunca me había gustado mucho ese reloj. Tenía algo inquietante, tal vez los ojos del búho que, hechos de un metal plateado, reflejaban la luz dándole un toque de vida. No, definitivamente no me gustaba. Por lo que sabía, había pertenecido a mi bisabuela y ésta lo había guardado con recelo, casi como a un tesoro. A mi padre también le gustaba, quizá por ello lo tenía en ese sitio privilegiado de la casa, pues por lo que yo sabía era el único objeto que quedaba que había pertenecido a alguien de la familia. En mi casa tampoco había fotos. Mi padre siempre decía que había que dejar el pasado atrás, que el presente era lo que contaba... No sé qué habrá sido de los carretes de cuando mi madre vivía, pero tampoco me atrevía a preguntar.





Alcé la mirada hacia el reloj. No pasaba mucho de las nueve así que supuse que mi padre aún no habría vuelto pues, al salir de trabajar, solía pararse en el bar de la esquina. Suspiré, eso no podía presagiar nada bueno.

Subí las escaleras que llevaban hasta mi habitación y me senté en la alfombra, intranquila. Miraba nerviosamente hacia los lados y cualquier ruido, por mínimo que fuera, hacía que me sobresaltara. Pensé que tal vez sería buena idea meterme en la cama y hacerme la dormida pero en el fondo sabía que eso no iba a solucionar nada. Intenté distraerme con uno de los muchos crucigramas que tenía esparcidos por mi mesa. Habitualmente me relajaban y hacían que me olvidara de todo. Pero esta vez no funcionó. No podía concentrarme y así sólo conseguía estresarme más. Estaba rayando nerviosamente una hoja de papel con el boli, cuando oí el ruido de la puerta al cerrarse. Un frío intenso me invadió por completo y sentí que me faltaba el aire al distinguir unos pasos subiendo las escaleras. Intenté levantarme, correr, esconderme, cualquier cosa, pero mi cuerpo no respondía. Un estremecimiento me recorrió de arriba a abajo al ver abrirse la puerta de mi habitación bruscamente y distinguir la figura imponente de mi padre. Casi no encontré las palabras al contarle por qué mi profesora había llamado a casa.

—¡Es que no puedes hacer nada bien! ¡Ni siquiera quedarte callada! ¡Parece como si fueras presumiendo de moratones! ¡Y luego soy yo el que tiene que aguantar las insistentes llamadas de tu profesora y sus impertinentes preguntas!

Noté cómo mi vista bajaba hasta quedarse fija en algún punto del suelo. Sabía que eso le irritaba pero no podía evitarlo.

—... y también los comentarios de los vecinos! ¡¡Qué haces mirando al suelo!! ¡Mírame a la cara cuando te hablo! ¡Cuántas veces tengo que decírtelo, niña! ¡Que me mires a la cara! ¡No seas tan cobarde como tu madre! ¡¿Es que me tienes miedo?! ¡¡Mírame!!

Distinguí el destello de ira en sus ojos cuando levanté la mirada, demasiado tarde. Le vi levantar el puño y noté como si fuera el último momento de mi vida...

## **RECUERDOS SIMPLEMENTE RECUERDOS.**

Desperté bruscamente del estado de sopor en el que me encontraba. No era raro en mí quedarme mirando algo y dejar que mis recuerdos volaran pero últimamente me sucedía muy a menudo, demasiado, diría yo. Levanté la cabeza y dirigí una mirada circular a la estancia donde me encontraba. No era muy grande y tenía varias mesas de aspecto antiguo con sus respectivas sillas de madera. Las paredes estaban adornadas con todo tipo de objetos y cuadros y junto a la barra había un hombre mayor cuyos ojos me miraban fijamente. Me había pasado otra vez. Miré mi reloj, hacía casi dos horas que había salido del trabajo. Debía de haberme quedado medio dormida en la mesa de la cafetería. Tenía ya bien entrados los treinta años y no era capaz de evitar que mis recuerdos me arrastrasen. Sacudí la cabeza molesta. No, el pasado no importa, hay que vivir en el presente. Me levanté dándole vueltas a esa idea. Dejé un billete sobre la mesa y salí del local dirigiéndole una tímida sonrisa al camarero que aún me miraba. El frío de la calle me golpeó en la cara y se me metió por todo el cuerpo. Me coloqué la bufanda, metí las manos en los bolsillos intentando, en vano, entrar en calor y emprendí el regreso a mi casa.

No tardé mucho en llegar al portal del bloque de pisos, aunque me costó lo mío hacer que la llave entrara en la cerradura pues con el frío que hacía casi no notaba los dedos. Cuando lo conseguí, entré rápidamente y cerré la puerta. No hacía mucho más calor que en la calle pero, al menos, no corría el viento. Comencé a subir las escaleras. Aunque vivía en un tercero, solía usarlas. Los ascensores no me gustaban mucho. Por fin llegué a mi rellano y entré en casa. Una ola de calor, procedente de la estufa, me invadió. Me quité la bufanda y el gorro y los dejé caer en una silla al tiempo que colgaba mi abrigo en un perchero de madera. Me dirigí al salón. No era muy grande pero sí cálido y acogedor y me gustaba, me hacía sentir segura, sentir que tenía un hogar.

Hacía ya varios años que vivía en este piso. Lo compartíamos mi novio y yo, aunque eso fue antes de que se fuera y me dejara con una televisión y una

hija. No se lo perdonaré nunca. Me dejé caer en un sillón mientras mis recuerdos me arrastraban de nuevo.

Cuando cumplí los dieciocho me fui de casa de mi padre. El destino me llevó a la ciudad, donde lo conocí. No tardamos mucho en enamorarnos y nos compramos el piso juntos. Durante muchos años fuimos felices, o al menos eso creía yo, pues cada vez me pregunto más a menudo si todo no fue otra mentira más. Pasaron los años y yo le notaba cada vez más distante hasta que un día se marchó. Así, sin más, sin decir nada. No llegué a saber si se había ido con otra o si se había cansado de mí o si... no sé, simplemente no supe nada más de él. Nunca olvidaré el sentimiento de vacío, odio y abandono que noté esa mañana al abrir el armario y ver que su ropa no estaba, asomarme a la ventana y ver el hueco vacío en la carretera donde unas horas antes había estado aparcado su coche. Durante meses busqué una explicación negándome a aceptar que mi mundo se desmoronara de esa manera.

Me sentí traicionada. Con ese hombre no sólo se fue mi amor, sino también mis esperanzas, mis sueños...hasta mi confianza en el mundo me abandonó esa fría mañana junto con el único hombre al que amé. No he vuelto a confiar en nadie desde entonces. Unos meses después nació nuestra hija.

Me levanté lentamente y fui hacia la cocina a prepararme una infusión. Me dolía la cabeza. Me notaba como ausente y sin proponérmelo, los recuerdos me invadieron de nuevo. Lo que más lamentaba de todo esto era que mi hija sólo tenía alguien que había perdido la confianza en el mundo. Yo no siempre era una buena madre, reconozco que en todos estos años había cometido errores, pero la quería más que a nada.

Un sonido como de campanadas me devolvió a la realidad. Alcé la vista hacia una estantería que había en el pasillo. Unos ojos metálicos me devolvieron la mirada, indicándome que eran ya las siete. Entonces recordé que mi hija salía del colegio a las cinco. Hacía horas que tendría que estar aquí. Casi instintivamente me asomé a la ventana. El frío me invadió de nuevo pero esta vez no le hice caso. Miré hacia los dos lados de la calle. No se veía a nadie, salvo a un hombre que, presuroso, se dirigía hacia su casa. Cerré la ventana de golpe. ¿Dónde podría estar? ¿Le habría pasado algo?

Montones de preguntas se agolpaban en mi mente y no conseguía encontrar respuesta a ninguna. Me dejé caer en un sillón, preocupada. Desde el pasillo, los ojos brillantes y metálicos del reloj de búho me miraban burlones, casi con sorna, como riéndose de mi desconcierto. Ese reloj había estado presente en los peores momentos de mi vida y aún así lo conservaba. Me recordaba que todo puede empeorar.

Pasaban los minutos y no había señales de mi hija. Cada segundo parecía una eternidad. Miles de preguntas seguían apareciendo. ¿Y si la habían atropellado? ¿O raptado? ¿O se había perdido? Deseché esta última pregunta. El colegio estaba tan sólo a dos calles de casa y éste era un barrio tranquilo. Con diez años era perfectamente capaz de llegar a casa a la hora, si quería. Le di vueltas a esta última idea. Si quería... ¿Y si no quería? ¿Prefería mi hija pasar frío en la calle

en vez de estar conmigo? ¿Después de tantos años dándolo todo por ella?... Las preguntas pasaron rápidamente y sin que me diera cuenta de la preocupación a la acusación. Cuanto más lo pensaba más segura estaba de que si mi hija no estaba ya aquí era porque no quería.

Me senté en una silla de la cocina esperando nerviosamente que sucediera algo, cualquier cosa, aunque sólo fuera una llamada, pero que me dijera algo sobre mi hija. Sentía los ojos metálicos del búho fijos en mí. No, otra vez no. No soportaba esa mirada fría que me había perseguido a lo largo de toda mi vida, recordándome que tenía un pasado del que no podía huir. Me levanté de un salto y le di la vuelta al reloj, apartando su mirada hacia el salón. Algo más aliviada volví a sentarme y a esperar.

El sonido del timbre de la puerta resonó por todo el piso. Apreté el botón que la abría sin ni siquiera contestar, ya sabía quién era. Unos segundos después un sonido de correteo me indicó que mi hija había llegado. Abrí la puerta sin decir nada y la miré, esperando una explicación, pero ella permanecía en silencio. Me dirigí hacia el salón. Mi hija iba detrás caminando lentamente. Me paré en medio de la estancia y dirigí nuevamente mi mirada hacia ella. Incapaz de soportar más la tensión que se acumulaba por momentos, pregunté intentando aparentar calma:

—¿Sabes la hora que es? ¿Dónde has estado?

Se hizo un incómodo silencio pero al final contestó cautelosamente:

—Me ha castigado la profesora en el colegio porque...

—¿Que te ha castigado? —corté— ¿Qué has hecho ahora?

—N-nada, yo...

—¡Siempre la misma excusa! ¡Tú nunca haces nada! ¡Tienes que empezar a responsabilizarte de tus actos!

—Pero si yo no hice nada... la profesora me tiene manía.

Noté cómo me iba dejando llevar por todas mis dudas, y éstas salían de mí como un torrente. Incapaz de contenerme le espeté:

—¿Y por qué te iba a tener manía la profesora? Si no has hecho nada, ¿por qué te iba a castigar? ¿Qué crees? ¿Que soy tonta? ¡Dime la verdad! ¡Dime dónde has estado!

—Pero si es verdad...

—¡Ya, claro! ¿Piensas que puedes engañarme así? ¿A mí? ¿A tu madre? ¿Con todo lo que he hecho por ti? ¿Prefieres estar en cualquier otro sitio que en tu casa conmigo?

Sentí cómo iba perdiendo el control, cómo cada vez desvariaba más, pero no podía hacer nada. La ira se estaba apoderando de mí.

Noté cómo su mirada bajaba hasta el suelo mientras mis gritos seguían resonando por todo el piso. No sé por qué pero eso me irritó mucho. ¿No era capaz ni de aguantar una bronca que ella sola se había buscado? ¿Era en realidad tan débil? Sí, sí que lo era, me dije a mí misma y esa certeza logró que perdiera

el poco control que aún conservaba. Yo le iba a enseñar lo que se consigue siendo débil...

Cegada por la ira me abalancé sobre ella gritando.

—¡Mírame! ¡Mírame a los ojos! ¡¡Que me mires!!

Levantó la cabeza lentamente, y entre sollozos dirigió su mirada hacia mí. Vi el miedo reflejado en sus ojos y, cómo, inconscientemente, se llevaba la mano al moratón que tenía en el brazo. Me vi a mí misma veinte años atrás, de pie, en mi habitación, con el corazón laténdome con fuerza y las manos tan húmedas que dejaron caer el boli que sujetaban.

Esa fugaz imagen paró el alboroto que había en mi interior. Fue como un brillo de luz entre la oscuridad que me envolvía. Lo vi claro. No iba a permitir que mi hija acabara como yo, no iba a echar su vida a perder ni iba a cargarle con el peso que yo había soportado durante años.

Con lágrimas en los ojos me abalancé sobre ella, esta vez para abrazarla, para impedir que sus temores la envolvieran como a mí ese día... Paré en seco al ver su miedo y sentir su mirada llena de desconfianza cuando alzó los brazos para protegerse. Unos segundos más tarde corría hacia su habitación mientras yo, derrotada, me dejaba caer en la alfombra. La oscuridad volvió a envolverme. Todo el peso de mi pasado cayó sobre mí como una losa, aplastándome, ahogándome, impidiéndome pensar con claridad. Me quedé ahí sentada, dándole vueltas a todo.

Esta vez no percibí los fríos ojos metálicos que me observaban desde la oscuridad del pasillo, pero si me hubiera girado un poco, habría notado el destello de triunfo que había en ellos.

F I N....?

— |

| —

— |

| —

# DENTRO DEL 37

M<sup>a</sup> Gracia Callejo Mateo

Ilustración: José Armiñana Tormo

Dedicado con todo mi cariño a mi ahijado Daniel.

El 37 se detuvo con un brusco movimiento. Sus frenos chirriaron como dos gatos hambrientos y el agua acumulada en la cuneta se levantó un palmo del suelo, dejando mis zapatos completamente manchados de barro.

Remangándome la falda subí los altos escalones del autobús. Introduje mi billete en la máquina y me senté en mi lugar favorito: junto a la ventanilla de aquellos cuatro asientos enfrentados dos a dos.

El autobús se puso en marcha con un traqueteo constante y al poco tomó una curva de forma que el sol me dio directamente en la cara, inundando todo de un calor acogedor. Sonreí para mis adentros: era el típico día primaveral.

Me traía a la memoria esos días de verano en los que yo era niña. Mi abuelo tenía unas tierras en la sierra y siempre reunía a la familia al completo. Luego comenzó la Guerra Civil y todo cambió.

Fue una de esas tardes con demasiada luz cuando yo aprendí lo que sé; mi primo Ángel, ocho años mayor, era el mejor amigo que ninguna niña podía desear. Me enseñó todo, desde alimentar a las crías de conejo y cazar luciérnagas hasta fabricar un refugio con helechos.

Un día que yo me había enfadado con mi madre me llevó a lo alto de una colina desde donde se divisaba todo el pueblo.

—¿Te das cuenta Dora? —me dijo viendo que yo no dejaba de hipar—. Piensa en la gente del pueblo, aquella muchedumbre que sale de la iglesia y aquellos de más allá que trabajan en las huertas; todos aquellos tienen su vida ajena a nuestros actos, cada uno con sus problemas a cual más grave. Eres especial Dora, distinta a todo el mundo y no te esfuerces en ser como el resto.

Ábrete a los demás, y no te cierres ante tu tristeza. Aprende de los demás y hazles protagonistas de tu propia historia.

Dicho esto se fue y no volvió a hablar más hasta la cena. Por entonces yo era muy pequeña y no calé el significado de esas palabras, pero sabía que eran importantes, y por eso nunca las borré de mi memoria.

Todavía no alcanzo a comprender totalmente su significado, pero lo que sé es que ha sido, que es la base de mi Decálogo personal. A mis ochenta años no me importa lo que la gente diga de mí, por eso soy libre. Ante algún impedimento en mi vida hago protagonista de mi historia a los personajes secundarios que hay en ella, fijándome en ellos, y así olvido y ahuyento mis temores. En toda película vemos que el protagonista es el centro de toda vida y el cosmos gira en torno a él. Luego la gente se viene quejando de que su vida es aburrida y monótona, pero aún así se niegan a salir de ese círculo.

No voy preguntando a las personas por su vida; simplemente observo su interior, veo las posibilidades que hay y hago un descarte; así se originan todas las historias, cogiendo la mejor opción, que por idiota que parezca suele ser acertada.

Hoy estoy un poco tontona y nostálgica, pero no saldré igual del 37.

Con un brusco parón, el autobús hizo su primera escala en mi trayecto. Subían varias personas. Una de ellas se sentó a mi lado y giró su cabeza dándome un fuerte coletazo: era una mujer joven. Su cabello olía a lavanda aunque se notaba un acento a nicotina. ¿Por qué giraba la cabeza hacia el lado opuesto del que yo estaba? A lo mejor le molestaba el sol. No, imposible: el autobús había vuelto a girar dejando mi parte en penumbra y obligándome a abrochar todos los botones de la chaqueta.

Seguramente habrá girado la cabeza para no verse obligada a entablar una conversación conmigo, pensé tristemente; aunque también podría haber alguien que le interesase al otro lado del vehículo...

Muy bien: una chica joven que coge el 37, dirección Sur, con un olor a tabaco mal disimulado y que cada día ve a la persona de sus sueños sentada a su lado, aunque sin dirigirle la palabra... Pobre chica, resignada a ser una observadora de su vida. Desde mi posición podía percibir el olor de su abrigo, cuero negro, recién sacado de la tintorería. Parecía una mujer bien plantada y con ganas de comerse el mundo, ¿Qué razón la impulsaba a permanecer eternamente callada?

De pronto, una estrambótica versión de la "Cabalgata de las Walkirias" empezó a sonar, seguida de una vibración constante. La mujer me dio otro coletazo y se dispuso a coger el móvil de su bolso.

—¡Ah! Hola, Juan... no, creo que no voy a poder llegar, hoy hay muchísimo tráfico y he salido tarde, lo siento, de verdad... Si, yo también te quiero... adiós.

Con gran compasión miré a la mujer, era evidente que no tenía ninguna gana de quedar: el poco ruido del exterior demostraba que el tráfico brillaba por su ausencia. La llamada había ocurrido justo a tiempo, reafirmando todas mis teorías y dando respuesta a la actuación de esa mujer... quizá tenía miedo a



hablar de este tema con Juan, y por eso se resignaba. A lo mejor Juan era violento y cualquier discusión podría acabar mal... no pude menos que sentir lástima por aquella mujer, dispuesta a comerse el mundo e incapaz de elegir. Yo tuve suerte en mi vida, me casé con la persona que quería y me amó hasta el final, me quedaba una numerosa familia para demostrarlo.

Con otro brusco coletazo la mujer salió rápidamente del autobús.

Otro parón y otra curva (ahora tocaba quitarme la chaqueta). Una persona se sentó frente a mí y por su grave tono en el "¿Me permite por favor?" noté que era un hombre ya entradito en años. Pude respirar un acre olor, seguramente del sudor producido por la carrera que acababa de dar, ya que respiraba entrecortadamente. ¿Sería un deportista nato?...

Me arriesgué a comprobarlo por mí misma así que, aprovechando otro parón, me eché hacia delante simulando una pérdida de equilibrio. Me apoyé en su pierna y con un modosito "perdón" volví a mi posición original. ¡Lo sabía! No era ningún deportista, llevaba un pantalón de pana un poco desgastado en las rodillas. Entonces, ¿Por qué corría ese hombre? Tenía asma, su respiración no era normal, así que debería haber esperado a coger el próximo autobús, pero quizá tenía temor a llegar tarde a una importante reunión, tan importante que debía anteponerlo a su salud. Sí... ese hombre trabajaba en un pequeño comercio en un pueblo de Toledo, pero por suerte había conseguido una entrevista para pedir una subvención y trasladar su local a Madrid... de la calle del Rábano número siete a la calle Arenal había un pequeño paso. Con eso podría mandar a su hija Amanda a la universidad y comprarle a su pequeño Miguel el coche con que tantas veces había soñado. El hombre consiguió poner todas sus cosas en orden y abrió aparatosamente la ventana. Se veía a la legua que era la primera vez que viajaba en un autobús como el 37.

Me tapé la cara con mi pañuelo: el aire de fuera me decía que ya habíamos pasado la fábrica de calzado y que pronto llegaría a mi destino. Volví a concentrarme en el hombre que tenía frente a mí.

Estaba muy nervioso, no sólo por la importancia del encuentro, sino porque debería estar de vuelta en casa antes del almuerzo, Marta podría darse cuenta de todo y se acabaría la sorpresa que durante tanto tiempo buscaba darle.

Sonreí para mis adentros... parecía mentira que ese hombre estuviera allí, ¡no era fácil encontrarte en el 37 el genuino hombre trabajador de toda la vida, de pueblo, con su señora en casa zurciendo los calcetines y esperando la llegada de su marido! Ese hombre era digno de admiración, se disponía a subir de peldaño en la sociedad gracias a un negocio que cambiaría el porvenir de su familia, quizá dentro de unos doscientos años algún descendiente, sentado sobre sus millones y fumando un gran puro, dirá mirando su retrato: "Gracias, viejo, por fundar la compañía número uno en ventas de todo el país".

Allí estaba ese hombre y la gente del autobús mirándole con reproche por el tufillo que desprendía. Era la historia más apasionante que había observado en un mes y, sin embargo, para los demás pasaba desapercibida, curiosidades de la vida ¿no? Bueno, da igual. El principio de las historias nadie las conoce,



sólo tienen interés para el público cuando salen en los periódicos o en la tele, pero que alguien me diga una sola historia que no haya empezado por un hecho tonto, aburrido, corriente e indigno (en opinión de muchos) de ser perpetuado en una hoja de papel.

Sexta parada del trayecto. Muchos hombres llegaron y otros se fueron. De pronto el rumbo de mis pensamientos cambió, dejando al valiente trabajador de lado.

Justo antes de que el autobús tomara otra curva, que me obligó a volverme a acurrucar en mi ropa, una pareja se sentó tras de mí. Ella emitía un penetrante olor a perfume caro y su voz sonaba chillona aunque sincera.

—Bueno, cielo, entonces le digo a Mari que paso de ir.

—¡Pero cómo vas a hacer eso, mi vida! Si ibas contando las horas que quedaban para este día.

La mujer hizo temblar sus pendientes de hojalata en señal de negativa. No, no podía permitir que su marido sacrificara la tarde del sábado por ella. Era cierto que deseaba aquel encuentro con Mari y todas las de su antiguo club, pero las tardes de los sábados siempre se la dedicaba a Pedro y a sus amigos; quizá ver las mejores jugadas de Raúl no era lo más apetecible, pero le bastaba ver la cara de satisfacción de su marido al verla involucrada en sus aficiones.

—Ya basta, cariño. Ahora le llamo y le digo que tengo otra vez gota y el médico me ha mandado estarme quieta. Además esas tías son "mu" esnobs "pa" mí y siempre me miran con malos ojos —mintió la mujer.

—Si tú lo dices... —accedió el hombre—¿entonces vamos a echar la quiniela? —y con un sonoro beso la conversación se dio por terminada.

Por tercera vez en este día volví a sonreír, al ver a esta pareja tan simple, pero que se amaba tanto, desapareció en mí todo rastro de tristeza y nostalgia. Podría jurar que la pareja se miraba con un brillo en los ojos igualito al de los primeros días de su noviazgo. Quizá usaban un lenguaje burdo y recargado, pero era una auténtica proeza encontrar una persona capaz de sacrificar sus planes por su pareja. Sin embargo, la gente del autobús sólo apreciaba en ellos un acento barriobajero y agitanado.

Ya no era capaz de sonreír para mis adentros; solté una limpia carcajada de felicidad que rompió el denso silencio del autobús, y noté como algunos pasajeros se giraron para buscar el origen de aquella risa, pero no vieron nada porque eran incapaces de mirar bajo mi piel.

Presioné el botón de parada solicitada con bastante asco. La cantidad de dedos que habían pulsado ese botón habían dejado una fina película de grasa resbaladiza. Cuando con 9 años me quedé ciega caí en la ruina y pensé que nada volvería a ser igual. Sólo mi primo Ángel tuvo valor para hablarme al corazón, sin mirarme como una ciegucecita.

Por eso me dijo que yo era especial, que no me quedara en mí misma y que aprendiera de los demás, teniendo mi propio modo de vivir.

Tenía razón. Del 37 yo era la única capaz de captar una mirada sin verla, el amor en una sola palabra, el desprecio en un gesto y los nervios en una bocanada de aire.

Salí del autobús e inundé los pulmones de un aire puro. Definitivamente el 37 no deja indiferente a nadie. Di gracias a Dios por ser como soy y no fijarme en la falsedad que me entrara por los ojos; ser capaz de ver más allá de mi nariz. Con un poco de decepción me giré en torno a mí misma, preguntándome cuántas personas de mí alrededor, conociendo mi historia, aún se atrevían a llamarme minusválida.

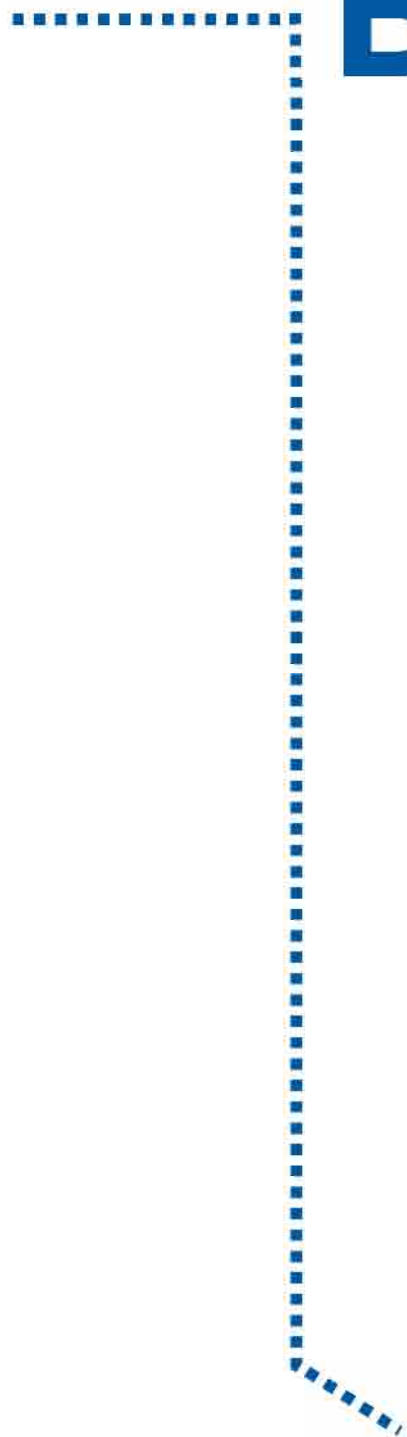
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD **B**



— |

| —

— |

| —

# EL CLIENTE

Pablo Sánchez Blasco

Ilustración: José Armiñana Tormo

Souto era un hombre tranquilo y corriente, al menos para sus conocidos, una presencia habitual en su entorno a quien aceptaban sin mala gana aunque sin excesiva simpatía ni atención. Ninguno de ellos, en todo caso, hubiera imaginado que una mañana abriría el periódico aún caliente de la imprenta y se encontrarían su nombre en las páginas de sucesos. Aquel famoso día en el que su foto compartió portada con la guerra de Irak y el nuevo expulsado de Gran Hermano, decenas de amigos íntimos, acostumbrados a charlar distendidamente con él de meteorología, emitieron un repentino chillido de sorpresa seguido de un innecesario ajuste de lentes para comprobar que aquel hombrecillo al que se refería la noticia era realmente su mismo Souto. Por supuesto, era él.

El asunto no había empezado ahí, ni mucho menos, sino algunas semanas antes, en la destartalada cafetería La Puente. Souto se encontraba, como cada miércoles a esa hora, en su taburete habitual, saboreando el refrescante estallido que las burbujas de la gaseosa, su bebida predilecta, provocaban en su paladar. Ya sumarían dos largos años de suaves caricias guturales y acompasados tragos cuyopreciado valor crecía en suma al delicioso intervalo de tiempo que se permitía entre cada nuevo y refrescante beso del líquido. Cada día, puntual a las siete y cinco de la tarde, Souto entraba por la puerta entornada del establecimiento dejando atrás su estresada existencia profesional. Consideraba todo un logro el haber descubierto aquel local durante uno de sus paseos desentumecedores. Ocurrió, precisamente, el mismo día que abandonó su última novela, en la que tanto había trabajado, después de diez días sin aportar una solitaria línea. Todos sus intentos por convertirse en escritor habían dado como resultado sonoros fracasos, pero a Souto ya no le perturbaba. Él era feliz con sus chicos de la escuela, que le veían como a un héroe. No necesitaba la literatura en su vida, más bien era la propia literatura la que necesitaría a gente como él.

Aquél era su hogar y su templo. Entre trago y trago, reflexionaba sobre el vacío y la muerte de Dios, pero también se divertía observando desde su asiento privilegiado al dueño del local, un personaje bajo, cetrino y entrado en carnes, casado con una energúmena con cara de perro que, los rostros lo dicen todo, ejercía de camarera para ahorrarse un sueldo. Por un lado, admiraba a aquel hombre; había sido capaz de mantener su cafetería alejada de vulgares madres

desocupadas y de escupitajos de ancianos adictos al mus. Por el otro, no podía dejar de compadecerlo y sentirse envidiado, ya que, mientras él lucía una plácida e inmejorable soltería, el otro sostenía una vida monótona manteniendo a una mujerona a todas luces indeseable. Nunca había creído en el matrimonio, y mucho menos tal y como se entendía por entonces. Tampoco temía a la soledad.

Allí estaba, por tanto, Souto, en su reino personal, cuando apareció el otro implicado en el caso. Desde el primer encuentro algo especial surgió entre ellos. El instinto del profesor no había tardado más tiempo del necesario para posar su gaseosa y tragarse el líquido antes de darse cuenta del desprecio que le causaba el nuevo cliente. Su mirada desdeñosa al local para dar a entender mayor clase, su sorpresa mal disimulada al descubrir un solo consumidor, su ruidosa manera de comportarse en un lugar público, la sonrisa falsa cosida a sus labios, acorde, por otro lado, con el pelo grasiento pegado con gomina, o sus grotescas compañías femeninas, maquilladas y vestidas para aparentar una edad ciertamente más madrugadora que la suya. Ambos se sentaban en el centro de la barra, llamando la atención con sus gritos y sus risas estrepitosas, convirtiendo los tópicos que vertebraban su charla en motivo de comunión, creyendo, sin duda, ser los primeros y los únicos que los utilizaban.

Muchas veces se había preguntado hasta qué punto una vida puede alterarse por una nimiedad. Ahora sabía con seguridad que los juegos de la fortuna no tenían límite. Un simple hombre que cruza un umbral, una mirada ladeada, una cita que se rompe, un tropiezo o una coincidencia temporal podían ser causa del mayor de los trastornos. Dos años de gobierno psicológico en su querida cafetería, dos años de supremacía para que, de pronto, un tipo cualquiera le estropeará su reducto más privado. Nada fue igual desde que cruzara la puerta esa vez, demoliendo los cimientos de la felicidad para Souto y arrebatándole, sin la menor consideración, con una mirada lo que era suyo legítimamente.

Aquel imbécil, porque lo era, con su aspecto hipócrita de triunfador era una aberración para el mundo conocido por Souto, y mucho más en su escondite preferido, una lacra del libre comercio y la democracia, uno de esos insectos encubiertos que sólo pueden sobrevivir en un país occidental y que en África se morirían de hambre. No contento con haberle estropeado una tarde de tranquilidad y una gaseosa de euro y medio, volvía tarde tras tarde, satisfecho de haber encontrado un lugar donde mantener a salvo sus conquistas callejeras, porque de eso se trataba. Nada podía pasar ajeno al talento como observador de Souto y mucho menos el evidente contraste entre una mano sin anillo y otra con él.

La opción cobarde hubiera sido abandonar la cafetería y buscar otro rincón que hacer suyo, aceptando la pérdida del que hasta entonces era un paraíso a su medida, pero, como es de esperar, no era una opción, ni mucho menos, válida. Esperó aún varias semanas a que la suerte, por una vez, se apiadara de él, pero tampoco surtió efecto. Las humillaciones se sucedían. No sólo porque aquel tipo le ignorara en el otro extremo de la barra, porque hablara estrepitosamente, porque actuara como en su casa, sino que, además, podía ver en los ojos del propietario del café y su esposa la simpatía que les iba ganando hacia él. Por



cada nuevo whisky seco que pedía, extraído con toda seguridad de alguna película mala, por cada generosa propina que dejaba en el plato del cambio, los codiciosos dueños del local abrían cada vez un poco más el diámetro de su sonrisa. En una ocasión, la misma energúmena que a él nunca había dejado de mirarle del revés, abrió sus caninas fauces para soltar un horrendo "¿Cómo le va?" a aquel hombre, una acción que horrorizó a Souto aún más que la desgana con la cual le habían recibido las últimas semanas y el desinterés con que le soltaban su gaseosa. Cuando unos días después le sirvieron el whisky con un cómodo tapete, Souto estalló, se acabó con un desagradable y largo trago su bebida y salió enfurecido de la cafetería para no volver hasta que encontrara una solución.

Todo hombre tenía un límite, bien lo sabía él, y el suyo estaba a punto de rebasarse. Podía aguantar el madrugar diariamente para asistir a una monótona jornada de escuela. Podía admitir que nunca llegaría a ser jefe de estudios, ni director, ni escritor, ni nada. Incluso podía ser comprensivo con la ignorancia, la incultura y la estupidez de los tiempos que le habían tocado vivir. Pero que un tipo despreciable y vanidoso como aquél, un tipo maleducado y desdeñoso, fuera a presumir de su éxito en su descanso vespertino, mientras saboreaba sus gaseosas y se quitaba el polvo de toda una jornada asfixiante y alienadora; eso, eso no lo podía soportar.

Con las últimas gotas de humanista que se esfumaban de su interior, recordó el viejo método de Hermann Hesse para apiadarse de los indeseables. Poco a poco, comenzó a representar en su mente al hombre, analizándolo, estudiándolo para encontrar algún punto débil, alguna anomalía que le hiciera digno de lástima, que le convirtiera en un ser humano tan compasivo como otro cualquiera. Vio su figura modelada, su pelo negro y peinado, su sonrisa de dentífrico, sus manos amplias, sus ojos oscuros, su ropa moderna. Comenzó a ver la risa complaciente de sus acompañantes femeninas, su whisky doble, a oír sus chistes malos, el tapete en la barra. Dio marcha atrás. Se lo figuró de pequeño, igual pero más bajo y delgado, con las rodillas ensangrentadas, con pantalones cortos y camiseta, oyendo una regañina de sus padres, estudiando para un examen. Nada. Aquella sonrisa vanidosa sólo podía haber surgido de años de entrenamiento y lo vio perfectamente pinchando balones a niños más pequeños, recibiendo la paga semanal, comiendo golosinas. Cuando esa misma noche soñó con el vestido de oficial nazi, tomándose una gaseosa en un cabaret berlinés, se despertó sobresaltado y sudoroso. Fue entonces cuando los pequeños granos que forman la inspiración ascendieron suntuosamente por todo su cuerpo hasta reunirse milagrosamente en un punto de su cerebro. En ese preciso instante nueve letras azarosas, volátiles y abstractas, formaron horizontalmente y se ordenaron, igual que en una partida de Scrabble, en su cabeza: la palabra era *"asesinato"*.

Tan pronto comprendió que la resolución era inevitable, su mente se lanzó a planear cada detalle apasionadamente, sin esperar a madurar la propuesta un tiempo prudencial. Desde el primer día que se habían encontrado en el bar, Souto le había calado como un enemigo personal y, más que eso, como un enemigo filosófico. Si el mundo iba a rastras, entre la oscuridad ideológica propia

de la Edad Media y los excesos bacanales de una decadente Roma Imperial, se debía a personajes como él, cucarachas indeseables e ignorantes a las que los muchos errores e injusticias de la fortuna, cada vez menos inspirada, favorecían desde el nacimiento hasta la muerte. De ellos provenía esa felicidad superficial, conformista, que había sumergido a la humanidad en una de sus etapas menos afortunadas. Circunstancias como aquéllas eran las que convertirían a un profesor de escuela gris como él en un héroe digno de veneración por una utópica y mejor sociedad futura. Como bien rezaban los grupos cristianos y las sociedades de colaboración internacional, el deber de cada uno es extender el bien en su propio entorno, y eso iba a hacer él. Sin duda, aquélla era la ocasión de devolver a Nietzsche, a Kafka o a Borges todo lo que le habían regalado a él, de utilizar la violencia para defender lo poco que les quedaba de vigencia.

Un asesinato como aquél, sin embargo, no era cuestión como para descuidarse. No era ocasión de brillantez ni de crímenes perfectos, no necesitaba realizar una obra maestra digna de Hitchcock o Agatha Christie, más cuando todas ellas solían acabar mal. El objetivo primordial era alejar al intruso de su cafetería, de su vida, daba igual que se hundiera en un coma profundo o que saltara en pedazos. Utilizando toda su sangre fría, descartó en primer lugar las ideas imposibles como la contratación de un profesional; si no tenía dinero suficiente para superar sus generosas propinas, muy difícil iba a ser encontrar un asesino rentable. Asimismo cualquier tipo de explosivo era improbable, pues no sabía construirlos, ni dónde comprarlos ni era su intención estudiar libros sobre el tema. Los venenos, las fieras, las pistolas, los coches trucados, las torturas, los asaltos callejeros, la fuerza bruta o matarlo de un susto eran otras opciones no menos imperfectas.

No era, ni mucho menos, fácil planear el modo de asesinar a alguien, de quitar la vida a un individuo con el que sólo te cruzas en el bar y con el que no tienes la suficiente intimidad para quedarte a solas. Parecía una idea absurda pero difícilmente practicable, sobre todo si quieres salir impune del crimen. A los cuatro días de constante investigación y pensamiento, Souto estaba tan en blanco como al principio. Su obcecación y necedad comenzaban a recordarle la frustración de sus intentos literarios y eso le remordía aún más que la molesta presencia del hombre en el bar, en el que ya era "su" bar, según se comportaba. Ya no cavilaba sólo por las noches, ni en los tiempos libres, sino a todas horas. En los recreos, mientras paseaba, en las guardias, antes de acostarse y después de levantarse, en sueños o incluso en las mismas clases. Más de una vez su apasionamiento pudo con su compostura y, en medio de una clase de ética se descubrió con el rostro crispado, cayéndole varias gotas de sudor por la frente y agarrado a la mesa con tanta fuerza que todos los alumnos se dieron cuenta. Aquel tipo no iba a vencerle y quedarse con todo lo suyo, en algún lugar del mundo la justicia y el bien tenía que triunfar sobre la degradación. Al menos él lo iba a intentar.

Para sorpresa del mismo Souto, lo más difícil era planear la forma de cometer el asesinato, no superar sus consecuencias morales. Aún cuando se reconocía admirador de Lampedusa, la idea de aniquilar a alguien, de odiarle

hasta ese punto, le parecía más que sensata, incluso normal. Era fácil para un príncipe aristocrático ver al resto de la humanidad como títeres esperando el cadalso. Para un profesor de escuela vencido por las circunstancias y aplastado por una forma de vida indecente, hartado del propio cansancio y la soledad, lo fácil era odiar con todas sus fuerzas a aquel tipo, símbolo de todo lo que él detestaba. Si en algo había superado el ser humano a cualquier otra especie, al fin y al cabo, era en el acto del asesinato. Mientras que un león o un leopardo sólo matan por necesidad, el hombre es perfectamente capaz de abstraerse hasta el punto mismo de ver a su víctima como un extraño, indigno de misericordia.

Fue un día 24 de marzo, según apuntaron los forenses, cuando finalmente se decidió a cometer el crimen, resguardado por la oscuridad y por la cubierta de su viejo coche, al que ya sólo veía como instrumento de poder y no como mero automóvil. Lentamente introdujo la llave e hizo contacto. El motor del Opel rojo de segunda mano renqueó molesto unos segundos pero enseguida tomó impulso y se encendió ruidoso interrumpiendo el negro silencio. Utilizando toda su sangre fría, el veterano profesor lo guió por las frías calles de la ciudad, suelto y suave a la búsqueda de caza. Esperó unos quince minutos de respiración entrecortada y tensión agónica delante del que fuera su bar, escuchando los lejanos sonidos de la oscuridad y viendo la luna reflejada en un charco sin agua. Cuando el hombre abandonó el establecimiento y se despidió de la chica, las farolas palpitaban como antorchas febriles, pronunciada la noche completa. Los astros de la noche aguardaban aún la salida, quizá para no ver lo que se preparaba bajo sus pies.

Todo eso percibía Souto cuando arrancó de nuevo el motor y secundó al hombre unos pasos retrasado. El calor del automóvil se le hacía insoportable y las manos quemaban en el volante. Delante de él, caminando por el medio de la carretera, la víctima se tambaleaba hacia los lados sin el equilibrio perdido hacía unos cuantos whiskies, como una liebre resignada y abatida esperando el golpe de gracia. Cercados por los coches que aparcaban junto al bordillo, ambos parecían avanzar por una larga y fatal cinta automática de la que no se podía escapar, cumpliendo un destino prefijado por esas estrellas cobardes que volvían los ojos a su propio crimen. La persecución duró más de lo debido; Souto sudaba agarrado a su asiento, convenciéndose mentalmente de la necesidad del crimen por medio de recuerdos humillantes pero retrasando el momento cumbre. Por más que lo intentaba, sus ánimos homicidas, tan encendidos semanas atrás, se apagaban viendo al hombre inválido, tropezando y cayéndose por efecto de la bebida, arrastrarse por la noche igual que él lo hacía por el día. No era posible a esas alturas echarse atrás, la suerte estaba echada para los dos. Apretó con fuerza los párpados y contrajo el rostro en una expresión desesperada por la cual, no sin sorpresa, notó que las gruesas gotas de sudor que resbalaban por su frente se convertían, descendida la línea de la mirada, en tenues lágrimas.

Sin darse cuenta, ambos habían llegado a las afueras de la ciudad, donde aquel tipo tendría un chalet. Una idea que días atrás le hubiera exasperado, en ese momento perdió toda relevancia. En ese instante, Souto oyó un gemido lejano y vio la inmensidad verdosa y llameante del mar que se erguía a su izquierda

por la pendiente lateral. Ese mar le hizo volver el rostro y relajar los puños apretados; respiró profundamente. Durante ese fugaz instante todos los ruidos cesaron excepto el rumor de las olas y la llamada del mar puro y limpio, aún sin contaminar por la civilización y la burocracia, que le ofrecía la calma imperturbable del mundo submarino. Souto cerró de nuevo los ojos y pensó un rato, o quizá dejó la mente libre. Cuando volvió a abrirlos, los usó para echar una última mirada a la solitaria carretera por donde el hombre se había marchado minutos antes, al mudo e implacable cielo y entonces giró el volante a la izquierda antes de apretar el acelerador y volver a cerrar los ojos.



# EL BARMAN

Daniela Faccio Peláez

Ilustración: David Alonso García

No es un trabajo fácil el del barman. Es un error muy común pensar que consiste en servir copas, limpiar la barra y saber cuándo decirle a un buen borracho que ya ha sido suficiente (la mayoría lo delimita cuando no tienen ganas de abrir otra botella para un solo cliente, al final de la noche). Pero es mucho más que eso. Requiere mucho tacto. Una copa no es sólo una bebida. Ha de ser preparada especialmente para el consumidor. Todo buen barman sabe eso. Cada copa es personalizada. Cada una tiene su pequeño toque que hace que sea única y exclusivamente para aquél que la ha pedido. Por eso, si alguna vez bebes de la copa de otro, nunca podrá tener el mismo gran y mágico sabor que tiene para esa otra persona. Pero, lamentablemente (o quizás afortunadamente para aquellos que tenemos en cuenta estas pequeñeces), hay muy pocos que cuiden tanto ese detalle.

Llevo toda mi vida sirviendo copas. El mes pasado hicieron 25 años. Y no es que haya empezado como tantos jóvenes, que porque necesitan el dinero en un momento dado, consigan un puesto durante el verano. Me di cuenta de que servir copas es un arte tan sólo a los 15 años. Pero supe que si me metía de lleno en ello en ese momento, sólo conseguiría agilidad, pero nunca tanta calidad como los verdaderos profesionales, y como el cliente se merece. Así que decidí seguir con mi vida de estudiante, y sacar una carrera que les complaciera a mis padres: psicología. Y, aunque no lo parezca, está muy relacionado con el trabajo de barman: ambos tratan directamente con las personas. Es más, muchas veces mis clientes me piden una copa y sé, con certeza, si están o no haciendo la elección correcta, y me permito el lujo de sugerirles lo más apropiado. Cuando se dan cuenta de que acierto, se sienten muy satisfechos. Y no es la buena propina que dejan lo que importa (tampoco se rechaza), sino el saber que has aportado algo importante para que consiguieran lo que necesitaban en ese

momento dado. De hecho, la recompensa económica es sólo una fría forma de agradecerle a alguien un esfuerzo demasiado personal para un desconocido.

Sin embargo, los clientes no son los únicos que disfrutan. Si decidí dedicarme a esto, aún teniendo un gran título universitario fue porque me brindaba un bienestar interior muy extraño para algunos. He escuchado grandes historias. Por esta barra han pasado muchas batallitas. Mis preferidas son aquellas que te cuenta un grupo de amigos de cuando eran jóvenes, reunidos, después de muchos años, otra vez en una barra. Pero hubo una vez una que me cautivó.

Era 27 de diciembre de 1987. Recuerdo perfectamente la nevada de ese año, que empezó el 23 de diciembre. Fueron, para muchos, unas navidades perfectas, de película. Después de la cena de Nochebuena la mayoría de las familias salía a dar una vuelta, a disfrutar de la nieve. Por las noches llegaban las parejas al pub, a disfrutar de la música y las copas. Siempre venían músicos diferentes, y se ganaban muy bien al público. Aquella fría noche teníamos una pianista de jazz. Tenía un aire un tanto melancólico que agradó mucho. Eso es algo que siempre me ha gustado cuidar mucho en el pub: la comodidad de mis clientes. Además de la barra, hay unos cuantos rinconcitos poco iluminados donde normalmente dos amantes terminaban su cita. También hay unas mesas en la zona central (sin molestar la entrada) y cerca del escenario. Era temprano para que hubiera mucha gente, pero el local tampoco estaba vacío. Elisa, la camarera que entonces trabajaba conmigo, disfrutaba casi tanto como yo de su profesión. No era de ese tipo de mujeres que intentan atenderle rápido, y obtener una buena propina. Era rápida, sí, y ágil, pero también ponía mucha delicadeza y empeño en cada copa, batido o café. He de admitir que ella preparaba mejor los cafés que yo. Conmigo en la barra había un hombre, vestido con traje y corbata, disfrutando de su martini.

—¿Viene de una fiesta de gala, señor? —le pregunté. Siempre me pareció apropiado entablar conversación con aquellos que no tuvieran compañía.

—No... —dijo—, esperaba a una dama que llevo amando desde hace unos años. Ayer salí del hospital psiquiátrico, ¿sabe? Fui allí gracias a ella. Y bien es cierto que en ese momento la culpé por privarme de mi libertad, pero la verdad es que ahora mismo sólo quería agradecersele.

Asentí, y esboqué una leve sonrisa. Una buena sonrisa siempre inspira confianza, pero, después de tantos años, aprendí que uno no debe empujarlos a nada, deben liberar sus pensamientos por sus propios medios y a su propio ritmo. Algunos tardan más que otros en entrar en confianza. Pero puedo decir con total seguridad que la mayoría de los solitarios que se han sentado en mis taburetes, han acabado contándome sus penas. De hecho, muy pocas veces tengo que intervenir. Lo cierto es que la mayoría de las personas no necesita a ningún psicólogo para que les aconseje. Mis compañeros de carrera me matarían si supieran que les cuento este pequeño secreto, pero un psicólogo no es más que un oído. Y la gente necesita saber que hay alguien dispuesto a escucharles. Con escucharles es suficiente. Las conclusiones las sacan ellos solos, porque sólo uno puede conocerse bien a sí mismo. Nadie más puede adentrarse tanto

en tus pensamientos como tú mismo.

—Se llama Amy. Sus padres eran escoceses, pero creció aquí, en Barcelona, desde los 4 años. Es preciosa, ¿sabe? —prosiguió—. Tiene unos ojos oscuros como la noche, y el pelo largo, liso y pelirrojo como el atardecer. Una piel blanca, suave y con los pómulos siempre sonrojados. Ella me salvó. Sólo quiero agradecerse. Recuerdo que cada vez que le intentaba dar las gracias por algo, siempre me decía: "Ahórratelas para cuando te salve la vida". Y eso he hecho hasta este día. Un día me dijo que, si no sabía dónde estaba, podría encontrarla aquí. Atravesaba una muy mala racha cuando la conocí. Entonces no lo sabía.

Cuando era niño, a los 8 años, un señor mató a mi padre. Mi padre, una gran persona, hombre de familia. Juré a mi madre que vengaría su muerte. Ese señor, pocos años después, fue capturado y encerrado en la cárcel, pero para mí eso nunca fue suficiente. Siempre supe que había (y hay), en el mundo, mucha gente que, como él, son malas personas. Son egoístas, envidiosos y... en fin, malas personas. Y me prometí a mí mismo acabar con toda esa gente. No permitiría que ningún otro niño de 8 años corriera mi misma suerte. Me di cuenta de que toda esa injusticia estaba mucho más cerca de lo que pensábamos. Amy me salvó. Pero antes que ella conocí a más personas que lo estaban pasando mal. Tenía 17 años recién cumplidos cuando me convertí en el blanco de una pandilla de chicos de mi edad, que se divertían haciendo gamberradas. Me parecía muy triste darme cuenta de que esos chicos eran el futuro de nuestra sociedad. Por aquél entonces ya se hablaba de que los jóvenes eran los que mejorarían el futuro. Y yo, cada vez que veía cómo pegaban a un inocente, cómo se aprovechaban de las chicas, y cómo me utilizaban diciendo que eran mis amigos para sacar sus propios provechos, no podía evitar pensar que si de gente como ellos dependía nuestro futuro, lo teníamos muy negro... Intenté hablar con ellos, siguiendo la política de mi padre de que mediante el diálogo se pueden arreglar las cosas. Pero cuanto más lo intentaba, más inútil me parecía y, sin embargo, más ganas tenía de sacarlos de ese agujero. Era un reto personal. Me propuse, seriamente, mejorar el mundo. Pero mis manos siempre han sido tan pequeñas... Y no pude hacer nada. Terminó el instituto y ellos seguían iguales... Siempre temeré encontrármelos por la calle. O que se los encuentre alguien vulnerable...

—Sé muy bien a qué se refiere —dijo un viejo borracho en la otra punta de la barra—. Mi hijo era uno de esos chicos. Nunca estaba en casa, no estudiaba y se aprovechaba de todo y de todos. Sé que un padre no debería hablar así de sus hijos, pero es la verdad. Y no voy a mentirle, amigo, me alegré mucho el día que se fue de casa. Maltrataba a su madre, y él sabía muy bien que yo era el único que tenía poder para hacerlo. No era su mujer, era la mía. Hizo bien en irse; si no, lo hubiera echado yo. Un día, un conocido me dijo que le habían dado un balazo, y le aseguro que se lo tenía merecido. Era un hombre despreciable, no respetaba las pertenencias de los demás. Estoy seguro de que se lo merecía.

—Vamos, Joaquín, tu mujer debe estar esperándote en casa —le dije suavemente.

Joaquín era uno de esos habituales clientes que siempre pasan por el bar después del trabajo a tomarse unas cuantas cervezas, antes de ir a casa, y no quería ser reconocido borracho. Era el guarda diurno de una obra, según me había contado en alguna de sus tantas borracheras. Siempre se quejaba de dolor de espalda, porque tenía que estar sentado todo el día, y de la suciedad con la que tenía que cargar, a pesar de apenas mover un dedo.

Además, tampoco estaba contento con su salario y de vez en cuando tenía discusiones con sus compañeros.

—Más le vale. Nos veremos mañana, buenas noches —me contestó y salió, dando tumbos, por la puerta trasera.

—¿Lo ve? A eso quería llegar yo cuando hablaba con aquellos chicos de mi edad. Sabía que tenía que deberse por algo así. Nadie es malo porque quiere, todo tiene una explicación. Probablemente, si ese joven hubiera tenido un padre que fuera un buen ejemplo, las cosas hubieran sido muy diferentes para él. Todo empieza desde casa. Y justamente por eso un niño debe disfrutar de su infancia.

Asentí y recordé lo orgullosos que se sintieron mis padres cuando obtuve el título de psicólogo. Al principio no entendieron que me dedicara a mi actual oficio, pero, cuando se lo expliqué, me apoyaron mucho. Siempre han sido unas personas muy comprensivas. No pude evitar sonreír. Cuando era un adolescente, la mayoría de mis amigos no hacían más que quejarse de sus padres. Yo no sabía si yo tenía demasiada suerte con los míos, o que no me daba cuenta de que no eran tan buenos como me parecían, pero nunca tuve que quejarme de ellos. Es más, creo sinceramente que mis compañeros sólo se quejaban porque tenían la vida demasiado fácil. Para ellos no todo podía ser de color de rosa, tenían que sacar quejas de donde no las había. Siempre me molestó que la gente se quejara tanto sólo para llamar la atención, o para hacer creer a los demás que su vida no era tan buena como creían. Pero lo cierto es que esa buena vida no se la habían ganado ellos, se la habían regalado sus padres, y estaban demasiado acostumbrados a que se lo dieran todo hecho.

—Cuando conocí a Amy descubrí que el hombre con el que estaba casada no le era fiel —continuó mi cliente—. Y no sólo eso, sino que también la maltrataba. No trabajaba, y ella tampoco, así que él se dedicaba a robar a las grandes empresas. Amy desaprobaba esto, pero él se excusaba diciendo que se lo cubriría todo el seguro. Y así crecía su bonita hija, entre malos tratos e injusticias. Una niña tan pequeña no tiene por qué pagar por los errores de su padre. El día que la pequeña acabó en el hospital, y Amy llegó a mí llorando, supe que tenía que hacer algo, que esa niña no podía tener una triste infancia. Los adultos siempre nos empeñamos en arruinarles la infancia a los que llegan después de nosotros, porque nos molesta que ellos disfruten de algo de lo que nosotros no sacamos el suficiente provecho.

En realidad, no quería hacerle daño, porque desde pequeño, mi padre siempre me enseñó que la violencia no soluciona nada. Aquél día lo esperé a la salida del bar donde estaba todos los días de 5 a 8 de la tarde. Al salir, me presenté y le dije que sabía lo que estaba haciendo y que me parecía totalmente





reprobable. Me dio un empujón y, mientras se iba, me dijo que su vida no era asunto mío. Quise detenerlo, pero en el momento en que toqué su brazo, se giró y me dio un puñetazo en la nariz. Sangrando, me di cuenta de lo que tenía que soportar Amy, y me negué a consentirlo. A pesar de que era más grande y fuerte que yo, la ira pudo con ambos, y lo tiré contra un contenedor. Se golpeó la cabeza con una esquina y quedó inconsciente. Cuando lo vi tirado en el suelo no sentí lástima en absoluto. Sabía, con certeza, que era aquello lo que quería hacer. Salvar a todas las personas que, como Amy, tenían que aguantar a este tipo de gente. Así que empecé a darle patadas hasta matarlo. Corrí, satisfecho, a casa de mi amiga a contarle lo sucedido. A hacerle saber que, por fin, era libre. Nunca me hubiera imaginado su reacción. Empezó a llorar e, histérica, a golpearme inútilmente. Cuando se hubo calmado me dijo que yo no era su ángel de la

guarda; que, aunque le hiciera daño, ella lo quería. Llamó a la policía y me detuvieron. No comprendía nada. Yo sólo quería salvar a las buenas personas. Pero me di cuenta de que, por muy buenas que sean, las personas son muy desagradecidas.

El juez sentenció que el asesinato se había debido a mis trastornos psicológicos, y que permanecería en el hospital psiquiátrico el tiempo que los médicos lo creyeran conveniente. Hasta ayer. Fueron largos estos años. Pero día a día me iba dando cuenta de que cada vez la amaba más. Y cuanto más lejos la veía de mi alcance, más quería estar con ella. Y por eso vine aquí esta noche. Por aquello que me dijo un día, que la encontraría aquí. Me habló muy bien de sus copas. Y ahora compruebo que tenía razón. Pero ni siquiera sé qué es de su vida. Ha pasado tanto tiempo... Quizás ya no viva sola. Quizás ya no viva aquí. Quizás ya no viva... Pero bueno... al menos lo intenté. Por cierto, tienen una música excelente ustedes aquí.

—Gracias, señor. Cada noche viene alguien diferente. Sin embargo, la pianista de esta noche ya había estado aquí alguna vez.

—Dígale de mi parte que muchas gracias por su música, necesitaba relajarme. Y gracias a usted. Le prometería volver por aquí, pero creo que dejaré la ciudad. Necesito cambiar de aires, ya me entiende...

—Por supuesto, señor —le dije, mientras se levantaba—. Tenga usted una buena noche.

Vi cómo salía por la puerta, sujetándose el sombrero para que no se le cayera por el frío viento que venía de la calle. Me acerqué al piano. En ese momento terminaba "Have yourself a merry little christmas". Le di su mensaje a la pianista de ojos negros, pelo pelirrojo, pómulos altos y sonrojados y tez blanca. Ella simplemente sonrió y dijo:

—Si lo vuelves a ver, dile que se las ahorre para cuando le salve la vida, como hubiera dicho mi madre...

# LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS

Samuel Rodríguez Rodríguez

Ilustración: David Alonso García

## EVOCACIÓN

Allí donde el horizonte se pierde, entre la espesura de la niebla y la espuma de las olas, brilla Andreias, ciudad de ciudades, refugio de unos cuantos soñadores que velan todavía en la oscuridad la llegada de algún duende o princesa, surcando mares y océanos, constelaciones repletas de estrellas que tintinean a su paso y arriban finalmente junto al chiquillo que sueña sobre la almohada, o la anciana sobre el retrato del amado, siempre en el momento exacto en que sobre ellos cae el tupido manto de la fantasía y el sueño.

Andreias es ciudad, sí, pero es también aire y fuego, tierra y agua; todo depende de lo que se quiera soñar y... fácil es soñar en ella, pues no es sino la imaginación lo que mueve el motor de este inmenso buque, que entre bancos de peces y moles de algas busca la entrada a nuevas aventuras, llenas también de nuevos duendes y princesas, que no sin gracilidad, nos trasladan hacia ese bello paraje que algunos llaman Ciudad de los Sueños.

Hoy en Andreias las calles se visten de adoquines dorados, las casas de mármoles y los parques de floridos almendros y cerezos. Coronando la ciudad, sobre una prominente meseta, se alza el castillo áureo, flanqueado por dos torres que albergan a una bella princesa, de ojos cristalinos como la nieve y labios jugosos, encendidos por el sol. Espera nerviosa junto a su lecho. Tal vez sea el fuego de las antorchas o el calor de la primavera pero siente su cabeza arder.

Mientras, los niños juegan en la orilla de la playa a buscar caracolas. Se unen sus risas al aire almizclado del atardecer, pero éste se transforma. Nuevos augurios trae ahora su rumor, augurios de destrucción y muerte.

En ese momento el cielo se encrespa, la tierra se mueve. Las casas tiemblan y las dos torres del palacio se resquebrajan. La risa de los niños desaparece bajo gigantescas olas que hunden hasta el fondo del mar, cubierta de fango, a Andreias, Ciudad de los sueños.

## ÉRICK

Érick despertó a media noche sobresaltado por la tormenta. Ya no pudo

dormir. Al día siguiente, marchó como de costumbre al colegio, no sin antes despedirse de su abuela.

Las calles estaban encharcadas. La tormenta había obstruido los desagües y el lodo cubierto toda la acera. Los nubarrones no vaticinaban mejores presagios: la tormenta volvería.

Alineados frente a la puerta del edificio, los niños fueron accediendo ordenadamente a sus aulas. Nadie pronunciaba una sola palabra, preferían guardar silencio.

Después de la lección llegó el recreo. Los pequeños, ataviados con sus batas a cuadros, solían reunirse junto al columpio de metal. Los mayores se sentaban en los bancos, charlaban, jugaban más tarde a las canicas, al fútbol... pero hoy no.

Hoy el paisaje era oscuro, el sol no había despertado y los niños yacían somnolientos en el patio, casi sin vida, sin alma, sin color... ¿qué había sido de sus risas y juegos? La tormenta se los había llevado.

Esa noche Érick tampoco pudo dormir. Algo lo turbaba, le impedía pensar, imaginar. No sabía qué era, pero se había apoderado despiadadamente de su cabeza. ¿Acaso la tormenta había arrastrado también la fantasía?, ¿y los sueños?, ¿quién había robado los sueños?

Entonces, desde algún lugar, una voz profunda se escuchó: ¡Oh, hijos de la tierra!, ¿habrá de entre vosotros audaz marinero que ose surcar los mares de este infinito laberinto hasta encontrar las lindes de la hermosa urbe, de la bella Andreias, Ciudad de los Sueños?

## EL VIAJE

No sabía cómo ni por qué pero esa mañana había despertado con el corazón henchido de valor, dispuesto a emprender una aventura rumbo a lo desconocido para así recuperar el regalo precioso que le había sido arrebatado al mundo.

En los primeros momentos del crepúsculo, Érick ya había dispuesto todo el material necesario dentro de la embarcación y había conseguido reunir a unos cuantos marineros robustos para que lo acompañaran. De esta manera, llegada el alba a su cénit, el barco desamarró iniciando así su periplo por los mares.

Una masa tumultuosa se agolpaba junto al muelle aclamando el nombre de aquel niño, que con gran determinación se alejaba de la costa en busca de los sueños. Las madres clamaban por el alma de la criatura mientras los padres aleccionaban a sus hijos a imitar a aquel chiquillo, que con viril audacia se había convertido legítimamente en el héroe de todo un pueblo.

Navegaba, pues, el pequeño marinero, tranquilo, seguro, con la mirada puesta en el horizonte buscando cualquier señal que indicara el ansiado camino. No veía sin embargo más que un extenso cielo -que sólo a veces dejaba vislumbrar una llamita del preciado sol escondido tras las nubes- y el infinito océano, que cubría hasta donde la vista llegaba a alcanzar.

Érick, aferrado en proa al timón, sentía el viento acariciar sus mejillas, percibía el aroma salino de las aguas y escuchaba el canto de los delfines saltando a cada embestida del barco. Entonces algo a lo lejos llamó su atención.

—¡Un momento, un momento, marineros! A estribor diviso una pequeña isla que acaso sea la clave para encontrar la ruta que buscamos. ¡Arribemos junto a ella!, ¡a prisa! —dijo el niño.

El barco viró precipitadamente hacia el islote. La mar en calma y el viento favorable les transportaron con rapidez hacia una ancha ensenada en donde, no con demasiada dificultad, consiguieron anclar y llegar a tierra.

Una vez en la bahía las anteriores siluetas difusas se definieron en robustos árboles, altos y de delicioso fruto. Plantas de color verdoso cubrían la tierra y alguna que otra flor asomaba entre la hierba. Haces de luz rodeaban el espacio dando calor a los visitantes, que descansaban y bañaban sus cuerpos en las aguas mientras gritaban y jugaban con las conchas marinas.

Érick no tenía tiempo para el reposo, sólo deseaba restablecer la felicidad del pueblo, y el camino a ello parecía cada vez estar más cerca. Se alejó de la costa y tomó un nuevo camino de tierra rojiza flanqueado por árboles de ramas alicaídas, tal vez tristes. La vegetación tornaba a colores grisáceos que adoptaban diferentes matices según la luz. El sol iluminaba ahora a través de un diminuto rayo que se perdía en la oscuridad y no permitía ver más allá de unos pocos metros.

El niño continuaba caminando aun sin saber muy bien hacia dónde. De repente un ruido lejano rompió el silencio. A medida que avanzaba las vibraciones se hacían más intensas, resonando a cada paso. Seguía, andaba, buscaba incansablemente el origen del sonido. Giró entonces tras una inmensa roca, y allí, oscura y tenebrosa, surgió entre las ramas la entrada de una caverna. Se acercó, dio un paso más y en ese instante, una sombra mortecina apareció frente a él.

Hilando con una rueca, bajo la penumbra de la cueva, una vieja hechicera recitaba en salmodia palabras incomprensibles. Ocultaba su rostro con una fina tela blanca que contrastaba con el negro de su traje, roído, descosido en los extremos. Junto a ella sobresalía una mesa atestada de trastos inútiles que contenían pócimas de diversos colores de las que salía vapor incandescente. Entonces, descubierta la presencia del intruso, su canto cesó. Giró la cabeza hacia el niño que miraba desde la entrada y exclamó diciendo: "¡Oh marinero! Sé lo que buscas con tu barco, sé que anhelas el camino a los sueños, el camino a Andreias, pero este no es el lugar. La vieja urbe yace lejos, muy lejos de aquí, y ningún marinero ha logrado encontrarla desde la tormenta. Todos los que lo intentaron perecieron en las aguas, y ahora lanzan su arenga hacia los corales, hacia los peces y rocas que allí, en lo más profundo del océano, acompañan su lóbrega existencia.

Nada hallarás por tanto aquí, pequeño. La tormenta pasó también por estas alejadas tierras y batió nuestros corazones, que ahora yermos por el frío, sólo esperan la llegada del fin.

Recuerda por último estas palabras: la tormenta vuelve siempre, aunque no la busques, aunque te escondas, pero si además osas tentarla no dudes que te atraparé y no dejaré que salgas jamás de ella. Así que huye ahora que puedes, regresa a tu tierra con tu familia y no pienses más en Andreias, ¡olvídala!”.

## EL NAUFRAGIO

Cielo abierto, mar en calma: Andreias estaba cerca. Percibía ya su perfume, su aroma tibio al anochecer. Pero hoy se había hecho tarde, estaba cansado. Mañana podría desembarcar en la costa de la ciudad y descansar finalmente de la prolongada travesía, que mucho tiempo atrás comenzó y que ahora, casi sin esperarlo, llegaba a su fin.

Con ánimo triunfante se dirigió a su camarote saltando, brincando de alegría, pero sobre todo con una idea abrumadora en la cabeza: “¡La hechicera se había equivocado!”

En ese momento el viento empezó a soplar con fuerza, el mar se embraveció, el cielo estrellado abrió paso a copiosas nubes que acometían violentamente entre sí, lanzando un llanto al universo a través de truenos implorantes, luctuosos, que iluminaban el firmamento con rayos fantasmagóricos y sumían al planeta en una invocación de muerte y desesperación.

La nave se zarandeaba, las olas impactaban contra la cubierta. El almacén de madera crujía, se estremecía de dolor. Las velas, azotadas por el viento, se rasgaban como trapos. Mientras, los marineros veían el final de sus vidas reflejado en las aguas demoníacas que sin piedad avanzaban sobre el barco, anegando cada una de sus salas.

Se hundían. El buque se inclinaba por instantes. La proa había sido engullida por el mar, y los marineros se agolpaban ahora en popa, a la espera del temido desenlace.

Entonces, estando el agua a unos pocos metros de ellos, se percataron de la ausencia de Erick. “¿Dónde está mi capitán, dónde está?” gritaban, pero él no les escuchaba. Estaba en su camarote. Dormía.

## ANDREIAS

En el fondo del mar, entre estrellas y corales, descansa silenciosa la sumergida Andreias. Yacen sobre tierra fina calles y casas, testigos mudos de la catástrofe que ven ahora nadar a los peces de un lado a otro, teniendo como único consuelo el dulce recuerdo de la anterior gloriosa ciudad.

Lamentan también su suerte los balcones, al ver cómo las algas se adosan a ellos y cuartean poco a poco sus delicados azulejos hasta romperlos en mil pedazos. Los árboles permanecen desnudos en los parques sin nadie que los cuide, y así, observan quietos al tiempo, que roba a cada instante gotas de vida. En cuanto al palacio... continúa arriba, sobre la meseta, tronchado en los laterales y con las dos torres a los pies, custodiando también ahora la entrada al edificio.

Allí, una cúpula derribada permite contemplar entre sus escombros el lujoso salón palaciego, de suelo aterciopelado y muros cubiertos de tapices con imágenes transfiguradas.

En la lejanía se dibuja el cuerpo de una mujer. Ondulan su vestido y cabellos, y tras éstos, una cara preocupada aparece. ¡Ay!, es la princesa de ojos cristalinos y labios jugosos que aguardaba en su dormitorio el terrible temblor. Ahora espera triste y sola bajo el mar, condenada a morar eternamente junto a la difunta urbe, evocando tal vez, como aquel marinero, desde lo profundo del océano el camino a los sueños.



— |

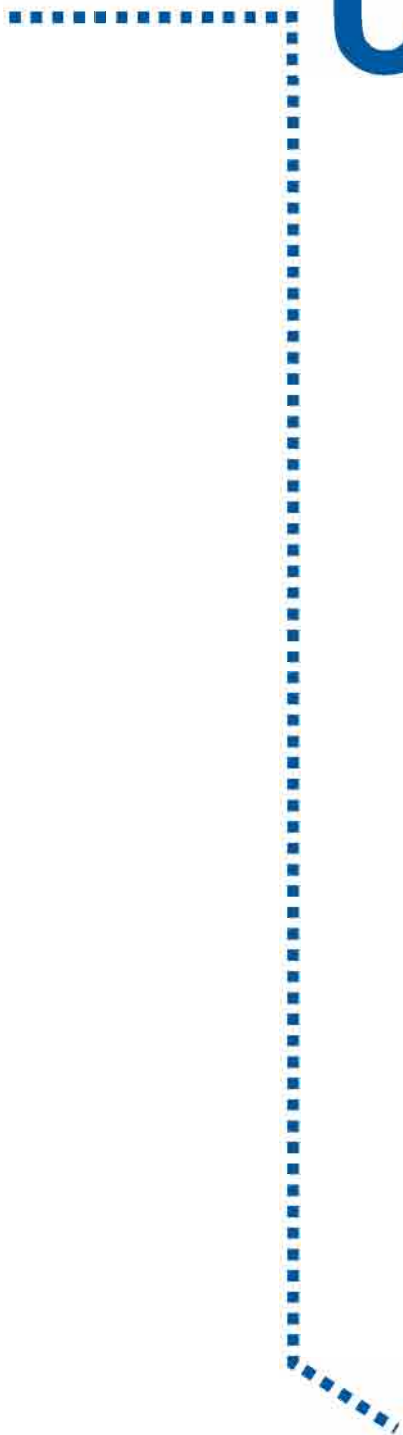
| —

— |

| —



# MODALIDAD C



— |

| —

— |

| —

# EL FLECHAZO

Georgia Costa Villaro

Ilustración: Monica Natalia Meoro Avilés

Ya no se qué pensar, la verdad. Por una parte, los medios de comunicación, los libros, películas, anuncios de la tele que venden neumáticos, refrescos, remedios milagrosos contra el acné, dicen que existe el amor a primera vista. Los flechazos, chas, disparados por ese niño regordete con pañales que tanta rabia da cuando lo ves ahí, volando con esas alitas de querubín. Por otra parte, estoy cansado de discutir ese tema en bares cochambrosos con mis amigos; que si sí, que si no, que si no existe eso del amor, que si es sólo cuestión de hormonas o que en el fondo se trata de una excusa de los grandes almacenes para vender los stocks de bombones después de navidad.

Hasta ahora, tendía a echar pestes de todo lo que implicara esa palabra compuesta por dos vocales, dos consonantes y dos idiotas. Hasta ahora, cosa que explica por qué me encuentro en una situación tan lamentable, es decir, sentado en el suelo, con el trasero congelado, a las cinco de la madrugada, con hambre de lobo y ganas de mear. Porque a ver quién es el guapo que encuentra un bar abierto a estas horas para satisfacer sus bajos instintos, ¿eh? Y no, un árbol, esquina o lugar apartado no es una opción válida, que uno aún conserva algo de dignidad. Poca, todo hay que decirlo, porque además de todo lo anterior, también tengo los ojos irritados y una hermosa, roja, hinchada, marca de bofetón en la mejilla. Y la moral por los suelos, porque esta noche salí de casa pensando que me comería el mundo, y no me he comido ni un rosco. Perra suerte la mía.

No me considero un perdedor, soy un tipo listo, simpático sin utilizar ese adjetivo como eufemismo para decir "feo", mono pero sin connotaciones de "simio". En realidad, soy más bien del montón, pero de la cima del montón, es decir, normal tirando a guapo, extrovertido y todas esas cosas poco comprometedoras que se dicen cuando tienes que hacer una descripción imparcial de ti mismo. Pero esta noche he perdido, la he perdido. Que alguien me dé una raspa de sardina, que me rajo las venas.

Salía yo del típico bar de moda donde te sirven whisky de garrafón a precio de oro, o de gasolina, que viene a valer lo mismo, y reconozco que iba un poco cocido. Sólo un poquillo, ¿eh? Nada alarmante, estaba en esa fase de la noche en que todo te parece o gracioso o deprimente, y en la que te pasas el rato contándoles a tus amigos cuánto los quieres. Pues bien, salía yo de ese bar con mis amigotes, chillando y armando jaleo por la calle mientras decidíamos dónde seguir la fiesta, cuando la vi. Era Ella. Casi pude oír el ¡thung! del arco al

dispararse, casi pude ver con toda claridad esa flecha de punta dorada con la que el maldito niño de las alitas y las mejillitas regordetas y sonrosadas me traspasó el pecho. ¡Naca! directa a mí, dejándome con una expresión de embobado enamoramiento en la cara y el corazón convertido en pincho moruno, que lentamente fue ascendiendo hasta colocarse en algún lugar entre mi cabeza y mis hombros.

Me detuve, mis amigos ni siquiera se percataron de ello y siguieron andando y rebuznando calle abajo sin ni siquiera fijarse en la visión angelical, sobrenatural, estremecedora, sobrecogedora, hechizante, deslumbrante, sublime, que tenía ante mis ojos, allá, a dos manzanas de distancia. Sí, estaba lejos, ¿y qué? Mi percepción, en alas del Amor, se había agudizado hasta extremos insospechados.

Ella andaba, no, flotaba alejándose lentamente de mí. Era menuda, graciosa, perfecta, sólo la veía de espaldas pero seguro que tenía unos ojos preciosos, y una naricita respingona, y bailaba. Bailaba. No lo digo en sentido figurado, sino que se movía al ritmo de una música que yo no podía oír. Dos auriculares, como dos pendientes, colgaban de sus orejas. Daba ahora un paso, ahora otro, y otro, y otro, un brinco, un meneo de caderas, echó la cabeza hacia atrás en un arrebato de pasión musical convencida de que nadie la veía. Nadie excepto yo, que la devoraba con la mirada. Seguro que, además de bailar, tarareaba la canción. Nuestra canción, la que tocaría la banda de música el día de nuestra boda, oh, sí.

Avancé unos pasos torpes justo antes de que una manaza inoportuna me diera una palmada en la espalda que amenazó con tirarme al suelo. Allí estaba uno de mis antes mencionados amigotes quien, sudoroso, en toda su etílica gloria, armado con sonrisa de besugo y mirada de becerro, me preguntó que qué demonios hacía parado en mitad de la calle, tío, que si no venía con ellos a cerrar algún otro bar. Le dije que no. Tardó unos segundos en procesar la respuesta para luego encogerse de hombros y largarse por donde había venido.

Bien, respiré, me tranquilicé. Me alarmé. Horror, pavor, examen sorpresa de matemáticas, crueles hados jugando con mi corazón, ¿dónde estaba ella? Había desaparecido de mi campo de visión mientras hablaba con el borrego. Maldije en voz demasiado alta, sumido en el más negro abismo de desesperación y sólo una palabra se iba perfilando lentamente en mi cabeza. *"Síguela"*. Pronto ya fueron dos con un tono ciertamente amenazador. *"¡Síguela, imbécil!"*

Y la seguí.

Primero di unos pasos apresurados calle abajo, pasos que se convirtieron en un trotecillo que acabó siendo una carrera desenfundada por las calles tan desiertas que amplificaban el sonido de mis zapatos chocando contra el suelo, dándole un matiz, si cabe, más lúgubre a la ciudad dormida. Adelanté un camión de la basura que hacía la ronda a aquellas horas, adelanté a una pareja que se despedía ante un portal tan rápido que cuando sentí una punzada de envidia ya estaba a una manzana de distancia. Corría y corría, volaba, dicen que el amor da alas. ¿O era el miedo? En todo caso, Miedo a perder el Amor. Además, también cabía la posibilidad que perdiera la cara, literalmente, porque mientras emulaba al coyote persiguiendo a su correccaminos, mantenía la cabeza girada para poder

ver las calles perpendiculares y para no poder ver cualquier obstáculo que hubiera en mi camino como, por ejemplo, una farola.

No, no colisioné contra ningún elemento del mobiliario urbano, si es lo que estáis pensando, pero casi.

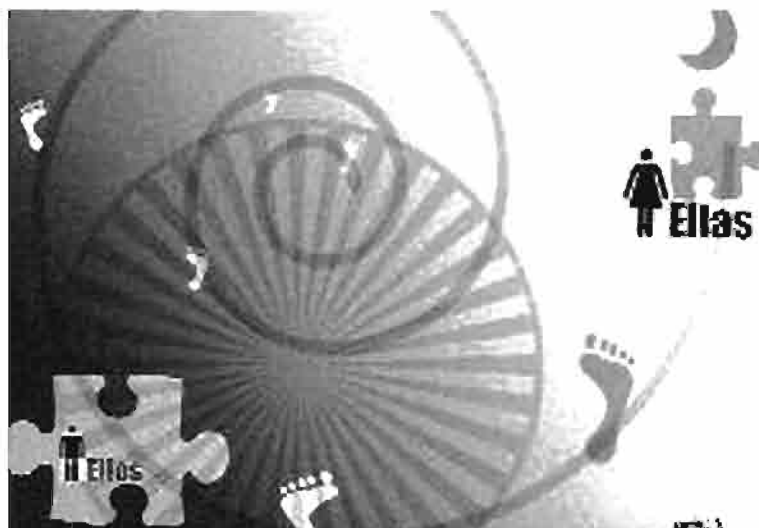
Lo cierto es que, cuando ya empezaba a temer que ella había desaparecido para siempre de mi vida en algún portal desconocido, cuando ya estaba a punto de desistir y echarme en algún rincón a llorar, a maldecir al niño de las flechas y a rasgarme las vestiduras por mi desgracia, entonces vi de refilón una figura bajando por una calle a mi derecha. Bailando. Frené o más bien dejé de mover los pies antes de que el resto de mi cuerpo recibiera la orden de detenerse, así que en aquel momento actuó la inefable ley de la cinética y salí proyectado hacia delante mientras las suelas de goma de mis zapatos emitían un chirrido angustiado. Por poco me dejo los dientes contra un contenedor de basura orgánica, ¿y con qué cara me presento entonces al amor de mi vida, ¿eh? A ver quién declara amor eterno con las muelas en vez de con el corazón en la mano. Afortunadamente, paré el golpe como pude, aunque creo que tengo el dedo meñique izquierdo un poco lesionado.

Resollando, intentando recuperar el aliento, fijé mi objetivo en el punto de mira y eché a correr de nuevo. Me detuve. La tenía sólo a unos metros de distancia y casi, casi, podía oír la música. Seguro que ahora era una balada lenta, porque se movía pasito a pasito, lánguida como una princesa de cuento de hadas. Entonces, tendría que haber ido allí, tomarla entre mis brazos, suavemente, susurrarle al oído que la quería y que bailara conmigo, por favor, y hubiéramos bailado toda la noche y todas las noches del mundo así, de madrugada por las calles, cada uno con un auricular colgando de la oreja. Sin embargo, en vez de eso, porque soy idiota y tímido y de repente me invadió el inevitable miedo al rechazo, me limité a observar cada uno de sus gestos sin atreverme a ganarle ni un metro más, como si al hacerlo ella fuera a desaparecer con un pop, como una pompa de jabón. Qué cobarde soy. Mierda. Me hubiera dado, ahora sí, de cabeza contra el mobiliario urbano, pero no podía permitirme perder otra vez el contacto visual. Y qué contacto visual, jo, porque dejándome de eufemismos literarios, que rebuena estaba.

¡Ah! Después de la balada cambió de ritmo, debía ser algo más movido, sincopado, que la hacía andar doblando las rodillas con cada paso, marcando el ritmo con las caderas y los hombros. Era contagioso, porque al rato me descubrí, con sorpresa, marcándome unos pasos de charlestón. Por un momento pude sentirme como una versión amateur de Fred Astaire, pero seguía faltándome la chica.

Y yo ya no podía esperar más. Es que no podía, de verdad, si no me acercaba a ella en aquel instante y, para poner un ejemplo al azar, la besaba, allí mismo estiraba la pata y me quedaba bien tieso y bien muerto, aún con la flecha atravesándome el pecho. Decidí que ahora o nunca, y como nunca no era una opción válida, tendría que ser en aquel momento, y respiré hondo, y cerré los ojos y dí un paso rápido, y otro, y otro, y otro, y se me puso la piel de gallina.

Y entonces las cosas se torcieron, y mucho.



En mi mente imaginaba una escena perfecta e idílica; yo me acercaba a ella entre seductor y tímido, y la observaba unos segundos como andaba al ritmo de una música que al fin estaba lo suficientemente cerca para oír antes de extender el brazo, temblando de la emoción, y tocarle el hombro con suavidad, apenas rozándola. Ella se giraba con una media sonrisa en los labios y el aire atrapado en el pecho, se sonrojaba y con sus manitas delicadas se quitaba un auricular, y luego el siguiente, y los dejaba meticulosamente colgados en la cremallera de su chaqueta entreabierta justo antes de ponerse de puntillas y besarme apasionadamente. En mi mente también había fuegos artificiales.

Tendría que habérmelo imaginado, tendría que haber previsto que se cumpliría el viejo dicho de que “si algo puede salir mal, saldrá peor”, porque cuando estaba apenas a cinco metros de ella, dejó de bailar, dio un par de pasos cautelosos y de repente aceleró el ritmo. De repente, me invadió un sudor muy frío y muy inquietante en señal de alarma. Houston, tenemos un problema, y no se me ocurrió nada más acertado que apretar también el paso. Bien por mí, tacharé inteligente de mi lista de virtudes, porque no entendí exactamente por qué el amor de mi vida corría, porque cuando yo aceleré ella empezó a correr como alma que lleva el diablo, y se alejaba de mí. No pensé que cualquier persona con dos dedos de frente y que anda por la calle a altas horas de la madrugada, si nota cómo un desconocido la sigue lo primero que hará será intentar poner distancia entre ella y el Potencial Agresor, que en ese caso era yo. Porque admitámoslo, enamorado o no, me estaba comportando como un psicópata.

Cuando empecé a intuir lo que pasaba ya era demasiado tarde, y aquello se había convertido en una carrera desesperada. Además de preciosa, ella resultó ser una verdadera atleta, rauda como el viento, y yo no podía hacer más que sacar fuerzas de donde no las tenía, e intentar no dejarle demasiados metros de ventaja hasta que se diera cuenta de que yo no era una amenaza, sino sólo un pobre tonto enamorado.

Ya empezaba a perder toda esperanza, en cualquier momento me fallarían las piernas y la perdería definitivamente, cuando vi que reducía drásticamente el ritmo. ¿Se habría dado cuenta por fin de su error? ¿Tendría yo mi tan deseado beso?

No. En vez de eso, vi alarmado cómo se detenía ante un portal y metía apresuradamente las manos en su bolso, y sacaba un llavero. Dispuesto a aclarar el malentendido, inicié un sprint hacia ella, que ya metía la llave en la cerradura, con cada zancada me parecía cubrir varios metros, como si fuera a cámara lenta vi que giraba la mano y empujaba la puerta, extendí un brazo para detenerla. Ya estaba cerca, muy cerca, y en el preciso instante que casi la rozaba y pensaba que lo iba a conseguir, ella también movió un brazo hacia mí, y yo miré aquel objeto cilíndrico con el que me apuntaba instantes antes de descubrir que era un spray anti-violadores.

A esta revelación, le siguieron tres momentos de intenso y sucesivo dolor: el primero cuando ella me lanzó un chorro de líquido irritante directo a los ojos y me detuvo, me cegó, me sentí como si acabaran de restregarme un millón de guindillas por la cara. El segundo cuando ella, envalentonada, me estampó un sonoro bofetón en la mejilla, uno de esos que dejan los dedos marcados durante días, y me hizo retroceder mientras mil declaraciones de buenas intenciones se acumulaban en mi garganta, pero ninguna se decidía a ser pronunciada. El tercero cuando, a modo de despedida, me propinó un rodillazo en la entrepierna que me dobló sobre mí mismo.

El portal se cerró en el momento en que yo caía al suelo en posición fetal, completa y absolutamente destruido, anorreado.

Permanecí así mucho rato, hasta que el dolor físico remitió un poco. Con cautela me arrastré hacia el portal por donde ella había desaparecido, me senté y comprobé, un poco más aliviado, que por increíble que pudiera parecer todos los elementos de mi anatomía estaban intactos. Aun así, me sentía mal, fatal, y no físicamente, sino que notaba que volvía a tener algo que se asemejaba a una piedra en mi estómago. Hubiera llorado de frustración si no fuera porque ya lo hacía a causa del spray. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Largarme de allí? Quizá ella había llamado a la policía y ahora vería un coche patrulla doblar la esquina para detenerme por intento de... de... ¿flechazo?

Olvidarla hubiera sido lo más fácil. Levantarme, alejarme con la cabeza bien alta, pero, no lo hice. Me quedé en aquél portal, esperando, maldiciendo, pensando. Quizá como efecto secundario de los productos químicos, me pareció ver cómo revoloteaba a mi alrededor una figura pequeña y alada que se encogía de hombros como diciendo "a mí no me culpes, la has fastidiado tú solito". Si no fuera una quimera de mi imaginación, le hubiera dicho que se metiera las alitas, el pañal, el arco y las flechas por donde le cupieran.

Y esta es mi triste historia, la historia de por qué aún sigo aquí reflexionando sobre el sentido de mi existencia, hambriento, con el culo helado y la imperiosa necesidad de encontrar un lavabo.

Poco a poco, empieza a amanecer, y es una imagen tan poética que tengo

ganas de llorar de nuevo. Debería marcharme, ella no regresará. Es una buena señal el que al final no llamara a la policía, pero, no me hago muchas ilusiones. Ninguna ilusión, en realidad.

Sí, definitivamente, me largo. Ahí te quedas, Cupido, búscate otro idiota a quien engañar.

Me levanto trabajosamente porque tengo las piernas agarrotadas, y me alejo con pasos torpes y más lentos de lo que desearía. Si al menos pudiera marcharme rápido, quizá esa piedra de mi estómago no pesaría tanto. Sacudo la cabeza para despejarme y doy unos cuantos pasos más.

Y de repente, milagro.

A mi espalda oigo un chirrido apagado, de bisagras girando, y me detengo. Todo el mundo a mi alrededor se detiene excepto yo, que me doy la vuelta con la certeza de que ella está allí, y está, y me mira, y la miro, y sé que nadie me creerá, pero mientras me dedica una media sonrisa y se sonroja, juraría que he oído un batir de alas, y un arco tensándose, y disparándose, y una flecha que hace ¡thung! y atraviesa no un corazón sino dos, que es lo que debería haber hecho desde el principio.

Sospecho que, a partir de ahora, las cosas irán mucho mejor. Creo que empezaremos por un vals.





# ANGEL DE LA GUARDA

Berta Gutiérrez Mendoza

Ilustración: Rafael Richat Bernabeu

Perdona que entre sin llamar,  
no es ésta la hora y menos el lugar.  
Tenía que contarte que en el cielo no se está tan mal.  
Mañana ni te acordarás,  
“tan sólo fue un sueño” te repetirás.  
Y en forma de respuesta pasará una estrella fugaz. [...]   
Ahora te toca a ti, sólo a ti,  
seguir nuestro viaje.

**La oreja de Van Gogh  
“Historia de un sueño”.**

El once de marzo fue el día más triste de mi vida y también de la de toda mi familia. Estuvo todo el día nublado y haciendo mucho frío, pero no fue ésa la razón. Fue triste porque yo me fui.

Ese día fue un jueves inusual. Ese año, el tercer curso de la carrera, me habían tocado las clases por las tardes. Por eso yo ya no madrugaba como había hecho hasta entonces, obligada por tener que llegar a las ocho de la mañana a la universidad. Pero ese día sí madrugué. Realmente no debía haber ido a la uni; no teníamos clase porque los profesores estaban de huelga, pero yo había quedado con uno de mis compañeros para estudiar. Habíamos quedado a las ocho, hora demasiado temprana, pero habíamos pensado que, así, podríamos aprovechar bien la mañana. Por eso madrugué aquel día. Me levanté a las seis y media y desayuné con mis padres y mi hermano. Seguido y después de despedirme de mi madre con un «¡Feliz día! Hasta la tarde», me preparé y, después, pasé por la puerta de la habitación de mi hermano y le saludé, «Nos vemos a la hora de comer». Cogí la mochila y me acompañó mi padre hasta la puerta, como hacía siempre, para despedirme, «Volveré sobre la una y media», «Chao». Al salir a la calle, me recibió una ráfaga de aire fresco que hizo que me subiera el cuello del abrigo. Mis pasos me llevaron sistemáticamente hacia la estación del tren, como cada día. Ya en el andén, saqué un libro de la mochila y releí las últimas frases que había leído el día anterior. Tuve que interrumpirme

al oír llegar el tren. Eran las siete y media. Me dejé llevar por la marea y busqué un hueco junto a la pared del vagón, renunciando a buscar un asiento libre. Por la ventanilla vi a una mujer que bajaba corriendo las escaleras, luchando con sus zapatos de tacón. Se cerraron las puertas del tren y pude ver la cara de enfado de la mujer que acababa de perderlo. Me agarré a una barra y me concentré en la lectura, en mi rinconcito del vagón.

Era un jueves inusual. Un día normal me hubiera levantado más tarde, me hubiera quedado toda la mañana en casa estudiando y hubiera ido por la tarde a clase. Pero aquél no era un día normal.

De pronto, oí un ruido enorme, un gran estruendo a la vez que el tren paraba con una sacudida y yo sentía un profundo dolor mientras caía al suelo. El hombre que un momento antes estaba frente a mí ya no estaba. Vi humo y oí gritos mientras noté que se me nublaban la vista. Me iba a desmayar pero, antes, oí el llanto de un niño pequeño.

Luego, nada. No sé lo que pasó, no me acuerdo. Oscuridad, vacío. No vi la luz al final del túnel, ni a San Pedro abriéndome la puerta. O, sí lo vi, no me acuerdo. Lo siguiente que tengo en mi mente es que, cuando abrí los ojos, vi el mar. Azul, brillante. Entonces pensé que el accidente había sido una pesadilla o que aquello era un sueño. Y ahí estaba mi familia. De nuevo yo estaba a su lado. Pero ellos estaban tristes, lloraban y dejaban volar al viento unas cenizas. Yo quería hablarles, pero ellos no me oían. Y seguían echando aquellas cenizas al mar.

Sí, el once de marzo fue el día más triste de mi vida y también de la de toda mi familia, porque ese día yo me fui, me fui para no volver, porque me morí, si es que esto es la muerte.

Ahora no vivo en un cielo de algodón, ni llevo alas. No sé si esto es el cielo, ni si estoy muerta o en mi segunda vida; sólo sé que "vivo" sin que los de allí abajo lo sepan y sabiendo que ellos sí lo hacen.

Les visito a menudo; a decir verdad, siempre estoy a su lado. Les cuido, les vigilo, les ayudo. Soy su ángel de la guarda.

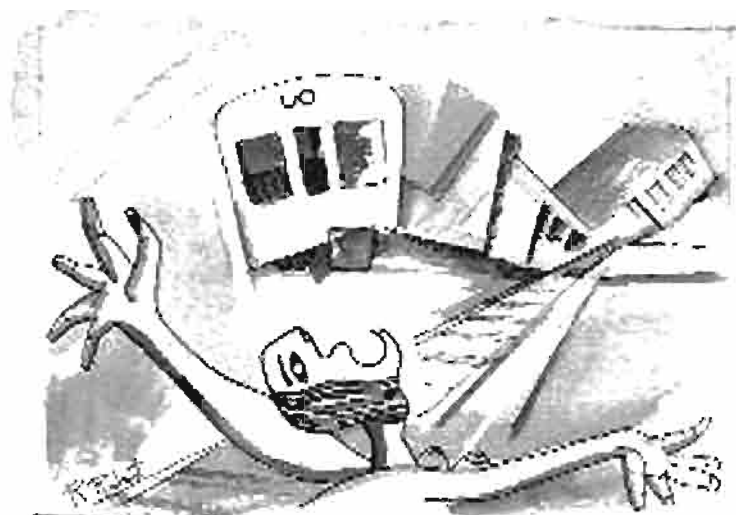
Luego me enteré de lo que había pasado: aquello que no llegué a comprender a pesar de vivirlo y todo lo que pasó en los días siguientes. Me enteré porque los que estamos aquí lo sabemos todo. Así supe que aquel gran ruido fue la explosión de una bomba, una mochila con explosivos que habían colocado en el tren en el que yo iba. Y supe que no fue la única, sino que a esa hora de aquel día hubo otras explosiones en otros tres trenes de mi ciudad. Supe que conmigo subieron aquí arriba otras ciento noventa y una personas y que mil quinientas resultaron heridas. Lo supe, pero no lo entendí, ¿qué barbaridad era aquélla?

El primero en notar mi ausencia fue el chico con el que había quedado para estudiar y lo que hizo al ver que yo no llegaba fue llamar a mi teléfono móvil; el primero en preocuparse por mí fue mi padre al oír en la radio pocos minutos después la noticia de una explosión en el tren y lo que hizo para asegurarse de que yo estaba bien fue llamarme al móvil. Después también me

llamaron mi madre y mis dos hermanos. Yo no pude oír ninguna llamada. El chico con el que debería estar estudiando a esa hora acabó escribiéndome un mensaje diciéndome que me esperaba en el aula de estudio. Mi familia se movilizó llevada por la preocupación, una preocupación sobre la que se imponía el lógico pensamiento de que yo estaría bien, que iría en otro vagón o incluso en otro tren y que si no cogía el teléfono era porque le habría quitado el sonido para estudiar y no me enteraba. Pero querían asegurarse. Sabían quién era el chico con el que había quedado y sabían dónde guardaba la agenda con las direcciones. Buscaron su número y le llamaron. Fue entonces, cuando mi compañero le dijo a mi madre por teléfono que yo no había llegado a la universidad, cuando se temieron que yo iba verdaderamente en el vagón equivocado del tren equivocado. Y fue entonces cuando empezó la tragedia. Mi madre salió corriendo del trabajo y mi padre y mi hermano salieron corriendo de casa y fueron a donde no debieron haber ido. Llegaron y vieron el tren, un tren que ya no era un tren, el vagón destrozado, la imagen de la destrucción, la desolación, la muerte, el dolor. Indagaron y comenzaron los viajes, viajes por los distintos hospitales. Cada vez con el corazón más pesado, cada vez con un dolor más profundo, cada vez más preocupados y angustiados. Yo no estaba en la lista de heridos de los hospitales; claro que había heridos sin identificar porque no podían hablar y sus carnés se habían perdido en el atentado y mis padres esperaban que yo estuviera entre éstos. Pero yo no estaba.

Nuestra ciudad se había convertido en un infierno, era una locura. Nadie trabajaba en aquellos momentos, todos buscaban a alguien, todos donaban sangre, todos se movían preocupados, todos lloraban. Y mi familia me buscaba en medio de todo aquello; seguían llamando a mi móvil, aunque sabían ya que era en vano, que si no me hubiera pasado nada habría ido a la universidad, que si estuviera bien habría llamado yo. Pero siempre queda la esperanza: yo vagaba afectada por la calle, sin conciencia, había perdido el teléfono y por eso no les cogía ni les llamaba, pero estaba bien. Ellos se repetían eso para sus adentros, se lo repetían entre sí, para intentar tranquilizarse. Y mi abuela vivía en la ignorancia, aún no le habían dicho nada, para qué preocuparla sin motivo; ella sabía que yo iba todos los días en ese tren, pero por la tarde. Ella no sabía, pero mis padres sí. Ellos sí sabían que yo iba en ese tren, ellos sí sabían que yo no había llegado a mi destino.

El drama acabó –si es que eso se puede considerar un final, porque sólo fue final para la búsqueda– en el mismo lugar donde acabaron los dramas de otras muchas familias: en el pabellón de IFEMA. Allí habían llevado los cuerpos de las víctimas del atentado, cuerpos sin identificar, cuerpos de unas personas que habían tenido unas vidas, unas familias y unos amigos que aún no sabían lo que había sido de ellos. Allí fueron mis padres, con el peor de los temores, el de encontrarme allí y con la mayor de las esperanzas, la de no encontrarme allí. Allí fueron y allí me encontraron. Afortunadamente no era difícil reconocermes, agradezco a Dios que así fuera. Yo estaba... prácticamente bien. Ellos se hundieron, se hundieron como todos los que entraron en aquel pabellón y encontraron lo que buscaban y no deseaban encontrar en aquel lugar. Se lo habían temido a



medida que se acababan los hospitales, pero no hay nada tan rotundo, tan cruel y tan real como la certeza. Los temores que habían tenido hasta entonces les angustiaban, la certeza que se presentaba ahora ante ellos les aplastaba. Allí estaba yo; yo era uno de los ciento noventa y dos, ciento noventa y dos personas que nos convertimos en ángeles antes de tiempo, ¿por qué? La verdad es que a mí poco me importan las comisiones de investigación; no me van a devolver la vida.

Recuerdo mi vida, aunque no es muy larga, sólo tengo veinte años de vivencias. Ahora ya sólo me queda esa vida, la de los recuerdos. Bueno, no es verdad, también me queda la vida de mi familia que, ahora, también es la mía. Pero me pasa a menudo: veo algo y viene a mi mente algo que ya había olvidado.

*Estaba en mi primer colegio. Subía por las antiguas escaleras de madera. Yo era muy pequeñita. Llegué a mi clase y la encontré vacía. Volví a bajar las escaleras, llorando, quizás corriendo, de eso no me acuerdo. Al llegar abajo, me consoló la señora que se encargaba de abrir y cerrar la puerta a las horas de entrar y salir. Me dijo que ya llegarían mis compañeros, que esperara tranquila.*

Cuando me enteré de lo que había pasado, me sorprendió darme cuenta de una cosa: el mundo no se había detenido. Todo el tiempo que había pasado mientras mis padres me buscaban, el mundo había seguido girando. El mundo no se detiene porque yo no esté, la vida sigue adelante; y yo la veo pasar.

*Mi tercer cumpleaños. Tantas velas como años en mi tarta de chocolate favorita. Me arrodillé sobre la silla, las manos apoyadas entre los platos, el cuerpo inclinado sobre la mesa. Soplé, los papos hinchados, los labios entrecerrados vocalizando una "u" perfecta. Una foto rememoraré ese momento cuando yo ya me haya ido.*

*¿Cuántos cumplía? No me acuerdo. Sólo tengo la imagen de llegar a casa, atravesar la entrada, entrar en el salón y descubrir los globos de colores, unos*

*globos preciosos que me abrieron la boca de sorpresa y, en la mesa baja que había junto a las butacas, los paquetes de regalo.*

*Mañana del seis de enero de no sé qué año. Me desperté y me incorporé en la cama. En la pared que separa mi habitación del salón, hay un hueco en el que está instalada una pecera. Miré a través de ella y lo primero que vi fue el árbol de Navidad con las luces encendidas. Me levanté entusiasmada: «¡Los Reyes Magos han encendido el árbol!».*

El primer sábado sin nosotros hubo una gran manifestación en mi ciudad. La gente no podía moverse de la cantidad de personas que había salido a manifestarse contra la barbarie. Llovía, pero eso no importaba. Todo Madrid, toda España, todo el mundo se unió a nosotros aquel día.

Luego plantaron ciento noventa y dos cipreses y olivos en Atocha. El mundo seguía acordándose de nosotros, mientras aún había heridos en los hospitales. Más tarde, Gontzal Mendibil escribió una canción por nosotros:

«Lágrimas al viento sobre Madrid,  
 hoy me duele el alma,  
 hoy lloro por ti.  
 Lágrimas al viento por tu partir [...].  
 Grito vida, grito paz».

¿Cuántos gritos hacen falta? ¿Cuántas vidas, cuántas muertes? ¿Cuántas manos blancas alzadas al cielo? ¿Cuántas lágrimas y cuánto dolor? ¿Parará alguna vez esto? ¿Recuperará el mundo su cordura? Si mi muerte fuera la última, quizás hubiera merecido la pena. Pero ha habido más después, más heridos, otras guerras, la misma. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Conocerán alguna vez un mundo en paz los hijos que nunca tendré?

*Mi clase de primero de EGB. Detrás de mí estaba la ventana y un banquito con tientos con plantas. Eché la silla para atrás para levantarme, pero la silla tropezó y volcó. Me di en la cabeza con el banco y me eché a llorar –yo era muy llorona–. Vino la profesora; me había hecho una brecha. Fuimos andando por la calle hasta la clínica más cercana; ella llevaba una mano con una gasa apoyada en mi cabeza. Me tumbaron en una camilla y me dijeron: «¿Te apetece dormir un rato?». Yo dije que no. No recuerdo más.*

*Yo de pequeña iba a ballet en el colegio. Un día, estando en un ensayo, dijeron que había un aviso de bomba. Estábamos todas con el body y las medias. La que vino a decirnos que teníamos que irnos me señaló y dijo: «Tú, cámbiate». Me acompañaron –no recuerdo quién– a casa. Mi madre estaba en la tienda de abajo; cuando la tendera le dijo que yo estaba en la acera de enfrente, se sorprendió: «Pues si tengo que ir a buscarla yo ahora».*

Yo aquí estoy en mi eterno cuerpo joven de veinte años, nunca envejeceré y nunca volveré a morirme. Pero no se está tan mal. He perdido muchas cosas y los que han quedado ahí abajo me han perdido a mí; pero sólo en parte porque, en cierto modo, yo sigo ahí, ellos no me pueden ver pero yo sigo a su lado.

Aun así, no puedo evitar sentir añoranza, por las cosas que no hice, por las cosas que no haré, por ellos, por mí. Me gustaría poder abrazarles, volver a darles y recibir de ellos el beso de buenas noches, pasar un día de vacaciones a su lado, hablarles con palabras, con voz y no como les hablo ahora, no ser una idea volátil, sino un cuerpo tangible. Añoro los desayunos en familia, las conversaciones tontas que mantenía con mi hermano en las comidas, los ratos de lectura por la noche en el sofá al lado de mi madre, los buenos momentos con mi padre, su ternura oculta bajo ese manto de brusquedad y enfados fáciles; añoro las comidas familiares, la felicidad infantil de la mañana de Reyes; siento nostalgia del veraneo en la casa del pueblo, las vacaciones junto al mar, todos mis hobbies; añoro el sol, la luna, el mar, el monte, las calles de mi ciudad; añoro la risa, la compañía, las caricias; echo de menos los ratos de charla con mis compañeros, los paseos por la ciudad. Yo no era de mucho salir, pero tenía buenos amigos que me apreciaban así. Una vez, una amiga me escribió: «las amigas son como las estrellas, aunque no las veas siempre están ahí»; me gustó, me emocionó. Yo ahora soy una estrella aquí en el cielo y sigo estando ahí. Por añorar, hasta echo de menos las clases, los estudios. Si Dios me dijera ahora mismo que me deja volver a la Tierra con la condición de que me pase el resto de mi vida estudiando una carrera detrás de otra, yo no dudaría ni un solo segundo en decirle «¡Sí, Señor!». Pero no puedo volver, al menos con forma; eso sólo pasa en las películas.

Dejé muchas cosas sin hacer, muchas cosas que me hubiera gustado hacer. Me fui demasiado pronto. Y ahora me da pena. Por eso, cuando veo a alguno de mis seres queridos que dejan algo para mejor ocasión, procuro hacerles entender que el mejor momento es “ahora”, ese “ahora” que para mí ya pasó y acabó, ese “ahora” que añoro.

*Me encantaba escribir cuentos. Siempre fui buena en las redacciones del colegio y mi profesora de Lengua me inició en eso de los concursos. Estando en primero de bachillerato, gané el segundo premio de un concurso. En la ceremonia de entrega del premio, nos pilló un periodista a mi padre y a mí y yo qué sé cuántas fotos nos sacó. Decía: «Haga usted como que le saca una foto». Y mi padre me sacaba una foto y el periodista nos sacaba otra. En el periódico del siguiente día salía una foto de grupo de todos los premiados; no sé qué haría aquel periodista con todas aquellas fotos.*

Aquí arriba tengo mucho tiempo para pensar; cuando no estoy ayudando a alguien o mirando a mis seres queridos, me dedico a recordar y a pensar. Pienso que seguiría viva si no hubiera salido de casa, si no hubiera ido a estudiar a la universidad. Pienso en la mujer que se enfadó al perder el tren; eso la salvó de perder la vida. Pienso en mi despedida ese último día: «¡Feliz día! Hasta la tarde», «Nos vemos a la hora de comer», «Volveré sobre la una y media». No le volví a ver a mi madre a la tarde, ni a mi hermano a la hora de comer, no volví a la una y media, no fue un día feliz.

Ese último día, ese once de marzo, me hubiera gustado despedirme con un abrazo, un beso y un «te quiero». De haber sabido lo que iba a pasar, que ése

iba a ser el último día, no sé lo que hubiera hecho. Me hubiera gustado volver a La Manga y bañarme por última vez en ese mar tan azul y a la vez tan transparente, ver mi último amanecer, correr por la arena, libre de preocupaciones, reír y gritar de alegría, para que mis padres se quedaran con esa imagen de mí. Me hubiera gustado disfrutar de una última comida de celebración con toda mi familia, sabiendo que sería la última para disfrutarla a fondo y, a la vez, sin ser plenamente consciente de que era la última para que ningún velo de tristeza cubriera nuestros ojos. Hubiera llamado a todos mis amigos y les hubiera dicho lo que significaba su amistad para mí. Me hubiera gustado poder decirles a todos que siempre estaré ahí a su lado. Pero no pude, no supe lo que iba a pasar, no pensaba que la última fuera a ser la última vez. No podía imaginar que el septiembre de hacía dos veranos iba a ser el último en el que pisara la arena de mi playa favorita, ni que la celebración del cumpleaños de mi cuñada iba a ser la última celebración en que comiéramos toda la familia reunida, ni que esas últimas navidades iban a ser las últimas que yo viviera. No podía imaginarme que ya no volvería a nuestra casa en el pueblo o que no terminaría el libro de intriga que me estaba leyendo y que quedó tirado en aquel vagón. No podía imaginar que la última risa, la última lágrima, el último beso, la última palabra iban a ser los últimos. Pero lo fueron.

*Segundo de bachillerato. Último día de clase antes de los exámenes de selectividad. Yo estaba en el pasillo cuando una compañera me llamó para que entrara en clase y me acompañó hasta mi sitio. Allí, sobre mi pupitre, había un par de paquetes de regalo. Los miré sorprendida. A mi alrededor, tres compañeros, dos chicas y un chico. «Por todos los apuntes que nos has dejado». Era cierto que les había dejado muchos, pero yo lo consideraba algo normal, cosa de buenos compañeros. Ellos me insistían que sin mí no hubieran aprobado. Abrí los regalos: un cuaderno con tapas y lomo de tela y un bolígrafo de Yves Saint Laurent, para escribir mis cuentos. Me emocionó mucho semejante detalle. Un par de besos a cada uno; me había quedado sin palabras. Me encontraba muy feliz por los buenos compañeros que tenía.*

Mi nombre salió en la televisión, como el de los demás; una larga lista pasada lentamente, sobreimpresionada a las imágenes del terror. Ciento noventa y dos nombres, ciento noventa y dos vidas. Así fue como se enteró mi mejor amiga.

Ella vive en Bilbao. Tenía un examen el doce de marzo y la víspera estaba estudiando en su casa por la mañana desde bien temprano. Estaba enfrascada en los sistemas subamortiguados cuando su hermano mayor se le acercó y le dijo que había habido una bomba en un tren en Madrid y que había ciento y pico muertos. Ella exclamó: «¡Ciento y pico! Eso es una barbaridad». Y recordó que en el Hipercor de Barcelona sólo habían sido veintitantos y ya le parecían muchos. Después de comer, fue a clase, pero la verja de la escuela estaba cerrada: se habían suspendido las clases en repulsa por el atentado. Al día siguiente, volvió a ir por la mañana y se encontró con un cartel: «Se suspenden los exámenes del doce de marzo». Volvió a su casa. Por la calle le pareció que todo el mundo iba triste, cabizbajo, abrumado por la realidad, le pareció que todo el mundo había

perdido algo, que todos se sentían un poco madrileños. Se sentó en el sofá y, mientras mandaba mensajes a sus compañeros diciéndoles que esa tarde no había examen, vio las noticias por primera vez, con un nudo en la garganta.

Al día siguiente, vio mi nombre, lo unimaginable, lo leyó un par de veces, tres, hasta que desapareció por la parte superior de la pantalla. Luego llamó a mi casa y, después, esa noche, lloró.

Supé todo esto después, como todo lo que pasó aquellos días.

*Era el mes de septiembre anterior a entrar en la universidad. Fui con mis padres a pasar los últimos días de vacaciones a un aparthotel de La Manga. Lo primero que hicimos cuando subimos las maletas fue dirigirnos a la puerta-ventana del salón y abrir la persiana que estaba completamente cerrada. Me quedé sin palabras y sin respiración: todo lo que había al otro lado del cristal era azul, era mar, mar y cielo. Jamás había tenido semejante vista del mar, un mar tan azul, un cielo tan azul. A la mañana siguiente madrugamos para ver un espectáculo que yo nunca había visto: un amanecer sobre el mar, el sol emergiendo del agua, el sol fragmentándose en mil reflejos en cada ola. Aquéllas fueron mis primeras vacaciones junto al mar.*

*Había acabado el primer curso de la carrera. Ya habían acabado los exámenes de junio. Todavía me quedaban por saber algunas notas, pero sólo dudaba de una. Un examen de cálculo que yo creía que había sido un desastre y que temía suspender y que nos aguara las planeadas nuevas vacaciones de septiembre en nuestra querida La Manga. Fui con mi madre a ver la nota. Allí estaba el tablón con las notas, allí estaba el número que decidiría mis vacaciones. Busqué nerviosa mi nombre y miré: un cinco. Volví a mirar: ¡un cinco! Me di la vuelta para ver a mi madre: «He aprobado». Volví por los pasillos inundada de felicidad y diciéndole a mi madre que tenía ganas de ponerme a saltar. Aquel septiembre volveríamos a La Manga, yo por última vez, sin yo saberlo.*

Al principio, lloré y sufrí, lloré y sufrí por mí y por mi familia, lloré de pena por haberme muerto, por no poder seguir viviendo y lloré también de ira al ver lo que habían hecho unos salvajes. Después, me he hecho a la idea de lo que es esta nueva vida y me gusta.

Me gusta verles en su vida diaria, trabajando, comiendo, leyendo o durmiendo. Aunque no puedo evitar un poco de pena y nostalgia cuando veo mi silla vacía, esa silla que nunca volveré a ocupar. Me gusta oírles hablar, ver sus miradas. Me gusta hablarles, aunque ellos no me oigan, porque sé que sí me sienten y que me "oyen" con el corazón. Me gusta ser su ángel de la guarda. Es lo mejor que tiene esta segunda vida.

Solía bromear con mi madre sobre el trabajo que tenía su ángel de la guarda, por lo torpe que es. Entonces no podía imaginar que ese trabajo iba a recaer en mí; pero lo hago con cariño. Es maravilloso saber que me siguen queriendo y poder seguir queriéndoles, poder estar a su lado, verles, entrar en sus sueños, hacerles ver que sigo ahí, que siempre estaré ahí. Es maravillosa esta segunda oportunidad que Dios me ha dado, aunque ellos piensen después que sólo he sido un sueño.





*Es mi cumpleaños. Los regalos me esperan en la silla, ocultos por el mantel. Después de abrirlos, la comida. Al final, la tarta. Las luces apagadas, las velas encendidas. Siempre, en ese momento, me llenaba por dentro una emoción muy honda, mientras pensaba mis deseos, deseos llenos de vida, deseos llenos de ilusión, deseos de juventud, deseos que se vieron truncados.*

Aquí arriba he conocido a mi hermanito, aquél al que nunca conocí en vida, un eterno bebé. Esto no es un mundo en el que vamos de nube en nube visitando a los demás muertos –o ángeles, como nos gusta llamarnos y como nos llaman los que nos quieren allí abajo–; pero sí conocemos y sentimos a esa persona a la que una vez quisimos y se fue o a ése al que nunca llegamos a conocer, porque se fue antes de que nosotros llegáramos, pero que nos quiere igual. Aquí todo

es cariño. Aquí nunca explotaría un tren llevándose por delante la vida de ciento noventa y dos personas.

Pues bien, yo solía pedirle a mi hermanito ayuda en los momentos difíciles. Creo que mucha gente recurre a la oración cuando se trata de pedir favores; pero también hay que acordarse de esos ángeles cuando se trata de agradecer esos favores. Yo, cuando conseguía algo que me hacía feliz, le daba las gracias en el silencio y la oscuridad de la noche, metida ya en la cama.

Sí, realmente ése era el mejor momento para pensar, pensar en lo que había hecho durante el día y lo que haría al día siguiente, lo que había pasado, lo bueno y lo malo. Y ése es ahora también el mejor momento para acercarme a los que ahora quedan abajo, para dejar que me sientan cerca, para oírles y hablarles.

Si pudiera, me gustaría decirles que los oigo, que estoy a su lado, que me hablen, que yo les estaré escuchando y que, cuando quieran mi respuesta, piensen en mí y tendrán la respuesta, la que yo les hubiera dado de estar ahí abajo, la que yo les doy estando aquí arriba. Si pudiera, les diría que me tienen dentro de ellos, que sólo tienen que prestar atención. Supongo que acabarán dándose cuenta de ello.

Mi madre está en mi habitación; la veo, la siento. Ahí está, sentada en el borde de mi cama, mirando esa planta que yo le regalé el último día de la madre que celebré junto a ella. Y la planta le devuelve la mirada, con esa flor seca, mustia, triste. Y mi madre piensa en mí. Me compara con esa flor que tiene frente a sí, una flor que se ha secado y va perdiendo uno a uno sus pétalos, una flor que no renacerá. Y mi madre llora.

Y yo desde aquí arriba intento decirle que le quiero, que siempre estaré a su lado. Pero ella no me oye, está muy lejos. Sigue mirando esa planta sin flores. Y sigue llorando. Y yo suplico a Dios que haga algo para que mi madre lo entienda, para que no sufra. Y me enfado con aquéllos que me separaron de mi familia. Y yo también lloro.

—Mamá, te quiero; estoy aquí. Os quiero.

Días después, una flor nacerá en aquella planta, una flor llena de color, llena de vida. Y mi madre, al verla, comprenderá.

*A todas las víctimas inocentes y a sus familias.*

# EL SECUESTRO DE LA MEMORIA

Laura Perelló Mateo

Ilustración: Pedro Martínez Bragado

Una larga hoja de metal frío atraviesa mi cuerpo y me roba el aliento, siento que se me escapa el alma injustamente. Será un instante de dolor y todo habrá terminado. Pero a mi me parece una eternidad. Quien empuña la espada ceremonial, ahora teñida de carmesí, fue mi amigo en otro tiempo.

El cómo he llegado a esta odiosa situación es algo que ya no merece la pena plantearse. He visto cómo se sacrificaban personas a los dioses en numerosas ocasiones y he participado en estos ritos sanguinarios, tan naturales en mi civilización como natural es que el lobo se coma al cervatillo. Se nos dice que la mala conducta de un ser humano ha de ser reparada ofreciendo su vida y su sangre a los dioses para que ellos se hagan cargo del desdichado en el más allá y para liberar la tierra de conflictos innecesarios.

Soy sacerdote y me llamo Darka. Creo que mis problemas llegaron con el extraño impulso de quien espera algo más de la vida que la simple versión oficial y totalmente dogmática de cómo funciona el mundo. Éste es el hecho de que se me considere un delincuente. Y como sacerdote, un hereje.

Cuando Samyaza, mi señor, tomó por la fuerza de las armas las fértiles y ricas tierras del Norte, yo viajaba con la expedición junto con otros miembros destacados del sacerdocio del mismo templo al que yo pertenecía, tal y como era costumbre en las campañas bélicas. La contienda fue dura y cruel, pero mi señor Samyaza apenas tuvo bajas y se hizo rápidamente con el control de casi todo el territorio.

Existía la leyenda de que las antiguas divinidades de los nativos, ahora sometidos, habían construido un singular monumento, en cuyo estudio debía yo embarcarme inmediatamente, por orden del clero del Templo, y presentar un informe detallado ante los sacerdotes supremos. No era un procedimiento anormal, el clero siempre había sido el administrador del conocimiento fuera del tipo que fuese, y si acompañaba al ejército era porque estaba compuesto por sabios duchos en diversas materias, muy útiles a la hora de aconsejar al caudillo en acciones estratégicas y políticas. Todo el mundo sabía que, en estas circunstancias, quien detentaba el poder en la sombra eran estos sabios religiosos,

y no mi señor Samyaza. Puesto que la búsqueda no estaba exenta de peligros, éste puso a mi disposición cinco decurias -cincuenta hombres-. En aquel momento podía haber núcleos de resistencia en diversos puntos del territorio y, aunque sus fuerzas estarían muy mermadas, no dejarían de constituir un peligro para un joven sacerdote que anduviera solo y sin protección como podía ser mi caso.

Aquel día, cuando el sol del alba acarició las montañas y, refulgiendo de fuego, anunció un nuevo amanecer, yo ya tenía mi caballo dispuesto y mis escasos enseres preparados para partir. Los decuriones me miraban con respeto, si bien se notaba que aquella excursión les molestaba por considerarla una pérdida de tiempo. Habida cuenta de que mi señor Samyaza les había impuesto la "deplorable" tarea de acompañarme, tenía que andarme con cuidado de que no olvidaran mi condición de religioso para que no se levantara ninguna animadversión hacia mi persona. He de decir a mi favor que soy hombre de naturaleza afable, bastante alegre, y que me gusta enormemente el trato con los demás. Hubiera detestado las solemnidades en un contexto que podía ser en cierto modo informal, de no ser porque así me distanciaba de aquellos rudos soldados, en su mayoría ignorantes y sin escrúpulos, y casi siempre caminando en el borde que separa la creencia incondicional del dogma establecido de la irreverencia... Sí, desconfiaba bastante de la actitud disconforme que manifestaba mi numerosa escolta.

Caminamos varias jornadas con el firmamento nocturno como guía. Yo interpretaba las señales de las estrellas y establecía la ruta que debíamos tomar sin perdernos. Sabía exactamente hacia dónde debíamos dirigirnos, pues interrogué a los indígenas en su mismo idioma acerca del monumento. Ellos indicaban el camino con recelo, incluso con temor. A veces nos veían llegar a los poblados y las mujeres salían corriendo con sus hijos en brazos como protegiéndolos del demonio. Algunos hombres echaban a correr tras sus mujeres, otros trataban de enfrentarse a nosotros con voz trémula. Logré contener a los soldados víctimas de su hambre de saqueo y las provisiones las obteníamos mediante un justo trueque.

Atravesamos tierras yermas, que contrastaban enormemente con las que dejábamos atrás. Era un auténtico desierto de vida, la señal de que estábamos próximos a uno de esos terribles territorios que hay repartidos por todas las partes del mundo conocido, donde habitan los llamados monstruos, de los que se dice tienen aspecto engañosamente humano sin serlo. Se dice que algunos tienen dos cabezas y otros tres manos. Se dice que nacen niños con los pies palmeados como los de las ocas y que algunas mujeres tienen la piel azulada. Se dice que los animales se hibridan unas especies con otras dando lugar a extrañas aberraciones, y que de los huevos de las gallinas, aparentemente normales, salen sustancias oscuras y viscosas de olores putrefactos. Tales son las cosas que se cuentan, razón por la cual atravesábamos aquellas inhóspitas regiones con mucho temor a encontrarnos con una de aquellas criaturas espantosas. Apresurándonos y sin tomar descanso ni para abreviar a los caballos, salimos de los desagradables parajes sin contratiempo alguno para llegar, por fin, a nuestro objetivo.

Se divisaba desde una distancia considerable. Un enorme obelisco de hierro se elevaba viejo y orgulloso hacia el cielo, testigo de un glorioso pasado, ahora marchito y olvidado, en el que las divinidades ponían y disponían a su antojo los destinos de la Tierra. En los alrededores, ruinas de ciudades abandonadas y semienterradas desde hacía miles de años, daban al lugar un aspecto sombrío donde reinaba una insólita sensación de soledad. A los pies del obelisco pude comprobar la grandiosidad del monumento y comprender porqué era tan venerado por los indígenas. Rodeé la base numerosas veces en las jornadas que allí permanecimos acampados. Esta era enormemente ancha, pero se iba estrechando conforme subía hasta rozar con la punta el vuelo de los pájaros.

Lo estudié, hice cálculos y mediciones anotando todo cuanto me parecía digno de interés en mis tablillas de cera. Encontré una pequeña placa de metal alojada al obelisco con una inscripción que no fui capaz de entender y que transcribí letra a letra para analizar con más detenimiento al regreso. Varios días más tarde levantamos el campamento e iniciamos la marcha de vuelta.

Tres días con sus noches habían pasado, cuando el rumbo de nuestra suerte decidió cambiar de forma brutal e inesperada: caímos en una emboscada al atravesar las tierras yermas. Aquella era una región poco controlada por mi señor Samyaza y durante las anteriores semanas había habido un repliegue de tropas -o de lo que quedaba de ellas-. Así pues, al reconocer al enemigo y viendo el reducido grupo de soldados que atravesaba el desierto, se decidieron a atacar buscando con ello dar un mensaje de advertencia al invasor y minar con ello su tranquilidad. Cayeron sobre nosotros, saliendo de detrás de rocas y montañas, como una banda de bestias sedientas de venganza y muerte. Golpearon con furia animal. Nos superaban en un número de diez a uno. Creo que traté de huir. Nunca fui valiente para estas situaciones... Y menos si no iba armado, como mínimo, para intentar defender mi vida como los demás hacían.

Todos murieron. Menos yo -que como es harto sabido, ya tendría mi particular turno en otras circunstancias-. Durante la refriega, que había sido horriblemente fugaz, noté cómo trataban de no herirme. Más tarde descubrí que mi aspecto innegable de sacerdote y de mediador entre las divinidades de mi pueblo los amedrentaba. Era una especie de temor que los paraba a la hora de tentar a la terrible fama de los todopoderosos dioses del invasor... Y ese recelo supersticioso sólo lo desperté yo. Les vi discutir. Como no se decidían a dejarme en libertad, ni a quitarme la vida, optaron por una alternativa intermedia: me ataron, me amordazaron y, encaramado a un caballo, me acompañaron al territorio de los monstruos.

Luchaba por agarrarme a mi montura y no caerme, pero eso a los soldados les traía sin cuidado. Los tres voluntarios que me conducían a través del desierto estaban decididos a deshacerse de mí lo más rápido posible, y arreaban a sus caballos con desazón, haciendo lo propio con el mío. Debieron transcurrir unas horas hasta que llegamos al terraplén por el que me tiraron sin miramientos. Rodé golpeándome y raspándome con las piedras sin poder detenerme por permanecer atado de pies y manos. Antes de llegar abajo, la luz se hizo oscuridad

para mí. No sé cuánto tiempo permanecí sin sentido. Lo que sí sé, es que cuando desperté tuve cuanto menos que gritar.

Un gran ojo marrón me miraba expectante, muy próximo a mi cara. De un salto me incorporé y alejé mi cuerpo magullado -y misteriosamente libre de ataduras- de aquello. Pronto me di cuenta de que aquel ojo marrón iba acompañado a su izquierda de otro ojo de color gris, este último carecía de pupila. Ambos estaban enmarcados en un rostro algo arrugado, donde también había una nariz ganchuda y unos labios muy finos. El individuo dueño de aquellos rasgos faciales era pequeño, ligeramente jorobado, vestía harapos y carecía de cabello en su redonda y brillante cabeza.

Nos observamos unos instantes en silencio estudiándonos, el monstruo con curiosidad, yo con terror.

—¿Señor, os encontráis bien? —me sorprendió preguntándome en el idioma de los nativos, aunque con un extraño acento. Tardé en reaccionar, pero al final contesté afirmativamente moviendo la cabeza de arriba a abajo. Su tono pacífico me tranquilizó un poco, aunque no bajé la guardia.

Entonces, el individuo, se dio la vuelta y se perdió tras unas rocas, sin más.

Empecé a pensar en cómo salir de allí y miré hacia arriba, la pendiente por donde me habían arrojado...Pero no pensé mucho tiempo. Aquel día todo estaba sucediendo muy rápido. Como recién materializado en el aire, el individuo de ojos asimétricos volvió a aparecer junto con otros dos más: un hombre de aspecto normal y una mujer de piel azulada, como la aparición de un ser legendario. Di un brinco del susto. Sin embargo, permanecí donde estaba, aguardando a aquellos seres que se acercaban con curiosidad... La misma que yo sentía por ellos. Sólo cuando estuvieron lo suficientemente cerca y yo lo suficientemente tranquilo para reflexionar, empecé a comprender lo que nadie había querido comprender en mucho tiempo. El supuesto hombre que traía con él el individuo de los ojos asimétricos, podía pasar por un ser humano apuesto de no ser por su lamentable aspecto harapiento. De una muñeca le nacía, además de su mano normal, tres dedos más. La fémina no tenía la piel azulada, sino que su dermis transparentaba las venillas de ese tono que corrían por debajo, a lo largo y ancho de todo su cuerpo. Como sacerdote y científico que soy, sentí vergüenza ante mi propio temor y me maldije por mi irracionalidad: aquellos seres no eran monstruos, sino personas enfermas.

Aparentemente, ellos también sacaron sus propias conclusiones acerca de mí, y como las señales que parecen delatar a un sacerdote son básicamente universales en el mundo conocido -túnica blanca, cabeza rapada, entre otras cosas-, reconocieron mi condición y se empecinaron en mostrarme algo. Deduje que nadie ajeno a ese mundo marginado lo habría visto antes, así que, seguro de mi mismo, no dudé en acompañarlos.

Eran una comunidad, según me informaron. Vivían en los agujeros de las formaciones rocosas, aunque yo no logré ver a ninguno más de los mal llamados monstruos. Me contaron que habían creado huertos transportando abundante agua del oeste, huertos que tampoco pude ver. Hacía generaciones que no

intentaban establecerse fuera de aquel enclave, pues las tierras fértiles estaban ya ocupadas y nunca eran bien recibidos debido a su terrible apariencia. Dentro de los huertos comunitarios había algunos donde los alimentos crecían más grandes de lo normal, pero había otros menos apreciados, donde el producto de los cultivos, a pesar de tener un aspecto enormemente saludable, resultaba incomedible por tener un desagradable sabor.

Me condujeron a una cueva diciéndome que yo debía intervenir por ellos ante los dioses (¿Para qué iba a estar allí, si no?)... Entré sin ningún tipo de ceremonias, seguido por la mujer mientras los otros dos permanecían en la entrada. Al parecer, esta especie de gruta sagrada, sólo era accesible a determinadas personas, a razón de un criterio que no logré discernir. La mujer me señaló una especie de altar y yo me acerqué para ver mejor lo que había depositado sobre él.

"El dios", me dijo en su idioma. Permanecí unos instantes observando pensativo a la luz de las antorchas que hacían danzar las fantasmagóricas formas de las sombras. Debí pensar que estaba orando, pero no era así. Me volví hacia ella y le pedí que me hablara de sus tradiciones locales, que yo intuía muy semejantes a las de mi pueblo. "Murió en la gran batalla, pero se vio su alma ascender a los cielos", fue lo primero que dijo. Me contó que hubo una gran guerra entre los dioses, cosa que no me vino de nuevo. Allí mismo se desarrolló uno de los episodios más decisivos: " Se elevó una columna de humo y llamas deslumbrantes, con la fuerza de diez mil soles en todo su esplendor. Era un arma desconocida, un trueno de hierro, un gigantesco mensajero de la muerte que redujo a cenizas a la totalidad de la raza enemiga. Los cuerpos quedaron irreconocibles, sus cabellos y uñas se caían, la loza se rompía espontáneamente y el plumaje de las aves se volvió blanco. Después de unas cuantas horas, todos los alimentos quedaron contaminados. Para poder escapar de ese fuego, los soldados se arrojaron a los ríos para lavar su equipaje y lavarse ellos mismos..."

Miré de nuevo el altar. Sobre él yacía un cuerpo semimomificado, vestido con un arcaico atuendo de guerra. Sobre el pecho un estandarte con unas primitivas letras... En mi tierra, en el Templo, teníamos un cuerpo igual. Yo lo sabía por las descripciones, no por haberlo visto personalmente, pues su contemplación quedaba vedada a los sacerdotes de bajo rango como yo. Su descripción siempre era idílica, y jamás se me habría ocurrido pensar que podía ser una persona como cualquier otra, muerta mucho tiempo atrás. Hasta que ver la antigua vestimenta guerrera me abrió los ojos.

Decidí que debía abandonar aquella tierra inmediatamente y marchar de vuelta al lugar donde se habían establecido temporalmente mi señor Samyaza y su séquito. Los habitantes de aquel territorio enfermo me proporcionaron un caballo que carecía de cabello en sus crines y yo les prometí que intervendría ante las divinidades a su favor, para que encontraran un territorio digno donde habitar con sus familias. Se despidieron de mí alegremente agitando las manos mientras yo buscaba el paso más sencillo que me habían indicado para salir de allí. Orientándome con el Astro Rey, hallé el camino de regreso y no tardé en

toparme con los cadáveres abandonados de las cinco decurias que me habían acompañado en mi viaje al obelisco de hierro. Los buitres tenían ya un avanzado trabajo. Aquellos infelices nunca obtendrían unos funerales como ordena el rito y sus almas vagarían eternamente entre este mundo y el otro. Encontré mis enseres desperdigados por el campo de batalla y me apresuré a recogerlos para salir de las tierras yermas cuanto antes. Para mí era sumamente importante no perder las tablas de cera donde tenía mis observaciones matemáticas, astronómicas, religiosas e históricas del antiguo y extraño monumento.

Sin concederle descanso a mi montura, alcancé de nuevo las tierras húmedas y fértiles, donde conseguí un caballo de refresco y proseguí mi camino. Había pasado casi un mes desde mi partida cuando llegué al asentamiento de mi señor Samyaza, quien se alegró mucho de verme de vuelta, aunque le entristeció la pérdida de algunos de sus mejores decuriones.

Fui a buscar urgentemente al sacerdote supremo Nomhe, mi mentor y superior, y le entregué las tablillas de cera con mi informe sobre el monumento. Le relaté todo lo que había visto y oído mientras este me escuchaba con atención. Después, me despidió sin más, aun sabiendo que yo esperaba una explicación a mis inquietudes religiosas. Días más tarde, cuando me enteré de que mi mentor Nomhe había dado la orden a mi señor Samyaza -él prefería llamarlo consejo, de que destruyera el obelisco de hierro y de que arrasara la comunidad de los monstruos donde yo había estado, marché de nuevo a dialogar con él, pues esta noticia me afligía y disgustaba de sobremanera. No me dejó hablar.

-Estás de enhorabuena, -me dijo nada más verme- ahora eres sacerdote supremo."

Yo me quedé sin palabras. Iba dispuesto a preguntar miles de cosas, a argumentar miles de razones para la no destrucción del gran obelisco de hierro y de los seres de las tierras yermas. Ahora, en lugar de alegrarme por el ascenso, quise saber a qué se debía. Me explicó que durante mi aventura había descubierto por mí mismo la verdadera naturaleza de los dioses. Una naturaleza plenamente humana, pensé yo. Procedió a darme las razones de su decisión con la comunidad de los monstruos y con el gran obelisco de hierro sin que yo tuviera que interrogarle sobre el tema. Debió considerar que ahora que yo era de su mismo rango, podía compartir conmigo estas delicadas cuestiones. Según él, eran dos cosas que proporcionaban demasiada información sobre el pasado.

—Debemos evitar que ocurra de nuevo, ése es nuestro verdadero cometido.

Quedé consternado, confuso. Yo estaba en total desacuerdo con aquella idea falaz. Sabía porque me lo habían contado, que se había procedido en otras ocasiones de manera semejante con algunas ruinas, pero no habría imaginado jamás que se debía a aquellos motivos. Siempre había pensado que cualquier clase de conocimiento podía resultarle útil a cualquiera.

Acabé por convencerme de que la decisión de Nomhe era lo mejor para todos. En cuanto empezaron a dejarme manipular y leer los archivos del Templo más a menudo, comencé a intuir la importancia de mantener ciertas cosas en secreto... Fue entonces cuando las primeras sospechas se hicieron terriblemente



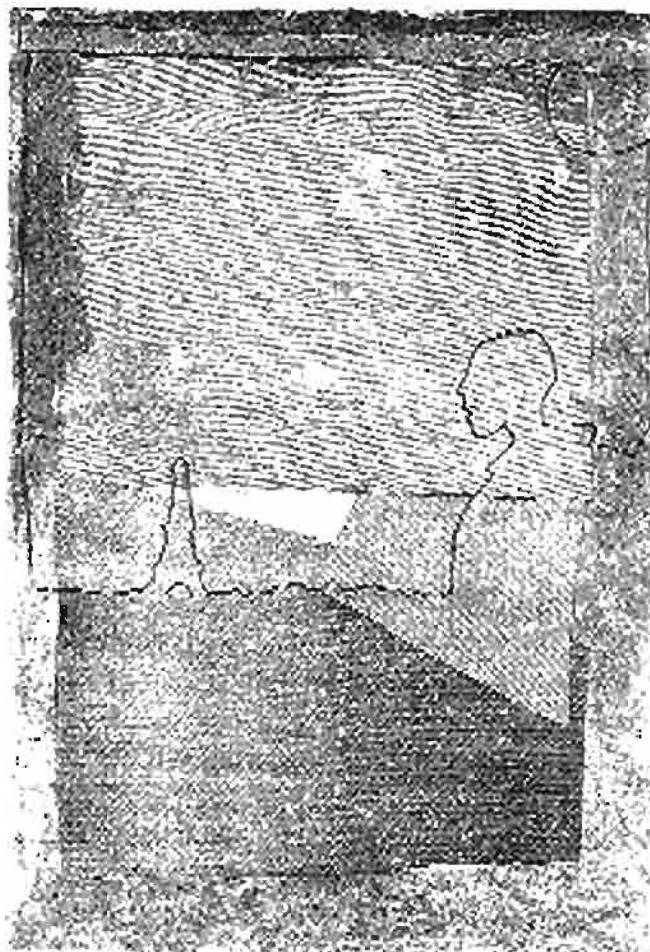
evidentes: aquellos "secretos" eran fundamentales para que el clero mantuviera su posición privilegiada respecto al poder.

Nunca fui colérico, pero en aquellos tiempos, estaba empezando a nacer en mi interior una rabia casi visceral que crecía con el paso de las semanas y los meses. Me corroía la conciencia y me empujaba a moverme en una única dirección. Todo aquel desasosiego, se proyectó finalmente en una disparatada iniciativa: empecé a escribir todo lo que sabía acerca de los "dioses" del pasado y me sorprendí haciendo un largo tratado de Historia con toda la información que poseía el clero del Templo. Tenía la secreta y casi inconsciente esperanza de que cayera en manos de alguien mínimamente inteligente que no fuera sacerdote.

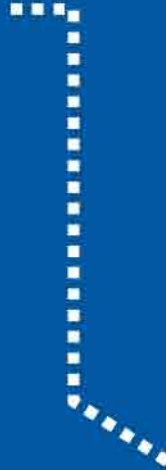
Así, dos inviernos más tarde –después de un arduo trabajo de recopilación y análisis detallado de antiguos textos–, dejaba una copia furtivamente en los aposentos de mi señor Samyaza, a quien había estado enseñando a leer durante todo aquel tiempo casi como si se tratara de un juego inocente, sin que él sospechara mis ocultos anhelos y a espaldas del resto del clero...

Parece claro que algo falló en mi ingenuo y utópico plan. Me quedaría toda la eternidad con la duda de quien podría haberse dado cuenta de mi maniobra de extracción de información fuera del Templo. Tampoco sabría nunca si mi señor Samyaza habría conservado mis escritos o si se los habrían arrebatado. Lo que sí es cierto, es que él no me denunció, ya que intentó por todos los medios evitarme lo que se me venía encima, pero el sacerdote supremo Nomhe logró achantarlo con gran cantidad de supercherías que harían temblar al más bravo guerrero que desconociera la podredumbre que habita las entrañas del clero. Y mi señor Samyaza no podía ser aún consciente de ello, porque no podía haber tenido tiempo para leer mucho. Esos codiciosos devoradores del pasado sólo querían ejercer el dominio de todo y de todos en su beneficio infundiendo terror a una sociedad ignorante. Únicos custodios del saber, manipuladores de la información y, por lo tanto dominadores absolutos. La excusa de evitar que los errores cometidos por otros se repitieran, era un engaño más, pues... ¿qué es un pueblo sin recuerdos, sino un pueblo vacío, sin presente y sin futuro?, ¿qué es el conocimiento de un error, sino el ejemplo que se debe evitar? La Humanidad se está condenando a repetir su Historia una y otra vez... ¿Encontraría alguien algún día la segunda copia que oculté de las garras de los secuestradores de la Memoria? Nunca lo sabría.

Ahora, a la luz plateada de Madre Selena, que brilla majestuosa en el firmamento nocturno, y con los rezos de fondo que oigo pero no escucho, me doblego de dolor. Nomhe, sin vacilar, me ha enterrado una espada en el pecho que me impide respirar, tanto menos gritar. Mi conciencia se cubre de sombras y, quien sabe por qué razón, me vienen a la mente, débil y confusa, las últimas palabras que escribí en ese tratado que me llevó hasta aquí: las letras que transcribí del grabado en el gran obelisco de hierro, A. G. EIFFEL, 1889, y las letras que marcan el atuendo de numerosos restos de guerreros a lo largo y ancho del mundo, USA MILITARY.



**NOTA:** La descripción que la mujer de la comunidad de los "monstruos" le hace de la "gran guerra" al sacerdote Darka, está extraída del Mahabharata, textos hindúes religiosos, cuya antigüedad de miles de años contrasta fuertemente con la semejanza que demuestran a lo que podría ser la descripción de los efectos de una explosión nuclear en la actualidad.



## IV CERTAMEN (2005)

### Modalidad A (12 a 15 años)

PRIMER PREMIO:

*"TANGO"*. Carlos Baragaño González.

SEGUNDO PREMIO:

*"KANIBE TUHI-YONG Y EL LEON"*. M<sup>a</sup> Rosa Espallardo Nicolás.

ACCÉSIT:

*"LAS ALAS DEL HOMBRE"*. Triana M<sup>a</sup> Rubio Conesa.

### Modalidad B (17 a 19 años)

PRIMER PREMIO:

*"MAS ALLÁ DEL MAR"*. M<sup>a</sup> Inmaculada Ordoñez Marvizón.

SEGUNDO PREMIO:

*"CASO EN LA CASA BLANCA"*. Jaime Jesús Castro Moreno.

ACCÉSIT:

*"POR AMOR"*. Sergio Pellicer Vallés

### Modalidad C (20 a 23 años)

PRIMER Y SEGUNDO PREMIO EX AEQUO:

*"DEJÁ VU"*. Eric Fernández Luna Martínez.

*"SIN AIRE"*. Lorena Escudero Sánchez.

ACCÉSIT:

*"TIEMPOS MODERNOS"*. Pablo Escudero Abenza.

— |

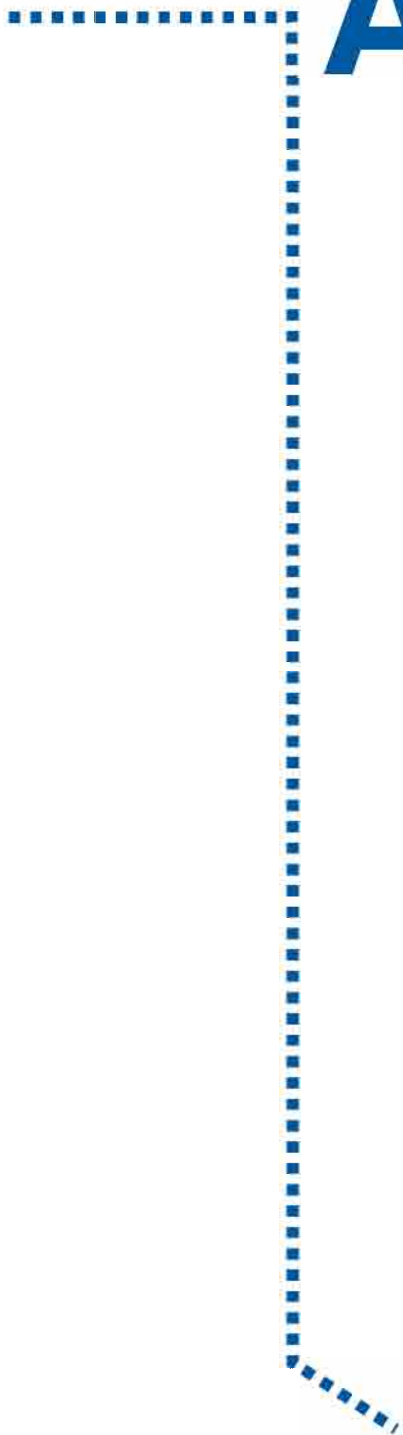
| —

— |

| —

**MODALIDAD**

**A**



— |

| —

— |

| —

# TANGO

Carlos Baragaño González

Ilustración: Francisco Vivo González

¡Hundida en el fondo del abismo, entumecida tras una eternidad enjaulada, aislada de aquellos que no toleran entre sí la presencia de un ser como yo, el recuadro de fría luz halógena que llega de fuera, del corredor azulejado en blanco, ilumina, a través del cristal enrejado tras el que os encontráis vosotras, mi pupila brillante, semioculta por esta melena canosa que se ha vuelto grasa tras años sin ser cuidada adecuadamente. Sabéis que os estoy mirando. Lo percibo, percibo esa primera incomodidad, esa creciente inseguridad, ese eventual miedo, esa permanente obsesión que hace que se os erice el vello mal depilado de los brazos. Ya está, estáis pensando. Ya vuelve a empezar. La loca ya empieza a mirarnos.

No soy más que una niña traviesa a la que han castigado sin recreo, os lo juro. No es nada personal. Mi única intención es aliviar mi propia mortificación mortificando a quienes me mortifican. Cualquier par de jóvenes torpes vestidas con bata blanca que tuvieran que pasar la noche de guardia al otro lado de la puerta de seguridad que os separa de esta celda de paredes acolchadas que yo he transformado en mi tela de araña habría sido el blanco de mis dardos, o, quizás, continuando el símil de la colegiala castigada, mis avioncitos de papel. Me divierto viéndoos así. Porque me tenéis miedo. Tenéis miedo de que vuelva a hacer alguna de las extravagancias que me han hecho llegar hasta la zona más aislada de este manicomio, como la de aquella noche, ¿recordáis, chicas? Vosotras adormiladas, respirando acompasadamente -estoy segura de que os han programado para dormiros en el mismo momento-, a altas horas de la madrugada, y, de repente, os despierta el ruido sordo de mi cara estrellándose contra el cristal de la puerta, y comienzo a sangrar, y vosotras murmurando, o chillando, o ambas cosas, que joder con la vieja loca que ya vuelve a intentar suicidarse. Y todo puesto patas arriba por mi culpa, esos atractivos enfermeros y esos repelentes doctores abalanzándose sobre mí como si fuera una orgía, y yo, dispuesta a animarlo todo más, retorciéndome en el suelo como una serpiente, y vosotras temblando como flanes. ¿Suicidarme? ¡Qué va! Nenas, despertad. Es

cierto que me dolió algo el arreglo de mi nariz, rota por el golpe. Pero mi convalecencia estuvo animada por el recuerdo permanente de esa noche. Y entretener mi mente con un recuerdo es entretenerme a mí misma. Porque estoy encerrada en el manicomio, el lugar donde nos lo quitan todo salvo nuestra mente. Y sólo cuando han conseguido eliminárnosla nos dejan salir.

Yo pasaré aquí muchos años, muchas vidas. No tengo ninguna prisa. Mi única ocupación es maquinar nuevas diversiones -¡sólo soy la niña recién llegada a clase que pretende jugar con amigas nuevas!- y recordar. Porque tengo los recuerdos suficientes como para no necesitar otros nuevos hasta el final de mis días. Y, mientras recuerde algo de mi vida pasada, ninguno de esos viejos de bata blanca considerará que mi peligrosa esquizofrenia ha sido curada. Como le dicen a mi estúpida nieta cuando viene de vez en cuando para saber cómo estoy -si viva o si muerta-, "su abuela probablemente no salga nunca de entre estas paredes". De entre estas cuatro putas paredes cubiertas de raído acolchado en las que ella misma, o su madre, o su abuelo, me encerró hace mucho tiempo.

Chicas, sigo hablando con vosotras. Con vosotras dos, que ahora miráis, disimulando bastante mal, por cierto -y podéis considerarme una experta en materia de actuación, así que tened muy en cuenta mi veredicto-, y os preguntáis qué puede estar haciendo la vieja loca escribiendo tan concentrada. Miráis, intentáis indagar pensando que no me doy cuenta hasta que, de nuevo, mi ojo izquierdo, que sigue fijo en vosotras tras la cortina de melena canosa, brilla. Entonces os retiráis avergonzadas, confusas, como si os hubiera descubierto... ¿con qué me sugerís que os compare esta vez, venga? Ah, sí. Como si os hubiera descubierto en el cuarto de baño jugando con un vibrador. Tranquilas: no se lo diré a nadie. Igual que no diré que una de vosotras -no os distingo muy bien, perdonadme, queridas: las dos tan muertas, tan secas, tan frías- perdió los nervios de un modo preocupante para su integridad psicológica el primer día que me entregaron estas cuartillas y esta pluma y yo me clavé la pluma en el dedo para escribir mi nombre con sangre. Me lo retirasteis todo y estuve varios días enfadada con vosotras, sin diseñar ningún juego con el que poder divertirnos en las largas noches de vigilia. Es más, no di señales de vida, y, pese a que todos los médicos aseguraban que me encontraba perfectamente, vosotras estabais aterrorizadas y no os atrevíais a bajar la guardia porque intuíais que, en el momento en el que os relajaseis, yo volvería a amedrentaros. Pero no lo hice, y eso os asustó todavía más. Hasta que una buena madrugada os desperté -Dios mío, si hasta gritasteis al verme pese a mis pacíficos modales- y os pedí con voz débil que me devolvierais las cuartillas y la pluma. Desde entonces, sólo interrumpo mi escritura para tomar mi medicación y la comida que sois capaces de hacerme tragar. He hecho dibujos, he descrito a las otras internas, os he retratado desde todos vuestros ángulos e incluso habéis sido privilegiadas musas a la hora de inspirarme una deliciosa serie de grabados pornográficos lésbicos que todavía no he dejado al alcance de vuestra vista pero que, sin duda, os dará más de una buena idea. Que yo de esto entiendo.

Y no he cantado. No he cantado ni tarareado nada, y eso os empieza a preocupar. Añoráis verme levantarme del camastro para cantar o ensayar pasos



de baile. Añoráis que recupere la normalidad de mi locura. Y esto que escribo os intriga. ¿Por qué? Porque, después de tantos años, ya os habíais acostumbrado al tango.

*Los dos focos, grandes y potentes, que están encendidos en el escenario del cabaret esa noche, giran desde las alturas para iluminar el mismo punto. El telón de decolorado terciopelo rojo se abre mientras, sobre las inquietantes notas del piano, un chirriante violín traza, firme pero quebrado, el primer y largo acorde de la pieza. Se oyen suaves aplausos del público, oculto tras la cortina de humo de sus cigarrillos. Los hombres observan en silencio, las mujeres todavía cuchichean entre sí un rato antes de mirar hacia el escenario.*

*Hay un hombre y una mujer. Él, auténtico compadrito, lleva largas patillas, elegante bigote, la camisa algo abierta sobre el pecho y ceñidos pantalones. Entre sus brazos aprisiona, como vampiro dispuesto a morder a su víctima, a una mujer. Una mujer morena, hermosa bajo la capa de maquillaje que el sudor provocado por los intensos focos no consigue deshacer, y que resalta sus ojos negros y sus labios carnosos. El hombre, colocado detrás de ella, agarra violenta e impudicamente sus senos, grandes, firmes, desbordándose sobre el escote del vestido de charleston negro con lentejuelas. Vestido cuyos flecos no consiguen ocultar ni una mínima parte de los muslos desnudos surcados por los ligeros hasta las medias negras que enfundan las piernas. La forzada posición de la mujer, que se sostiene en un equilibrio casi irreal sobre sus zapatos de altísimo tacón, descubre, entre el muslo y el vestido, una diminuta porción de pelvis que basta para acaparar la atención de todos los hombres de la sala. Pese a la cuidadosa preparación de la bailarina para que esa pose permita mostrar lo que está mostrando, a ellos les gusta creer que están viendo algo excepcional, sienten el placer de un voyeur al pensar que ella ignora lo que atrae sus miradas de esa forma.*

*Entonces, el tango rompe. Varios violines marcan rotundamente el primer golpe, y de nuevo el solista se eleva lírico antes de que sus compañeros vuelvan a insistir, a desgarrar, a destrozar su vertiginosa ascensión con otra intensa descarga. Los bailarines se han separado, perfectamente coordinados, y giran, uno en torno al otro, como dos fieras acosándose mutuamente, los ojos brillantes, intentando calcular. Intentando calcular la reacción del contrario. La melodía sigue, y, con el siguiente golpe de violines, ellos se vuelven a abrazar, a clavarse el uno en el otro, a poseerse durante ese segundo infinito. El coro de violines lleva ahora la voz cantante con golpes repetidos, uno, otro, otro, otro, y el bailarín arrastra a su bailarina sobre el escenario, un golpe de zapato, otro golpe, otro golpe, mientras ella finge rebelarse, salvaje, y finge miedo, y finge agonía. El hombre se detiene un momento, el violín solista vuelve y la bailarina se desliza sensualmente, acariciándose, hasta conseguir escapar de los brazos del hombre. Intenta huir, pero con el nuevo golpe de violines él le retuerce el brazo agarrándola violentamente por la muñeca. Muñecas enrojecidas por culpa de ese mismo hombre cuando, minutos antes del comienzo de la actuación, se las sujetó con fuerza, apretándolas contra el espejo de su camerino, mientras le hacía el amor brutalmente, ella sentada sobre su tocador, con brochas y sombras*

*de ojos y pintalabios varios clavándosele en los muslos, y olvidándose completamente de su marido, que en esos momentos esperaba pacientemente la cola a la entrada del cabaret.*

*Sujeta por la muñeca, ella se rinde momentáneamente. El hombre la tumba, seguro de sí mismo, entre sus brazos, hasta dejarla formando un ángulo de treinta grados con el suelo. Los espectadores aguzan la vista, maravillados. La bailarina, prolongando la inclinación, deja caer su cabeza hacia atrás, mientras él hunde su mano en su muslo, que ella flexiona hasta límites increíbles. Tras un instante que parece pacífico, con el nuevo golpe de violines él, que ya la domina, la hace girar sobre sí misma con un fuerte impulso y ella se sostiene un instante así, tumbada, ingravida, girando a toda velocidad, mientras el público cree para sus adentros que él no podrá recogerla antes de que se caiga. Pero él lo hace, la sostiene por el torso y ella se desliza hasta el suelo abriendo las piernas en un prodigio de elasticidad.*

*La actuación llega a un punto muerto cuando ni el hombre ni la mujer reaccionan. Los violines se han callado. Flotan en el aire, temblorosas, las notas del piano. Él se agacha hasta situarse a su altura, y entonces la orquesta estalla a la vez que ella se gira, lo empuja y lo tumba sobre el suelo, para a continuación sentarse a horcajadas sobre él. Pese a que la música está alcanzando su momento más violento, el hombre sigue estático en el suelo mientras la mujer, dominadora, eleva sus brazos entrelazados a lo alto en un retorcido movimiento y los baja para sacarse un clavel reventón rojo del escote que nadie había visto pese a las amplias perspectivas del mismo. La música parece interrumpirse un momento, la bailarina se deja caer hacia atrás (ahora los dos apoyan su espalda en el suelo, forman una perfecta simetría) y, súbitamente el hombre se incorpora, se pone en pie de un salto, de un movimiento, ella intenta proteger el clavel, que antes se veía tan intenso y ahora tan frágil, y descuida su propia protección, el hombre la agarra, la empuja, la vapulea, la hace girar sobre sí misma como si pretendiese acabar con ella, esparciendo pétalos rojos violentamente arrancados a su alrededor. La mujer, hace unos momentos tan segura de sí misma, le mira con ojos suplicantes; él no cede, y entonces, los violines, que siguen in crescendo, llegan al clímax, y ella profiere un salvaje grito de rabia y le muerde en el cuello. Es el momento en el que termina la música, se cierra el telón, se apagan los focos y ella arroja al suelo el tallo marchito y deshojado del clavel.*

Cuando estás loco, nadie te escucha. Pese a que tu cordura o sensatez sean mayores que las suyas, todo atisbo de lucidez es interpretado como un grado de locura más peligroso. Sí, nenas. Cuando estás tan cuerda como yo, es que estás más loca que cualquiera. Buenos días, doctor, hoy me siento cuerda. De verdad, se lo juro, no sufro alucinaciones, no experimento ningún tipo de paranoia, no me creo Napoleón ni pienso que voy a ser abducida por un ser extraterrestre. ¿De verdad? Cuénteme, señora. Pues verá, doctor, poco a poco mis fantasías se han desvanecido, he comprendido que todo aquello que he dicho en otras sesiones —yo no lo recuerdo, pero usted lo tiene todo apuntado ahí, ¿verdad, doctor?, con esa letra ilegible porque tiene miedo de que nuestra astucia

de locos nos lleve a hallar el modo de entrar en este despacho cuando usted no está y descubrir su cuaderno— era fruto de mi imaginación, sí, de esa otra yo extraña que tenía aquí dentro machacándome el cerebro. Abjuro firmemente de todo lo que he dicho y hecho. Ya está. Ya he dicho la gran frase. ¿Puedo ir haciendo las maletas para irme a casa, doctor? Entonces el doctor sonríe pacientemente, mueve la cabeza, me mira por encima de sus gafas y me dice que todavía tiene que tenerme un tiempo en observación, para estar totalmente seguro de que mi recuperación es definitiva.

Han pasado muchos doctores por el manicomio -sí, queridas, trabajáis en el loquero, en este antro de mierda, en el m-a-n-i-c-o-m-i-o, no en la institución de descanso para enfermos mentales, que suena mucho más elegante y es lo que os gusta decir, con vuestra cara de putillas transformada en la de dos hermanitas de la Caridad, cuando conocéis a alguien, como si hablaseis de un centro de recreo y ocio para jubilados- y todos me han prometido dejarme salir tras un breve período de observación. Me temo que ese breve período dura desde antes de que vosotras nacierais hasta el momento presente, y que cada vez estoy más lejos de la puerta de salida, más alejada del mundo en celdas de aislamiento que parecen cámaras acorazadas, que impiden que mis gritos se oigan en la civilización, cada vez más lejana también. Cada vez más prisionera. Cada vez más sola.

Sola. Eso he dicho, chicas. Sola. ¿Vosotras estáis solas? Oh, sí. Claro que lo estáis, me diréis. Y yo lo sé. Pero nuestro concepto de soledad es diferente. Vosotras creéis que la soledad es ese pasillo de azulejos blancos en el que estáis ahora, y que cuando estáis rodeadas de gente estáis acompañadas. Eso no es cierto. No hay mayor soledad que la de estar rodeada de cientos, de miles de mujeres enfermas, locas, y sentirme la única cuerda entre ellas. Pero volvamos a vosotras. Sé por vuestros ojos, por vuestras miradas frustradas, por vuestras manos nerviosamente crispadas, por esas sonrisas indecisas que se sostienen un segundo más del necesario y se truncan en un rictus de amargura cuando os miráis entre vosotras y pensáis al tiempo si algún día se romperá el hielo, si algún día llegaréis a ser amigas, a tener algo en común fuera de estas asépticas baldosas blancas -en el suelo, en las paredes, en el techo- que os obsesionan y de esta vieja loca a la que cuidáis. A veces, sin duda inducidas por los sabios consejos que os ofrezco con toda naturalidad, dudáis. Dudáis sobre qué será de vosotras, sobre si, como yo os predigo, acabaréis metidas en ese manicomio sin pensión completa que es el diván de un psiquiatra, adictas a él -al diván, no al psiquiatra; o quizás vuestra enfermedad sea tan grave que lo seáis a ambas cosas-, dependiendo para vuestra supervivencia de un tubo de ridículas pastillas. Cuando me escucháis gritároslo, sé que no lo tomáis por los desvaríos de una loca, como decís. Porque yo, que nunca duermo, os sorprendo mordiendoos violentamente los labios al despertar de alguno de vuestros frecuentes duermevelas, con la espalda fría y dolorida tras haberla mantenido apoyada contra la pared. Y sé que os mordéis los labios porque, en algún momento de vuestro inquieto sueño, habéis creído que sois yo.

Chicas, ¡chicas!, podríamos ser muy buenas amigas. Vosotras no sabéis

lo que yo tengo, pero yo sí que sé lo que tenéis. Pero os da miedo hablar conmigo. Seguramente, porque os han recomendado, por vuestra edad y vuestra inexperiencia, que no habléis con las pacientes. Y menos con la vieja zorra loca de la celda de aislamiento. Os confundirá, dicen. No le hagáis caso a la vieja loca porque es muy astuta, os hará ver las cosas del modo que ella quiera, os convencerá si se propone convenceros de algo. Pero ¿de qué tienen miedo esos viejos doctores? ¿De que os pida ayuda para fugarme? Exactamente, ¿para qué coño creen que quiero fugarme? ¿Creen de verdad que una vieja que ya debe de rondar los ochenta quiere para algo salir de aquí?

Por eso os prevengo. Sí, soy la abejita que os zumba los oídos con lo mismo, constantemente. Pero ya os estáis acostumbrando a ese zumbido, y empezáis a hacerle caso. Os lo noto, de nuevo, en las miradas. Nenas, puede que mi pasado de cabaretera, y todavía más mi pasado más pasado en el que no tenía ni un cabaret a donde pudieran venir quienes querían follarme, mi pasado en la calle, mi infancia en la calle, mi nacimiento en la calle de una mujer de la calle que nunca fue mi madre, no sea el más recomendable para tiernas colegialas como vosotras; pero me enseñó a interpretar cada mirada que me dirigen, o que no me dirigen, y me enseñó a mirar de modo que la gente interprete mis miradas del modo que yo quiero que sean interpretadas. Y en las vuestras, noto un anhelo, una súplica, muy velada, claro está -puedo aseguraros que nunca llegaré a salir a la superficie-, de que podamos hablar algún día con sinceridad. ¡Queréis hablar con la loca! Porque sabéis que ella -que yo- sabe -sé- qué es lo que os tortura, y queréis compartirlo, preguntarme, escucharme. Escuchar a la loca que no debe ser escuchada. Escuchar a la loca que no queréis que nadie sepa que queréis escuchar. Oh, perdonadme. Cualquiera diría que disfruto con estos retuécanos y juegos de palabras. Que quiero volveros locas. Como yo. Porque, aunque vuestro más íntimo subconsciente desee que no sea así, yo estoy loca. ¡Loca, loca, LOCA!

¿Debo callarme, chicas? ¿Os estoy haciendo devanaros los sesos? ¿Os estoy haciendo pensar? Sabéis lo suficiente de mi vida como para descubrir cuáles son los pasos que no debéis seguir si no queréis quedar del lado de dentro de esa puerta. Pero ¿no estáis descubriendo que, custodiando a una enferma que os grita en un pasillo desierto durante horas y horas, estáis desequilibrándoos? Algún día me entenderéis, el día que conozcáis el manicomio de verdad, ya sabéis cómo. Y recurriréis a vuestros propios métodos para tratar de aliviaros, y eso os hará más locas todavía. ¿Comprendéis ahora todo el lirismo, toda la poesía que encierran mis pasos de baile, mis intentos de recrear lo que un día fui y que mi cuerpo inutilizado por la medicación -que, sin duda, creéis que no me tomo- no puede ya demostrar? Tal vez os falte un poco de locura para estar más cuerdas, nenás. Estáis leyendo las confesiones de una mente enferma y sin duda los escalofríos recorren vuestra espalda, pero insisto. La locura es ver las mismas cosas desde otro punto de vista. Es sostener entre vuestras manos el clavel deshojado cuando aún no ha finalizado el espectáculo y el público puede ver su falta de estética. Es un exceso de violencia y pasión en el momento en que los espectadores esperaban que estuvieras quieta. Tal vez la locura no sea más que bailar un tango creyendo que tu hombre te está haciendo el amor de verdad.

Ella vuelve. Como cada noche, la magia de la muerte -ella creó magia, y ahora la magia la crea a ella- le permite ocupar su espacio inmaterial en el interior de la celda de alta seguridad del manicomio y volver a experimentar toda la física violencia de su espalda presionando el acolchado de la pared o de su rostro reaccionando al contacto helado con la diminuta ventana de la puerta. Suspendida, como ahora, en un estado en el que el tiempo ya no importa, no necesita maquillar las imperfecciones de su piel, no necesita sustituir a la mujer que es por la mujer que quieren que sea. No necesita a nada ni a nadie. Se basta ella misma y su comunión con todos los elementos que flotan en el mismo espacio que ella -el sonido rítmico de las goteras, los inquietantes pasos de las ratas por las habitaciones abandonadas del manicomio, el chirrido lírico de una puerta a lo lejos, el sugestivo eco de los gritos de alguna enferma muy lejos de donde ella está- para bailar su tango.

El primer paso es fuerte, rápido, seco. Un golpe de tacón en el suelo. En el mismo suelo donde, por un momento, cree ver a una anciana, una anciana que no le es tan extraña, retorcerse presa de horribles convulsiones, vomitando espuma por la boca. Parece estar muriendo de una sobredosis de pastillas que quizás se haya tomado ella voluntariamente, o quizás le hayan administrado para solucionar un problema -su problema, el de ellos-. La visión se desvanece sin haber terminado de perfilarse y la bailarina alza sus brazos hacia la oscuridad. Los fríos halógenos del pasillo proyectan, a través del cristal de la puerta, una sombra enrejada sobre el rostro de la mujer. Ella se vuelve rápidamente de espaldas y estira su pierna derecha hasta que toda ella, a través de la media negra, siente las frías baldosas. La combinación de líneas rectas y ángulos - baldosas cuadradas, enrejado cuadrado, paredes cuadradas, celda cuadrada- va perdiendo firmeza conforme ella se va moviendo, recorriendo su cuerpo y su vestido de ajadas lentejuelas con los dedos crispados, dejando marcas de uñas en su piel. Las líneas rectas pasan a ser curvas -como las huellas de las uñas- y se combinan caprichosamente en un sensual arabesco. Por un momento, la bailarina cree ver palabras formadas en el dibujo.

Informe acerca del fallecimiento de la paciente interna en la celda de aislamiento número...

Con la misma facilidad con que han aparecido -con que la bailarina las ha visto aparecer- las palabras se borran. La bailarina avanza varios pasos seguidos hacia la luz, marcados por el ritmo de las gotas que caen desde alguna tubería vieja, hasta encontrarse pegada a la puerta, cuyo pomo toma como fetiche. Sin hombre -¿Qué fue de aquél hombre? ¿Qué fue de aquellos hombres?-, ella necesita un nuevo objeto de deseo que luche contra ella mientras dure la representación. Agarrada con una de sus manos al tirador, se deja caer, lentamente, con sensualidad, hacia atrás, saboreando el dolor, disfrutando el dolor de las fibras de sus músculos...

Nacida en Buenos Aires. Prostituida por su madre desde niña.

¿Cuándo aprendió a disfrutar el dolor? La bailarina gira sobre sí misma rápidamente, y el ligero mareo le trae y le lleva, como olas de una playa lamiendo

la arena, recuerdos de una niña de ojos tristes y cara sucia, con el hambre entre el pecho y la espalda y el dolor, la quemazón, entre las piernas. Bocas desdentadas, salivas ajenas, olor a alcohol. Todo vuelve a desvanecerse cuando la bailarina flexiona su pierna derecha hacia delante y señala al frente, provocando, invitando a un hombre inexistente a bailar con ella y llevarla al éxtasis.

*Trabaja como prostituta hasta los dieciocho años. Entonces, se casa con un empresario de teatros.*

La bailarina acaricia su cuerpo presionando ligeramente en los lugares en los que sabe que un ligero dolor le recordará hechos pasados. Pero no recuerda nada. Ignora si lo que ha perdido, lo que le ha quitado la muerte, es la sensibilidad o la memoria, y se pregunta si su cuerpo todavía percibe que estuvo vivo alguna vez. Si de verdad aquella —esta— bailarina de tangos sintió alguna vez.

*La empresa de su marido quiebra. Ella y el socio de su marido ofrecen un espectáculo de tango en los cabarets bonaerenses durante los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial.*

Sí, claro que sintió. La firmeza de sus movimientos, cuyo reflejo en el cristal admira orgullosa mientras ensaya ejercicios que requieren tanta habilidad como fuerza en los muslos, ha nacido de la práctica. La sensibilidad de su piel a las caricias -sensibilidad que creía rota tras la brutalidad que había sufrido cuando no era ella, sino otra de sus muchas ellas, la niña de cara sucia- fue educada por otras manos, por otras manos de las que aprendió la ternura y el ardor y la pasión y la confianza y el deseo y la violencia. Por las manos en las que ella buscó lo que no le enseñaban aquellas a las que pertenecía.

*Éxito en ciertos ambientes. El carácter prohibido que entonces tenía su espectáculo le impidió llegar a convertirse en una actriz o una bailarina profesional. Obtiene dinero rápido. Comienza a beber sin moderación.*

Quizás, piensa -o lo que pueda hacer algo que no está formado por ninguna sustancia- la bailarina, lo prohibido tiene un atractivo demasiado poderoso como para perderlo. Entre sensuales movimientos de cadera que de repente se vuelven más secos, más violentos, entre el crujido de las lentejuelas sobre el satén negro del vestido, la bailarina recuerda, de esa vida que ya ha dejado atrás -de su vida- que era demasiado gris, que la rutina era demasiado monótona, que había que evadirse como fuera. Y que cuanto más se permitía, más se recortaba la evasión.

*Primeros síntomas de desequilibrio. Indiferencia hacia su marido. Experiencias sexuales sadoomasoquistas con su amante.*

El baile, la música, el ritmo, va llegando poco a poco a su orgasmo. La bailarina aprieta los dientes y abre sus gruesos labios en un gesto de placer. De nuevo sus dedos recorren su piel -no puede abrazar al hombre, ha de abrazarse a sí misma-, y esta vez sí que recuerda -su piel- con total nitidez. La sordidez, la decadencia de la habitación. La cama en vez del tocador del camerino. Las esposas. La fusta. El cuchillo.

*Denuncia por agresión a su amante durante el coito con un cuchillo. Hemorragia potencialmente grave al principio, que evoluciona favorablemente.*



Ella siente la vibración del baile en el cuerpo, cada vez más fuerte, cada vez más dentro. Siente el acoso, siente la decepción, la desilusión, siente que no reconoce a ese hombre al que anoche tenía encima y hoy tiene enfrente, en el banquillo del juzgado. Siente que la soledad la posee como antes la poseía él. Siente un vacío, ahí dentro, donde debiera estar el aire que respira, que quizás ya no respira. Quizás ya ha empezado a morir. Quizás ya la han empezado a matar.

*Abogado de oficio la insta a aceptar reclusión temporal en un centro psiquiátrico. Ingresó embarazada. El bebé es entregado al marido sin que ella pueda verlo. El marido, quizás en venganza, le inculca toda clase de prejuicios hacia su madre.*

No, no abraza el aire, piensa ella. Es a esa pequeña criatura sonrosada que no llegó a conocer pero que se imaginó tantas veces -antes de que la muerte la privase de imaginación- y que ahora ha quedado suspendida también en la atmósfera de esa celda, con la densidad de las ideas. A veces duda hasta de haberlo tenido, porque está convencida de que si un hijo tiene una madre -ella no tuvo madre- ni la celda de aislamiento está lo suficientemente oculta como para impedir que la encuentre.

Tango. Uno, dos, a la derecha, paso cruzado, quebrado, salto. Golpe de violines, de gotas de agua, de silencios, de dolores, de mediocridades de que está formada su historia. Una historia que sólo es novelable para quien sepa escribirla bien, con el pulso y el ritmo correctos. Una historia que no es historia, que se compone de la ausencia de historias, de la ausencia de vida existente tras la puerta del cristal enrejado. Una historia que no se puede contar, sólo se puede interpretar. Una historia que sólo puede bailarse.



# KANIBE TUHI-YONG Y EL LEÓN

M<sup>a</sup> Rosa Espallardo Nicolás

Ilustración: Ricardo García Guillamón

... 1926.

—¡ Bienvenidos damas y caballeros, al magnífico circo de Oriente, el gran circo Hionhk! ¡Tomen asiento, agudicen sus sentidos, todo lo que se siente se convierte en energía y todo aquí es sobriedad ¡Exquisita sobriedad! ...observen a mis talentos ¡A mis hijos!, ellos os mostrarán lo que oculta el espectáculo ¡La magia secreta del circo! ...el aroma de oriente es capaz de drogar los reflejos, así pues ¡Miren, escuchen, sientan...disfruten!

\*\*\*\*\*

—La verdad es que no entiendo nada ¿Por qué soy tan importante de repente?— susurró Tuhi.

—No eres tú, es tu número, estúpida!... —le contestó Sonhai, con crueldad.

—¡No digas eso, Sonhai! ...no le hagas caso pequeña, la suerte te sonríe y no has de buscar motivo.

—Pero no lo entiendo, nunca hice gran cosa y ...

—¡No seas modesta, tú eres el espectáculo! ...el león y la joven, la bella y la bestia...

—¡La bestia no eres otra que tú, niñata!— gruñó Sonhai, respirando envidia.

—¡Basta!—le reprimió Kino. Sonhai, apartó violentamente la tela que les ocultaba y desapareció tras el color rojo de las cortinas.

La voz del "maestro" sonó al otro lado del telón...Kino le dio un empujoncito a la joven artista, que movió aparatosamente los pies hacia el exterior del biombo y tropezó con el cancán de su gran vestido oriental.

—¡No olvides el látigo! Es importante, no se puede domar a las bestias con la mirada, aunque tú bien lo harías con la tuya...pero no te dejes engañar por fábulas y falsas historias.

Tuhi cogió su látigo cola de dragón y piel de serpiente, una varita concebida

en la vieja China, contra el poder de los tigres blancos de la India y los leones negros de África del Sur. Lo apretó con sus blancas manos de porcelana fina y caminó, arrastrando sus pies descalzos, sobre el lino azul que se extendía por el suelo.

Tuhi salió al exterior y miró a su alrededor, el público aplaudía las habladurías del pirata con gran entusiasmo...

—... ¡Y ahora Tuhi, se impondrá a "La Bestia" y la desafiará... Nacida en Japón y vendida por orgullo al espectáculo, la criatura más insólita jamás vista ..." El león púrpura"! ...

La mirada celeste del animal, frente a la fría mirada de resina ámbar de Tuhi, provocaba un aura mitológica y llena de calor.

El león bañado en morado, se movía a la velocidad de un guiño, tenía fama de imbatible, soberbio, feroz. Pero entonces, parecía una triste brisa de melancolía y sumisión.

En cuanto la joven golpeó el látigo sobre el suelo, el animal, se relamió despierto ...Kino cruzó, los dos únicos dedos que tenía en cada mano.

" Atrévete ...ven hacia mí, creído ¡No eres más fuerte que mi espíritu de dragón blanco, nunca conseguirás tocarme! "

Todo estaba en silencio, se oía el frun-frun de su cancán, balanceándose al compás de la respiración de la china.

Entonces, cientos de ojos pudieron admirar cómo una niña de apenas catorce años lanzaba su furia contra el poder del enorme león encantado y lo domaba a golpe de valentía.

—¡Un fuerte aplauso para Tuhi-Yong y su látigo, que han conseguido domar, al "monstruo púrpura"! ...

\*\*\*\*\*

—No me odies. Eras tú o yo, he de ganarme el pan —le dijo Tuhi al león, cuando cayó la noche en la carpa.

El león estaba acostado en su real trono de orgullo, y con ojos de desprecio repasaba las facciones de la joven y se relamía perverso.

—Debes perdonarme, si veo una señal de sufrimiento en tus esferas azuladas, dejaré mi látigo y mi número para siempre. Desde que te he visto, no puedo dejar de pensar en que eres la cosa más maravillosa que jamás tuve el placer de contemplar...

El león seguía mirando a Tuhi con indiferencia y desprecio. Más tarde, vio cómo una lágrima de soledad caía sobre la lisa mejilla de la domadora y tras oír sus sollozos y como le hablaba de su vida, sin padres, sin amigos, sin un amor real; sólo piratas explotando su talento con el látigo...Entonces se acercó hacia las rejas de su jaula y lamió los dedos de Tuhi, como si, desde su pedestal de grandeza, arrojara a una desgraciada un pedazo de esperanza del que parecía hambrienta.

—En el fondo, eres más humano que bestia —le dijo Tuhi, sonriendo débilmente. El león se apoyó en el regazo de la joven cuando, armándose de valor, ella se atrevió a aventurarse dentro de su jaula...había decidido que ellos dos serían grandes en la carpa y nada pesaría a su domadora si él, un animal real y soberano, podía impedirlo ...

A partir de aquel 2 de septiembre, "Tuhi-Yong y El león púrpura", fue el número más aclamado por el mundo del gran circo de Oriente, y cuando el otoño parecía haber muerto, Hionhk era famoso en toda Europa, pero...

—¡Yo tomo el relevo! ¿Vas a decir algo, pequeña inútil?...

—Este es mi número...el león es mío.

—No, eso seguro que no —rió Sonhai.

Hacía unos meses, Kino se había quedado ciego, se quemó los ojos en un número... su mujer se lo llevó lejos, lo rescató de allí y huyeron a Oriente, a reunirse con los suyos. Ahora Tuhi estaba realmente sola y ni el león, ni nadie, podrían librarla de Sonhai ...

—¡Déjame en paz! ¡Le diré al " maestro" que quieres quitarme el número! Nunca conseguirás que el león te obedezca, sólo yo puedo ...

—El león me hará caso... la fuerza del látigo, puede más que la soberbia de un espíritu animal ¿Sabes?... te lo demostraré —dijo mirando con maldad a la joven.

Tuhi cayó sobre el suelo aterciopelado, con el cuerpo ardiendo de dolor. Sintió cómo la piel se le abría y el fuego entraba en ella en cada golpe... Sonhai reía sádica y cruel, su crimen y la rabia con la que observaban sus ojos la resistencia silenciosa de la joven, la hacía golpear con más odio... hasta que el brazo se le entumeció, cansado, y paró para observar el resultado de su venganza...

—¡Esto lo he hecho por todo, por aquello que me quitaste nada más poner los pies sobre este circo... y si lo dices, si me descubres, te he de matar hasta que te desangres, a fuerza de golpes! ¡No te pongas por delante de mí, pues ya ves que empujo fuerte!...

Tuhi no le dijo nada a nadie, temía a la muerte a pesar de todo. Su sensatez compró su silencio y así fue como Sonhai se apoderó de su número... y aquel día en que todos esperaban ser testigos de un espectáculo mágico, la mujer de los ojos de sangre caminó con su látigo sobre el lino azul brillante de la cuenca de actuaciones y se puso frente a "el león púrpura"...

—¡Y ahora Sonhai, superando a la joven domadora, Tuhi, se enfrentará a la bestia maldita de las tinieblas, un ser feroz, capaz de moverse más rápido que el sonido... una muerte fugaz, reencarnada en..."el león púrpura"!...

Sonhai sonrió, y en cada iris de sus ojos el león pudo contemplar la cruel hazaña que había cometido contra la pobre Tuhi... el animal perdió el control, y lleno de ira se abalanzó contra la domadora que, aterrorizada, no tuvo tiempo de cambiar su expresión dura y perversa, por una mueca de desgarrante dolor.

Al bullicio del público, se le sumaron los gemidos de la mujer china, al

sentir cómo su cara se partía y se separaba como en una tortura infernal... el león le había destrozado el rostro... uno de sus ojos, de demonio rojo, yacía ahora entre las fauces del animal.

Sonhai cayó al suelo sin sentido, el león se tumbó en el suelo, escuchando con indiferencia, los gritos de horror de la gente.

\*\*\*\*\*

—¡Mírame, mira lo que has hecho y cómo te has condenado y has condenado también a esa niñata repulsiva! ¡Mi cara, mi suave y tersa piel, hecha tiras, como en una pesadilla! ¡Mírame! ¡Aggg! —bramía aquella noche tormentosa, Sonhai, contra el león.

Tuhi se incorporó de su lecho, acababan de desvelarle murmullos inquietantes... miró a su alrededor, no recordaba bien lo que había estado soñando... huía con el león. Él la dejaba descansar sobre su lomo, y rápido como una estrella fugaz; abandonaban la carpa y viajaban a Oriente, en busca de Kino y de Ionkaiho, su hermano mayor que un día la perdió sin saber cómo recuperarla...

—¡Fiera estúpida, engendro vomitivo... ya no podrás desafiarme nunca más! ¿Miraste el Sol esta mañana? ¡Espero que sí, pues será la última vez y debiste disfrutarlo...debiste someterte y no lo hiciste! ¡Soberbio y orgulloso, te dejaste llevar por tus sentimientos! ¿Miento acaso? ¡La bestia enamorada de la bella, como en un cuento... un cuento con un trágico final para ti!... ¡Y ahora di



adiós a la vida, al mundo y a los dioses que te engendraron, que esta noche no están aquí para socorrerte, "Rey de la selva"!... ¡Espero que vayas derecho al infierno, engendro de Satanás, al infierno de donde ni tú ni tu amada Tuhi debisteis salir!...

... Un alma se oyó golpear el aire antes de marcharse, entonces una lágrima cayó resbalando por el lienzo blanco de una cara, hasta los rosados labios de la misma... Tuhi adivinó que había dejado morir a su amigo el león, ignorando que la necesitaba ...su corazón de cristal malva se quebró en el vacío oscuro del dolor y cada pedazo de éste se convirtió después en transparentes lágrimas que bañaron las heridas de la joven y las dilataron ...

Al siguiente día, amaneció cubierta de sangre, sobre el cadáver del león, que había muerto degollado...

Esa mañana de fiesta, la gente aclamaba y pedía un espectáculo digno de admirar. Mirando al cielo, la joven Tuhi entró en la cuenca de actuaciones y, cuando los piratas soltaron a los leones africanos, esperando que Tuhi los amaestrara con su talento, se inclinó sobre las fauces del más grande y dijo adiós al público y a la luz que bañaba de color la carpa del circo... el león majestuoso cerró su boca de bestia sobre la niña china y, delante del público, la devoró despacio. No se oyó ni un solo lamento... Tuhi murió en silencio, soñando con aquello que hubiera deseado... el león púrpura y ella viajando sobre el aire, como un dragón lila y otro blanco abrazados sobre el cielo...

— |

| —

— |

| —

# LAS ALAS DEL HOMBRE

Triana M<sup>a</sup> Rubio Conesa

Ilustración: Francisco  
Vivo González



El pájaro había dejado de cantar. Desde su jaula contemplaba en silencio la casa de sus dueños, sus suelos de negro terrazo, sus blancas paredes, sus antiguos muebles que transportaban a una época pasada, las amplias ventanas de sus habitaciones que hacían que la casa siempre estuviese iluminada. La terraza en la que él se encontraba era pequeña,

tenía en su pared un enorme macetero que sus dueños habían convertido en un improvisado armario y que aprovechaban para guardar todo lo referente a sus necesidades, comida, un bebedero de repuesto, un viejo columpio... Era en definitiva una casa cualquiera en una ciudad sin nombre.

El pájaro en otro tiempo había conocido un mundo muy diferente del que ahora le había tocado vivir. Siempre había sido feliz, antes libre y ahora prisionero, su corazón podía recordar y sentir. Sus trinos llevaban sus sentimientos al aire y éste los transportaba a su lejana tierra natal donde nunca había silencio. Desde su terraza sólo se podían ver edificios, vehículos, luces... pero él, cada amanecer, observaba el cálido abrazo que se daban el sol y la luna para despedirse y cómo sus imágenes se reflejaban en el tranquilo mar de la calma, donde sus habitantes nunca tenían prisa.

Algunos gorriones acudían a las puertas de su jaula para compartir su agua y su comida. El color apagado de sus plumas hacían recordar a nuestro pájaro el paisaje de las lejanas islas grises, que él antes había sobrevolado en algunas ocasiones. En ellas la vegetación lentamente había ido abandonando su

unión con la tierra, que ya no era fértil y no podía alumbrar vida, por eso sus altas palmeras, sus frondosos arbustos, sus alegres colores, se fueron tornando tristes para al fin desaparecer. La soledad de la isla era compartida sólo en ocasiones por el vuelo de las gaviotas que llevaban noticias a las ansiosas rocas anhelantes de los tiempos en que en sus árboles anidaban las aves de la esperanza que compartían con los hombres el camino de la felicidad. Todo ello formaba parte de un mundo lejano que todos habían olvidado. Las olas del mar susurraban a las rocas. El viento llevó su sonido al corazón de éstas, así nacieron las caracolas que habitan en todos los mares. Todas las noches la luna aparecía en su cielo para evitar que la tristeza y el desánimo lo cubrieran todo de oscuridad.

El amor llenó el corazón de nuestro pájaro, así se enamoró del viento que movía las hojas de sus árboles, a veces jugueteaba con él y sus plumas parecían querer seguirlo, pero él siempre era más rápido y nuestro pájaro nunca podía alcanzarlo. También se enamoró del sol que brillaba en lo alto, fuerte y seguro, y con su luz y calor parecía más cercano. Y él remontó su vuelo, alto muy alto para así poder tocarlo, sentirlo suyo. Del agua que vivía en los ríos, en los mares, en las nubes y era la fuente de la vida. De la naturaleza que era su casa, tan distinta, unas veces alegre, otras sombría, en la que la vida y la muerte eran como el amanecer y el anochecer de nuestros días pero siempre amiga y compañera fiel.

Pero el pájaro un día conoció al hombre, y los colores de sus alas tomaron un brillo especial, y abandonó sus árboles, a sus amigos, su mundo, por él. Ya no era un pájaro libre; sin él saberlo, era prisionero en su propia libertad. Sus cadenas estaban hechas de eslabones de amor y confianza, esperanza y realidad.

El hombre tuvo envidia del pájaro, de su libertad, de su belleza, su grandeza, de su diversidad. Y, creyendo que era infiel con la naturaleza, quiso arrebatárselo y lo hizo su prisionero, lo encerró en una jaula para que nunca pudiese escapar.

El pájaro seguía cantando porque él esperaba volar junto con la naturaleza y el hombre en un mundo diferente. Pero el hombre lentamente fue engañando a la naturaleza y logró arrinconarla lejos, muy lejos. El pájaro se olvidó de volar, sus alas se marcharon con la naturaleza y su voz quedó con el hombre. El pájaro creyó en el hombre y siguió cantando pero pasaron los años y, desde su jaula, lo observaba cada día más distinto y quiso detener al tiempo.

En la casa había un reloj de pared colocado sobre la antigua radio. Él había sido testigo de muchas vidas, de muchos sueños, de muchos fracasos. El reloj siempre había ayudado a los hombres a conocer el tiempo, sus segundos, sus minutos, sus horas le ponían rostro, sus facciones iban cambiando con los días, los meses, los años. El rostro del tiempo se iba uniendo lenta y sonoramente a la vida, y ambos caminaban juntos. Buenos y malos momentos se unían en sus recuerdos.

El tiempo y la vida comenzaron a querer detenerse, así sobrevinieron las guerras, las epidemias, los desastres naturales... Pero siempre volvían a reemprender el camino, aunque cada vez sentían más cerca su descanso.

El tiempo observaba cómo la vida era a veces injusta con algunos hombres



y la vida observaba cómo el tiempo siempre retiraba a los hombres de su mundo. Al comienzo el tiempo no dirigía la vida de los hombres, compartían en armonía el sol y la luna, la noche y el día. Los inviernos fríos y lluviosos dieron paso a cálidas y floridas primaveras. La naturaleza seguía su curso y los hombres la imitaban. Infancia, adolescencia, juventud y vejez formaban su ciclo.

Todo transcurría felizmente pero un día los hombres creyeron que el tiempo iba a abandonarlos para siempre y, preocupados y nerviosos, llamaron a la prisa para sustituirlo. Desde entonces todo cambió, el hombre quería llegar alto, muy alto, y para ascender fue destruyendo cruel e injustamente muchos escalones, olvidó su sencillez y creó un mundo complejo que no necesitaba. Se alejó de su cuerpo y conoció el declive. Creó ciudades de hormigón y cemento, condenó y ejecutó sin previo juicio a la naturaleza y olvidó quién era para ser quien nunca esperó.

El pájaro dejó de mirar al tiempo y cesó en su canto, su voz por fin se marchó con sus alas y en su jaula sólo quedó su cuerpo. Nadie se dio cuenta hasta que un día llegó una visita al domicilio y comentó: "El pájaro no se mueve". El hombre contestó: "Se habrá muerto, era ya muy viejo".

El silencio llenó la habitación, las lejanas montañas comenzaron a moverse para dirigirse a la ciudad, la tierra se abrió de dolor, de su interior surgió la ira que quiso adueñarse del mundo, las nubes descargaron toda su agua para sumergir a la ciudad en la tristeza. El sol marchó lejos, muy lejos y la oscuridad brilló para que el hombre siempre recordara su traición. Los vientos lejanos acudieron veloces, para, con su voz, gritar al hombre su injusticia. Pero en la noche cerrada de los hombres algo brilló en su firmamento. Primero tenue y delicadamente pero, poco a poco, su luz se iba haciendo cercana y brillante. Se trataba de una estrella, los hombres casi nunca reparaban en ella; antes, mucho antes habitó en su corazón cuando eran niños, aunque con la edad casi todos la olvidaban. Era la fantasía y la inocencia que, juntas, formaban la estrella de la esperanza que habló con las montañas, el viento, la lluvia y el sol para que buscaran en el interior de su más cruel adversario, el hombre, y vieran que una vez, hacía tiempo, mucho tiempo, en su corazón no había sitio para la avaricia, el interés, el odio, la falsedad y que por eso quizás el mundo debía dar otra oportunidad al hombre.

Tras un largo período de reflexión la ira tomó la palabra para comunicar que ella también podría convertirse en templanza. La lluvia continuó diciendo que ella también podría vivir en armonía con los hombres. El viento quiso convertirse en brisa y seguidamente las montañas en llanura. Pero el sol y la tierra, vigilantes, con su fuerza recordarían siempre a los hombres que habían sido testigos mudos de su osadía. En aquel momento, el mundo que tanto le había costado construir estuvo a punto de desaparecer. Por eso hoy, en el interior de cada hombre, habita el niño, que lo salvó de la tragedia.

Los gorriones fueron en busca del alma de nuestro pájaro para transportarla a su tierra natal donde siempre podría cantar fuerte, muy fuerte y, sumergida en la tristeza, oscura y rota, acabó la vida de un pájaro cualquiera en una ciudad

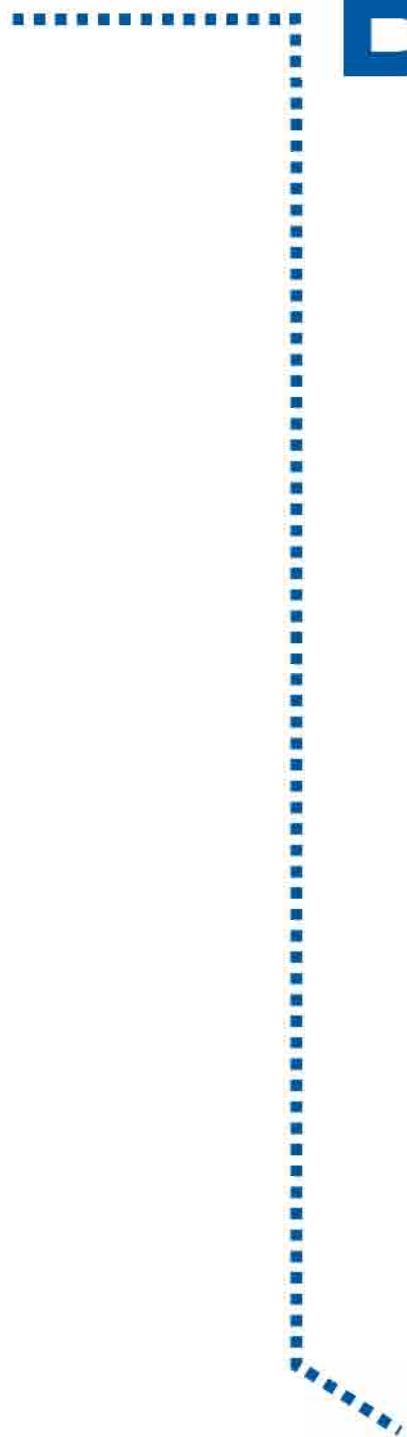
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD **B**



— |

| —

— |

| —

# MAS ALLÁ DEL MAR

M<sup>a</sup> Inmaculada Ordóñez Marvizón

Ilustración: Francisco Vivo González

Todo lo que voy a contarte empezó con aquel resbalón en los escalones grises del centro comercial.

Ya sabes que no suelo llevar tacones porque simplemente no sé andar con ellos; los tobillos se me doblan constantemente como si estuviesen hechos de mantequilla. Pero esa tarde yo había decidido arreglarme un poco más, así que llevaba puestas las botas altas. Para colmo, la lluvia reciente acababa de mojar la escalera de granito que bajaba hasta el lugar donde nos habíamos citado, haciéndola aún más deslizante de lo normal. Llegaba tarde, y me di prisa.

Cuando me encontraba justo en mitad de la escalera y ya casi acertaba a vislumbrar tu figura, sucedió lo inevitable. Sentí ese pequeño instante de vacío en el estómago, el mundo giró de abajo a arriba a mi alrededor, y luego, sólo dolor. Un dolor punzante en la parte posterior de mi cabeza, distinto a todo lo que pudiese haber sentido antes. El cielo gris se oscurecía, y todo me iba pareciendo cada vez más lejano. Recuerdo que en ese momento lo primero que se me ocurrió pensar fue:

“Ahora sí que voy a llegar tarde.”

Poco después fui consciente de que mi cuerpo no me respondía, y de que mi mente estaba poco a poco separándose de la realidad, y entonces tuve miedo. ¿Y si me estaba muriendo?.

Justo en el momento en el que me formulaba a mí misma el interrogante más aterrador de todos los tiempos, ocurrió algo inesperado. Algo que me hizo olvidarme del miedo, del tiempo, del dolor, e incluso de ti.

Un enorme anillo de luz apareció ante mí, ensanchándose más y más a cada momento. Sé que cuesta creerlo, pero te puedo asegurar que ésta es la parte más verosímil de mi historia.

Aquel extraño anillo de luz mostraba dentro de sí un cielo azul totalmente distinto al manto plomizo que cubría nuestra ciudad. El otro cielo parecía acercarse cada vez más a mí, envolviéndome con una sensación de calidez y energía que

me desbordaba.

Por fin entendí de qué se trataba. No tenía más remedio que ser una de esas puertas mágicas que llevan a otros mundos. Tú conoces esos mundos a los que me refiero; aquellos en los que no existen los despertadores, ni los políticos, ni los atascos, ni el cambio climático; donde sin embargo ocurren cosas que van más allá de nuestra imaginación, donde puedes vivir los peligros más inesperados y a la vez asistir a las maravillas más hermosas. Sé que sabes de qué te hablo porque muchas veces hemos soñado juntos con un lugar así. Pero será mejor que continúe...

El dolor que atenazaba mi cuerpo desaparecía gradualmente, mientras que yo veía y sentía el otro mundo con más claridad, hasta que simplemente atravesé el anillo de luz (o más bien él me tragó a mí, ya que yo seguía sin poder moverme).

Al segundo siguiente me encontré surcando los cielos con total libertad. No me mires así, y escucha, que aún me queda mucho por contar.

Podía sentirlo todo: la luz del sol bañando mi piel, el viento azotando mi rostro y revolviendo mis cabellos, el murmullo del mar debajo de mí... y por extraño que te parezca no tuve miedo ni por un momento de mi nueva situación. Al contrario: ahora estaba en un lugar que no obedecía las leyes a las que hasta ese día me había visto sometida... y pensaba disfrutarlo. Probé a bajar y subir varias veces en el aire, a dar volteretas, a aumentar y disminuir la velocidad, a bajar en picado hasta quedar a pocos centímetros de la superficie del mar y entonces rozar el agua con la punta de mis dedos. Podía hacer cualquier cosa a mi voluntad. El pecho se me hinchaba de aire fresco y felicidad.

En una de mis piruetas, vislumbré algo que aparecía entre las neblinas del horizonte. Una línea oscura se iba dibujando entre el azul del cielo y el del mar. ¡Estaba avistando tierra! Volé lo más rápido que pude en aquella dirección; me moría por ver la clase de seres que podían habitar en tierra firme. En realidad, no tenía ningún indicio de peso para poder pensar siquiera que hubiese allí algún habitante, pero por alguna razón yo sabía que no me encontraba sola en ese mundo.

Una vez me hube acercado lo suficiente, distinguí un altísimo acantilado y algo detrás de él, praderas verdes salpicadas de árboles. El corazón comenzó a latirme aún más rápido. Simplemente el ver aquel paisaje tan vivo y tan auténtico, me parecía increíble.

Crucé la línea de costa por el aire y me adentré en tierra. Cuando vi la hierba fresca y húmeda, de un verde intenso, volar dejó de parecerme tan fantástico. Deseé tocar la pradera con mis pies, así que descendí poco a poco hasta que aterricé. Tuve que dar tres o cuatro grandes zancadas para frenar mi impulso, y acabé tirándome y revolcándome sobre la hierba unas cuantas veces, como si fuese una niña. Después, me quedé tumbada boca arriba, mirando al sol, respirando muy fuerte, con la sonrisa puesta en mis labios. Tras permanecer unos minutos así, me di cuenta de un pequeño detalle que hasta ese momento había pasado por alto: estaba descalza. El fino tejido de las medias era lo único

que separaba mi piel del contacto con la hierba. Mis botas habían desaparecido sin dejar rastro. Tal vez las había perdido al pasar a través del anillo, o tal vez se me habían caído durante el vuelo sin que yo lo notase; el caso era que ya no estaban allí. Aunque lo cierto es que no me preocupé mucho más por el tema. Al fin y al cabo, iba a estar bastante más cómoda sin ellas.

Pasé un buen rato en la tranquilidad de la pradera, y el sol prosiguió su camino hasta esconderse entre los árboles. El cielo se tiñó de los colores cálidos del atardecer. Y yo empecé a pensar que podía haberme equivocado, que era posible que en aquel lugar no existiese nadie excepto yo. Ese pensamiento me desasosegaba cada vez más... hasta que escuché la música.

Era una música alegre y a la vez melancólica, una de esas melodías que intenta una y otra vez arrancarte algo de lo más profundo de tu corazón hasta que lo consigue. Nunca en mi vida había escuchado algo tan hermoso. Se me quedó grabada en el alma; y sin embargo ahora no podría cantártela, aunque me encantaría.

Como ya imaginarás, no pude evitar acercarme hacia el lugar del que provenía la música. Llegué al borde de un estrecho camino que serpenteaba entre las montañas. Miré a mi izquierda, y entonces las vi. Eran cuatro... ¿ninfas?, ¿hadas...? No sé bien con qué nombre designarlas, puesto que en realidad no eran nada que la imaginación humana hubiese catalogado ya. Sí puedo decirte que su piel era verdosa, que vestían ropajes que parecían no pesar en absoluto, que se movían grácilmente y que sus rostros eran extraños, aunque sonrientes. Portaban instrumentos que no pude reconocer. Ellas seguían avanzando por el camino, tocando y caminando a la vez. De vez en cuando daban ágiles saltos o vueltas sobre sí mismas, bailando al son de su propia música. No paraban de sonreírse unas a otras.

Yo permanecía extasiada, asistiendo al espectáculo y sin atreverme a interrumpir, hasta que una de ellas (la más pequeña de todas) se fijó en mí. Sólo se me ocurrió sonreírle y hacerle un tímido gesto de saludo con la mano. Ella me miró a los ojos y me preguntó ilusionada:

—¿Sabes cantar?

Me quedé durante un instante sin saber qué decir. Las otras tres me miraban expectantes, sin dejar de interpretar aquella maravillosa melodía. Caí en la cuenta de que ninguna de ellas cantaba.

—¡Por supuesto que sí! —le respondí al fin, con tono enérgico (creo que casi parecí ofenderme por la pregunta).

—¡Entonces eres lo que nos falta! —exclamó ella alegremente. No tuvo que decirme nada más. Tú me conoces, no es necesario insistirme mucho para que yo me decida a cantar, es una de las cosas con las que más disfruto.

La pequeña y yo nos unimos al grupo, y comencé a tararear algo que encajase bien con su música. Al principio cantaba algo avergonzada, pero conforme íbamos avanzando en el camino, me contagié de sus risas y su baile. Fui cantando cada vez más alto, dejando que mi voz hiciese lo que se le antojara,

moviéndose libre entre los acordes y a la vez encajando a la perfección en todo momento.

Recordé mi recientemente adquirida facultad de volar, y la utilicé para no quedarme atrás y realizar yo también unas cuantas piruetas. Ellas saltaban también a mi alrededor, pero la música nunca paraba de sonar.

La noche había caído sobre nosotras hacía ya bastante tiempo, pero no descansamos hasta casi el amanecer. De repente nos detuvimos, como por acuerdo tácito. Nos recostamos sobre unos árboles que bordeaban el camino, y sólo entonces noté que el agotamiento hacía mella en mi cuerpo.

—Por cierto, ¿cómo os llamáis? —les pregunté a mis compañeras entre bocanada y bocanada de aire. Todas rieron mirándose unas a otras.

—¿Y tú? —me preguntó la que parecía ser la mayor— ¿Cómo te llamas tú?

—Yo Irene —contesté. Me quedé a la espera de que me imitasen y dijese sus nombres. La verdad era que tenía curiosidad por conocerlos.

—Yo Ne —dijo una.

—Yo Ir —dijo otra.

—Yo Ren —dijo la tercera.

Y volvieron a reírse todas, menos la pequeña, que no había dicho nada.

—Qué gracia... —murmuré de mala gana. Ya no me parecía tan romántica la estampa que presentaban.

Los primeros rayos de sol hicieron su aparición, permitiéndome descubrir la hermosa ciudad que se extendía a través del valle al que nos asomábamos. Hasta entonces sus edificios no me habían parecido más que sombras amorfas entre las montañas, pero al poco tiempo fui capaz de distinguir las pequeñas casas, las callecitas, los templos, las tiendas... Empecé a preguntarme quiénes habitarían en ella y cómo sería por dentro, cuando el más pequeño de los seres musicales interrumpió mis pensamientos diciendo tímidamente:

—Yo soy Quare.

—Quare... —repetí.— ¿Qué hay en esa ciudad?

—¿Qué es lo que quieres que haya? ¿Misterios, aventuras, cosas hermosas? ¿Leyendas que se tornan realidad? Encontrarás todo eso y más. En la ciudad que ves ante ti, viven personas que podrían enseñarte los más profundos secretos de la magia y la naturaleza, extraños inventores que fabrican los artefactos más inverosímiles, guerreros con mil batallas y cicatrices a sus espaldas, cantinas repletas de piratas y mercenarios, juglares capaces de cantarte cualquier historia que haya sucedido desde el principio de los tiempos, buscadores de tesoros... —me respondió ella, con una mezcla de ilusión y melancolía en la voz.

Las otras tres hadas (o lo que fuesen) se habían esfumado en el aire, tal vez al darse cuenta de que ya no eran el centro de atención.

Guardé silencio. Quare parecía haberme leído el pensamiento. Miré al horizonte con ilusión. Estaba completamente decidida a proseguir mi viaje de exploración; me sentía más emprendedora que nunca, capaz de llevar a cabo



cualquier proeza y de sortear cualquier peligro. Me imaginé a mí misma viviendo y experimentando todas esas cosas que, desde que era pequeña, había esperado presenciar. Una recóndita parte de mi ser no había abandonado a través de los años aquella esperanza que por fin, iba a verse realizada.

—¿Me acompañas? —le dije a Quare con emoción mal contenida. A pesar del poco tiempo que había pasado desde que la conocí, ya le tenía aprecio. Su rostro mágico transmitía tranquilidad y amabilidad en todo momento. Me di cuenta que ya no me podría sentir segura en ese mundo sin ella.

Entonces noté que una extraña calidez envolvía mi mano izquierda. Poco después escuché un eco lejano que sonaba en algún rincón de mi mente, aunque no entendí lo que decía. Ahora lo entiendo todo, por supuesto... pero entonces no podía.

Quare me vio dudar, me miró seriamente y me dijo:

—Te están llamando. Puedes ignorarlo y seguir viajando, o volver.

—¿Volver? ¿A dónde? ¿Al mar?

Yo estaba totalmente desconcertada. No sabía a qué se refería, te lo aseguro. Puede que no lo entiendas muy bien... pero para mí, todo lo anterior a mi llegada a ese mundo, ya no era más que un sueño brumoso.

—Más allá del mar, Irene.

Aquella calidez se iba extendiendo a través de mi brazo, hacia todo mi cuerpo. Empecé a marearme. Los ecos dentro de mi cabeza sonaban con más fuerza y claridad, hasta que por fin los entendí.

"Irene..."

"Irene no te vayas..."

"... quédate conmigo..."

"... por favor."

Y entonces lo supe. Supe lo que había más allá del mar. Me acordé de ti. Y a través de ti, recordé también el mundo en el que había nacido. Mi hermoso mundo agridulce, en el que yo no podía volar, pero podía mirarte a los ojos y sentir el mismo vacío en el estómago, la misma sensación de plenitud.

Volví a observar la ciudad donde las leyendas se hacían realidad, y vi claramente cómo la llegada de la mañana hacía surgir la actividad en muchos de sus rincones.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Quare con una sabia sonrisa.

No sabía qué contestarle. Mi determinación ya no estaba tan clara. Casi sin ser consciente de ello, deseé poder haber ido aquella lluviosa tarde contigo al cine, como habíamos planeado. Deseé comer con mi familia, conectarme a internet, hacerte cosquillas. También anhelaba seguir descubriendo cosas nuevas e increíbles, pero en el fondo sabía perfectamente que nunca podría tener ambas cosas.

El corazón me dio un vuelco. Me dieron ganas de llorar, y se me hizo un



nudo en la garganta. Sin darme cuenta, ya había tomado una decisión.

Todo se volvió borroso. Ni siquiera sé si me dio tiempo a contestarle a Quare, o de darle las gracias. La luz del sol se hacía más y más potente, hasta que lo bañó todo con su brillo y me cegó. El único color que mis ojos podían ver era...

...blanco. Todo era blanco. Lo único que no había desaparecido, era aquella maravillosa sensación de calor en mi mano. Miré a mi izquierda, y te vi. Tú eras quien la envolvía con las tuyas. Tu cabeza descansaba ahora sobre ellas. Estabas medio dormido.

A partir de aquí, ya conoces el resto.

Descubrí que estaba tendida en una camilla, enganchada a mil cables, en

una habitación de hospital. Tú te despertaste alarmado por mis movimientos, y cuando viste mis ojos mirándote, me cubriste de besos. Poco después llegaron mis padres para hacer lo mismo. Una vez me hube mejorado, me contaste con todo lujo de detalles cómo, mientras me esperabas, te acercaste a curiosear a las escaleras donde la gente gritaba pidiendo ayuda, para descubrir con horror que era yo la que estaba tirada en el suelo, inconsciente. Cómo me trasladasteis aquí en ambulancia, mientras tú asumías la terrible misión de llamar a mis padres. Cómo los médicos les contaron a ellos que yo podía caer en un coma irreversible en cualquier momento, debido al fortísimo traumatismo craneal, que además, había acertado en mal sitio.

Y ahora que te he descrito los acontecimientos que yo viví durante todo ese tiempo, seguramente pensarás que se debió a las alucinaciones que pudo haberme producido el golpe, y que el mundo que visité no existe realmente. Querrás explicarme que nunca volé sobre el mar, ni bailé, ni canté toda una noche rodeada de seres mágicos, que nunca avisté la ciudad donde las leyendas se tornan realidad, y que Quare nunca me dijo su nombre.

Pero antes de que me digas nada de eso, antes de que intentes convencerme de que todo pasó en mi mente, me gustaría ver si eres capaz de explicarme por qué me encontrasteis descalza.

— |

| —

— |

| —

# CASO EN LA CASA BLANCA

Jaime Jesús Castro Blanca

Ilustración: Francisco Javier Fernández Jimeno

Dedicado a mi familia, en especial a mis padres y hermano, quienes desde el primer momento me han ayudado y apoyado.

El sonido que emitió su teléfono móvil hizo que el señor Hanns se despertase sobresaltado. Miró el reloj de su mesilla de noche y pudo comprobar que no eran más que las cuatro de la madrugada. Pulsó el botón de llamada para aceptar la conversación con el responsable de haberle hecho salir de su profundo sueño. “Señor, soy Ridberg, necesitamos que se presente inmediatamente en la Casa Blanca, se trata de un asunto urgente”. “¿Qué ocurre?”, preguntó Hanns. “Será mejor que se persone aquí usted mismo para averiguarlo”, le dijo el policía, y acto seguido colgó. El investigador se sentía agotado. El día anterior había estado trabajando hasta muy tarde para terminar el informe del último caso resuelto, todavía no había olvidado los hechos anteriores cuando ya comenzaba otro caso nuevo. “Espero que sea un trabajo más interesante que el anterior”. El caso de violación que el señor Hanns y su equipo tuvieron que resolver la semana anterior le resultó demasiado monótono y aburrido, aunque bien era cierto que tuvieron que trabajar muy duro para llegar a las conclusiones finales. Pero pronto descubriría que el caso que se avecinaba no iba a ser un crimen cualquiera, sino el caso más importante de su vida. Al llegar a la Casa Blanca y ver el ambiente del lugar, el señor Hanns empezó a asustarse, parecía que todo era más serio de lo que había imaginado ya que todo el edificio presidencial estaba rodeado de infinidad de policías que lo acordonaban y lo protegían de la muchedumbre de curiosos y periodistas que se agolpaban allí. Varios helicópteros sobrevolaban la zona. Cuando llegó hasta la barrera policial pudo comprobar que aquellos agentes no eran policías normales sino militares: era el propio ejército estadounidense el que protegía la Casa Blanca. Tras identificarse ante uno de ellos, cuatro le rodearon y le acompañaron hasta el interior del recinto. Cruzó

los jardines exteriores y accedió por la puerta principal. El número de cámaras que velaban por la seguridad del edificio era enorme, tanto en los exteriores como en el interior de éste. No tuvo que pasar por ningún escáner y pronto se encontró ante las escaleras principales. Al llegar a ellas, uno de los cuatro militares se comunicó con un compañero mediante su móvil y avisó de que el investigador se encontraba allí. Ahora fue Ridberg el que bajó las escaleras para acompañar al señor Hanns hasta el lugar del crimen. Los cuatro militares se dirigieron al exterior. El largo pasillo de la segunda planta, que albergaba los diferentes habitáculos pertenecientes al presidente, estaba también lleno de militares, de hecho había dos en cada puerta. Los dos hombres avanzaban a través de él en silencio absoluto, y el investigador pudo comprobar que la cantidad de cámaras que había en aquella planta también era considerable. “Señor, no quiero hacerle esperar más”—dijo Ridberg rompiendo el silencio— “El presidente de los Estados Unidos ha sido asesinado esta noche”. Aquello no sorprendió al señor Hanns debido al revuelo que había en los exteriores, pero resultaba inconcebible que algo así pudiese suceder en uno de los edificios con más seguridad del mundo. La cantidad de policías, equipos de seguridad y última tecnología del lugar eran de los más complejos del país. La vigilancia era continua y efectiva.

“¿Dónde ha sido y cómo?”, preguntó impaciente el investigador. Ridberg no respondió a la pregunta, sino que continuó hablando: “La presión a la que estamos sometidos, tanto mediática como por parte de las autoridades, es extrema. La noticia estará extendida por la mañana por todo el mundo, y los altos cargos le dan un máximo de tres días para encontrar al autor del crimen”. Los ojos de Hanns empezaron a salirse de sus órbitas ya que la rabia le invadía por todo el cuerpo. “Me parece inconcebible que nos den plazo de resolución, mi equipo no funciona por el tiempo de trabajo sino por la calidad de su trabajo, así que no voy a admitir plazo de ningún tipo”, los gritos del investigador se extendieron por toda la planta mientras aceleraba su paso. Llegaron ante la puerta de la habitación del presidente.

“Señor, yo sólo le comunico las órdenes que hace horas me dio el señor Richard Harris, el ministro de Seguridad de...” Antes de llamar a la puerta, ésta se abrió y un hombre trajeado, delgado y calvo salió del interior del dormitorio. Por las diferentes medallas que prendían de su chaqueta, el señor Hanns pudo deducir que se trataba de una persona importante. “Buenas noches, soy el señor Richard Harris, Ministro de Seguridad de la Casa Blanca, encantado de conocerle señor James Hanns” dijo aquel hombre estrechando su mano a la del investigador. Algo llamó la atención de Hanns, en su mano derecha el señor Harris sólo tenía cuatro dedos, uno de ellos había sido amputado, seguramente a causa de algún accidente militar. Hanns no pronunció ni una sola palabra. “Bien, ya he escuchado como Ridberg le informaba de mis órdenes, y también como usted expresaba su disconformidad con ellas”, dijo el ministro. Hanns pudo averiguar que Harris había escuchado sus gritos de impotencia. “Lo siento mucho, pero si su equipo no encuentra al autor del crimen en tres días la investigación pasará a manos de otro profesional”, advirtió el señor Harris. “Hanns, si quiere abandonar el

caso, todavía puede hacerlo, en caso contrario puede entrar y comenzar su trabajo, lo dejo en sus manos". El ministro se dirigió hasta el final del pasillo y desapareció. A Hanns le había parecido patética la actitud del ministro, pero miró a Ridberg y entró en la habitación. El presidente estaba sobre su cama y de su pecho brotaba un fino hilo de sangre que se derramaba sobre el suelo de la habitación. La causa de la muerte estaba clara: al presidente le habían disparado mientras dormía y había muerto desangrado. Uno de los dos militares que se encontraban velando el cadáver lo confirmó. "¿Se conocen las características de las balas?", preguntó el investigador. "Sí, sólo se ha encontrado una en la habitación, la que tenía en el pecho el cadáver y la que le ha causado su muerte. Al parecer el disparo se ha efectuado a unos cuantos centímetros del presidente y con silenciador, ya que ningún miembro del personal escuchó nada extraño. El calibre de la bala es de unos treinta milímetros", el militar le explicó a Hanns. Era un calibre estándar, de hecho todas las armas de seguridad del Estado poseían balas de ese calibre, así que no pertenecía a ninguna pistola especial. "¿Quién encontró el cadáver?", dijo el señor Hanns. Esta vez habló el otro militar, "Fue el propio secretario del presidente. Tras haber llamado sobre la una de la madrugada al teléfono de su habitación —señaló un teléfono fijado en la mesa que se encontraba en la parte derecha del escritorio— y no obtener respuesta se personó aquí.

Fue entonces cuando entró, corrió las cortinas de la cama del presidente y encontró el cadáver". La habitación era pequeña, en ella se encontraba la cama con dosel del presidente, un pequeño escritorio en la parte derecha, tras éste una estantería con libros y documentos, y una pequeña puerta que comunicaba con su cuarto de baño. La habitación tenía sólo una ventana, que daba a los jardines de las espaldas del edificio, y desde la que se podía observar el pequeño lago de la Casa Blanca. En el cuarto de baño no había ventanas, el único contacto de éste con el exterior era un pequeño conducto de ventilación. Vigilando la ventana del dormitorio del presidente había colocada una cámara que velaba por su seguridad. "¿Quién fue la última persona que entró aquí antes del secretario?", le preguntó el señor Hanns a Ridberg. "Fue la encargada de traerle la cena al presidente. A él le gustaba cenar aquí solo, leyendo en la cama. La señora Folk le traía la cena todas las noches, se la dejaba, y dos horas más tarde volvía a recoger la bandeja y llevarla a la cocina", le explicó el policía. "Ridberg, ponte en contacto con los policías de mi equipo y diles que se personen inmediatamente aquí.

Necesito una lista con todo el personal que ha estado en el edificio durante los últimos tres días, incluyendo personal de vigilancia, limpieza, cocina y cargos políticos. También quiero que analicen todos los vídeos de seguridad para ver si ha accedido alguien ajeno a la Casa Blanca a los recintos. Necesito ver también el vídeo de las cámaras de la segunda planta de los últimos dos días, en especial el que vigila la ventana del dormitorio y la puerta de éste. Hay que buscar huellas en el dormitorio y en la puerta, así como el arma del crimen por todo el recinto. Toda esta información quiero que esté lista a las doce de la mañana. Ahora voy a interrogar a la señora Folk".

La conversación con la señora Folk fue decisiva. Todas las tardes esta mujer entraba en la habitación, le dejaba la cena al presidente, le deseaba buenas noches y salía del dormitorio. Dos horas más tarde volvía para recoger la bandeja y ya el presidente estaba durmiendo, con las cortinas de su cama corridas, por lo que ella no le veía. Posiblemente esa noche estuviera ya muerto cuando entró en la habitación, pero no se percató de ello, como tampoco percibió la sangre derramada por el suelo. La señora Folk estaba muy dolida y alterada pues sentía un gran afecto por el presidente. Los vídeos de las cámaras de seguridad fueron revisados esa mañana por el señor Hanns. La cámara de la ventana no había captado nada extraño. Todas las personas que habían entrado al pasillo de la segunda planta lo habían hecho para acceder al dormitorio del presidente, y habían sido los siguientes, por orden cronológico: a las 21.00 lo había hecho el propio presidente, a las 21.30 la señora Folk había llevado el carrito de la cena hasta el dormitorio, a las 23.30 había vuelto para recogerlo y a las 01.30 era el secretario el que entraba y descubría su muerte. La última persona que había salido ese día de la habitación había sido la señora Folk, esa mañana, a las 12.00, para limpiar la estancia, y no había notado nada extraño. Quedaba claro que el asesino había entrado en la habitación después de que el presidente lo hiciera y antes que el secretario.

Eran las 13.00 del segundo día después de los hechos. Ridberg entraba en la habitación en la que el señor Hanns seguía analizando vídeos con su compañero informático Terry. “Señor, aquí tiene la lista que me pidió del personal. No hay huellas sospechosas en la habitación, ni armas en todo el recinto. Las únicas huellas encontradas son las del señor presidente, la asistente Folk y su secretario”, informó el policía. “Bien hecho Ridberg. Al parecer no ha entrado nadie ajeno al recinto. Hace tres días vinieron todos los colaboradores, entre ellos Richard Harris, para mantener una reunión con el presidente. Todos salieron del recinto. En los últimos dos días sólo han entrado los diferentes turnos del personal de seguridad, y todo el que ha entrado ha salido, salvo los que tenían el turno de noche que se quedaron fuera del edificio velando por su seguridad. Sólo se ha quedado aquí el personal de cocina, limpieza y asistencia del presidente, así como su secretario, que duermen en la parte más alta de la Casa Blanca. De ellos, sólo han accedido a la habitación el secretario y la señora Folk. Resulta imposible que el asesino haya sido el secretario, ya que apenas dos minutos después de que entró en la habitación salió para avisar de lo ocurrido, y al menos cinco personas volvieron al dormitorio, y todas ellas aseguraron haber visto la sangre en el suelo. En cinco minutos no es posible que se forme un charco de sangre con el fino hilo que brotaba del pecho del presidente, por lo que el delito se cometió antes de que accediese el secretario”, explicó detalladamente Hanns a Ridberg. “¿Me está diciendo que el autor del crimen es la señora Folk?”, preguntó sorprendido este último. “O alguien que entrase con ella”, dijo sonriendo el investigador. “¿Cómo dice?”, la sorpresa de Ridberg siguió aumentando. “Terry, por favor”, ordenó amablemente Hanns. Terry activó el panel de monitores en el que se mostraban las imágenes captadas por todas las cámaras de la Casa Blanca en un determinado momento. Las imágenes mostraban las 21.28, y Hanns



señaló la pantalla en la que aparecía la señora Folk entrando en el dormitorio empujando el carro en el que llevaba la cena. El informático congeló la imagen y el señor Hanns señaló con el dedo el carro. "Escucha un momento lo siguiente", le dijo a Ridberg. La grabadora, que había registrado las palabras de la entrevista que el investigador había tenido el día anterior con la asistente, fue activada y la conversación empezó a escucharse: "...mire usted señor Hanns, esta noche no ha sido buena para mí y estoy muy dolida por el asesinato del presidente. Para mí lo era todo, mi vida, mi trabajo. No me fijé si había sangre ni al entrar ni a salir. Sólo sabía que estaba mareada y que el carro pesaba más que de costumbre..." Ridberg abrió los ojos sorprendido y dijo: "El asesino iba en el carro de la cena, en la parte baja. Accedió al dormitorio en ese carro, esperó a que el presidente se durmiera, le disparó, cerró las cortinas de su cama y volvió a esconderse en el carro. Entonces la señora Folk vino a recogerlo y lo sacó de la habitación sin que las cámaras lo captasen...". "Eres bastante listo", respondió Hanns con una sonrisa en su boca. "Pero, ¿quién es el asesino?, ¿cómo pudo colarse en el carro?, y ¿cómo pudo entrar en la Casa Blanca?", se interesó Ridberg. "Fue alguien disfrazado de agente de seguridad. En las imágenes captadas a las 20.28 en la puerta de la cocina se ve cómo hay un corte de grabación, que afecta a todas las cámaras de la Casa Blanca. Al parecer, el agente de seguridad encargado de la vigilancia por cámara ese día quiso evitar que esa cámara captase cómo el agente, que oculta su cara bajo una gorra, accedía a la cocina. Más de cuatro segundos de corte hubieran sido demasiado sospechosos por lo que sólo se observan varias décimas en las que el agente entra, el resto de tiempo la pantalla queda en negro. A cámara lenta y congelando se puede ver cómo entra en la cocina.

Quince minutos más tarde entra la cocinera y media hora más tarde lo hace la señora Folk, que saca el carrito en el que va el agente de seguridad sin que lo sepan ni la asistente ni la cocinera" —le dijo Hanns— "Salir de la Casa Blanca vestido de guarda de seguridad no es fácil, pero sí es posible.

La tarea imposible es acceder, pasar el control de personal y pasar el escáner de armas antes de entrar en el recinto, una vez dentro es fácil llegar a la cocina. El autor del crimen es una persona bastante lista y contaba con la ayuda de otras que desde el interior le prestaron su colaboración, entre ellos el agente de control de cámaras. Aún así, si las cámaras o algún agente lo hubieran captado accediendo al recinto, hubiera sido bastante sospechoso, por lo que buscó una forma de acceso alternativa..." —las palabras del investigador quedaron interrumpidas ya que alguien llamó a la puerta. Era uno de los policías de su equipo que le dijo: "Señor, lleva razón, hemos encontrado un equipo de submarinismo en el fondo del lago", y salió de la habitación. La sorpresa de Ridberg creció mucho más y signo que la delataba eran sus ojos. "¿El asesino accedió a través del lago?", preguntó maravillado. "Así es, el lago de la Casa Blanca está controlado por la central hidráulica del este de Washington. Las tuberías que administran el agua son lo suficientemente grandes como para contener a un submarinista. Sólo necesita alguien que desde la central le abra las compuertas y le permita acceder al inicio de la tubería. En las imágenes que



captan los exteriores de la Casa Blanca se puede apreciar cómo progresivamente el nivel de agua del lago aumenta. La compuertas se abrieron innecesariamente y el exceso de agua que entraba hizo aumentar el nivel. Esto sólo se puede apreciar analizando las imágenes durante días, pero el agente destinado en esta habitación, que intentaba ayudar al criminal, nos facilitó el trabajo: justo cuando el submarinista sale del lago, vuelve a cortar la grabación de esa cámara unos seis segundos, tiempo necesario para que arroje el equipo de submarinismo al lago y huya hasta la puerta trasera del edificio. Una vez allí, y disfrazado de agente de seguridad, sólo tendrá que entrar hasta la cocina y esconderse en el

carro de la cena". "Señor Hanns, esto parece el guión de una película de ciencia ficción más que algo real", afirmó Ridberg. Las risas entre Terry, Hanns y el policía fueron amplias. "Está claro que este crimen es uno de los más importantes de la historia, y por tanto estuvo bien planificado, pero también es cierto que sólo alguien perteneciente al círculo interno de la Casa Blanca puede llegar a prepararlo. Todo el mundo no puede comprar a alguien para que le abra la compuerta del lago de la Casa Blanca, o al agente que se encarga de la vigilancia de las cámaras para que detenga la grabación en ciertos momentos, o a las personas que le vieron salir del lago y llegar hasta el edificio para que no dijeran nada al respecto. Otro fallo fue que cometiese el delito él mismo en lugar de buscar a alguien para que lo hiciese, ya que nuestro amigo hizo un gesto con el que pretendía que la cámara no captase su cara, y ese gesto es el que nos ha servido para identificarle. Sólo en esas décimas de segundo que el agente de las cámaras no llegó a suprimir mientras entraba en la cocina, congelando las imágenes, se puede apreciar. En ellas, el autor del crimen con su mano derecha baja la gorra para tapar su cara, y es en ese gesto donde lo descubrí. Por favor, Terry". Terry puso las imágenes de la cámara de la puerta de la cocina grabadas a las 20.28, congelando los segundos en los que aparecía el criminal. Tal y como había dicho el investigador, el asesino bajaba la gorra con su mano derecha, y algo llamó la atención de Ridberg: en esa mano el criminal sólo tenía cuatro dedos, uno de ellos le había sido amputado. "Dios mío —gritó Ridberg— es Richard Harris, el Ministro de Seguridad de la Casa Blanca".

— |

| —

— |

| —

# POR AMOR

Sergio Pellicer Vallés

Ilustración: Francisco Vivo González

Miró el reloj de cuco que colgaba de la pared chapada de caoba y vio que faltaba un minuto para las seis de la tarde. Apagó la luz del flexo y el aparato de calefacción, corrió la cortina de su despacho y, tras ponerse su gabardina importada de París, como la mayoría de su ropa, giró a la derecha el pomo dorado de la puerta y salió del despacho. Un pequeño compartimiento en el reloj de cuco se abrió, y un pajarito tricolor salido de sus entrañas pió seis veces, una por hora; ahora sí que eran las seis, ya estaba bien por hoy.

—Buenas noches, señora Lawden. Cuídese y no tarde mucho en irse a su casa: no es bueno trabajar tanto y parece cansada —dijo al pasar por la mesa de recepción que precedía a la salida del enorme rascacielos de cristal.

—Así lo haré, señor Green, muchas gracias. Que pase usted una buena noche— respondió la recepcionista del edificio. Cuando el señor Green desapareció por la puerta principal, Margaret Lawden, aún embobada por una figura tan esbelta y apuesta, suspiró y dijo para sí misma: eso es un hombre, no con quién te casaste...

Lo cierto es que el pensamiento de la señora Lawden no era un hecho aislado: la vida del señor Green se había convertido en la envidia de casi la mitad de sus amigos, compañeros de trabajo y familiares. Con sus treinta y cinco años recién cumplidos era uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad, vivía en un bonito chalet situado en el borde de un acantilado con vistas al Océano Atlántico, conducía un coche de lujo y se acostaba cada noche con una mujer que parecía una modelo, su esposa, Jennifer, con quien compartía la milagrosa realidad de tener dos angelitos rubios como el oro, sus dos hijas gemelas, Salma y Rose. Un hombre guapo, inteligente y emprendedor, que coronó la cima de su profesión al ganarle un importante caso unos años atrás a un célebre abogado mucho más veterano que él. Desde ese día, cientos de ofertas le cayeron del cielo, y al demostrar que su triunfo anterior no se debía a ninguna casualidad sino a su propio talante, logró consolidarse entre los mejores y más solicitados de su profesión.

Sin embargo, y por contradictorio que pudiese parecer, tanta perfección le asustaba, no sabía exactamente por qué, pero le daba miedo tener una vida tan agraciada. Se sentía mal al ser la envidia de tanta gente, tenía la extraña manía de que era tan sólo cuestión de tiempo el que alguien se fijase en su existencia idílica e hiciera daño a su familia, a su querida mujer y a sus dos niñas del alma.

“No lo consentiré jamás, eso no pasará nunca. Antes la muerte.”

En el césped del jardín, junto a la piscina y a unos veinte metros de la pista de tenis, Salma y Rose jugaban alegres con sus muñecas. Les gustaba peinarlas, cambiarles la ropa y maquillarlas con una gran variedad de vistosas pinturas. Un poco de Rimmel por aquí, un poco de purpurina por allá, una pasada de pintalabios color carmín y todo listo para arrasar en la fiesta de esta noche. Así jugaban las pequeñas, así mataban su tiempo libre en las tardes de abril, cuando el tiempo comenzaba a ser propicio para salir un rato fuera y jugar al aire libre.

Esa tarde, a las seis y media, el señor Green llegó de trabajar y allí las encontró, preciosas como siempre, con sus nueve años recién cumplidos, rubias como el oro, como sus muñecas, como su padre, con esos dos ojos azules intensos también heredados de él. ¡Qué gusto daba llegar de trabajar y que las dos se te tiraran encima como locas a los brazos, compitiendo por ver quién era capaz de transmitir más amor y convertirse en la favorita de papá!

Pero no fue así esa tarde... Las niñas se acercaron a su padre tímidamente, extrañas, y tras darle un frío beso en la mejilla se dirigieron a él con una voz frágil, como un quebradizo hilo de seda que puede romperse de un momento a otro:

—Mamá está rara, estaba llorando esta tarde... Dice que no te ha llamado al trabajo por no preocuparte. Seguramente la encuentres en la cocina, lleva ahí desde las cinco.

Y allí estaba, justo donde las niñas habían dicho, con los ojos lacrimosos, apoyada en la mesa de roble sobre sus codos, sujetando su cabeza con los puños.

—¿Cómo? ¿Es cierto eso, cariño? Es terrible, que poca vergüenza... Llévame allí, quiero verlo yo mismo.

Jennifer asintió con un movimiento agitado de cabeza, cogió de la mano a su marido y le condujo hasta la parte trasera de la casa. El señor Green contempló aquello y se quedó boquiabierto. Al parecer habían saltado la verja del jardín por la tarde, a la hora de la siesta, mientras ella y las niñas dormían, y con tinta roja habían pintado frases de contenido intimidante: “Vas a morir”, “Pagarás por todo” y otras tantas amenazas por el estilo cubrían la fachada blanca de madera.

—Ha sido al despertarme. He salido a regar las plantas y me he encontrado esto, cariño, ha sido horrible...

El señor Green abrazó fuertemente a Jennifer contra su pecho. Al parecer su peor pesadilla se había hecho realidad. Quizá era sólo obra de un bromista con mal gusto, a lo mejor tan sólo alguien con mucho tiempo libre. Fuera como

fuese, debía denunciar los hechos a la policía sin demora o ¿es que no podía tratarse igualmente de algún perturbado con alguna razón para clamar venganza? No era de extrañar que un abogado como el señor Green tuviese enemigos desperdigados por el mundo, era mucha la gente que había mandado a la cárcel y que tal vez, una vez fuera de ella, al expirar su condena, deseaban con ansia hacerle pagar por las penurias soportadas durante su estancia en prisión.

\* \* \* \*

—¿Hace mucho tiempo que le pasa, señor?

—No, todo empezó hará unos tres meses.

En medio de la gran ciudad, en el piso 36 de un viejo edificio de principios de siglo veinte, Thomas Neerg reposaba tumbado en el diván de la consulta de un prestigioso psicólogo, el doctor Ryan Miller.

—Lo cierto es que los síntomas que describe son un poco extraños— indicó Miller leyendo las anotaciones que había ido tomando a la vez que su paciente describía sus síntomas—. Es habitual tener sueños extraños, pesadillas y esas cosas debido al estrés, los nervios o el temor a algún hecho en concreto, pero su caso es diferente... Dice que ve todo eso despierto, ¿no es cierto?

Thomas asintió con la cabeza.

- Sí —dijo—, son alucinaciones que veo sin previo aviso, no sé por qué... Es extraño, muy extraño, no sé cual puede ser la causa...

Mintió. Conocía perfectamente la causa de lo que pasaba. Sabía perfectamente que las cosas no suceden por casualidad, que lo que le ocurría no se debía al azar.

—Está bien, entonces le diré lo que vamos a hacer...

Las palabras del psicólogo se difuminaron, su volumen bajó gradualmente hasta fusionarse con el silencio más absoluto, ya no importaba nada de lo que pudiese decir. Sin previo aviso volvió a ocurrir, una vez más... Esta vez las paredes de la consulta se agrietaron; primero insignificantes escamas de pintura desconchada cayeron al suelo, segundos después enormes surcos de varios centímetros de grosor se expandieron por toda la blanca superficie rugosa y de sus entrañas supuraron cascadas de sangre roja y espesa que fueron inundando sin descanso el suelo cuadriculado de losas blancas y negras.

—¡No! ¡No! —gritó Thomas ante la atónita mirada del psicólogo, que veía como un hombre de cuarenta y pocos años de edad, viudo y sin hijos, se acurrucaba histérico en la esquina del diván, aferrado a un cojín azul para calmar su miedo y sus lágrimas. Miller intentó calmar a su paciente, pero éste no atendía a razones, estaba fuera de sí, sumido en un estado de shock.

La mente de Thomas Neerg era distinta a las demás. Para Miller, y en consecuencia para el resto de los humanos normales que hubiesen entrado en ese momento en la habitación, todo presentaba un estado muy normal. Sin

embargo, desde la subjetividad de Neerg, desde su concepción interna de la realidad, el nivel de sangre que ascendía desde el suelo emanante de las cascadas de la pared llegaba ya a la altura del diván y cubría al doctor Miller un palmo por encima de las rodillas.

De las profundidades del lago de sangre en que se había convertido la consulta surgió un cadáver medio descompuesto de una mujer de pelo castaño. Lo único que conservaba en perfecto estado eran sus ojos, unos ojos verdes preciosos pero con cierto halo de tristeza que abrió de par en par apuntando a las marrones pupilas de Neerg una vez más, como aquella vez, la última que la vio con vida...

—Tú lo hiciste, tú lo hiciste... No intentes ocultárselo al mundo, sabes que es verdad, lo sabes... —dijo con una voz metálica.

—No, yo no lo hice, no...

—¿No? ¿Y entonces quién fue?

Thomas rompió a llorar, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y Miller trató de impedir lo inevitable.

—¿Qué haces? ¿Qué vas a hacer? No, espera, eso no... ¡No lo hagas!

La angustiada frase, fusión armónica entre advertencia y súplica, vieja conocida de Neerg, resultó inútil. Susurró para sí mismo algo inaudible y apretó serenamente el gatillo oxidado de la vieja pistola que apoyaba contra su cabeza. Una bala del calibre 35 sesgó primero su piel, luego su carne, le hizo un orificio de asombrosa perfección en el cráneo y reventó el núcleo de su cerebro enfermo y paranoico. Todo en menos de un segundo. Ahora sí que había sangre en la consulta, un río enorme que se expandía por la moqueta azul marino proveniente de la cabeza redonda y pelada de un cadáver tieso en el suelo. Tal vez su conciencia ya no podía soportar más la carga de lo que había hecho, tal vez prefirió la muerte antes que seguir viendo durante el resto de sus días como los ojos verdes de un fantasma habitante en su imaginación le culpaban una y otra vez de haberla mandado a pudrirse bajo tierra. Tal vez un tiro era la única opción que le quedaba para escapar de su locura enfermiza...

\* \* \* \*

Inútil era la palabra perfecta para definir la denuncia a la policía de los hechos ocurridos. Los agentes, cincuentones y en una forma física deleznable, se habían dedicado a fotografiar las pinturas de la pared, formular una teoría absurda sobre lo que supuestamente podría haber sucedido y decir la típica frase que se dice cada vez que pasa algo así: “Tranquilos, no hay por qué estar asustados. Todo está bajo control”. Ni un guarda que vigilase la casa por la noche, ni un programa de protección de testigos, ni un consejo en caso de que alguien entrase en la casa con no muy buenas intenciones. Nada de nada. ¿Para eso pagaba impuestos? ¡Vaya un cuerpo de policía!



Al caer la noche el señor Green no paraba de dar vueltas por la cama, el más mínimo ruido lo ponía al acecho. Oía crujir los escalones de la escalera de madera, se levantaba sigilosamente y miraba con discreción: allí no había nadie; el follaje de los árboles se movía debido al viento, pero él lo atribuía a un intruso que encaramándose por las ramas pretendía entrar en su habitación para hacerles daño. Su obsesión fue tornándose cada vez más extraña y sucia. Cuando paseaba por la calle con su mujer y un desconocido le dirigía una mirada obscena, su mente comenzaba a maquinarse sobre si ese hombre la había mirado simplemente por su belleza, como el resto de los hombres, o si podía ser por otra razón: tal vez ese hombre sabía algo, a lo mejor era él el autor de las pintadas y los estaba espiando continuamente para estudiar sus movimientos...

—Oye tú, ¿qué estás mirando?

Los curiosos próximos a la escena se quedaban quietos y cuchicheaban, el hombre en cuestión huía ante el tono amenazante de la pregunta y Jennifer se tapaba la cara de vergüenza. "No podemos seguir así, cariño." Era cierto. No podían seguir así. El señor Green debía poner fin a aquella situación. Aun envuelto en el silencio nocturno más profundo imaginable, en su mente resonaba el eco incesante de una vocecilla siniestra: "Hazlo, no le des más vueltas, sabes que es lo correcto, hazlo..."

\* \* \* \*

Thomas Neerg se miró en el espejo de la habitación 315 del sucio motel de carretera en el que vivía desde hacía una semana y media. Pensó en como cambia el aspecto de la gente con el tiempo. "Antes era más guapo", se dijo contemplando su nariz aguileña, sus gruesos mofletes, sus ojos marrones, su cabeza totalmente rapada, su barba salvaje. Giró su vista hacia la cama deshecha, hacia el periódico que estaba encima de ella; tenía un mes y un titular muy desagradable: "El abogado Phillip Green y familia fallecidos al incendiarse su casa." Una lágrima recorrió la mejilla de Thomas. ¿Había hecho lo correcto? Una felicidad insana se apoderaba de su alma al pensar en sus muertes, pero al mismo tiempo se sentía mal y trataba de engañarse a sí mismo.

—Yo no lo hice... —decía convencido frente a su reflejo, intentando olvidar...

\* \* \* \*

"Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo... ¿Por qué no? ¡Es tu mejor opción!"

Abrió los ojos de golpe, ya estaba cansado de fingir el sueño. Con esa vocecilla insistiéndole en su cabeza era imposible pegar ojo, por lo visto la única forma de que se callase era hacerle caso; en cierto modo, las cosas que decía eran razonables. Permaneció un momento sentado en el borde de la cama sosteniendo un pitillo entre sus dedos índice y corazón, observando como un

fino hilo de humo subía azaroso por el aire hasta topar con el techo. En un lado de la cama de matrimonio su mujer dormía plácidamente: que rostro tan bello, qué cuerpo tan perfecto... No podía dejar que nadie le hiciese daño, tampoco a sus dos hijas, sus queridas niñas del alma. Pero lo que pretendía hacer él, lo que su voz interior le dictaba, tampoco era el camino más adecuado, así que optó por olvidarse de todo, recostarse de nuevo en la almohada de plumas y conciliar por fin el sueño...

“Hazlo, hazlo, hazlo... ¡Hazlo!”. Maldición, otra vez esa molesta vocecilla.

—No, lo siento, no puedo hacer eso que me pides, es una idea demasiado cruel... —respondió él mismo.

“¿Cruel? ¿Por qué? Claro que puedes hacerlo...”

—Lo siento, ya te he dicho lo que pienso— en medio del silencio sepulcral de la noche dialogaba con el vacío, con su propia conciencia.

“¿Prefieres que lo haga alguien por ti? ¿Tan poco quieres a tu familia?”

—No...

“Entonces no seas imbécil, muévete y hazlo... Sabes que de la otra manera no podrías soportarlo.”

Cierto, totalmente cierto. No se iba a quedar parado viendo cómo un lunático sanguinario condenaba a su familia, eso sí que no. El señor Green consiguió llegar al sótano entre pequeños brincos dados cada vez que las plantas de sus pies descalzos tocaban la fría superficie de mármol que recubría el suelo. Ahí estaba, en el interior de la vitrina de cristal. Un golpe seco bastó para que ésta cediera y pudiera coger lo que quería. Volvió arriba y entró en el dormitorio conyugal: de sus hijas se encargaría luego, lo primero era su mujer. Allí estaba, tan guapa como siempre, con su camisón blanco de seda, su preferido, y esa melena castaña tapando parte de su rostro angelical.

—Me duele en el alma, cielo, pero lo hago porque te quiero y no soporto la idea de que alguien pueda dañarte, lo hago por amor... —le dijo cálidamente al oído, sin intención de cortar su sueño profundo.

Jennifer, adormecida, abrió los ojos y bostezó. Al principio, recién despertada, no reconoció muy bien el lugar. Un vistazo rápido a la lámpara, a los cuadros, a la mesita de noche... Era su dormitorio, acababa de despertarse: tal vez un mal sueño... Alguien estaba a su lado, giró la cabeza... ¿Qué hacía su marido de pie junto a ella? ¿Qué era ese objeto que llevaba en la mano?

—¿Qué haces? ¿Qué vas a hacer? No, espera, eso no... ¡No lo hagas!

Fue la última vez que esos preciosos ojos verdes se clavaron en sus pupilas azules, la última vez que la vio con vida...

\* \* \* \*

Todos pensaban que estaba muerto, pero no. Observó una vez más su rostro en el espejo. Unas lentillas marrones, un par de operaciones quirúrgicas

para dar más volumen a sus pómulos y cambiar la forma de su nariz, la barba de un mes mal recortada y un afeitado total de cabeza: eso había bastado para no llamar la atención de nadie. Nuevos papeles, nueva identidad ... Nada difícil para un abogado como él. ¿Las huellas y los cadáveres? Un incendio los había borrado del mapa, como si nada hubiera existido jamás; el arma del crimen, una vieja hacha de leñador, también consumida por las llamas. La sociedad atribuyó la culpa a la policía por no proteger a una familia amenazada por un posible psicópata desde hacía tiempo. ¿Para eso pagaban impuestos? ¡Vaya servicio! Y en el fondo de su enferma cabeza, a ratos satisfecha y a ratos arrepentida, una pequeña burla siniestra a todo aquel que había pasado por alto su antigua vida se plasmaba en su nombre: Neerg... Green...



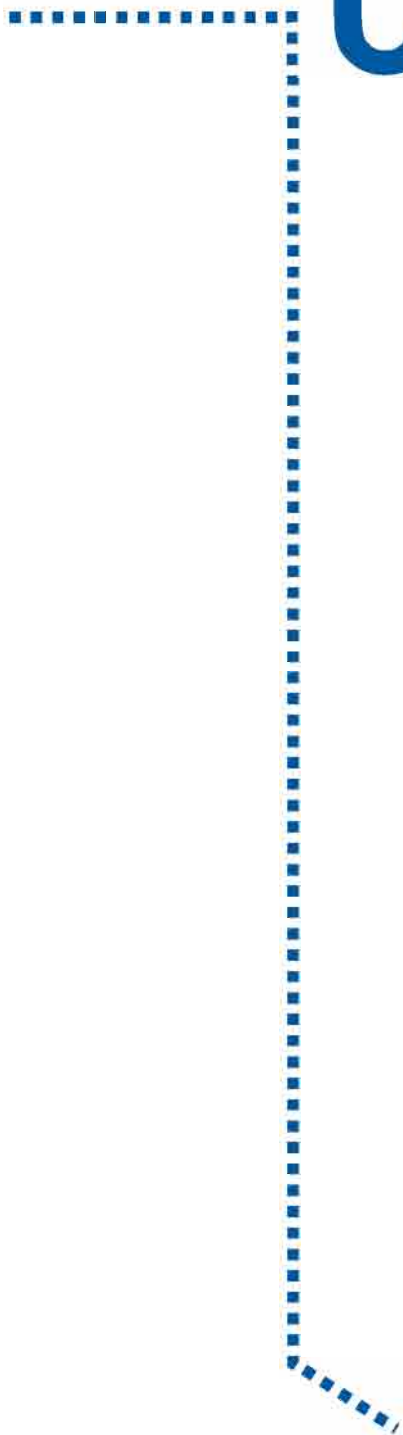
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD C



— |

| —

— |

| —

# DEJÁ VU

Eric Fernández Luna Martínez

Ilustración: Francisco Vivo González

El sol se desploma lento sobre la tierra dormida y desaparece bajo el horizonte que guarda silencio. Las erosionadas cumbres de los montes más lejanos se protegen tras las brumas del crepúsculo para esconderse de los ojos del hombre, el cual alza la vista al cielo y, rumiando una oración de agradecimiento al dios del trabajo, escupe su anhelo convertido en escupitajo. A su alrededor, un paisaje de infinitos surcos, próspero y agradecido, suspira de alivio al ver cómo endereza por fin su cuerpo. Con una mano se quita el sombrero de paja de enormes oquedades, con la otra se seca el sudor de la frente con el pañuelo que guarda en el bolsillo del pantalón. El calor es menos intenso ahora, pero lleva dentro de sí las inclemencias del infierno. Está agotado, necesita descansar.

Inicia la vuelta a casa, allá donde su familia lucha por sobrevivir, donde los niños juegan con la desgracia mientras su madre visualiza quimeras irrealizables en el fondo de un puchero vacío. Intenta olvidar su infortunio. Va en busca de respuestas. No se rinde. Dios está escondido tras los vértices sin luz de la noche eterna. Y él, Juan, hace tiempo que dejó de ser un hombre para convertirse en un muñeco de andarinas alpargatas. Negros augurios se perfilan en pos de las nubes. Atrás queda la silueta ajada y triste de los campos y el despertar de las aves nocturnas. El hombre camina lento, sin prisas. La mula le acompaña en su pesar.

Camino del pueblo, a solas con sus desvaríos, trata de recompensar sus ideas con frágiles pensamientos. Se abotona la chaqueta al sentir frío en su corazón y hunde el cuello entre los hombros. El viento alza en volandas a la luna llena, la cual se instala en el cielo para lucir su traje de seda blanca frente a las estrellas celosas. Se hace tarde. Se precipita la noche. Las horas pasan veloces sin que nada ni nadie las detenga.

Juan tira del ronzal de la bestia con algo más de interés. Cruza sendas, esquiva acequias ocultas por cañaverales. Tiene prisa por llegar. Sólo se detiene unos segundos para orinar al borde del camino y recoger unas cuantas cerrajas con las que engañar al estómago.

Dolores se olvidará del retraso si le llevo un buen puñado. Sé que le gustan, y a los zagales también —piensa mientras las guarda en la alforja.

Poco después, Juan llega a su chabola. Lo primero que llama su atención es la pobreza que le rodea, los almendros mustios y la huerta abandonada. Lo segundo, y algo más alentador, es la gargantada de humo que emerge de la chimenea que asoma por encima de la techumbre. Eso significa calor y comida,

el mayor tesoro que se le puede ofrecer a un hombre nada exigente.

Ata la soga del cabestro en la argolla que cuelga de la pared. El animal le observa, no sabe si con agradecimiento o con rencor. Es una mirada vacía, ausente, que aquilata los fondos más oscuros del silencio. Sabe que ya no le es tan útil al amo, como hace años, y que tarde o temprano será carne de matadero. Juan acaricia su lomo con cariño, brevemente, y a continuación empuja la desvencijada puerta de su casa.

La primera que sale a su encuentro es Rogelia, su hija pequeña. Juan, el mayor, que talla una figura de madera con la navaja francesa del abuelo, deja lo que está haciendo y se pone en pie para recibirle. Y al fondo, oculto entre las sombras, olvidado quizá, su anciano padre levanta la cabeza y le ofrece una sonrisa caricaturesca de una muerte fúnebre y desdentada.

Se olvida de él, de la niña y el primogénito. Mira a Dolores esperando una palabra, un gesto, algo que justifique el sacrificio diario de un hombre que lucha honradamente por los suyos. Ella, atareada, nerviosa, abriendo y cerrando las puertas del fogón, farfulla unas palabras de bienvenida sin dignarse siquiera a mirarle a los ojos. Juan busca refugio en la silla que hay frente a la mesa, junto al fuego de la chimenea. Su mujer le ofrece un vaso de vino sin que él se lo haya pedido; el detalle último de su vergüenza.

—Lo ha vuelto a hacer.

Dolores tiene los brazos cruzados sobre el pecho y le observa ceñuda. Su vientre parece hoy más hinchado que ayer. El estar preñada de nuevo ha agriado su carácter, ya de por sí levantisco.

—Es un viejo... ¿Qué esperabas?

Vago razonamiento el suyo, pues no ofrece soluciones ni aporta nada nuevo. El mismo desinterés de todos los días.

—Estoy harta, Juan... ¿Me oyes? — se aparta un mechón de pelo grasiento que cuelga de sus sienes— Estoy harta de limpiar sus mierdas y de lavar pantalones que hieden a estiércol. Además, una vez que nazca el niño me será imposible atenderle. Lo entiendes, ¿verdad?

— ¿Y qué se supone que he de hacer, arrojarle a la calle como a un perro?

—¡Dios nos libre! —exclama horrorizada—. Sin embargo, has de saber que he hablado con don Senén, el párroco. Me ha dicho que hará todo lo posible por ingresarle en uno de esos asilos para ancianos que hay en la ciudad.

—No tenemos dinero —eructó al final de la frase—. Desde que finalizó la guerra apenas si podemos alimentarnos.

Se acuerda de las cerrajas. Tal vez debiera ir a por ellas y evitar así el tener que seguir escuchando la misma cantinela de todas las noches.

—Don Senén comprende nuestra situación —le dice Dolores—, y sabe que somos pobres. Sería una obra de caridad de la Iglesia.

—Mujer... hablemos mañana que es domingo. Ahora estoy hambriento. Necesito comer algo caliente antes de acostarme.



Dolores, más relajada, asiente en silencio, ajusta con ademán orgulloso la manteleta negra de lana que cubre sus hombros y va a atender el guiso que comienza a oler a quemado. Al final de la casa, cabizbajo e inmerso en la impotencia de su vejez, llora en silencio el anciano. Juan se esconde tras el vaso de vino e intenta olvidarse de él. Tiene demasiadas cosas en qué pensar.

Un hervido de judías y patatas, acompañado por un trozo de pan duro que se ablanda según lo moja en el caldo, sacia su hambre pero no sus ilusiones de una vida digna. Los niños le dan las buenas noches, luego su madre les acompaña a la habitación contigua para arroparlos.

La tibia soledad le recorre el rostro, siente su estragada caricia en la piel agrietada de sus mejillas y en las arrugas de su frente. Le domina la angustia y siente necesidad de escapar, de huir... de ser otro y no él mismo.

Se levanta, se marcha en busca de aire fresco. Fuera, en el portal, el hombre escucha la voz de la noche atrayendo a las sombras, a las aves del infierno haciendo sus nidos en oscuros huecos, y el reptar sigiloso de la muerte... acercándose lentamente. El vivificante aroma del azahar envuelve todos estos sonidos y los aleja el cálido viento que sopla del sur. Apoyado en el quicio de la puerta mientras contempla la luna llena, Juan lía un cigarro de picadura con maestría y elegancia. Saca del bolsillo su mechero de yesca y golpea repetidas veces la ruedecilla. Sopla y la brasa se aviva, nace brutal de la nada. Enciende el pitillo y arroja una bocanada de humo gris que crea amorfas siluetas en la noche.

Siempre lo mismo, idéntica escena. Lo ya visto.

Semanas después, tras aceptar la caridad del párroco y el consejo desinteresado del médico del pueblo, Juan se aviene a lo pactado y decide que lo mejor para todos es ingresar a su padre en el asilo. Pero le es difícil liberarse del sentimiento de culpa, mucho más de lo que había imaginado. Está a punto de estallar, de fraccionar su cuerpo en un millar de pensamientos incoherentes y ambiguos. La casa... una despedida con cierto sabor a indecencia... el abandono de un hombre que ha luchado en contra de los años para alimentar a los suyos... la impotencia del hijo hipócrita que guarda silencio por cobardía. Son demasiados compromisos para un hombre cuyo único recurso son el brazo y el azadón. Y acepta, entre risas y lágrimas, resentimiento y alivio, la suerte de su anciano padre y su propia vergüenza.

Sentado en una piedra, bajo el ciprés que hay frente a la casa y con el alma quebradiza como la flor guardada varios años entre las páginas de un libro, Juan espera paciente a que su padre se despida formalmente de sus nietos. Se ha puesto su mejor camisa y el pantalón de los domingos, no importa que sea lunes. Sus zapatos, pulidos con betún, reflejan los primeros rayos de sol y el sabroso encanto de lo nuevo. Parece todo un caballero, aunque algo ridículo por su porte campechano y servicial. Se ha vestido para la tragedia, para la burda representación que labra los campos nacidos de su carne, de su sangre y de su alma. Ya no es Juan, tan sólo la mano del destino ejerciendo su derecho a lastimar, a ser juez y verdugo.

Se pone en pie, inquieto. Limpia la parte trasera de sus calzones con la mano y escupe a un lado su ansia. Va hacia la casa, pero no se atreve a entrar por temor a las miradas. Se limita a esperar a que salga el resto de la familia.

Como un deseo hecho realidad, la puerta se abre para dar paso a Dolores. Le observa en silencio desde el portal. Tiene los ojos enrojecidos, lo que demuestra que el dolor de su esposo también lo es suyo. Su gesto reclama el perdón de Dios y el de los hombres, ya que su único afán fue siempre el defender a sus hijos de la miseria y la enfermedad. La decisión de largar a su suegro fue un mal consejo del párroco.

Tarde se arrepiente de haberle escuchado.

—Deberías entrar cuanto antes —dice finalmente Dolores—. Los críos no entienden de estas cosas, son demasiado inocentes como para sospechar nada. La pequeña no para de decir que se va con él. Y yo, para evitarlo, le he dicho que te lo llevas a casa de tu hermana.

—¿A casa de mi hermana? —pregunta Juan, desconcertado—. ¿Qué hermana?

—Ya sé que no tienes hermanas, pero algo tenía que decirle.

Juan aspira con fuerza para no perder los estribos. No le gusta mentir a los niños.

—¿Por qué no le has dicho que va a un asilo?

—Hazlo tú... si puedes.

Juan aparta su mirada de ella y la dirige hacia los huertos serenos que adornan la vega. Se desentiende de la conversación. No quiere saber nada excepto llevárselo cuanto antes.

—¿Está preparado? —vuelve a encarar el rostro de su esposa.

Dolores asiente con la cabeza, apretando con fuerza sus labios abruptos. En su gesto de arrogancia hay chispas de caridad y sentimientos de culpa. Es mujer, y siente tener que actuar como una arpía. Pero también es madre, y para una buena madre lo primero son sus hijos.

—Ve a decirle que salga. Le espero aquí.

La mujer regresa al interior de la chabola murmurando frases incoherentes que nada sirven de consuelo. Al poco regresa acompañada del anciano, el cual tiene que apoyarse en el brazo de su nuera para andar. Sobre los hombros lleva una alforja con sus recuerdos más queridos.

Padre e hijo intercambian miradas vacías. Se observan en silencio. Se reconocen culpables y se avienen al castigo. No pueden seguir luchando en contra de un destino implacable que les separa definitivamente. Ambos saben que es el último adiós, y que jamás volverán a verse.

Un ángel de hielo pasa entre ellos para recordarles que la voz aún vive.

—¿Estás bien? —le pregunta Juan—. ¿Quieres llevarte algo más?

—Me hubiese bastado con el anillo de pedida de tu madre, pero Dolores

se ha empeñado y me ha echado algo de ropa, un crucifijo y algunas monas que han sobrado de la Pascua.

—Es lo menos que puedo hacer por usted —dice la mujer—. Además, prometo llevarle panecillos de cebada recién hechos todos los lunes, esos que tanto le gustan.

—Y yo te lo agradeceré, hija mía, porque en el fondo sé que me aprecias como a un padre.

Tras aquellas palabras el tiempo se detuvo. Mujer... esposo... padre o suegro, ¡qué más da! Al fin y al cabo son tres personas que comparten sentimientos, aunque cada uno lo vive de distinto modo. La despedida crea huecos en el alma, pero libera compromisos.

—Será mejor que nos vayamos, padre —Juan rompe el hielo—. Aún nos queda un rato antes de llegar al río.

Se inclina para que el anciano pueda subirse sobre su espalda. No tiene carreta, y la mula había muerto de vieja días atrás. Sólo cuenta con sus brazos y su fuerza.

Dolores agita su mano diestra diciendo adiós, mientras con la otra oculta el gesto desamparado de sus labios. Se la ve triste. Su pena es más grande que el perenne despertar a su pobreza. La sombra de su suegro la perseguirá siempre, como una amenaza... como una maldición implacable.

Mientras tanto, dos hombres sin rostro, vencidos, rotos, sucios fantasmas de una inacabable pesadilla, bajan la senda que lleva al pueblo sin decirse ni una sola palabra, y eso que ambos desean gritarle al mundo su rabia.

Juan se acuerda entonces de su hijo, el mayor, y se pregunta qué habrá sido de él. No le había visto en toda la mañana, y era el único que no estaba en casa al levantarse.

Un tímido escalofrío recorre su espalda al escuchar las nueve campanadas del Ave María cuyo eco proviene del Santuario de la Virgen, más allá de la Cresta del Gallo. Acaba de recordar un pequeño detalle, déjà vu lo llaman los franceses. Poco a poco, con lentitud pero a la vez con decisión, gira un tercio su cabeza. De soslayo descubre a Juanito subido en el tejado de la casa.

En realidad, es a sí mismo a quién ve en lo alto de su chabola, con treinta años menos y algo más de fe. Y recuerda una imagen similar siendo él pequeño: ve a su padre, rejuvenecido, llevando a sus espaldas al abuelo; quien nunca regresó al hogar.

Sigue su camino, dejando a un lado los sinsabores de un ayer tardío. Rodea las cuatro casas de Algezares, sórdidas esquinas donde se arrebujan los recuerdos más remotos de su infancia, y se introduce en la huerta preñada de palmeras y naranjos. La humedad que rezuma la tierra, tan lisa, tan callada, vivifica su escondida juventud y alivia el sentimiento de culpa que le acompaña durante toda la mañana. A ello hay que sumarle el silencio del anciano, quien parece dormir sobre su espalda.

Minutos después, poco antes de llegar al río, Juan siente que se le doblan las piernas. Su padre, aunque magro, se hace tan pesado como el yunque de un herrero. Un tirón en la zona lumbar se lo pone más difícil todavía. Por su frente corre el sudor y enturbia sus ojos. Necesita descansar un instante, beber un trago de agua bajo la sombra de un árbol.

Mira a ambos lados con la esperanza de hallar un refugio que se acomode a sus necesidades. A su derecha, alejado del camino, en medio de unas tierras de nadie, yermas y descuidadas, descubre una higuera de generoso follaje que, al igual que un oasis en mitad del desierto, promete paz y reposo al viajero.

—¡No... allí no! —grita el anciano al adivinar su intención de ir hacia la higuera—. ¡Llévame a donde quieras, pero aléjate de ese árbol!

Creyendo que se trataba de un capricho senil y ocurrente, le contesta:

—Estoy cansado, padre. He de parar un momento.

—Hacia delante hay un parral, a cosa de diez minutos. Allá la sombra es mejor, y más buena y húmeda su tierra.

—Lo siento, pero no puedo más —se queja—. Parece que llevo clavado un cuchillo en la espalda.

Deja la senda y se encamina hacia el árbol, atravesando el bancal donde crecen hierbajos y arbustos. Nada más llegar se pone en cuclillas, facilitándole la labor a su padre para que pueda bajarse. Éste se acomoda junto al tronco, donde apoya su espalda y la cabeza. Entorna los párpados. Musita palabras incomprensibles para Juan. Sus labios tiemblan de ansiedad. Una oración se pierde en la mañana.

Juan se sienta a su lado, echando hacia delante la boina para que oculte sus ojos. Tiene intención de dormir un poco, dar una cabezadita antes de llegar al asilo. Al fin y al cabo no le esperan hasta las diez, y acaba de dar las nueve en el reloj de la iglesia. Hay tiempo de sobra.

Ya siente llegar el sueño, cuando escucha leves pucheros que llaman su atención. Se incorpora apoyando los codos en el suelo. Luego aparta la boina de su rostro. Su padre llora en silencio. Agoniza a voz callada. Pero lo más extraño de todo son sus ojos: lejanos, distantes... nostálgicos.

—¿Qué ocurre, padre?... ¿Por qué lloras?

El anciano clava en él su mirada. El desconsuelo que reflejan sus ojos le hiere el alma.

—Hay cosas en este mundo que no tienen explicación —contesta a la vez que mira a su alrededor como si buscara a alguien.

—¿De qué hablas?

No comprende sus palabras y ello le incomoda.

—De la vida, hijo mío... Te hablo de esta vida miserable y sus pecados. Y de cómo, antes o después, todo lo malo que hacemos se paga.

—Ya te he explicado mil veces que no te llevo al asilo por rencor —trata de convencerle—. Han sido el hambre y los hijos.

—No te disculpes, tú no tienes la culpa. Sólo es que...

—¿Qué?... ¡Termina de una vez!

Ahora está irritado por la situación, bastante tensa a su parecer.

—Hace muchos años, un día tal como hoy, cargué con mi padre a costas y me lo llevé de casa. Me entró la fatiga porque hacía bastante calor, tal como hoy, y decidí descansar para beber un trago de agua y echar una siesta a la sombra. Y eso hice. Y lo hice aquí... ¡aquí mismo! —golpea el suelo con la palma de su mano—. ¡Aquí mismo me detuve, Juan!... ¡En este mismo lugar, un día tal como hoy! —rompe en sollozos—. ¿Lo entiendes, hijo?... Dios ha castigado mi falta de piedad y soy yo ahora quien va al asilo. No he podido escapar a mi destino. Quien a hierro mata, a hierro muere.

Juan está petrificado. Su mente, su vida, su afán, su falsa esperanza de una vida mejor sin su padre... todo converge en un solo punto: aquella higuera, ese árbol maldito desde el principio de los tiempos, que nació de la mala tierra para castigo de los hombres. Era el punto de partida, y a la vez el final del viaje.

Entonces, como si le hubiesen quitado una venda de los ojos, vio la realidad tal y como se muestra a los iluminados y descubrió en la anécdota el secreto de la vida: no desees para los demás lo que no quieras para ti. Porque el daño que hacemos, antes o después, nos es devuelto.

—¡Padre!... —Juan se ha puesto en pie, y aunque reprime las emociones que embargan su corazón, su mirada refleja la ilusión del hijo que lleva dentro. No te preocupes, no dejaré que nada malo te ocurra. Ahora mismo nos vamos de nuevo a casa. Me da igual lo que piense el médico o el párroco. ¡Tú eres mi padre, y hasta que mueras estarás conmigo!

—¿Y qué le vas a decir a tu mujer?

—Que no quiero que el día de mañana me pase igual, ni quiero que mi Juan tenga que pararse a descansar en esta higuera cuando me lleve al asilo. Le quiero demasiado, padre —no puede evitarlo: llora sin consuelo alguno—. No quiero que pase este trance tan amargo. Sería injusto que sus hijos hiciesen lo mismo con él... ¿Verdad, padre?

El anciano calla, no dice nada. Se limita a cerrar sus ojos tristes al tiempo que su mirada se pierde entre las nubes del cielo.

Juan da por finalizada la conversación y el propósito de abandonarle en un hogar para tísicos. Carga de nuevo con él e inicia el regreso a Algezares. Acaba de quitarse un gran peso de encima. Su conciencia está limpia. Se enfrentará al futuro con las pocas armas que posee, y le vencerá. Siempre ha sido así.

—Ahora que te vas a quedar con nosotros, he pensado que podíamos ir un día a cazar conejos y perdices con la escopeta del señorito —está de buen humor. Tiene ganas de hablar—. Y... y el zagal vendría con nosotros. Ya sabes, para coger las piezas que vayamos cazando. A él le gustan todas esas cosas, como a ti y a mí. ¿A que sí, padre... a que se parece a nosotros?

El anciano, con la cabeza apoyada sobre la espalda de su hijo, guarda silencio.



—Me parece haber perdido el sentido de estos años —continúa diciendo Juan—. Quisiera volver atrás, cuando aún te valías por ti solo. Quisiera llevarte al café, de tertulia con los amigos... o mejor aún, de parranda a la taberna. Tú ya me entiendes —sonríe ruborizado—. ¿Verdad que echas de menos una buena juerga?

Nadie contesta. Quizá esté dormido.

—Pero todo eso lo podemos solucionar —Juan insiste—. El domingo que viene nos vamos a la finca del tío Perricas y le decimos que nos deje dos galgos y su escopeta. Más que por nada, para llevar cada uno la nuestra. Y si no puedes estar de pie, sentado sobre una piedra se dispara mejor.

La adrenalina corre por sus venas, le ahoga tanta felicidad. Se ha liberado. Ha roto la maldición

que recaía sobre su familia; pasada, presente y futura. Es otra persona. Ya no hay nada ni nadie en este mundo que pueda hacerle daño.

—Y luego, por la tarde, nos beberemos una botella de vino viendo el atardecer. Y tú me contarás esas historias que tanto me gustaban de chico. Y después...

Entran en la huerta, que les recibe con fragancia de azahar que el viento esparce por la vega. Es primavera. Hace un día precioso y el sol luce en lo alto. Regresan a su hogar... a su tierra.

Juan, que se desvive por entretener a su padre, habla y habla sin cesar.

¡Pobrecillo!... con la ilusión que tiene y no sabe que lo lleva muerto sobre la espalda.

# SIN AIRE

Lorena Escudero Sánchez

Ilustración: Francisco Javier Fernández Jimeno

Yo cavé mi propia tumba. No, no, no me entiendan mal. No es que yo hiciera algo malo a nadie que me pudiera vaticinar este precipitado final. No. Es que yo fui sepulturero, y yo abrí a golpe de palada esta brecha en la tierra en la que ahora me encuentro.

Aunque quizá sí hice algo malo, porque esta tumba en la que vertí gotas de sudor no me correspondía a mí ocuparla. Yo la miné para un vivo que tampoco sabía que debía morir. Yo no conocía a aquel individuo ni me había hecho daño alguno. ¿Y por qué la hice entonces? O, ¿por qué no le advertí de los propósitos de aquel otro vivo que me propuso el trabajo, escondido tras el sombrero de ala ancha a lo Humphrey Bogart? No lo sé. Bueno sí que lo sé, qué carajo. A estas alturas ya nada puede perjudicarme más. Fue por Carolina Vasares, “la Santa”.

Qué mujer aquélla. Recuerdo un hechizo en los ojos, verde oliva. Unos labios hinchidos de puro dulce, un rostro de niña extraviada, rizos negros. Y unas piernas que sólo podían ser el camino al paraíso, o al infierno incluso, que no son tan distintos. No hubo jamás en la comarca unas piernas así, me dijeron cuando llegué acá, con un hatillo en la mano y un trabajo mal pagado sobre los hombros, cuya única satisfacción era la de poder escupir sobre las tumbas de aquellos campesinos pagados de sí mismos.

—Tienes que verla, chico, a “la Santa”. No hay mujer igual. Te prenderá.

Y no era exageración de charlatanes lo que de ella se oía. Era increíble, bella y cariñosa como ninguna. Todos los hombres de las cercanías que no eran imberbes o castos (por su condición de religiosos, bien se entiende) bebían los vientos por ella. Incluido su marido, un vegetal que bien podría doblarle la edad. Y era para aquel viejo, robusto como un toro y protegido de la Fortuna, para quien yo escarbaba la tierra.

Se contaban muchas historias de “la Santa”, que al parecer no era tan joven como aparentaba ser. Pese a que lo de “Santa” le venía de su immaculada presencia y ferviente devoción religiosa, las malas lenguas envenenadas de envidia de sus vecinas la tachaban de bruja, de hacer no sé qué conjuros y cataplasmas de placenta para conservar el rictus de niña pura, mientras el sol quemaba y envejecía a las semejantes de su misma edad. También se empañaba su imagen con un supuesto niño ilegítimo, nacido y abandonado el mismo día.

Pero sin duda el papel que todo el mundo le otorgaba, por el que era mirada de reojo en el mercado y se sabía víctima de los cotilleos en el río donde bajaban las mujeres a lavar, era el de "viuda negra". Y bien podría haber sido cierto, con un marido tan mayor como el que tenía, dueño de una fortuna tan grande como la que poseía y con aquel carácter malhumorado y gruñón que la asfixiaba a veces. Sí, podría haberlo sido, y de hecho yo mismo estaba seguro de que "la Santa" se había unido al viejo por su dinero y que esperaba el momento de acabar con él, si la Naturaleza no obraba antes. Sobre todo después de recibir el encargo de matarlo.

La primera vez que tuve conciencia de que aquel hombre iba a morir me encontraba bebiendo sólo en la cantina, hastiado del trabajo y de la vida y cantando mis penas muy bajito a una camarera maternalmente cariñosa. Apenas había ruido ni gente, así que una sombra como la que cruzó la puerta no podía pasar desapercibida. Era alto, fornido y de piel curtida, pero saltaba a la vista que no precisamente por labrar la tierra durante horas bajo el sol. Podría haber pasado por marinero, de no haber sido por el reloj de oro y los blanquísimos dientes. Me asqueó al instante, porque envidiaba su posición y porque espantó a la camarera al sentarse en mi mesa sin pedir permiso.

Dejó el sombrero de ala ancha sobre una silla vacía y me miró fijo a los ojos. Me habló de Carolina Vasares y de su marido, al que vistió de ogro amargado y opresivo hacia su esposa, indigno de vivir. Y me preguntó si yo estaría dispuesto a hacer algo por ella. No sé si fue la repulsión hacia el hombre, el vino hirviéndome la sangre o que de pronto recordé aquellas piernas endiabladas de "la Santa", pero respondí inquiriendo qué estaba ella dispuesta a hacer por mí. El hombre se levantó furioso, tiró mi vaso al suelo y se marchó dejando a su paso un rastro de perfume caro que detonó mi estómago desacostumbrado al alcohol. No dijo que era su amante. Ni falta que hacía.

Lo que no lograba entender era por qué precisamente yo debía liberarla del yugo del matrimonio. Pero las respuestas, como ocurre casi siempre, me llegaron solas, un par de días después, cuando dos figuras interrumpieron mi trabajo de labranza de eternas moradas en el cementerio. Una de las dos siluetas pertenecía a un hombre cubierto por un sombrero y la otra a una mujer que no necesita presentación a estas alturas del relato.

Me contaron su plan. Yo acababa de llegar a aquel lugar y nadie se había fijado demasiado en mí y su marido ni siquiera me conocía. Además yo poseía un rostro extraordinariamente común y fácil de olvidar, lo que ya sabía que resultaba ventajoso en situaciones como aquélla. También era joven y fuerte, y bastante diestro en eso de enterrar, de forma furtiva si era necesario. Ellos pensaron que no tendría escrúpulos. Y acertaron. Ni escrúpulos, ni familia, ni nada que perder. Sólo tenía en aquel momento una hebra de sumisión prendida a sus ojos verdes que me lloraban pidiendo ayuda. Y supe que desde entonces haría cualquier cosa que ella me pidiera. Y supe también que aquella mujer vestida de negro y frío era mi maldición.

Lo habían preparado todo muy bien. Yo llegaría al pueblo caracterizado



como un primo de ella (del que por supuesto el marido desconocía su existencia) y me quedaría con ellos unos días, abusando familiarmente de su hospitalidad, hasta ganarme la confianza del hombre. Después propondría una cacería, deporte que él adora y que estaría encantado de organizar. Y en ella, que si una pieza pasa muy cerca del viejo, que si él se aproxima demasiado, que si yo disparo a la presa... Y bueno, los accidentes ocurren. Y dicho aquello me dejaron que reflexionara. Me quedé mirando cómo se alejaban, él sujetando los hombros de ella con cariño. Y lo único que reflexioné fue la maldita envidia que me daba aquel hombre que podía estar junto a ella. Por aquel entonces yo todavía no sabía que el hombre del sombrero era el hermano de "la Santa".

Que aquella historia estaba marcada de fatalidad y que ninguno saldríamos bien parados lo supe el día de la cacería. Pero antes de descubrirles la muerte del anciano, permítanme que me distienda un poco en narrar los detalles precedentes a aquella tarde, momentos en los que realmente llegué a intimar con aquel pobre hombre.

Me abrió la puerta de su casa como el buen campechano que no es dueño de nada y todo cuanto tiene está a disposición de sus invitados, especialmente del primo de su esposa que había viajado desde tan lejos. Un tiempo después descubrí que el hombre cumplía aquella expresión, puesto que realmente no era dueño de fortuna alguna sino que todo el dinero pertenecía a su mujer, siendo él tan pobre como las ratas.

Había nacido en el seno de una familia pobre pero era trabajador y honrado, lo que le valió el respeto y cariño de todos. Con el tiempo llegó a aquella comarca al servicio de un hombre que poseía todas las tierras desde el pinar hasta más allá del riachuelo (lo que viene a significar casi toda la tierra cultivable del lugar), y que tenía una hija de preciosos ojos verdes. Creció así, hablando a la patrona con la mirada en el suelo y observándola desde el silencio de su escondite entre los arbustos. Nunca se atrevió a cortejarla abiertamente como hacían los niños ricos del pueblo, pero era bien sabido que suspiraba por ella. Sin embargo, la muchacha nunca le dirigía sus pestaños y sonrisas a él. Por eso le extrañó tanto, a la vez que le alegró infinitamente, que dejara al chico con el que coqueteaba desde hacía tiempo y aceptara casarse con él.

Así pues, a medida que me iba adentrando en la historia de la familia se resquebrajaba ante mis ojos el mito de la "viuda negra". Pero aparecía una duda mayor, porque, si el dinero era suyo y se había casado enamorada de su esposo, ¿cuál podía ser el motivo para que ella pretendiera su muerte? Y aún más extraño, ¿qué podía haber hecho aquel bendito para provocar los deseos de venganza de "la Santa"? Porque eso sí, que ella anhelaba vengarse lo tuve claro desde el primer día que pasé en su casa.

Cuando uno ha crecido en ambientes de mala muerte, donde dominan los instintos y la necesidad de supervivencia es en realidad el único motivo que nos impulsa, es capaz de reconocer en la mirada de las personas tan bajos impulsos como la venganza. Y cuando ella miraba a su marido, enfrentados por la mesa del comedor o desde la mecedora mientras él me explicaba una y otra vez sus

hazañas, no había ni un ápice de amor o dulzura en sus ojos. Tenía la mirada fría, vacía y calculadora de quien espera el momento oportuno de desquitarse, de quien observa con desprecio a la lagartija que ha capturado. Había odio en aquella mirada. Un rencor antiguo, premeditado e hiriente.

El motivo de aquel odio me fue desconocido e imposible de adivinar hasta instantes antes de la muerte del viejo. Pero es necesario no precipitarse y relatar aquel día cómo ocurrió, a fin de que sean partícipes de lo retorcido y extraordinariamente desafortunado de esta historia.

Yo esperaba junto a la fuente, atento a aquel claro del pinar como si en ello me fuera la vida. Aguardaba, escopeta en mano, a aquel hombre que me había llegado a querer como si fuera su hijo. Se retrasaba. El sudor empapaba mi frente y ya empezaba a preguntarme si sería capaz de hacerlo una vez llegado el momento. Pero nunca lo sabría, porque media hora después, extrañado por el retraso, salí a buscarle y me encontré de bruces con que el destino nos había jugado una mala pasada a todos.

Al principio creí que la suerte estaba de nuestro lado, pues aquel accidente que tuvo el viejo facilitaba todo en gran medida y yo no tendría que ensuciarme las manos. Pobre de mí, que no supe ver en aquel extraño designio, demasiado perfecto pese a lo casual, un signo de que algo marchaba mal.

El caso es que el hombre, ansioso tras la presa, no presintió el hundimiento hasta encontrarse sumido en él, precipitándose barranco abajo hasta su pie forrado de rocas. Y fue allí donde lo encontré, malherido pero digno en su lecho de muerte. Quise pedir auxilio pero me lo impidió.

Según dijo se sabía perdido y todo cuanto quería era salvar su alma, confesando el terrible error que le oprimía y consumía. Por eso empezó a dictarme las palabras que ya no podría decir a su esposa.

Es curioso cómo a veces los rumores son más veraces de lo que los propios chismosos creen. ¿Recuerdan que les hablé de una historia que circulaba entre susurros sobre un supuesto hijo que tuvo “la Santa” con otro hombre? Pues bien, ese chiquillo existió. Porque el viejo, en sus finales instantes de agonía, me confesó toda la historia: el nacimiento del niño, su ceguera de odio al saberse engañado, su intento de alejarlo todo lo posible para ocultar la infidelidad. Así fue como, actuando desesperadamente, decidió dejar al niño al cuidado de unas monjas en un orfanato, anunciándole después a su destrozada esposa la supuesta muerte del bastardo.

Desde aquel día el hombre había cuidado siempre de ocultar a su esposa el secreto que le quemaba por dentro, aunque en realidad deseaba que ella descubriera que el pobre chiquillo seguía vivo, y creyó que así había sido unas semanas antes de mi llegada, cuando la matrona que acompañó el parto, cuyo silencio había sido ya bien pagado, se fue de la lengua en presencia de su mujer por los efectos de un vino muy peleón. También se encargó siempre el hombre de que nada le faltara al niño, ocupándose mediante las monjas de su manutención y educación. De ellas recibía periódicamente informes sobre el crecimiento del pequeño: de sus primeros dientes, de su comportamiento en el colegio, de las

paperas... Vivió atormentado por aquel niño, sin atreverse a confesarle la verdad a su esposa, y guardó todas sus miserias y remordimientos bajo llave en un código postal, donde recibía, en pos de la discreción, las cartas de las monjas.

Y como último legado me dejó la llave de aquella caja en la oficina de correos, que guardaba celosamente junto al pecho, y el encargo de dársela a la mujer a quien correspondía por derecho.

—Dásela y pídele que me perdone. Dile que nunca quise hacer daño a nadie. Dile que busque al chico, que aún no es tarde y los dos pueden ser felices. Dile que la quise mucho. Ruégale que me perdone, hijo, porque yo no puedo hacerlo.

Y murió en mis brazos, libre de un tormento que me había traspasado en palabras a mí. Y estoy seguro que descansa en paz porque ya pagó en vida su error con el arrepentimiento y la mala conciencia.

Y de arrepentimiento se siguió esta historia, porque horas más tarde le transmití aquellas palabras y la plateada llave a Carolina Vasares y me pareció advertir en su rostro que quizá no deseara la muerte de su esposo tanto como creía, y que posiblemente se dejó manipular por la presión de aquel que nunca consideró al viejo digno merecedor de su hermana, o por el odio ante los chismes de una comadrona que imitaba el llanto de su bebé al nacer. Pero todo estaba acabado, el destino nos brindó aquel guiño irónico y ahora celebrábamos el fin del trabajo.

El hermano reía desde una butaca, con su copa de vodka en la mano. Ella no bebía, se mantenía apartada en un rincón, observando con estremecido horror sus carcajadas. Le noté algo extraño. Seguía mostrándose fría e invulnerable ante el crimen y sus consecuencias, pero a veces me miraba de soslayo y apartaba la vista nerviosa, excitada. No tardé mucho en darme cuenta del motivo de su preocupación, porque empecé a notar la vista fatigada e imposible de enfocar, el corazón latiendo desorbitado y un ahogo que me subía desde el pecho y me cerraba la garganta que yo intentaba liberar como desabrochando un infernal alzacuellos. Miré mi copa aún sin terminar y comprendí. Y entendí también que nuestra propia falta de escrúpulos nos había condenado a todos. Y reí con todas mis fuerzas.

Cuando volví a abrir los ojos estaba aquí, en un espacio mínimo rodeado por estas paredes de madera, y más allá por la estéril tierra. Ha sido otra cruel broma del destino que el veneno no hiciera el efecto esperado, pero al fin y al cabo voy a morir, pues no tardaré mucho en quedarme sin aire. Y mientras tanto me ha sido concedido este lapso de reflexión.

Y he llegado a la conclusión, queridos amigos, de que a veces la fortuna puede jugarte malas pasadas, siempre y cuando te dejes guiar por las oscuras pasiones que todos guardamos. Mi perdición fue la soberbia, el creerme capaz de burlar el fatídico final que me acechaba; en palabras llanas: me pasé de listo. ¿Sabes por qué? Porque antes de entregarle la llave a "la Santa" yo pasé por la oficina de correos y abrí aquella caja, decidido a comprobar mi sospecha. Y reconocí en las cartas las palabras de sor Cecilia, que tantas veces me riñó en

mi infancia por no lavarme los dientes antes de irme a la cama.

Pero en lugar de contar lo que sabía, me pareció divertido esperar un poco y dar el golpe de gracia, mientras iba bebiendo mi muerte en una copa de ginebra.

Mis ojos se están cerrando. Se acabará mi historia. Se olvidará mi nombre. Pero no habrá quien pueda borrar de mi rostro esta sonrisa.

¿Que por qué sonrió?

Porque realmente es irónico cómo han sucedido las cosas. Tanto tiempo esperando encontrar a mi madre y resulta que estamos hechos del mismo material y que nos mueven los mismos bajos instintos, y que ella no ha dudado en acabar conmigo.

Me parece ahora divertido haber juzgado sus piernas. Y me resulta aún más divertido imaginar su final, porque es seguro que ella también terminará sus días de una forma terrible y cruel. Sonrió al imaginar su cara cuando lea la última carta de sor Cecilia, donde dice que, cumplida mi mayoría de edad, me han mandado a un cementerio de un pueblo cercano, curiosamente en el que ella vive, a trabajar de sepulturero, bajo el nombre que ahora debería presidir mi sepulcro...

En fin, creo que aquí termina la historia, porque ya no puedo seguir...

Se acabó el aire.



# TIEMPOS MODERNOS

Pablo Escuder Abenza

Ilustración: Francisco Vivo González

Ella tenía treinta y cuatro años, una sonrisa que aún tan amarga como era enseñaba belleza, pechos todavía firmes. Una mujer aún joven según los cánones de juventud de hoy. Hasta los cuarenta se es joven, leía en las revistas que compraba cada semana. Esperaba que las revistas que comprase diez años después, destinadas a un público femenino entre los cuarenta y cincuenta le contasen que hasta los cincuenta se es joven. No creía que fuese a estar viva para ese momento. Nunca defendió el suicidio, como no defendió el aborto o la eutanasia, por razones de su moral, pero no lo descartaba. Sabía que era la solución de los cobardes. Si no matarse, al menos iba a dejarse morir. Una idea vaga le rondaba la cabeza y le decía eso.

Él tenía veintitrés. Era joven, bello e infeliz. Como todos a su edad. Estudiaba cuarto curso de Matemáticas. Con dos aún pendientes de tercero y una matriculada de quinto, por darse el gusto de notar cerca el fin. Un fin que con los años se había ido quedando lejano. Ya no tenía sentido. Le daba miedo. Un poco de miedo. Llevaba cinco años en la universidad. Le quedaban otros dos. No conocía la vida de verdad. Se lo decía su padre, se lo repetía su abuelo, él lo asumía como cierto. Qué le esperaba cuando tuviese la licenciatura acabada.

Ella había estudiado Filosofía. Filosofía pura, carrera sin futuro. Se lo dijeron. Se lo machacaron hasta los profesores, que parecían tener poca gana de corregir exámenes y trataban de ahuyentarlos. Lo había sabido. No podía decir que se sorprendiese de que la hubiesen rechazado en aquella empresa multinacional a la que acudió buscando un puesto en la alta dirección de la nueva oficina. Licenciatura universitaria, valorándose buen expediente. Nivel alto de inglés necesario. Se considerarán favorablemente conocimientos de otras lenguas.

Ella tenía un expediente con media de 2'7 (notable muy alto para los no familiarizados con esas puntuaciones). Inglés hablado, escrito y leído a altísimo nivel (respaldado por una prestigiosa universidad británica, una de las dos que todos conocemos), nivel medio alto de alemán (lo aprendió para leer a Hesse y Kafka sin traducción) y nociones de francés (le venían del instituto y algún

pequeño viaje] y portugués (tiempo de fado su adolescencia tardía que la llevó a querer estudiarlo). Informática a nivel de usuario. Soltera, no fumadora, buena presencia. Aficionada al cine en versión original, la lectura y los viajes. Se presentó a la entrevista personal tranquila (valeriana), con confianza (sabía que lo merecía), habiéndose puesto muy guapa (un traje precioso que le prestaron). Eres una chica muy valiosa, le dijeron. Con el tono de tenemos dos noticias, una buena y otra mala. La buena. Pero preferiremos a alguien con formación más cercana al mundo de la empresa. La mala. Tuvo suerte sin embargo y se quedó con un puesto de oficinista. Mejor que pizzera, montadora de muebles, cuidadora de niños. También había pensado en preparar unas oposiciones.

La tarde en que se conocieron, ella había dejado de trabajar cinco años atrás. Él había decidido quitarse temprano de estudiar esa tarde. La teoría conmutativa de grupos podía esperar. Se levantó del escritorio, se preparó un café capuccino instantáneo y encendió un cigarrillo. Inhaló despacio, hasta casi el atragantamiento, y lo expulsó con parsimonia. No le gustaba el sabor del tabaco. Pero consideraba que encender un pitillo era una de esas pausas valorativas tan necesarias en la vida. Puso la emisora que tenía permanentemente sintonizada y allí sonaba una canción de pop elegante disfrazado de jazz. Intelectualismo presuntuoso, declaró presto el crítico locutor. Pero cómo nos gusta a todos, completó. Él, desde su cuarto de piso compartido de estudiantes con relativo desahogo económico, asintió. Aunque a él, sincerándose, lo que de verdad le gustaba, lo que le gustaría más bien, le encantaría, sería poder tener una lujuriosa noche con la actriz con cara de muñeca y cuerpo pecaminoso que canta en ese grupo. Jazz fácil para los que no llegan al verdadero, proseguía el presentador.

Esas tardes mágicas en que uno conoce a alguien que podrá ser importante, no va fijándose en cada movimiento que hace. Luego, mirándolo todo retrospectivamente, y un poco obligado por el cine, sobre todo por el del Hollywood clásico, consigue reconstruir esos momentos. Liga un instante con otro y queda algo atractivo. Una tarde como cualquier otra, pero que creemos especial. Siguiendo esa falsa reconstrucción de acontecimientos, podría haberse recordado tumbado en la cama, dejando el cenicero recuerdo de un viaje a Lisboa en la mesita con el cigarrillo consumiéndose y la taza de motivos florales con el capuccino de imitación sobre su cavo pecho. El cosmopolitismo remedado que nos persigue en todos los ámbitos de la existencia actual, sentenciaba el presentador radiofónico la siguiente canción que había pinchado. Él no pudo evitar sentirse algo ofendido.

Ella se casó a los veintisiete con un chico varios años mayor. Ingeniero de minas. Una de las carreras más duras que pueden estudiarse, apostillaba él cuando le presentaban a alguien. Pero una vocación es una vocación. Puede que fuese eso lo que más le gustó de él. Considerarlo un alma gemela. Otro sujeto sin cabeza práctica que había estudiado lo que le gustó sin pensar en si era lo mejor para su desenvolvimiento económico posterior. No cayó en la cuenta, quizá por la emoción, de que una cosa es tener una vocación como la suya, que la llevó tras cinco años de estudio a fichar a las nueve como los demás oficinistas que

sólo habían acabado el bachillerato, dando gracias por ello, y otra distinta es una vocación que asegura un empleo con sueldo de tres mil euros al mes.

Lo había conocido una noche en que una amiga la vistió de fiesta, la maquilló y perfumó de igual modo y la llevó a varios locales de música muy de moda. En la cara de ambas podía verse un cartel luminoso que decía: Disponibles. Sin pareja. Con ganas de pasar un buen rato. Su amiga enganchó a un italiano de viaje por nuestro país. Ella estuvo hablando con el ingeniero de minas, que la invitó a un par de copas, no intentó propasarse y se fue temprano a casa alegando que mañana es domingo y hay que ir a misa de doce. Un buen hombre de los de antes, dijo su madre cuando lo conoció. Ella también lo pensaba.

Cuando se aburría, y eran muchas horas al día, veía películas en el DVD conectado a un equipo de sonido ultramoderno, leía revistas femeninas o de historia o regaba con entusiasmo las plantas que tenía en el balcón. Se sentía como una de esas mujeres inútiles de los seriales antiguos, de los que había estudiado una vez para un trabajo que realizó en la facultad. Mujeres sin vida propia, poco más que peleles inanimados con la única función de esperar la llegada del marido a la noche. Cena, cama y comida calientes para el señor. Pero hacía lo que todos a su alrededor consideraban que mejor debía hacer. Se había planteado el divorcio. Su madre se escandalizó ante tal perspectiva. Ya se destruyen bastantes familias en otras casas. Por despejar un poco su cabeza, que sabía que era lo que más falta le hacía, pensó en volver a trabajar. Se lo planteó a su marido, el ingeniero de minas. Seguro que en su antiguo empleo estarían encantados de que regresara. Nunca venían mal unos ingresos extras. Para caprichos, viajes. Quién quiere salir teniendo aquí una casa maravillosa y el amor, le contestaba él. Lo hacía en el tono en que se reprende cariñosamente a un cachorrillo tonto. Le regaló un frasco de caro perfume, una botella de licor de menta y un provocativo conjunto de ropa interior.

Él iba poco al cine, porque era muy caro y demasiado malo. Pero en casa, especialmente cuando quedaba solo, veía muchas películas en el DVD. El piso en que estaba alojado, junto a varios conocidos, era propiedad de uno de ellos, lo que hacía que fuese una residencia muy bien equipada. Tenían DVD, microondas, una buena televisión, lavavajillas e internet. Le gustaban las películas de los años cincuenta hacia atrás. Tenía un buen puñado que había ido consiguiendo aquí y allá. Una vez leyó un cuento de un escritor alicantino en el que tras el asesinato de un guionista de cine en misteriosas circunstancias, el detective encargado, una especie de Philip Marlowe con vasta cultura, clamorosa y calamitosa imitación de Carvalho, decía algo así como que el cine hecho después de los cincuenta era redundante y obscuro. Le gustó, copió la frase y la usaba como propia. No había mala intención en ello. Sólo se olvidó de copiar el nombre. Como no era famoso, nadie lo notaba. Leía poco. Algunos libros que le prestaban. El prócer cultural al que sintonizaba por las tardes en la emisora culta hablaba a veces de la falta de valor personal de quienes no leen. Él intentaba mejorarlo. Yo jamás traería a entrevistar a alguien que no lee, decía frecuentemente. No creía que fuesen a entrevistarle nunca a él, pero cuando lo oía hacía propósito de enmienda. Por si acaso.

La insatisfacción sexual es denominador común del setenta y dos por ciento de las españolas, anunciaba en portada una de las revistas que compró ese martes. Eligió el martes como día para comprar su provisión de revistas y lo respetaba como tal. No sabía por qué había sido martes y no cualquier otro día. Aplicando unos casi olvidados conocimientos de psicología que poseía, pensó que si un setenta y dos por ciento lo reconocía, debían ser al menos un ochenta y tres las que la sufrieran. Pensó esa tarde, si algo tenía era tiempo para pensar y una sólida formación académica sobre los procesos formales adecuados, si ella lo reconocería en una encuesta. Mil factores la invitarían a mentir. Otros mil a ser sincera. Lo que sí sabía era que, fuera setenta y dos u ochenta y tres por ciento, estaba entre esas españolas que se sabían insatisfechas.

Él se sabía atractivo. No más que otros tantos, pero definitivamente atractivo. Un chico interesante que no estaba mal físicamente. No ligaba mucho. Pero porque no quería más, explicaba a sus extrañados compañeros de piso. Ligo lo que quiero, es lo que decía. Pero se prefería a sí mismo. Como compañero habitual, nadie le superaba. Él y sus distracciones cotidianas pasaban horas y horas durante tardes y tardes sin echar de menos ninguna compañía humana. Cuando todo llegaba a ser una simple necesidad física urgente, la satisfacía.

Una tarde, al apagar la televisión, y el equipo de alta tecnología con el que veía películas, se quedó meditando. Qué más podía hacer ella durante sus horas de encierro en el castillo dorado. Dedicó unos minutos, algo así como cinco, a recordar en la cabeza, como en un cine de sesión continua interno, las mejores escenas de la película que acababa de ver. No había podido contener la risa cuando Charlot empezó a enroscar las tuercas en la cadena de montaje. Perdía el ritmo cada poco tiempo y había de acelerarse para recuperarlo. Agredía a compañeros, a la mujer de la calle. Al salir del trabajo seguía con el gesto. La alienación del obrero moderno. Aún una novedad en la época de rodaje. No eran sólo películas de risa más o menos tontas, como decía el ingeniero de minas cada vez que llegaba y ella estaba viendo una. El gran dictador era una sátira del nazismo, y en general, de todo lo totalitario. Eso era tan cierto como siempre, por más que la frase se hubiese dicho mil veces. El chico era una película preciosa, de las que hacen mantener la fe en el ser humano. Aunque su favorita seguía siendo la que acababa de ver. Los patines, la cocaína, la amistad con la chica ... No paraba de reírse durante lo que duraba, y luego sin embargo la empujaba a reflexionar.

Cuando no tenía mucha gana de estudiar, pero tampoco le apetecía salir al salón a estar sentado con los demás, encendía el ordenador. Navegaba por internet en busca de música y tonterías, o jugaba. Tenía unos pocos juegos que no se había molestado nunca en renovar. Le valían, por muchos años que tuviesen. Él, aún sin carné de conducir, y sin prisa por tenerlo, se divertía igual con veintitrés que con dieciséis años con su juego de carreras de coches. Le parecían igualmente realistas los juegos de fútbol y de baloncesto. Resultaba tan emocionante y entretenido como siempre ese en el que debía controlar un comando aliado durante la segunda guerra mundial y llevar a cabo las misiones que le mandaban.



Además, le resultaba tan complicado que en todos esos años aún no había conseguido superarlo al completo.

Las revistas rara vez hablan sobre la infidelidad. Ella tenía escasas amigas. De su educación tenía reminiscencias que le decían que no era buena. Estaba mal, debía hacerla sentir culpable. No se responde a la confianza del otro con infidelidades. ¿Acaso a ella le daría igual que el ingeniero de minas se acostara con otras? Lo pensó fríamente. Decidió que sí le daría igual que se fuera con otras. Pero ese era otro asunto. Lo que ella quería determinar es si estaría bien que ella fuese infiel.

Había una chica en su clase con la que tenía muy buena relación. Era simpática, guapita. Cuando él pensaba en que era guapita, quería decir que era un poco más que eso de no es fea, pero un poco menos que guapa, como adjetivo grande y redondo. La conocía desde el primer curso de la carrera. Habían estudiado juntos, charlado, jugado al billar, tomado café, bebido cerveza, ido al cine, salido a bares. Sí, también se habían acostado juntos, al menos cuatro veces. Pero él no pensaba que fuese una buena idea tener una novia en el lugar de estudios. Ni en el de trabajo. Podía estropearlo todo. Aunque no entendía muy bien qué quería decir ese todo, ni exactamente qué significaba ahí estropearlo.

Ella podía perfectamente estar enamorada de él. Algo enamorada, le había dicho una vez. Seguramente ella tampoco comprendía muy bien qué indicaba en esa frase ese algo. Ella aún era joven. Se desnudó ante el espejo y se miró. Tenía el pecho firme, el vientre plano, el culo alto. Era igual de guapa que a los veinticinco. Todo lo que necesitaría era un peinado que le favoreciera más y unos ojos menos apenados. Pero eso podía arreglarse. Cualquier hombre seguiría deseándola. No es que el ingeniero de minas no la desease. No se trataba de eso. No se atrevía ni a confesárselo a sí misma ante el espejo, pero no se trataba de eso.

Las revistas hablaban mucho últimamente de cibersexo. Por qué no. Hablaban poco de infidelidad pero mucho de cibersexo. Y de juventud. Y de la extraña relación entre el cibersexo y la juventud. Era una nueva tecnología, cosa para jóvenes. Una de las escasas tardes en que una amiga venía a su casa, a beber ginebras las dos y maldecir su vida, hablaron de eso. Ella lo hacía. Se ponía ropa interior provocativa, se sentaba frente al ordenador, se metía a uno de esos chats de chicos salidos y se masturbaba por teléfono con ellos. O con una cámara ante el ordenador. Según la tarde y los ánimos. Le dio un par de direcciones [www](#). Ella las apuntó. Le dijo a su marido que era un atraso que no tuviesen una buena conexión a internet. Él contrató la mejor. Ella ya lo tenía todo, aunque le costó decidirse. Durante unos meses aún continuó viendo películas por las tardes.

Si se molestaba en echar la vista atrás en su vida matrimonial, podía contar los meses. Estimó que hacía diez meses que no había tenido un orgasmo haciendo el amor con su marido. Pensando en su marido, le era cada día más raro decir hacer el amor. Él no se daba cuenta. Lo creía sinceramente. El primer día en que se conectó a internet se dijo a sí misma que era natural que tuviese ganas

de tener un orgasmo en compañía. Nada había de malo en masturbarse delante de otros, quiso pensar.

Entró en una de las direcciones de www que le había proporcionado su amiga. Tenía que elegir un nombre en clave. Gata salvaje, decidió. El servidor la avisó de que ya estaba cogido por otro usuario. Voy a tener dura competencia, se dijo. Insatisfecha<sup>34</sup>, fue el siguiente intento. Entró. Allí dentro todo eran nombres como polladecaballo, telocomotodo, sexoya21. Sintió una leve repugnancia. Se sintió rebajada. Pero decidió probar. Habló con un chico. La conversación parecía más bien una encuesta. ¿Edad? ¿Dónde vives? ¿Cómo eres? ¿Qué llevas puesto? ¿Cuáles son tus medidas? Ella fue contestando a todo con sinceridad. Acordaron conectar las cámaras para verse. Apareció un tipo con el pene agarrado que le dijo que se desnudase ella también. No quiso. El tipo se corrió. Ella desconectó y se puso a llorar.

A él no le gustaba eso de internet y los chats. Los heroicos compañeros de piso y de clase hablaban de innumerables hazañas amorosas a través de la red. Conocí a una que me hizo un estriptís, esta noche he quedado con una que encontré en un chat, eran cosas que se oían a su alrededor con notable frecuencia. Alguna vez él había conectado con esos sitios. Por probar suerte. Aunque esa suerte había sido esquiva.

Aquella aburrida tarde que se citaba al principio, en la que él abandonó el estudio de la teoría conmutativa de grupos, y ella estuvo viendo otra vez más las películas que servían para levantarle el ánimo, decidió hacer un nuevo intento como gigoló virtual. Su radio seguía sonando de fondo, anunciando ahora el comienzo de un nuevo programa. El cambio de hora traía una tertulia literario-musical relacionada con los viajes. Esa tarde también había intentado leer un libro que habían recomendado allí, y que había cogido en la biblioteca, pero le resultó aburrido y lo dejó. Llegando a la página, le pidieron un nombre que le sirviera como identificación. Jugó fuerte. Nada de nombres modosos e intenciones ocultas. Quierosexoahora, se bautizó. Escogió empezar la charla con Loba<sup>20</sup>, nenasexy, colegialamojada e insatisfecha<sup>34</sup>.

Ahora que estoy relajada, después de haber vuelto a reír con Charlot atrapado en los engranajes, me tomaré un trago fuerte y volveré a intentar lo del cibersexo. Su pensamiento fue algo así. Se sirvió un vaso de ginebra. La aderezó con unas especias y zumos que había oído que le iban muy bien. Se lo bebió. Estaba bueno. Tomó otro vaso. No entendía por qué se sentía mal, después de tantos días, por no haber sabido buscar un buen acompañante en internet. Volvió a ser insatisfecha<sup>34</sup>. Sería mentir decir que tras sus nombres encontraron a las personas escondidas. Por lo que fuera, no se parecieron repugnantes. Hablaron un poco sobre edades, ocupaciones, lugares de trabajo, aspecto físico, la ropa que llevaban normalmente, y decidieron intercambiar fotos. Ella mandó una en la que se la veía ataviada con el sugerente conjunto que su marido le había regalado. No le gustaba, pero pensaba que debía ser del gusto de los hombres. Él, al verla, pensó que nunca se había acostado con una mujer mayor que él. Pensó que esta no estaba nada mal, aunque el traje era un poco recargado.

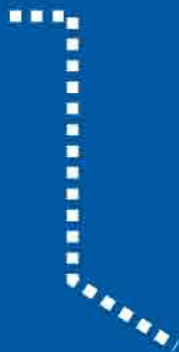
Él envió una fotografía tomada el verano anterior. Iba con unos pantalones vaqueros, unos zapatos marrones que se ponía sin calcetines y una camiseta de un verde agrisado que le daba cierto aspecto de Marlon Brando suave. En la foto llevaba barba de tres días, que siempre pensó que le quedaba bien.

No importa lo que hablaran luego. Lo importante es que él se mostró lanzado y ella decidida. Acordaron verse al día siguiente. Esa noche no podía ser, estaba casada. Quedaron a las tres en la casa de ella. Le dio la dirección.

Por la mañana ella estuvo nerviosa e insegura. Él fue a clase con normalidad. Después de dos horas, su amiga le propuso escaparse al centro de la ciudad. Quería mirar unos libros. La acompañó. Porque se aburría en clase y porque le gustaba estar con ella. Fueron a una tienda y ella se compró tres libros. Una conocidísima novela que él jamás había oído nombrar, un libro que le enseñaba a retocar imágenes digitales y otro de poesía de Cernuda, que a él le sonaba como uno de tantos entre el maremagnum de nombres aprendidos a toda prisa en el bachillerato. Ella le dijo que saliera fuera de la tienda a esperarla. No le dijo, aunque él supo adivinarlo, que quería comprarle un regalo. Él salió fuera y estuvo andando unos pasos hacia un lado y hacia el contrario por la entrada del edificio. Por fin ella salió, con un rollo con una pegatina que decía: te quiero. Él lo abrió. Le dio un breve beso en la boca y se lo agradeció. No se atrevió a decirle que él también la quería. Quizá porque no lo sabía. O porque no la quería. Era un póster con el cartel de la película Modern Times, de Charles Chaplin. El



papel estaba envejecido de alguna manera y quedaba muy bien. Parecía un auténtico cartel de la época del estreno. Charlot aparecía de pie delante de la maquinaria, con las llaves inglesas en la mano y aspecto enloquecido. La invitó a un café tardío y se despidió pronto, alegando que había quedado para comer.



## V CERTAMEN (2006)

### Modalidad A (12 a 16 años)

PRIMER PREMIO:

*"ROMANTICISMO PARISINO"*. Nieves Marín Cobos.

ACCÉSIT:

*"ÁNGELES DE LA CIENCIA"*. Alberto Sebastián Martínez Guerrero.

FINALISTA:

*"INSPIRACIÓN"*. Beatriz Arias Ramírez.

### Modalidad B (17 a 19 años)

PRIMER PREMIO:

*"EL LADRÓN DE ALMAS"*. M<sup>a</sup> Victoria Alonso Cabezas.

ACCÉSIT:

*"REFLEJO"*. Rocío Martínez Fernández.

FINALISTA:

*"PACÍFICAS FUENTES DEL DESEO"*. Marta Villasán Barroso.

### Modalidad C (20 a 23 años)

PRIMER PREMIO:

*"ANAÏS NO ES SÓLO UN PERFUME"*. María Sierra González.

ACCÉSIT:

*"EL PERDEDOR"*. Luis González Soler.

FINALISTA:

*"OLIVETTI BLUES"*. Pablo Escudero Abenza.

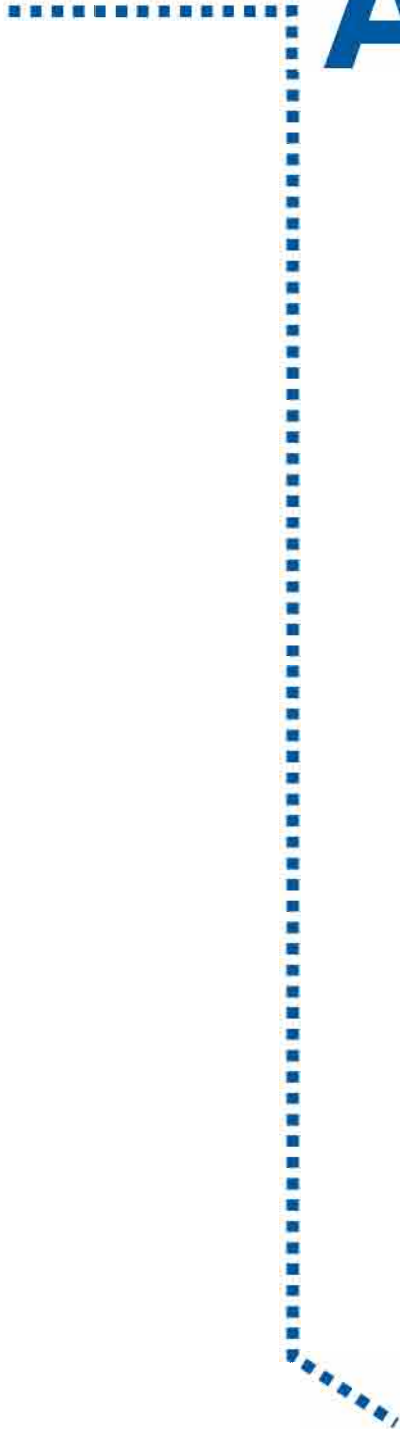
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD A



— |

| —

— |

| —



# ROMANTICISMO PARISINO

Nieves Marín Cobos

Ilustración: Francisco Vivo González

Llueve sobre París y el agua deshace las farolas, los coches, las aceras y los edificios, que se desvanecen en un mar grisáceo. Llueve sobre París y se percibe un aire bohemio, nostálgico y sereno. Llueve sobre París y la tristeza se adivina en cada esquina. Llueve sobre París y mis ojos lloran abrumados por los errores del pasado. Llueve y yo ansío huir mientras, sin embargo, permanezco quieta.

Me abrigo con la bufanda de punto, los guantes y... ¡Otra vez olvidé el gorro en el local! ¿Y qué? Benditos despistes, bendita ignorancia, pienso ahora que detesto la pulcra eficiencia que me distinguía hace poco. Las nubes se ciernen vengativas sobre mí y yo marchó compungida y sin gorro.

Entro al metro y espero la llegada del tren. De camino allí, Olivier, mi alumno predilecto, me saluda. Es un chico vitalista y alegre. Tiene un indudable talento para la pintura; ojalá no desperdicie su oportunidad como hice yo. "Eres una privilegiada", "¡Qué virtuosismo con el pincel!", "¡Oh, dios mío! Nos hallamos ante una artista inconmesurable". Todos esos halagos retumban en mi mente, como falacias de un pasado muy reciente en verdad.

Me siento en uno de esos incómodos sillones del metro y vuelvo a rumiar mis penas. ¿Por qué permití que surgiera la vanidad con aquellas alabanzas? ¿Por qué desdeñé todas las ofertas? ¿Por qué olvidé que el arte es una delicada libélula que se posa en el lugar más insospechado? ¿Por qué tantas cosas que asedian mi soledad?

Viajo por las profundidades con la aflicción abrazada a mi corazón. Todo es negro y no existe un lugar para la luz ni la esperanza. Todo es dolor y desidia, vergüenza y arrepentimiento irreparable.

Acaba de entrar un chico, joven, calculo que de mi edad. Él también parece atribulado; ni siquiera se sienta, ya que sus preocupaciones no hallarán descanso. Lo observo fijamente, con un descaro que no puedo evitar. Él actúa igual. Me mira directamente a los ojos y hablamos. Nos contamos cuánto odiamos nuestras vidas, al mundo y a las equivocaciones. Nos confesamos que nos odiamos,

incluso, a nosotros mismos. Lo decimos sin pudor, porque cierta complicidad extraña une nuestras miradas, que no cesan de conversar.

Su pelo es corto y de un tono castaño claro con raíces rubias vestigio de la infancia. Unas pequeñas arrugas se dibujan en su frente, de esas que se forman cuando gesticulas de manera exagerada o cuando te concentras en algo. Sus ojos son verdes azulados o azules verdosos, según como reflejen la claridad. Su nariz es vulgar, un tanto desviada a la izquierda. El espacio entre esta y el labio superior describe un leve ángulo redondeado. Juraría que se rompió el labio de pequeño, jugando. Sus labios son carnosos y tan apetecibles como la fruta más afrodisíaca. Están agrietados. Puede que se los muerda, que, arrastrado por una manía absurda, se arranque minúsculos pedacitos de piel. Quisiera mordérselos y luego curárselos con dulces besos.

El mentón, apenas pronunciado y carente de hoyito en que posar mis dedos en una sugerente maniobra de seducción, posee idénticos bordes rectilíneos que su rostro. Aun así, su expresión resulta tierna e indulgente. Bien es verdad que sus facciones marcadas le confieren una autoridad que nadie respeta ya, ni él mismo. Yo la presiento, pero no me intimida, ya que me sonrío.

Él también recorre mi cara mientras me explica con sus ojos el motivo de sus desgracias. Lo siento como si estuviese a mi lado, acariciando mi oído con sus palabras y rozando su mano encallecida con la mía. Siento que el aliento cálido de su boca baña y reconforta mi cara. Lo siento cerca, aunque nos separen varios metros. Consigue que sonrío por primera vez en muchos meses.

Es guapo, muy guapo. A pesar de las manchas que adornan su ropa. A pesar de sus dientes amarilleados por el tabaco. A pesar de sus uñas mordidas. A pesar de su silueta un tanto desgarrada. A pesar de la tosquedad y torpeza de sus movimientos. Es guapo porque su piel blanca anuncia suavidad, porque su musculatura denota fuerza, porque sus pies se apoyan firmes al borde del precipicio de la soledad. Quisiera abrazarlo muy lento, saboreándolo, y luego respirar nariz contra nariz.

Desliza un cigarrillo entre sus manos. Se distrae así de sus turbadoras desilusiones. Juega y me mira y me dice que yo soy ese cigarrillo que con tanto mimo trata. Me cuenta que me va a levantar sobre el cielo oscuro de París y que vamos a danzar sobre círculos imperfectos, él sujeto a mis caderas y yo rodeando las suyas con mis piernas mientras reposo mis brazos y mi cabeza en su hombro. Me avisa de que piensa recorrer mi cuerpo desnudo con sus manos tras hacerme el amor entre delicadas sábanas de seda, tan sensibles como su tacto varonil, tan enloquecedoras como el susurro de su piel repleta de heridas mal cicatrizadas.

Sigue a varios metros de mí, mas vislumbro un pequeño rayo de luz en su mirada abatida, un rayo de luz que atraviesa el humo espeso que me envuelve, que taladra el pesar que me inhibe, la lluvia que me moja, la negrura que tiñe mi alma.

Desearía poder creer que es estudiante, de estos que se sitúan en la última fila de clase, callado y atento, sin pretensiones ni ganas de molestar. Desearía imaginar que es un simple estudiante que pasea sin inmiscuirse en nada ajeno



por el Barrio Latino, inventando un personaje que le haga viajar fuera de su cuerpo. Desearía confirmar que su silencio evidencia timidez y recelo a confesar sus más íntimas y succulentas vivencias. Quisiera derrumbar ese muro y luego limpiar el destrozo con paciencia.

Pero sólo hay un joven obrero envejecido por el duro trabajo. Sólo hay un frustrado artista que se vio abocado a la mediocridad por la difícil situación familiar. Sólo hay un niño que pronto perdió la inocencia. Sólo hay un parisino al que también se le derrumba la Torre Eiffel encima y que me pide ayuda desesperadamente. Quisiera que él también me protegiera y luego reírnos victoriosos de las dificultades.

Todavía permanece en el mismo lugar que al principio, mas lo noto dentro de mí, rellenando el vacío de mi estómago con nubes de golosina, aviones de papel y muñecas de trapo; formando remolinos hormigueantes por todo mi

cuerpo; borrando el frío que atenaza mi alma. Está allí y aquí, conmigo siempre. No sé su nombre y tampoco me importa.

Ahora me explica, soslayado entre cientos de miradas, que es pasión en estado puro y que la derrocharía por todos sus poros si en verdad nos aproximáramos. De la más sutil a la más salvaje. De cogerme la mano a devorarme literalmente a besos y mordiscos indolentes. Quisiera hacerle lo mismo y luego acurrucarme entre el cariño de su torso y sus brazos.

Aún lejos, está junto a mí y yo junto a él, dibujando sonrisas, pintando de vivos colores el cielo, los edificios y los jardines de París, trazando alegres expresiones en los rostros de la gente, en los nuestros al fin. Desaparece el sufrimiento.

De repente, una voz electrónica nos despierta y él, no sin antes decirme "te espero en el andén" con sus ojos, se apea. Entonces, el sueño se detiene y el reloj gira otra vez. Yo, desconcertada, me percató de que olvidó el gorro. Lo cojo y ¿qué hago? ¿Correr tras él y asumir que existe el amor a primera vista? ¿O hundirme en los odios más recalcitrantes que corrompen mis entrañas?...

Salgo del vagón y me dirijo hacia unos labios afines que aguardan a que los bese y los salve de sus desgracias. Nos abrazamos entre la muchedumbre, en nuestro universo recién creado en París, sin distancia que medie entre nosotros. Lo beso y la vida y el amor retornan a mi cuerpo tras un inquietante exilio. Me toca, me acaricia y me demuestra que la felicidad es una mariposa luminosa que te busca desde los ojos del desconocido más especial.

Ya no llueve en París y el rey sol corona las alegrías de sus habitantes. Ya no llueve en París y el Sena fluye plácido escuchando las historias de las flores. Ya no llueve en París y huele a fantasía en cada parque, en el cielo azul claro. Ya no llueve en París y se oye una melodía festiva en el aleteo de cada paloma, en la risa de cada musa. Ya no llueve y las gotas ya no angustian mi cara.

# ÁNGELES DE LA CIENCIA

Alberto Sebastián Martínez Guerrero

Ilustración: Francisco Vivo González

Quien no se resuelve a cultivar el hábito de pensar, se pierde del mayor placer de la vida

Thomas Alva Edison

Parece que iba a ser otro fin de semana movidito. Mi jefa, la doctora Kate Oslen, me había llamado media hora antes avisándome de que teníamos trabajo: habían encontrado un hombre muerto en la oscuridad de un parque. Cuando me subí en el coche vi algo raro en los ojos de Kate, estaba cansada, más cansada de lo normal. Llevaba muchos años en este trabajo y necesitaba unas vacaciones, pensé que hablaría de ese tema con ella en cuanto resolviéramos el caso. Yo también me encontraba cansado, pero intentaba disimular.

Kate y yo llevábamos mucho tiempo trabajando juntos y nos habíamos hecho muy amigos pero ella nunca hablaba durante los minutos antes de llegar a la escena del crimen. Yo creo que no sé en lo que piensa, pero es algo que realmente me intriga.

Llegamos al parque alrededor de las tres y media de la madrugada. Había unos cinco o seis policías que habían precintado la zona con cintas fluorescentes en las que se podía leer el típico “no pasar”. Cerca de la víctima, dos personas examinaban el cuerpo, serían los forenses de la policía.

Un agente se acercó para hablar con Kate:

—Señorita Oslen, pase por aquí por favor.

—Bien, explíqueme lo que sepa.

—Hemos encontrado el cuerpo tirado en el suelo tal y como está, la temperatura indica que murió alrededor de las una de la madrugada. Tiene un tiro en la cabeza que entró por la parte de atrás y quedó atrapado dentro. Creemos que el asesino estaba lejos, pues de lo contrario, lo más probable es que la bala hubiera tenido la potencia suficiente para salir por el otro lado del cráneo.

—Bien. ¿sabemos quién es?

—Hemos encontrado su DNI y es un chico bastante joven. Se llama Charles Cox y tiene 27 años.

—¿Tenía algo más consigo, algo que pudiera darnos alguna pista?

—No sabemos cómo, pero alguien ha dejado encima del cuerpo una nota.

—¿Una nota? ¿Cómo que una nota?

—Sí, señorita Oslén, una nota. Tiene unos números que no sabemos identificar.

—Pero si no hay huellas, ¿cómo la ha dejado encima del cuerpo? Posiblemente se acercó a la víctima una vez muerta, dejó la nota y, acto seguido, borró todas las huellas. El cuerpo está en una zona muy transitada por lo que es prácticamente imposible distinguir pisada alguna.

—Me gustaría ver la nota.

—Por supuesto, tenga.

Me asomé un poco por encima del hombro de la detective y pude observar que en la nota sólo había una secuencia de números: 21 8 16 13 1 20.

—De acuerdo. Me quedo con la nota —dijo Kate.

—Muy bien. Por el momento usted está al mando de todo. Ahora vendrá mi jefe, el señor Bill Drew.

—Muy bien.

Nos acercamos un poco al cuerpo cuando ya estaba todo más tranquilo y despejado.

—James, ¿verdad que es una pena que le hagan esto a un chaval tan joven? —me dijo.

—Bueno sí, es una pena. Pero ahora no podemos lamentarnos hay que encontrar al responsable.

—Tienes razón. Voy a esperar al agente Drew para que me dé más datos sobre la víctima y después iremos a la oficina a buscar toda la información. Asegúrate de que fotografian todo lo relacionado con el crimen y de que recogen todas las pruebas posibles. Yo voy a esperar al agente fuera.

—Claro señorita Oslén.

—¡Cuántas veces te he dicho que me llames Kate, “señorito Wesley”!

—Sí, sí. De acuerdo Kate.

Fui a hablar con los agentes que estaban fotografiando a la víctima y recogiendo las pruebas, y tras ensañarme con uno de ellos por estar pisando el casquete de una bala, se me cruzó un hombre corpulento, con tez tostada y amable.

—Perdone, es usted James Wesley.

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere?

—Soy Bill Drew, estoy buscando a su jefa, la señorita Oslén. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Está esperándole fuera.

—De acuerdo, muchas gracias.

Seguí al agente con la mirada hasta que llegó hasta donde se encontraba Kate y no pude resistir la tentación de seguirle.

—La víctima había estado toda la noche con una tal Sofía Peet, supuestamente su novia. Por el momento es la principal sospechosa —el agente

parecía poco preocupado por el asunto.

—¿Sabes algo de los números?

—No, no les encuentro sentido pero tampoco les doy mayor importancia. Creo que el asesino los ha puesto para confundirnos, para entretenernos.

—Yo creo que no. Creo que los números quieren decir algo. No ha sido el primer caso en el que el asesino se divierte dejando pistas para ver quién es más astuto.

—Bueno —dijo el agente con un sutil toque de ironía—, el resto lo sabe. De momento no me necesita, pero aquí le dejo mi número de teléfono. Yo tengo el suyo. Llámeme para lo que quiera.

—Muchas gracias, agente.

—De nada señorita Oslén. Por cierto uno de mis agentes irá con usted. Pídale todo lo que necesite. No pensaba mandar a nadie pero él ha insistido mucho.

¡No podía ser verdad! El agente al que había gritado por su incompetencia cinco minutos antes iba a venir con nosotros. No me hacía la menor gracia.

En cuanto Bill Drew se alejó, Kate me hizo un gesto con la mirada para que me acercara. Llevaba tanto tiempo con ella que había aprendido a leer su amplio vocabulario corporal.

—Quiero hablar con esa tal Sofía, llámala y dile que nos veremos en mi oficina dentro de una hora. Te espero en el coche.

—Muy bien.

Cuando Kate salió, yo me dirigí hacia un agente de policía que parecía ser de alto rango. Le pedí la información que necesitaba para encontrar a Sofía y concerté una cita con ella en una hora. La verdad es que no fue difícil pues, al ser la principal sospechosa, estaba retenida por la policía.

Fui hacia el coche de Kate y entré. Estaba fumando. Kate no solía fumar, sólo cuando estaba algo nerviosa. Le pregunté y lo único que contestó es que esos números la estaban volviendo loca. No comprendía porque le daba tanta importancia a unas cifras al azar. Torcí la cabeza para coger el cinturón y entonces vi al agente que Bill Drew nos había "prestado" detrás del asiento. ¡Seguía sin creerlo!

El coche arrancó y llegamos en menos de diez minutos a la oficina de trabajo. Allí estuvimos estudiando el caso durante una media hora. Bueno yo estudiaba el caso y Kate observaba los números ensimismada. No pensaba en otra cosa. Mientras el agente andaba de aquí para allá leyendo unos papeles.

—¿Por qué te importan tanto esos números, Kate?—pregunté.

—Creo que aquí está la clave para pillar al asesino. Seguro que es una prueba que nos ha puesto para reírse de nosotros por no ser capaces de descubrirlo.

—Bueno, no soy quien para opinar, pero creo que te estás tomando esos números muy en serio.

En ese momento sonó la puerta. Sofía Peet había llegado acompañada por un policía sin uniforme. La sospechosa se sentó frente a Kate y el agente esperó fuera.

—Bien —dijo Kate—, tengo entendido que estuviste toda la noche con Charles.

—Sí, soy su novia desde hace un año. Es normal que estuviera con él.

—No digo que no sea normal, sino simplemente que estuvo con él la noche antes de que muriera asesinado.

—Escuche señora, yo no maté a Charles. No era el novio perfecto, todo el día obsesionado con la ciencia, apenas tenía tiempo para mí, pero le quería.

—¿Ciencia? ¿De qué me habla?

—Charles acababa de terminar la carrera universitaria y le habían dado un premio en reconocimiento a su brillante expediente.

—James, ¿es eso cierto? —me dijo la doctora.

—Sí, sí que lo es. Lo estaba leyendo en este preciso instante. El año pasado terminó la carrera de química y ha tenido multitud de ofertas de trabajo pero las ha rechazado todas, al parecer trabaja mejor por libre.

—James, ¡que no se te escape nada más!

—Lo siento.

Sonó móvil de Kate. Estuvo callada durante un largo minuto y al final contestó:

—Estoy allí en un minuto.

—Vamos James, tenemos trabajo. Han encontrado otro cuerpo con otra nota y más números. Señorita Sofía, ya hablaré con usted.

¡No me lo podía creer! ¡Resulta que al final esos dichosos números iban a ser importantes! Al final Kate, como siempre, iba a tener razón.

Llegamos al lugar del crimen. Otra vez el dichoso parque, pero en la otra esquina. Era un lugar bastante grande, en el que había mucha delincuencia, así que, de no ser por la nota, seguramente no se habrían relacionado los dos asesinatos.

Al llegar nuestra sorpresa fue aún mayor. La escena del crimen era idéntica a la anterior. El mismo tiro, la misma posición y sí, la misma nota, pero esta vez tenía otros dígitos. Kate se acercó, la cogió y la leyó en voz alta:

—1 12 23 1.

Apareció de nuevo el agente Drew, con más información. Al parecer la muerte se había producido casi al mismo tiempo que la de Charles, pero en este caso nadie había visto el cadáver. Se llamaba Jack Maxie. Drew dijo algo que me sorprendió: Sofía Peet volvía a estar involucrada, había comido con Jack, su hermano. Ambos eran hijos de un gran científico, muerto hacía mes y medio.

Sofía podría haberlo matado por la herencia, pero ¿y a Charles por qué?

Además aparecía otro sospechoso: un tal Michael Foster, socio de Jack



que había comido con los dos hermanos. Si Jack moría, Michael conseguiría todas las ganancias de la empresa.

Tras recoger la información regresamos a la oficina para seguir con el caso, que ahora era doble.

Al llegar, el agente Thomas Glass, que así se llamaba el policía del que no estaba muy contento, estaba allí sentado. Recordé que no había estado en el segundo asesinato. Aún me enfadé más. No sabía que pretendía con esa desfachatez.

—¿Por qué te has quedado aquí? —le preguntó Kate.

—Porque os habéis marchado con tanta prisa que no me ha dado tiempo a seguiros.

—Bueno, no importa. No sé si sabrás que ha habido otro asesinato similar.

—Sí, el agente Drew me llamó y me lo explicó todo. Me dijo que ha aparecido un nuevo sospechoso, Michael Foster. He averiguado que era socio de Jack. Además he hablado con Sofía Peet y me ha dicho que Jack era su hermano y Charles su novio y que se conocían. Sofía dice que Charles llamaba a su hermano muy amenudo, pero no sabía para qué.

—Eso es interesante. Pero sigo sin entender lo de los números.

—Creo que eso lo ha hecho para despistar.

—¿Lo ha hecho?

—Sí, creo que Michael ha sido el asesino. Mató a su socio para quedarse con la empresa. Jack iba con Charles, que se había despedido de Sofía antes de encontrarse con él. Por eso Michael tuvo que matarle a él también, porque lo había visto todo.

—Pero, ¿Por qué iban Jack y Charles juntos?

—Eso es lo que se me escapa. Ambos eran buenos científicos, quizás simplemente se habían juntado para comentar algún tema relacionado con la ciencia.

—¿Pero a esas horas? No creo.

—Esa es mi tesis, y creo que estoy en lo cierto.

—Subamos a la oficina.

—Yo ya me voy. A mí nadie me paga las horas extra.

—Pero si usted mismo se ofreció para resolver el caso. No se puede marchar.

—¡Que pasen buena noche!

—¡Agente Glass vuelva aquí!

Thomas ya estaba demasiado lejos para oír.

Subimos a la oficina y empezamos a recopilar toda la información. Kate parecía cada vez más obsesionada con los números. No les quitaba ojo.

Teníamos dos asesinatos, dos secuencias numéricas, 21 8 16 13 1 20 y 1 12 23 1, y dos posibles asesinos y sabíamos que Charles y Jack se conocían y

que los dos eran grandes científicos. Y con todo esto, ¿Qué?

Estudiamos los números durante dos o tres horas, quizás más, (cuando estás en una situación de ese tipo pierdes la noción del tiempo), cuando, por tercera vez esa noche, sonó el teléfono. Kate estaba ensimismada en sus números y se sobresaltó al escuchar el agudo pitido de su móvil.

—Kate Oslén, dígame. (...) ¿Qué? ¿Otro? Enseguida estoy allí. Gracias.

—¿Qué pasa Kate?

—Otro asesinato. ¡Es increíble! ¡Otra nota! ¡más números!

El viaje se hizo eterno, aunque llegamos en quince minutos. Era otro parque en las afueras. Nos acercamos hacia la escena del crimen y de nuevo la copia de los dos anteriores. Kate sin mirar si quiera a su alrededor, elevó la cinta de “no pasar” y cogió la nota:

—5 4 9 20 16 14

Entonces apareció el agente Glass.

—La muerte se produjo hace por lo menos una hora, por lo que todavía se puede seguir defendiendo mi teoría de que el señor Foster es el asesino, pues acaba de ser detenido, es decir, que a la hora del asesinato estaba en paradero desconocido.

Michael llevaba unos arañazos en el brazo. Parecían recientes, así que pregunté:

—¿Qué te ha pasado?

—Me enganché con una rama cuando iba hacia mi casa.

—Entiendo. Y ¿Qué haces aquí?

—El agente Drew me llamó para que os comunicara lo del tercer asesinato.

Entonces llegó Bill Drew:

—Kate, tres en una noche.

—Y los tres con una nota con números.

—Este se llamaba John Murria. También científico. No sé que pensar.

—Bueno yo me marchó —dijo Thomas, quiero descansar.

Bill se acercó al cuerpo, lo examinó un poco y llamó a Kate.

—Kate, ¿qué es esto de las uñas? Mira, esto de aquí.

Kate observó, me miró y gritó:

—¡Detengan al agente Glass!

Los agentes fueron hacia él y Thomas empezó a gritar:

—¡Kate, no he sido yo! ¡Los números!, ¡son una clave!, ¡sólo quería salvar a mi hermana! ¡Busca la clave de los números! ¡sustitúyelos por letras! ¡los ángeles, son los ángeles!

Sus gritos se ahogaron cuando un policía lo amordazó y lo metió en el coche.

Kate me dijo que había piel en tres dedos de la víctima y que Thomas tenía exactamente tres arañazos, además Bill dijo que él no había llamado al agente para informarle sobre el nuevo asesinato.

Fuimos a la oficina y cogimos los números.

—Kate —dije. Thomas dijo que era inocente que la clave está en los números.

—Quizás deberíamos creerle, pues si no los números no tienen sentido.

—Pero las pruebas indican que el asesino puede ser él. Sin embargo no sé como obtener la clave de los dichosos numeritos.

—Cuando era niño, mi padre solía jugar conmigo a resolver enigmas. A veces ponía números y tenía que sustituirlos por la letra del abecedario que corresponde a esos números de tal forma que la A es el 1 y la Z el 27.

—¡Claro! ¡Entonces 21 es la T, 8 es la H, 16 la O, 13 la M, 1 la A y 20 la S. ¡Thomas! ¿Entonces, él mismo se autoinculpaba?

—Sigue con el resto de los números.

Kate estuvo unos minutos pensando y al final contestó:

—¡La primera serie de números es Thomas, la segunda (1 12 23 1) Alva, y la tercera (5 4 9 20 16 14) Edison! ¡Thomas Alva Edison!

—Me pierdo.

—¡La calle Thomas Edison! No hay otra explicación.

Kate sobrepasó en muchas ocasiones los límites de velocidad. La calle Thomas Edison estaba en las afueras, sólo había unas cuantas casas y algunas naves. Llegamos en media hora y paramos el coche cerca de la calle.

—Continuaremos andando.

Seguimos caminando hasta que llegamos a una zona casi desértica de no ser por una farola y unas cuantas naves alrededor.

Dentro de una de las naves había luz. Nos apresuramos y empujamos un poco la puerta.

Lo que vi me dejó K.O. El agente Bill Drew estaba con una pistola, amenazando a una joven. La nave estaba repleta de material científico, probetas, condensadores, etc. Paré un momento a escuchar:

—Sólo me queda tu parte y tendré en mis manos una fuente incalculable de dinero. Sólo me falta una pequeñísima parte de la fórmula y la tienes tú.

—Bill estás loco, dijimos que no la utilizaríamos hasta tenerla bajo control.

—Yo la tengo bajo control, vosotros, inútiles, estábais impidiendo que nos hiciéramos millonarios y yo voy a acabar con esto...

Miré a Kate que estaba pidiendo refuerzos. Cuando acabó me hizo una señal para entrar en la nave. Apuntamos los dos a Bill y no tuvo más remedio que apartar la suya.

Se agachó, para hacerlo, dándonos la espalda, cuando, de repente disparó contra nosotros. El tiro rozó a Kate que no dudó en disparar. Bill cayó al suelo



con una bala en la parte baja del tronco... Ya había amanecido, había sido una noche larga. Estaban esperando a que Amanda Ladd, la chica de la nave, se recuperara de la crisis nerviosa que había sufrido tras el altercado. Thomas Glass ya estaba allí. Yo no podía esperar la explicación, quería saber el por qué de los asesinatos. Kate empezó a interrogar:

—Amanda, quiero que me cuentes toda la historia, o por lo menos todo lo que sepas.

—Muy bien. Empezaré desde el principio. Charles Cox, Jack Maxie, John Murray, Bill Drew y yo, somos como ya sabéis, grandes científicos. Decidimos unirnos para, hacer avances en la ciencia. Formamos un grupo al que llamamos “los ángeles de la ciencia”. No esperábamos descubrir grandes cosas, simplemente divertimos los unos con los otros. Un día descubrimos una sustancia que produce energía por sí misma, una energía tan grande que con una gota se podría cubrir toda la electricidad de España en un día. Sólo conseguimos eso, una gota, que pudimos neutralizar y, posteriormente, destruir. No sabíamos controlar esa energía tan potente así que dividimos la fórmula en cinco partes, de tal forma que cada uno se quedara con una. Investigaríamos cómo controlarla

por separado y dentro de cinco meses nos reuniríamos aquí para ver nuestros avances. Bill nos llamó para quedar en un parque, pero John y yo no podíamos ir así que yo quedé con él aquí. Mi sorpresa fue descubrir que Bill sólo quería mi parte de la fórmula, y me confesó que él había matado al resto de nuestro equipo. En ese momento llegásteis vosotros y el resto ya lo sabéis.

—¿Pero entonces qué pasa contigo? —dijo Kate señalando al agente Thomas Glass. ¿Cómo explicas los arañazos y el haber estado allí?

—Amanda es mi hermana —empezó Thomas.

—Sabía que formaba parte de ese grupo de científicos y cuando me enteré de que uno de ellos había muerto decidí investigar por mi cuenta. Descubrí lo de los números y supe, tras el segundo asesinato, que John sería el siguiente. Intenté convencerlo pero pensó que estaba loco, así que quise llevármelo por la fuerza y de ahí los arañazos. Como no pude fui en busca de mi hermana, pero no estaba en casa. Entonces Bill me llamó y me dijo que ya habían atrapado al asesino, que me dirigiera al parque donde vosotros os encontrabais. Al llegar lo comprendí todo, Bill era el asesino pero si decía eso me tomaríais por loco así que intenté irme cuando me cogieron los agentes.

—Pero ¿por qué Bill nos dejaba pistas? —dije yo.

—Bill siempre desafiaba a los agentes con sus acertijos, le gustaba creer que no podíamos resolverlas.

La cabeza me iba a reventar. Bill Drew, el jefe de policía no sólo era uno de esos dichosos "ángeles de la ciencia" sino que también era el asesino. Además una nueva energía, ¿tan potente que podrá iluminar a toda España con una gota? Estaba confundido, encerrado en mis pensamientos cuando una voz grave y ronca me "despertó":

—Señores, el agente Bill ha muerto.

Cuando todo se calmó Kate se acercó a mí.

—James, he tomado una decisión muy importante.

—Dime, Kate.

—Dejo este trabajo.

—Pero ¿por qué? Hemos resuelto el caso y todo ha salido bien.

—James, estoy cansada de crímenes y de muertos, llevo mucho tiempo en esto, lo siento pero me retiro. Me voy a vivir a Italia con mis padres, pero cuando quieras podrás venir a verme.

— |

| —

— |

| —

# INSPIRACIÓN

Beatriz Arias Ramírez

Ilustración: Francisco Vivo González

Salgo a pasear por las calles, pero no puedo evitar estar algo alterado. Soy un escritor. Un escritor. La gente piensa que los grandes genios conocen un mundo fantástico, ajeno al resto de las personas. Un mundo rebotante de ideas que revolotean por el aire, en el que basta con atrapar la que sea de tu gusto para poder utilizarla a tu antojo.

Ya está, así de simple.

Mentiras.

Una sarta de mentiras. Si fuera tan sencillo, ahora no estaría fuera de casa y en este estado. A estas alturas ya debería tener preparado un nuevo cuento, sé que la gente comienza a impacientarse.

Me rindo. Sencillamente, hoy las musas no están de mi parte. Voy en dirección al parque más cercano, que para mi suerte siempre suele estar muy tranquilo.

Me siento en el banco de todos los días y saco mi reloj de bolsillo. Son las ocho en punto de tarde, sé que es la hora exacta. No lo llevo encima únicamente por ser de plata, sino porque me he adaptado a su hora de un modo tan firme que en ocasiones tengo la sensación de ser yo el que controla el tiempo, y no él a mí.

Lo vuelvo a meter en el bolsillo derecho del pantalón, y a continuación extraigo un cuaderno de piel de mi maletín. Con pluma en mano, intento que ella y el papel decidan congeniar.

—¿Le gustan los cisnes, señor?

Levanto la vista sobresaltado, pero entonces me doy cuenta de que me está hablando una niña de unos diez años. Tal vez once. Tiene la cara pecosa, el pelo revuelto y ropas algo andrajosas.

Sus manos son preciosas y delicadas, pero llenas de hollín.

—¿Cómo dices, pequeña? —le pregunto algo confuso.

—Los cisnes —repitió, esta vez señalando en dirección al lago situado justo delante de nosotros.

Gracias al efecto del atardecer, la visión se presenta aún más hermosa.

—Son... son muy bonitos —contesto sintiéndome un poco estúpido.

—A mí no me gustan —replicó ella mirándolos ceñuda—. Están prisioneros en ese lago, no pueden salir...

—Tal vez el mar les gustaría más —digo complacido por tener alguien con quién hablar. Siempre me han encantado los niños—. ¿No crees?

—No lo creo, el mar es igual... sólo que más grande. Seguro que las criaturas que viven allí se mueren de ganas de salir a la superficie. O tal vez no conozcan lo que hay en nuestro mundo, de modo que tampoco saben lo que se pierden. Pero yo creo que querrían salir del mar, ¡debe ser terriblemente aburrido nadar durante todo el día!

Cuando termina de exponer su teoría, se fija en mi cuaderno.

—¿Está escribiendo algo?

—Supongo que lo estoy intentando.

—¿Es algo sobre el mar?

—No precisamente —le respondo algo perplejo ante su curiosidad—. Parece que las musas, la inspiración, o lo que quiera que sea, han decidido abandonarme.

—Las musas no existen —afirma rotundamente—. Si decide esperarlas seguro que acaba como las criaturas del mar: prisioneras. A mí nunca me pasará eso, prefiero ser una superviviente.

—No creo que la gente sea tan mala como para que tengas que serlo —digo bastante sorprendido.

—A veces la gente es mala porque quiere. Otras veces es sólo por necesidad. Ya sabe, que no le queda otro remedio que el de hacer cosas malas.

Parece arrepentida por lo que acaba de decir.

Se manosea la falda —lo cual sólo consigue mancharla más de hollín— como si estuviera debatiendo consigo misma. Sin previo aviso, echa a correr en dirección opuesta al lago.

—¡Espera! —grito levantándome del banco, pero es inútil. En un abrir y cerrar de ojos la pierdo de vista.

No intento alcanzarla, ya que en ese momento siento un impulso irreprimible de comenzar a escribir. He tenido esta sensación infinidad de veces, y el instinto jamás me ha fallado. Aún no estoy seguro de cómo será el cuento, pero unas cuantas anotaciones bastarán por ahora.

Al llegar a casa podré trabajar en condiciones. La pluma parece cobrar vida propia y sigo escribiendo, sintiendo que todas mis ideas y pasiones cobran vida a través de los trazos grabados en tinta sobre el papel. Simples símbolos capaces de transmitir tal cantidad de emociones... realmente parece cosa de magia. Cuando quiero darme cuenta, deben ser ya las diez. Intento sacar mi reloj





para comprobarlo, pero me doy cuenta de que ya no está. Hurgo un buen rato en mis bolsillos y sigue sin haber nada. Entonces caigo en la cuenta de todo.

Esa cría me lo ha robado.

Lejos de enfadarme, estallo en una sonora carcajada. A juzgar por el aspecto de la chiquilla, no le quedaba otra opción que la de hacer algo malo.

\*\*\*

—¡Felicidades, señor Andersen!—exclama la señora Coulter, estrechándome la mano en mitad de la calle—. Su último cuento ha sido maravilloso. Realmente fantástico, se lo digo en serio.

—Vaya, muchas gracias... me alegro mucho de que le haya gustado —contesto algo azorado. Nunca se me ha dado bien recibir elogios.

—Por lo que cuentan está teniendo un tremendo éxito —sigue diciendo con una inmensa sonrisa—. Mis hijos no paran de atosigarme para que les lea

el cuento de la pequeña sirenita... ¡están entusiasmados! ¡Tendrá que revelarnos cual ha sido su musa!

—Las musas no existen, señora Coulter. O eso fue lo que me dijo la mía, tendremos que hacerle caso —añado con una sonrisa.

Se despide efusivamente y sigue su camino. Mientras continúo paseando, un par de personas se comportan igual que ella y me dan la enhorabuena por mi último cuento. Lo cierto es que La sirenita parece haberles complacido sobremanera.

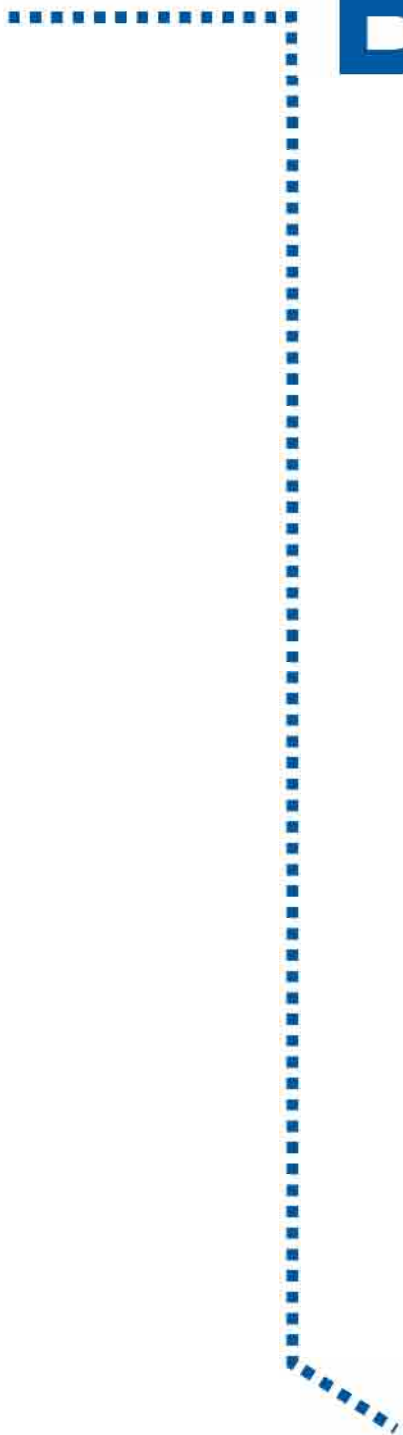
Al llegar a casa y prepararme para comer, escucho que alguien llama a la puerta. Al abrirla, me asombro al descubrir que no hay nadie al otro lado. En cambio, en el suelo se encuentra un paquete. Me agacho a recogerlo y compruebo que no está muy bien cerrado. Tras abrirlo sin demasiadas dificultades, me sorprendo a mí mismo sosteniendo mi reloj de plata entre las manos. El cristal está manchado de hollín.

Miro a mi alrededor rápidamente esperando ver a la persona que lo ha depositado, pero no hay nadie.

Con una sincera sonrisa, entro en casa en busca de un ejemplar de mi nuevo cuento. Al volver al recibidor, lo dejo en el lugar donde encontré el paquete, justo detrás de la puerta.

Poco rato después, el cuento había sido recogido.

# MODALIDAD **B**



— |

| —

— |

| —

# EL LADRÓN DE ALMAS

Victoria Alonso Cabezas

Ilustración: Mario Rubio Noheda

Guido no era un hombre corriente. No era malvado ni excesivamente bondadoso, de un carácter áspero y reservado, no muy dado a las largas conversaciones, haciendo siempre gala de una sinceridad aplastante. Su vida era un misterio para los vecinos de la ciudad, y apenas algunos comerciantes podían presumir de haber hablado con él. De él sólo se sabía que había llegado dos años atrás de Italia, y que había estudiado con artistas muy conocidos; algunos se atrevían a rumorear nombres como Rafael y Miguel Ángel. Sí, Guido era pintor, y eso le hacía aún más extravagante y misterioso a los ojos de los demás.

Nunca le interesaron los encargos de la corte española, demasiado fría para su gusto. Sus patrocinadores siempre habían sido pequeños comerciantes, burgueses en su mayoría, y en alguna ocasión, uno o dos nobles. Podía trabajar casi todas las técnicas y temas, pero su especialidad eran los retratos. Se decía de ellos que eran el reflejo de la persona, que podía pintar el alma. Por eso Guido siempre había buscado que sus modelos y patrocinadores no fuesen miembros de la alta sociedad, corruptos ni malvados. Pero ahora todo había cambiado.

Avanzó presuroso entre la gente, esquivando carretas y animales de carga, turbado por la conversación que acababa de tener. Un nuevo encargo, el más peligroso de toda su carrera. De nuevo, un retrato, pero no de un ser caritativo ni bondadoso. Don Luis Dávila era un individuo siniestro, un colaborador clandestino de la Inquisición. Sus manos barajaban los destinos de cualquier hombre sin el menor temblor, eliminando de su camino a todo aquel que le molestase. Había escalado sospechosamente por la sociedad, y tenía como protectores a los más grandes del imperio.

Mientras torcía bruscamente una esquina para adentrarse en un callejón, Guido se preguntaba por qué había aceptado el encargo. No hacerlo habría contrariado a Don Luis, y eso podría acarrearle problemas, pero ¿y si luego no le gustaba el retrato? Con un escalofrío recorriéndole el cuerpo, entró en la tienda. El dependiente lo saludó con respeto.

—Buenos días, maestro Pascucci.

—Quiero... aceite de linaza,... y pigmentos.

—¿Los colores de siempre?

—No... —murmuró el pintor, visiblemente turbado—... necesito... negro de humo, y óxido de plomo y de hierro...

—¿Un cuadro oscuro?

—No sabes cuánto.

La espátula temblaba en la mano del hombre al mezclar los pigmentos con el aglutinante. Don Luis Dávila lo observaba atentamente sentado en su silla con una postura extremadamente cuidada. A pesar de encontrarse bajo la luz de la ventana, en su rostro se marcaban sombras poco naturales, y sus ojos negros y calculadores brillaban con un fuego cruel y abrasador.

—Guido, ¿aún no habéis acabado? Empiezo a cansarme de esta postura —murmuró con una voz grave y profunda, mientras las huesudas manos bailaban en su regazo.

—Aún no he empezado— le espetó éste ariscamente.

Don Luis, sin embargo, no pareció contrariado, sino más bien divertido.

—Los pintores sois gente extraña —añadió con una sonrisa despiadada, mientras Guido cargaba el pincel de pintura—. Vuestro comportamiento denota un exceso de confianza en vuestro talento, y pretendéis tratar a los nobles con indiferencia y superioridad. ¡Tratarnos así a nosotros —exclamó con vehemencia y sarcasmo— que somos los que os damos de comer!

—En el momento en que vuestra mano sostenga la cuchara que se introduzca en mi boca dejaré de trataros así, don Luis.

Él rió con ganas.

—Tened cuidado, maestro Pascucci, con esa lengua vuestra. Si no fuese vuestro protector y os conociese bien, creería que estáis a punto de meteros en problemas.

—Yo creo, señor, que si tan bien me conocieseis como afirmáis, habría encontrado más problemas que si no me conocierais.

Y dicho esto, comenzó a marcar los rasgos en el lienzo. Con cada pincelada que daba, su temor y las dudas se borraban, y los trazos, irregulares en un principio, se volvieron firmes y seguros. Surgió de la nada un rostro alargado y anguloso, de facciones duras y herméticas. Poco a poco, empezó a tomar cuerpo, a cobrar vida... En las siguientes sesiones, e incluso cuando Don Luis no estaba presente, continuó el retrato, invadido por un espíritu frío. Nunca antes se había sentido tan distante de la obra que pintaba, y comenzaba a sentir terror no por lo que hacía, sino por lo que veía: veía en la figura de don Luis un hombre deshumanizado, una marioneta de las altas esferas, el reflejo más cruel y oscuro de su propio interior; veía a la mano negra que alimentaba las hogueras de los autos de fe, cuyas llamas ardían continuamente en el abismo sin fondo de sus ojos sombríos... ¿Y acaso esos ojos no veían por sí mismos?

Lejos de la pulcra pincelada que repartía la pintura en sus cuadros anteriores, ahora, como si algún espíritu lo turbase, los trazos eran toscos y retorcidos, cargados de materia, y, en cierto modo, parecían atormentar la vista. Los colores habían dejado de ser cálidos y vibrantes: cada tono, cada matiz que se observaba en él conducía a una espiral negra, a las llamas rojizas de sus ojos infernales, a la mortecina palidez de su piel... Porque no había vida, no podía haber vida en el alma de aquel ser despiadado, y sin embargo ahora se dibujaba, casi inconscientemente, en la tabla ligeramente combada del pintor, convertido en médium...

Tal era el furor y el tormento que cada pincelada le costaba, que tras cada sesión acababa Guido extenuado, y sin embargo necesitaba imperiosamente mantenerse cerca del cuadro, continuarlo a toda costa, descargar en él aquella ira irracional que desfiguraba los rasgos ambiciosos de Don Luis.

Ante sucesos como aquel, toda ciudad, por pequeña que fuese, se convertía en un hervidero de rumores, del que nacían, como si de moscas se tratase, súbitas acusaciones de cualquier tipo ante la vista de cualquier recompensa. Don Luis sonreía para sí mismo mientras paseaba por la calle, apartando sin misericordia a cualquiera que se le acercase. Un débil tintineo apenas audible hacía suponer el número de monedas que se acumulaban en su bolsa. Sin embargo, aquella cantidad no era nada, absolutamente nada, comparada con lo que sería en poco tiempo. Sonrió cruelmente, mientras un hilo de sangre caía por su mejilla, rumiando su venganza. Cómo se podía atrever un hombre cualquiera, un burgués de baja alcurnia, humillarlo de aquella manera... Sí, un hombre vulgar, que presumiendo de haber viajado pretendía hacer gala de una cultura ejemplar, de haber adquirido nuevos conocimientos, de tener principios. ¡Principios! -coreaba Don Luis a modo de burla-, como si alguien pudiese permitirse tener principios. Sólo la gente estúpida podía presumir de algo así... alguien innoble, sin dinero, que no ascendería en la sociedad ni ganaría más por perseguir esos supuestos principios. Alguien que condenaba a su familia a vivir peor por unos ideales que no tenían cambio en metálico. Absurdo. Y se atrevía a retarlo en duelo porque lo consideraba a él, al mismísimo Don Luis Dávila, un hombre cruel, aferrado firmemente a su puesto social y a la bolsa abultada que pendía de su cinturón, sin principios, sin ideales, sin ilusiones...

—Los ideales conducen siempre a la desilusión, y la desilusión al escepticismo— había respondido al molesto burgués.

—Sólo una persona frustrada sería capaz de decir eso —había respondido el otro, un hombre llamado André, con una admirable valentía.

—La gente sin dinero ni futuro sólo puede aferrarse a sus ideas, y las considera dignas de ser perseguidas como un ídolo.

—Pero puede ser feliz —respondió el otro.

—Yo tengo mucho dinero...

—Y vuestra única aspiración es conseguir más. Pasar por encima de los principios de los demás por un par de monedas no le asegura la felicidad.

—¿Acaso se atreve a insinuar que yo no soy...?

—¡Sí!

Aquella conversación aún le provocaba punzadas en la memoria, al mismo tiempo que el corte de su mejilla, producida durante la pelea, latía con violencia. Ninguno de los dos había resultado herido. El burgués se había marchado, fatigado pero orgulloso de haber defendido lo único de valor que poseía. Sin embargo, él... él sentía su propio y sobrecrecido orgullo herido de muerte. Era consciente de que había algo que no podía conseguir, esa dignidad, esa nobleza de espíritu del burgués idealista. Y la idea de que existiera algo inalcanzable para su bolsillo lo hacía enloquecer de ira. Pero él podía vengarse, pensó, esbozando de nuevo la siniestra sonrisa, mientras entraba en un edificio lujoso, cuyas puertas, flanqueadas por dos guardias, mostraban el poderoso emblema de la cruz.

Guido se sintió salir de su estado febril y descontrolado cuando se enteró de la noticia. Completamente pálido se arrancó literalmente el mandil que usaba para pintar, haciendo saltar sus dos botones y desgarrando las costuras que unían el cuero manchado por las pinturas. Buscó a tientas una camisa y se calzó unos zuecos para salir corriendo a la calle, atolondrado, esperando que no fuese demasiado tarde. No podía ser cierto, se repetía una y otra vez, con el rostro descompuesto. Conocía a aquel hombre. André de Maille no era un asesino, ni un hereje, ni un protestante. Era un viajero, un alma libre, un sabio... era una buena persona. Él conocía a aquel hombre. Era un burgués, un comerciante apacible, un compañero infatigable, un hombre práctico pero no insensible. Él había pintado a aquel hombre. Conocía su alma. No podía ser un mal hombre, no podía experimentar un fin como ese. Atormentado, Guido echó a correr hacia la plaza, apartando a la multitud. Entre los tejados de las calles se alzaba humo. Olía a madera quemada, y el ambiente se hacía más pesado a cada paso. Por una vez en su vida, no le importaba empujar a la gente sin miramientos, no le importaba no ser educado; estaba desesperado. No podían hacerlo, debía quedar en el mundo algún hombre bueno. Bruscamente, cesó la resistencia de la multitud. Había llegado a la primera fila para contemplar un panorama que lo dejó momentáneamente sin aliento. Como una marioneta inerte, grotesca, sin rastro de vida, las llamas lamían el cuerpo acusado de hereje de André de Maille. Por importunar a un ser orgulloso y cruel. Por mantenerse en su lugar.

Guido contuvo un escalofrío al alzar la mirada y encontrar en la tribuna la figura inhumana de Don Luis, con sus ojos ardientes fijos en el fuego, escuchando el crepitar de la madera y el crujido de los huesos al chamuscarse con auténtico placer. Una oleada de odio atravesó su cuerpo al ver a aquel ser, y después de lástima. La niebla comenzó a bajar en aquel momento, y Guido se dio la vuelta, sin volverse para mirar la escena. Aunque desprovista de vida de manera tan brusca, aunque le habían arrebatado su alma, el hombre que alimentaba las llamas mostraba más dignidad que nunca.

Corrió a su taller, tropezando y derribando objetos y personas a su paso. Allí, en el caballete, bajo la luz tenue de su candil, reposaba la obra más horrenda



de su carrera, y sin embargo, la más lograda. Aquel aborto de ser que era fruto de su talento no debía volver a ver la luz. Y en un arrebatado de locura y lucidez tiró el cuadro y puso un lienzo limpio, empuñando el pincel como si se tratase, como en efecto era, del arma más mortífera y letal de la tierra.

Don Luis se removía de ira en su mansión. Con el rostro lívido y contraído por el enfado, caminaba dando zancadas, interrogando al mensajero que tenía delante.

—¿Dónde está? —vociferó.

—Nadie lo sabe. Ha desaparecido.

—¡Mentira! Buscadlo en los antros donde puedan ocultarse los pintores.

—Ha desaparecido, señor.

—Si ha huido, lo encontraré. Aunque tenga que remover media Europa.

—¿Por qué es tan importante, señor? Quiero decir... sólo es un pintor.

—Me debe un encargo...

—Puede hacerlo cualquier otro pintor.

—Me ha robado... —musitó Don Luis, débilmente.

—Aún no le habíais pagado —le recordó el mensajero, atrayendo una mirada nerviosa del airado noble.

Aunque su acompañante no lo supiese, Don Luis comenzaba a darse cuenta de la importancia de encontrar a aquel hombre. Había huido, Guido Pascucci había huido... ¿y su retrato? ¿Podía el pintor haber huido con él o acaso lo había destruido?... Se decía de sus cuadros que podía pintar el alma... que podía robarla para plasmarla en un lienzo...

La espera se le hizo interminable. Pero al fin lo tenía. Sus manos mortecinas se abalanzaron como garras sobre el paquete que yacía en la mesa, con dedos temblorosos. Apartó con dulzura una tela que lo protegía, y luego otra, y otra, hasta descubrir el reverso de una tabla, en la que se había encolado el lienzo. Entre los pliegues de las telas, cayó un papel arrugado, casi maltratado, con el aspecto de una carta. Pero Don Luis Dávila no la miró. Sus ojos estaban posados en la tabla, anhelantes, mientras sus manos dudaban en dar la vuelta al cuadro para contemplar al fin la obra de arte.

Muy lentamente, comenzó a girar la tabla, y sus labios dejaron escapar una mullida exclamación. Los colores vivos algo velados brillaban ante sus ojos. Las formas redondeadas no se parecían en nada a sus rasgos angulosos. Aquel retrato no mostraba su rostro, sino otro conocido y que apenas recordaba tras tanto tiempo. Un rostro sin más sombras que la de la inteligencia y la edad, con un brillo radiante en los ojos, y una sombra de acusación en las crispadas comisuras de los labios. Guido Pascucci parecía dedicarle una mirada serena y penetrante desde la superficie lisa del lienzo. Con un gesto cada vez más atemorizado, cogió la carta. La letra pulcra clavaba puñales en su garganta al leerla.

A Don Luis Dávila,



Lamento entregarle, con tanta demora, el encargo que me hizo. Sepa vuestra merced que, en un principio, me horrorizó en grado sumo atender a vuestra súplica y ponerme bajo las órdenes de tan cruel criatura. Sin embargo, el reto es el único alimento del orgullo insatisfecho del hombre, quien queriendo indagar en todo tipo de naturaleza humana, debe sumergirse en lo más oscuro de ella para encontrar algún tipo de luz. Haciendo honor a su petición, procuré por todos los medios realizar un retrato lo más fiel posible a vuestra persona. Aunque la agudeza de mi vista intentaba plasmaros en un lienzo, de mis esfuerzos sólo conseguí una figura distorsionada y oscura, envuelta en llamas y en sangre. Considerando tras el asesinato de André de Maille que la obra era demasiado siniestra y mostraba vuestra falta de principios sin ningún pudor, creí lo más conveniente ocultar al mundo tal monstruosidad, librándole del mal de contemplar obra tan retorcida y maléfica. Llegué a consideraros un vil ladrón de almas viendo cómo arrebatábais la vida a los inocentes, pero la verdad cayó sobre mí al

reconocer en este vuestro retrato la naturaleza de vuestra alma. De modo que André de Maille es más libre que nunca estando justamente vivo en un lienzo, y yo os he librado de tan molesta carga como pudiera ser vuestra atormentada alma. En prenda de tan deshonoroso robo, he tenido a bien cederos otra distinta, dotada, aunque no saturada, de ciertos principios, de modo que podáis reconsiderar vuestra vida. Si este retraso en la entrega os ha perturbado en modo alguno, disculpadme de todo corazón, ya que hasta mi muerte no he podido desprenderme de mí mismo, y espero que haga reflexionar a vuestra merced ante futuras acciones.

Sinceramente vuestro,

Guido Pascucci, El Ladrón de Almas.

Con un renovado brillo en la mirada, Don Luis clavó sus ojos en el poderoso don que se le ofrecía, y con una ternura impropia en él cogió el cuadro y lo colgó en la pared, en el lugar más protegido de la mansión, donde sólo él pudiese ser conocedor de la causa de su nueva actitud. Acarició el marco con sus dedos, que poco a poco recuperaban color, repasó con ellos la silueta de los rasgos de aquel hombre, mientras un calor insólito llenaba su cuerpo; y sonrió, porque no era un hombre malvado ni excesivamente bondadoso, porque era extravagante, porque era irónico y poco dado a la charla fácil, porque era pintor... Porque tenía que haber hombres buenos.

— |

| —

— |

| —

# REFLEJO

Rocío Martínez Fernández

Ilustración: Mario Rubio Noheda

Diario de La Mancha 13 de Noviembre

## SUCESOS

Joven encontrada muerta en un pozo.

El cuerpo sin vida de una joven fue hallado ayer en el interior de un pozo de la localidad de La Manchilla.

*Diana Robles, de 19 años, hija de los dueños de la pensión de una aldea vecina de la localidad de La Manchilla, fue encontrada muerta ayer en el pozo de la pensión por un huésped de la misma, que intentó rescatarla sin éxito por sus propios medios, teniendo que recurrir a la policía del municipio para extraer el cadáver del pozo. Se desconoce si la muerte fue accidental, o si se trata de un suicidio, ya que se conocía que la muchacha padecía una depresión recurrente que había derivado en trastornos somatomorfos, impidiéndole realizar con normalidad sus actividades normales. La aldea está conmocionada por la noticia, ya que la familia es muy conocida por todos los vecinos.*

L.G.

Caían como lágrimas, muy despacio. A la vez de las gotas, caían hojas de los árboles y los pájaros empezaron a refugiarse al árbol de al lado del ventanal. A Diana le gustaba sentirse en la lluvia.

Estaba acostada, como cualquier día normal, dormitando una pereza a la que se había acostumbrado. A veces la sobresaltaba algún trueno y se despertaba, y se quedaba absorta mirando por la ventana de al lado de su cama, esperando a que de nuevo la venciera el tedio y quedarse dormida. Apoyó su cara en el cristal, y estaba frío y salpicado de gotas. El sonido de la lluvia le resultaba agradable, acostumbrada al silencio de su habitación y de su pasillo, así que abrió la ventana para oír mejor. Los truenos hacían temblar el tejado de la casa, que ya tañía con la violenta lluvia otoñal. La calle bailaba de agua y barro.

Alrededor de su casa y otras pocas había grandes extensiones de cultivos, y otros terrenos secos, sin cultivar. A veces entre la tierra seca y desgranada,

asomaba sus hojas alguna plantita, o se encontraban señales de que algún animalillo había pasado por ahí hace poco. Si había algo que caracterizaba aquellos páramos era que siempre reinaba una quietud de cementerio. Pero hoy llovía, y no había contrastes, sólo una calma gris y hueca.

Diana Robles había nacido fuerte y sana, berreando de rabia, y había crecido espigada y hermosa. Pero unos años atrás, su salud cambió paulatinamente, desarrollando una debilidad crónica e incurable según los médicos de la región, y se había convertido en un ser frágil y por el que todos sentían compasión.

El día que Diana se enamoró también llovía. Él era un muchacho de allí, de antes, cuando vivía más gente en el pueblo. Se sentaba en la huerta de su abuelo todas las noches del verano, al lado del embalse cogiendo luciérnagas. Tenía el pelo castaño y muy liso, y unos grandes ojos oscuros, con unas largas pestañas plegadas a sus lados como mariposas en pleno vuelo. Sus ojos eran como pozos, porque su mente no tenía fin. La primera vez que lo vio creyó que estaba enferma, porque le ardieron las entrañas, cuando él le devolvió la mirada. Tenía ganas de vomitar muy a menudo, su estómago se había llenado de nervios, y cada vez que comía, el alimento le hacía daño. No comía y no dormía, sólo pensando en él. Cada vez que se lo encontraba en la calle, sus pulmones se medían con su caja torácica en un aliento contenido durante segundos que parecían años.

Un día se le sentó al lado en el cine, cuando estaba con sus amigas. Era un cine al aire libre y hacía algo de frío. Y él abrió su bote de luciérnagas y las echó al aire. La noche que hasta entonces había sido oscura, se volvió luminosa de repente. Diana sólo quería cogérlas y cortarles esa lucecita y tragársela, para que hubiera algo de luz dentro de ella. El joven se le acercó, y le preguntó su nombre. Diana se sintió por fin en paz. Desde aquél día no se separaron.

Diana le asignaba un color a cada persona que quería, dependiendo de su personalidad. Lo que le hacía especial, por encima de todos los demás seres que quería, era que él no tenía color.

Podía cambiar fácilmente, de un tono a otro. Como las hojas del otoño a la primavera. Como la nieve que es blanca y bajo los coches es negra. Como la música del viento, que a veces destruye y otras inspira a un pequeño velero de papel que lucha por flotar. Por eso ella le amaba. Porque cada día era diferente e igual.

Un día mientras cogía luciérnagas, cayó al embalse.

De él no le quedó nada. Sólo recordaba aquella última tarde, despidiéndose de ella en el atardecer naranja que trepaba por la calle. Se quedó mirando el sol que entraba por la ventana, y le dijo, "Mira como brilla Diana, es la mirada del Señor". Se llamaba Gabriel.

Cuando volvió a casa del entierro sintió de nuevo esos deseos irrefrenables de vomitar. Se encerró en el baño a ahogarse en su propia congoja. Tenía la cara llena de lágrimas y de saliva. Algunos mechones de pelo se le pegaban a la cara. Se sentó con la espalda contra la pared del baño, mirando la luz pálida del techo. Le gustaba sentirse débil. Débil y adorable, frágil, simple, destruida. Desde aquel

día no quiso salir de su casa. Sus padres atribuyeron el comienzo de la enfermedad al encerramiento continuo al que se obligaba, como una monja de clausura haciendo penitencia por pecados imperdonables. Nadie lo comprendía, pero ella deseaba no salir más de allí y pudrirse con su amor dentro para siempre.

\* \* \*

Lázaro Galván tenía los pies destrozados cuando llegó a su destino. Había caminado desde donde lo dejó el coche, a la orilla del camino. El conductor le había dicho que por ese camino no podía entrar, pero que estaba cerca, que ya lo vería, ni cinco minutos iba a tardar. Con la tarde, el cielo se había ennegrecido y llovía un poco. El muchacho tocó la campanilla de la puerta de la pensión entusiasmado ante la idea de poder cobijarse, descansar y comer algo. Los truenos le entraban por la quijada en forma de escalofrío. La calle estaba solitaria, silenciosa, excepto por el sonido de la lluvia, los comercios cerrados y las farolas apagadas, a pesar de que la oscuridad ya empezaba a cubrir con sus sombras la ciudad. Pronto no vería nada, y si tardaban mucho en abrir la puerta, se quedaría solo en la penumbra, con el agua congelada calándole los huesos. El muchacho se levantó y comenzó a deambular por el pavimento. Empezaba a impacientarse. En su desasosiego se puso a mirar la fachada de una tienda de modas. En la puerta había colgado un cartel de "Cerrado", pero las persianas no estaban bajadas. Podía verse reflejado en la vitrina, y le dio pena su aspecto de peregrino, con sus negros ojos hundidos de la fatiga, y su suave pelo castaño pegado a la cabeza como si estuviera pringoso.

En el escaparate, los maniqués estaban desnudos, posando ante él con su belleza inútil y petrificada. Lázaro se acordó de la tienda de sombreros de su madre. Los bustos que su madre tenía en el escaparate exhibían lujosos sombreros de paja con pluma de ñandú de América del Sur, aparatosos gorros de piel suave procedentes de Siberia, pamelas para distinguidas señoras... sin embargo, estos maniqués rígidos e inermes no poseían más que sus cuerpos desnudos para seducir al comprador, ¿qué clase de tienda era esta? Lázaro Galván no lo comprendía, y empezó a preguntarse a qué clase de lugar había llegado.

Lázaro Galván siempre había querido ser periodista, pero las circunstancias y la falta de sucesos interesantes en aquel monótono pueblo, empujó a su padre a desengañarlo de ser periodista y obligarlo a trabajar con él como topógrafo, haciendo mediciones de las fincas que rodeaban el pueblo para que pudiesen ser vendidas. Por eso había ido a la aldea de lo alto del páramo. Sin embargo, parecía que el tiempo no se lo iba a permitir.

Desesperado comenzó a aporrear la puerta ¿es que no había nadie? Lo peor, lo peor de todo, es que no había otro lugar donde quedarse en aquella miserable aldea.

\* \* \*



Estaba caminando hacia el pozo del jardín, con el cubo en la mano. Iba a llenarlo para regar las macetas de su madre. Llevaba su vestido azul, ese tan bonito que le compraron al cumplir los diez años. Se asomó para mirarse en el agua del pozo, y se le cayó el cubo al suelo cuando vio que la del pozo no era ella, era Gabriel, que estaba atrapado en el agua.

—Diana, ven y ayúdame.

Diana enganchó el cubo a la cadena y lo bajó para que Gabriel pudiera cogerlo. Llenó el balde hasta que Gabriel estuvo completamente dentro, y luego



lo subió. Desenganchó la cadena, y cogió el cubo en los brazos. Estaba mojándose el vestido pero no importaba.

Gabriel había vuelto con la lluvia, que empezaba a mojar el suelo.

—¡No!

Pero el agua, y el reflejo de Gabriel se derramaban por el suelo fatalmente.

—No te mueras, no te mueras, ahora no.

Intentó empapar la falda de su vestido de agua para luego escurrirlo en el cubo y recuperarle. Se quitó el vestido, y lo frotó por el suelo, enérgicamente, llorando desesperada. Comenzó a llover más fuerte, y con el agua del pozo se mezcló la del aguacero. Diana se miró en el agua que había recuperado, pero no había nada. Ni siquiera su reflejo. Sonó un trueno.

Diana despertó sobresaltada, había empezado a llover muy fuerte, y el cielo se iluminaba en relámpagos que lo cruzaban agrietándolo en miles de pequeñas centellas. Gabriel se había vuelto un tumor maligno que vivía en su cabeza, devorando su lucidez día a día. No obstante, necesitó ir al pozo para comprobar que el reflejo de Gabriel no estaba allí, aunque sabía que era un síntoma más de su creciente locura. Fue a ponerse un abrigo, pero todos los que tenía en el armario le quedaban pequeños. Contrariada, se puso la bata encima del camisón y salió. Hacía mucho frío, como en aquellos días en que iba al colegio y el viento de la mañana le cortaba la cara. Realmente no se había dado cuenta de cuanto tiempo llevaba sin salir a su propio patio.

Vio caer la lluvia como si la hubiera devuelto a la vida, antes de salir de debajo del porche y que la cubriera la impenetrable columna de agua que descendía del cielo. Salió corriendo hacia el pozo, inquieta, saltando, fuera de sí. Una vez llegó, se asomó al pozo, esperando encontrar algo que no estaba allí. Dio vueltas alrededor del pozo, buscando aquellos ojos, profundos, negros. Diana tenía un sentimiento agarrado en el estómago, y casi no podía respirar, como un pez que se ahoga en el mismo agua en el que respira, y escrutaba la superficie del pozo, inclinada sobre él. La lluvia había empapado completamente su ropa, y repicaba sobre el agua del pozo, que era la razón por la que ella pensaba que no veía la cara de Gabriel. Y se inclinaba cada vez más, y más... y más...

\* \* \*

Cuando la lluvia parecía una pantalla de agua que le impedía abrir los ojos, Lázaro decidió que era tiempo para pasar a mayores, y se dispuso a trepar la pared y saltar dentro. Quizá es que no le habían oído, y una vez estuviera dentro sólo tenía que explicar lo que había pasado.

—¿¡Hay alguien aquí?!

Viendo el silencio que reinaba en la casa, donde parecía no haber un alma, empezó a dar vueltas por el jardín, llamando a voces a quien pudiera escucharle. Llegó hasta la parte trasera, y vio el pozo. La intuición de su frustrada carrera

como periodista le llevó a asomarse al agua. Esperaba verse reflejado, pero otra cara le miraba con ojos rotos desde el fondo del pozo.

\* \* \*

Antes de cerrar los ojos definitivamente, Diana sintió en sí un último esbozo de vida. Creyó haberle visto. Tenía los mismos ojos que acababa de ver en su sueño. Tristes y almendrados, insondables como pozos.

# PACÍFICAS FUENTES DEL DESEO

Marta Villasán Alonso

Ilustración: Mario Rubio Noheda

Armonía era tu nombre y era tu cuerpo. Yo no te lo puse; viniste a mí, contoneando tu cuerpo rojizo y elástico, y me lo susurraste con tus bigotes juguetones y tu lengua pequeña y rosada.

Recuerdo muy bien el día que apareciste en mi apartamento. Hacía cuatro interminables días que una tormenta de arena, tan violenta como sólo pueden llegar a serlo las tormentas en Marte, silbaba en las esquinas de titanio de la casa. Las ráfagas de polvo rojizo ondulaban detrás de los cristales como olas sangrientas y furiosas de un mar de serrín, royendo el metal indegastable. Yo miraba por la ventana, sentado en mi escritorio. El papel de la máquina de escribir seguía blanco tras cinco horas, desierto como cualquier desierto, como las secas y casi olvidadas llanuras polares. Y como mi despensa.

La polvareda apenas dejaba vislumbrar el pálido cielo y el hermoso pero leve sol, y jugueteaba contra el vidrio haciendo cabriolas y malabares, hipnotizante. Por lo normal, desde allí solía ver los desolados parajes de chimeneas de hadas y roquedas a la luz del atardecer marciano, pero la densa cortina roja y naranja me las ocultaba. Tan solo se adivinaban los contornos de las ruinas de una quinta marciana, restos de la antigua cultura del planeta, a orillas del mar seco.

Y el papel seguía en blanco.

Me froté los ojos para descansar de la incesante visión del viento y me levanté para echarme un trago. La casa estaba en silencio. Tan sólo se escuchaba el aullido del vendaval allá arriba, ahora lánguido, ahora monstruoso; pero siempre constante. Por lo demás, no se escuchaba otro sonido. La casa era una isla en la mitad de la tormenta.

El timbre del teléfono me hizo atragantarme.

—Hey, Marcos. ¿Cómo sigues? ¿Te ha devorado ya la tormenta?

Era Bruno, mi mejor amigo, y mi editor.

—Encerrado entre arena y viento. Y hambriento.

—Y hambriento. ¡No me digas!

Yo le daba vueltas a mi vaso, observando cómo los hielos se mantenían quietos. Escuché a Bruno reírse y chupar un puro. Estaba seguro de que era de importación terrestre, aunque no podía olerlo.

—Oye, me han llamado de la Times Mars —dijo expulsando el humo—. Preguntan si habrá más material tuyo. Dicen que tienen que rellenar dos páginas y media para esta semana, y no encuentran a nadie.

—Así aprecian las teclas de mi máquina de escribir. Como último recurso.

—Como último recurso, eso es. ¿Sigues escribiendo con tu vieja Remington?

—Sí, no puedo evitarlo. Soy un romántico, lo sé. Y también pobre, no lo olvides.

—¡Dios! Eres un romántico, Marcos.

Me pregunté por qué repetía cada palabra mía, pero recordé que era un periodista frustrado y reconvertido en editor de segunda, destinado a mirar y a estornudar con el talco de los libros nuevos. Pero como también era mi mejor amigo, no le dije nada.

—¿Entonces qué les digo a los de la revista?

—No les respondas nada aún. Confía en mi Remington.

—Ese es el problema. Confío en tu máquina, pero no mucho en lo que aguante tu estómago sin comida. Iría a verte, pero los transportes están cortados hasta que pase la tormenta.

—¿Los transportes están cortados? —ahora me tocó a mí repetirle.

—Sí, no sé por qué te has empeñado en vivir en un lugar tan poco civilizado, tan aislado y tan lejos de la ciudad.

—Era la costumbre marciana, ¿no es así? Los estudiosos aseguran que lo normal era vivir en casas alejadas unas de otras, en remotos recovecos arenosos, y que por eso los habitantes de Marte tuvieron esa cantidad de explosiones artísticas. ¿Recuerdas los suelos parlantes de Xi, o las esculturas de lava plateada de Valles Marineris? Esta casa es el lugar perfecto para dedicarse a lo que yo me dedico.

—No lo dudo, Marcos. Pero no te preocupes. La tormenta no va a tardar mucho en terminar. ¡Ya te llamaré!

Al colgar bebí un largo trago de mi vaso. El ruido del viento rascando mis ventanas era endemoniado. De repente, el cierre de seguridad de la ventana de la cocina saltó y toda la fuerza del viento entró en mi casa, junto con una gran cantidad de arena roja.

Gruñendo contra todos los dioses galácticos, conseguí volver a cerrar las hojas de la ventana y me volví para ver que todo había tomado una pátina de fino polvo marciano. Genial. Ahora habría que limpiar. No me quedaba otra.

Cuando apagué el aspirador, la casa seguía sucia, pero había menos polvo.

Me metí en la ducha, para quitarme todo el que se había pegado a la piel, y al mirarme en el espejo me di cuenta de que parecía un indio. Sólo me faltaban las plumas.

El viento aullaba como una banshee. Arañaba las paredes plateadas, desolada, buscando a alguien a quien llorarle. Ris, ris, ris. Algún marciano intentando entrar, pensé.

Salí empapado todavía, envuelto en la toalla, y corrí resbalándome hasta la máquina de escribir, tentado por la idea. Pero al llegar ya se había esfumado.

Seguí escribiendo, con la piel húmeda y desnuda, esperando a que volviera.

Ris, ris, ris. El viento golpeteaba la ventana de la cocina. Ris, ris, ris.

Arrugué una página, enfadado con el marciano que no quería ser escrito, y me asomé a otro abismo nevado.

Ris, ris, ris.

Aquel ruido no era normal.

Corrí de nuevo por la sala y llegué a la cocina, y allí estabas. Las garritas silíceas clavadas en la puerta del mueble, toda color arena, toda elástico pelaje, toda encanto marciano y bigotes de algodón.

Había una marciana en mi casa.

¿Había una marciana en mi casa?

No. O si lo eras, eras lo más parecido a un gato que había visto en mi vida. A una gata.

Enseguida te acercaste a mí, mimosa, ronroneando como las bobinas del generador eléctrico del sótano. No andabas sobre el suelo: flotabas sobre las baldosas, apenas las tocabas con tus esbeltas patas. Eras una nube rojiza, con color de arena marciana. Un halo de elegancia te rodeaba.

Armonía.

De un salto fácil te encaramaste a la encimera y maullaste.

Ni que decir tiene que lo hiciste en marciano. No había escuchado un sonido más hermoso en aquél inhóspito planeta. Tu voz sonaba a brillantes cúpulas doradas con lluvia artificial, tardes en calma en un canal de azules aguas, y hierba verde bajo los pies descalzos.

¡Dios mío, hierba verde!

Hacía tiempo que no veía hierba, de ningún color.

Volviste a maullar. Y me miraste con aquellos ojos dorados, marcianos, de novela árabe.

Abrí el armario que usaba de despensa y me miraste, curiosa, con la nariz al aire, olisqueando. Te abrí mi último paquete de albóndigas y me volví a la sala al comprobar que te gustaban.

Y el papel seguía blanco.

Miré el cartel que había escrito en rabiosa tinta roja, colgado a la derecha

de mi escritorio, varios años antes, cuando aún no había publicado un solo cuento y ni siquiera sospechaba que terminaría en un planeta igual de rojo. ¡NO PENSAR! gritaba el cartel. Prohibido pensar. Me había pasado toda la vida intentando no pensar. A veces, por un golpe de suerte (más bien de distracción) había conseguido entrar en ese estado de meditación brevemente, y había sido entonces cuando había escrito algo que se había convertido en un cheque y que había dado lo suficiente para plantearse vivir de ellos. Pero realmente no sabía cómo no pensar. Y ahora, mi estómago peligraba si no encontraba la forma de no pensar.

Tus pasos, silenciosos como agua goteando sobre terciopelo, y tu ronroneo eléctrico me sacaron de mis pensamientos. Saltaste con toda la perfección que puede albergar un puñado de moléculas de color arena y patinaste sobre los folios de mi escritorio con un pequeño maullido gorjeante de sorpresa.

Me abandoné a la suavidad de tu lomo, te acaricié las orejas calientes y sedosas, y volviste a deleitarme con tu voz marciana. Tu ronroneo se hizo más evidente, más eléctrico, tu cola se enroscó y tus patas desaparecieron bajo tu cuerpo anguloso y perfecto.

Parecías un jarrón chino. La línea de tus ojos te daba un toque egipcio de esfinge, y cada uno de tus pelos estaba colocado en un lugar estratégico. Comenzabas a guiñar los ojos brillantes y te recolocaste sobre la mesa, a la izquierda de la máquina.

Fue entonces cuando ocurrió.

Una sacudida por dentro, atención a aquella voz que me hablaba, y la máquina de escribir comenzó a chorrear palabras.

Era mi demonio creador. Me había encontrado. ¡Por fin!

Presté un poco de atención a la historia que me dictaba, y me di cuenta de que hablaba de hierba verde y de una tarde a las orillas de un canal y de lágrimas de cristal, y cuando presté un poco más de atención, la historia ya había terminado.

Miré los tres folios que acababan de salir, ardientes aún, y supe que me bastarían para comer aquella semana.

Mientras los leía, despacio, sin encontrar ningún error, tú, pequeña bola blandita y suave, palpaste la toalla de mi regazo un par de veces y te acurrucaste, contorsionando tu lomo como una rosquilla, sin dejar de ronronear.

Después de aquella explosión necesitaba algo fuerte. Alcé el vaso y me tomé de golpe todo lo que quedaba. Luego cogí los hielos y mientras me los pasaba por la nuca, terminé de leer el manuscrito.

Luego tuve que echarme otra copa.

Después, escribí un nuevo relato. Tus bigotes se estremecían cuando te acariciaba bajo la barbilla, y las almohadillas de tus patas, tan rojas como la piel de Marte, se quedaban flácidas, completamente relajadas. Tu cabeza descansaba tranquilamente sobre la toalla de mi rodilla, y ni el estruendo de la tormenta ni el golpetear de las teclas te hacía mover un músculo.

El diablo creador seguía dictando.

¡Aquello era bueno! ¡Endiabladamente bueno!

Cuando me di cuenta, descolgué el auricular, marqué el número de mi editor y grité:

—¡Dios mío, Bruno! Acaba de entrar en mi casa una musa. ¡Un ángel! Dile a los de Times Mars que tendrán cuentos para un mes, y avisa también a los demás, incluso a algunos de los importantes. ¡Esto va a ser una bomba!

Y colgué.

Durante los cinco días siguientes no dejé de escribir relatos, uno detrás de otro. Mi vieja Remington casi echaba humo y parecía a punto de soltar una pequeña tosecilla y decir adiós. Los folios volaban y la tinta se secaba con un silbido casi audible y enseguida los mandaba por las ondas y el teléfono sonaba y sonaba, sediento de noticias.

Tuve que descolgarlo para poder disfrutar de un poco de silencio.

Y tú seguías allí, llenando de paz el ruido loco del teléfono, de las teclas, y de mi aturdida cabeza.

El primer día escribí ocho relatos.

El segundo, casi trece.

El tercero volví a colgar el teléfono. Casi enseguida volvió a rasgar el aire con su timbre, así que lo desconecté de la pared de un tirón.

Mientras tanto, el viento soplabla y soplabla, y toneladas de arena volaban en torbellinos rojos, y tú me mirabas desde el respaldo del sofá con ojos fosforescentes. En los últimos dos días escribí una novela corta. No dormí apenas y tú y yo nos alimentamos de cereales y latas de atún, porque no quedaba nada más.

Cuando acabó la tormenta, desapareciste. No se si fue alguna puerta abierta o alguna ventana mal cerrada, pero casi estoy seguro de que habrías desaparecido de todas maneras. Te eché de menos. Diablos. No en vano la compañía silenciosa de un gato durmiendo sobre sus rodillas es la mejor que puede tener un escritor.

Poco después, Bruno irrumpió en mi pequeña casa y el aire quieto volvió a llenarse de ruidos.

—Dime dónde está esa preciosidad. ¡Quiero conocer a la mujer que te ha convertido en el escritor más grande del planeta!

—Eso no es difícil. Sólo somos cuatro mil habitantes en Marte.

—Pero dime, ¿dónde está?

Bruno se tumbó en mi sofá y encendió uno de sus puros terrestres.

—La tormenta se la llevó —le contesté siguiéndole y apoyándome sobre la puerta.

—Me estás tomando el pelo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Supongo que editar esto —dije tirándole el manuscrito de la novela—. Si a ti te parece bien.



Bruno hojeó los folios sin ojearlos y comentó algo entre dientes. El puro humeante se balanceó peligrosamente, arriba y abajo.

—Creo que ahora ya podrás mudarte a un apartamento decente en medio de la ciudad y venderás esta chabola.

—Ni por todo el dinero marciano del mundo.

—¿En serio se fue con la tormenta? —dijo levantando la vista detrás de la espesa nube de humo negro que le rodeaba.

—Ajá.

\* \* \*

Bruno nunca ha sabido que Armonía era marciana. No me he mudado. Mis libros se apoyan en las estanterías de las librerías y bibliotecas de todas las ciudades de Marte y en muchas de las de la Tierra, junto con los de mis grandes maestros, Borges, Highsmith, Bradbury (quien también escribió alguna de sus mejores obras en una Remington), García Márquez, Landero, apretados como sardinas en lata; recibo varios cheques a la semana y vivo de la palabra, en medio



de un mar muerto, frente a una quinta marciana. Mi vieja Remington tampoco se ha mudado, aunque mando limpiarla de vez en cuando. A las viejas hay que tratarlas con cuidado.

Pero todavía, en las violentas tormentas de arena, tan violentas como sólo pueden serlo aquí, sigo esperando ver un par de orejas color arena y el sonido de unas uñas de sílice rascando la madera de la cocina.

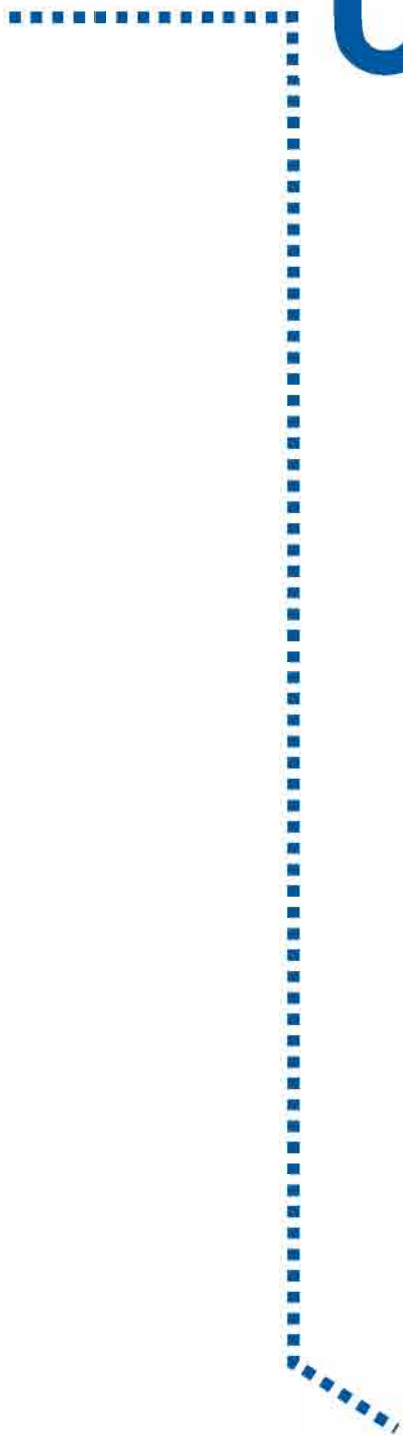
— |

| —

— |

| —

# MODALIDAD C



— |

| —

— |

| —

# ANAIS NO ES SÓLO UN PERFUME

Marta Sierra González

Ilustración: Daniel Martí Pulido

*Anais Anais fue el primer perfume de Cacharel y durante sus casi 30 años de vida ha conquistado a miles de mujeres. El nombre de Anais Anais, repetido como un eco, nos transporta a la mitología de la antigua Persia donde la diosa Anahita (o Anaítis) representaba el agua, el amor y la fertilidad. Es una fragancia dulce y ligera y está compuesta de notas florales (concretamente la flor de naranjo, flor de lis, madreselva, jacinto, ylangylang, clavel, rosa, iris) y notas maderadas que le darían fondo como el incienso, vetiver, cedro, el sándalo o el ámbar gris.*

“Ser puta no es tan malo mami”

Esas fueron las primeras palabras amables que Anais escuchó al llegar a España, mientras se frotaba los brazos todavía doloridos por la rudeza de Anthony, aquel ángel salvador que la había sacado de Santo Domingo sólo para arrastrarla al infierno. Tenía la boca seca de tanto gritar, la garganta enronquecida por todos los sollozos que se había tragado, y Mariel la miraba de arriba abajo con cara de pena, meneando la cabeza, contemplando quizá con un deje de nostalgia su cara lavada y su cola de caballo, la medallita de Nuestra Señora de la Alta Gracia hinchándose y deshinchándose agitadamente sobre su pecho... porque también ella debía haber sido un día María Elena, la niña que vendía collares de ámbar y anillos de hueso en alguna plaza de la ciudad colonial, aunque ahora ya casi ni se acordara de a qué sabía el arroz con frijoles. Se había convertido en una mujerona imponente de metro ochenta de estatura y carnes abundantes que se derramaban por los bordes de sus vestidos siempre demasiado coloridos, siempre demasiado ajustados, y llevaba el pelo teñido de un rubio imposible que contrastaba con el chocolate intenso de su piel. A veces olía a azahar con un toque de sándalo. Nadie sabía a ciencia cierta su edad, pero se había convertido en un elemento imprescindible del paisaje nocturno de la Casa de Campo, desafiando las gélidas temperaturas del invierno madrileño con sus

minifaldas y escotes, y allí todos la respetaban; por antigüedad, y porque corría el rumor de que una vez le había dado una paliza a un cliente que se había negado a pagar.

A Anais le costaba creerse aquella historia. Con el tiempo, aprendió a ver a Mariel como una niña grande, siempre alegre y despreocupada, balanceando con indolencia sus caderas al caminar o haciendo tintinear los abalorios de sus muñecas, riéndose con una carcajada escandalosa de soprano que descubría una hilera de dientes blancos y perfectos... sólo a veces, en las noches despejadas del verano profundo, cuando Madrid se diluía en un calor seco y asfixiante y se podía descubrir alguna estrella como un lunar solitario en el cielo, se dejaba naufragar en una copa de ron y encendía el radiocasete para poner alguna bachata que siempre hablaba de amores perdidos y adioses. Entonces se ponía a bailar con los ojos turbios, abrazada a un cojín, y le pedía "mami, cuénteme alguna cosa de allá", "cuénteme algo de Mingo". Y Anais, que ya había empezado a perder las eles por las erres y las eses aspiradas recuperaba su acento dominicano para hablarle de aquel país colocado en un *inverosímil archipiélago de azúcar y de alcohol*, de los ritmos de merengue en las calles y la arena blanca, blanca de Boca Chica, del mar Caribe que podía ser verde esmeralda y azul insondable pero que se volvía naranja e inmenso al atardecer cuando se tragaba el sol, de los campos de caña y los plataneros, del bullicioso mercado Modelo donde se vendía aceite de tortuga, de tiburón y de iguana y donde la abuela Lubana tenía su puesto de talismanes y deseos, le hablaba de todo aquello y de tantas cosas más mientras le preparaba unas habichuelas con dulce que Mariel engullía con el entusiasmo de una chiquilla hambrienta.

Luego se quedaba dormida de puro agotamiento por tanto recordar pero quedaba flotando en el aire su perfume de clavel y cedro mezclado con el olor dulzón del ron, y Anais le seguía contando, le contaba que una vez había estado enamorada de un hombre que se había venido a España para buscar una vida mejor dejándole una niña creciendo en su vientre y un beso quemándole en los labios; se llamaba Frank, Franky Reyes, y nunca había llamado ni escrito ni sabía que tenía una hija con sus mismos ojos y una copia exacta de sus hoyuelos en las mejillas. Le explicaba que lo había dejado todo por venir a buscarlo (y Mariel sabía mejor que nadie que el amor puede llevarte a la perdición), que sólo el demonio de Anthony sabía donde encontrarlo, que la abuela Lubana se había enfadado aquel día porque a pesar de pertenecer a una larga estirpe de sacerdotisas vudú que se remontaba al continente africano, no sabía conjurar a los espíritus ni interpretar los sueños y encima iba a abandonar a su familia para marcharse a un país lejano en el que un hombre cuervo le iba a sacar hasta la última gota de sangre.

A Anais aquello le había sonado más a una típica rabieta de la abuela que a una seria premonición, así que se había montado igualmente en aquel avión con la ilusión de una novia en el día de su boda, para encontrarse tan sólo con el chantaje de Anthony, con la cara de pena de Mariel aquel primer día mientras le ofrecía su muñeca para que la oliera ("¿Usted se llama Anais? ¡Carajo! como

mi perfume...”) y sus consejos bienintencionados que, sin embargo, le habían provocado un espasmo incontrolable de angustia.

*Les ataba las manos a la espalda con un alambre fino que se les clavaba cada vez más en las muñecas cuando se revolvían para intentar escapar. No las amordazaba porque donde las llevaba nadie podía oírlas, aunque quizá también fuera porque en el fondo le gustaba escuchar sus improperios, sus gritos de terror, sus sollozos, sus súplicas. Sobretudo eso.*

*Usaba un cuchillo grueso y largo y empezaba siempre por los pies. Al principio la sangre salía a borbotones, fluida y carmesí, luego se iba tornando granate y espesando, a medida que la piel empalidecía y los ojos se iban apagando. Se detenía un momento antes de asestar el golpe mortal en la yugular, seguramente para ver como se les abría ese pozo oscuro en la mirada por el que la vida se escapaba. Se mancharía irremediabilmente, por eso se vestía siempre de negro. Las manchas de sangre son tan difíciles de quitar... "Que le paguen por adelantado"... "use siempre condón, se la metan por donde se la metan"... "no se enamore nunca de un cliente"... "usted sólo cierre los ojos y piense que está con su hombre, así será más fácil al principio"... Mariel había seguido hablando, enfrascada en una retahíla interminable de consideraciones prácticas, recalcando cada frase con un *mami* rotundo pero de alguna manera cariñoso, aunque Anais había dejado de escucharla muy pronto; se sumergió en un estado de letargo que duró al menos una semana, hasta que una noche se descubrió en el asiento trasero de un coche con las piernas abiertas y los labios apretados para no llorar, examinando una mancha minúscula en el techo en lugar de pensar en su hombre, como Mariel le había recomendado. Otras veces miraba las estrellas a través de la ventanilla para sentirse muy chiquitita e insignificante, tan chiquitita e insignificante que nada de lo que le estaban haciendo debía tener la menor importancia en el equilibrio eterno del universo. La mayoría de los hombres que iban a buscarla estaban muy solos y le daban pena. Otros, simplemente le daban asco. Después de todo, no podía quejarse. Sólo una vez le habían dejado las caderas doloridas y un ojo morado, la dignidad aún más vapuleada por la mansedumbre con la que regresó a casa, descalza y silenciosa como si ya no pudiera ser otra cosa más que carne de golpes. Pero, además, sólo una vez había dejado de tener que aguantarse las ganas de llorar con un niño de ojos brillantes y manos temblorosas que tanto le había recordado a aquel Franky que la había desvirgado con más pena que gloria entre las palmeras de una playa demasiado concurrida. Había vuelto a buscarla un par de veces más, y Anais casi se acostumbró a su sonrisa tímida y a la voz cálida con que le susurraba lindezas al oído. Luego ya no volvió, y ella pensó que debía haber encontrado una chica a la que pudiera abrazar después hasta dormirse en lugar de preguntarle que cuánto era. Se alegró por él pero no pudo evitar que un minúsculo cristal se le clavara por dentro, en algún lugar entre el corazón y las entrañas. Después de todo, que importa una cicatriz más cuando hay tantas... "las reglas están para cumplirlas, mami".*

Tuvo suerte porque al contar con la protección de Mariel nadie se atrevió

a protestar cuando comenzó a moverse en su zona, un espacio de veinte metros delimitado por una encina y un banco que recorría contoneándose con hastío, intentando hacer de todo aquello una rutina para olvidarse de que no lo era, de que no podía serlo. No era una precisamente una belleza en el sentido común de la palabra. Era más bien bajita y, si no hubiera sido por esa piel lisa y perfecta con un leve resplandor dorado, por sus rizos apretados y sus nalgas redondas, pero sobre todo, por los ojos azules tan impropios de una mulata que había heredado del americano con el que su madre pasó la mejor semana de su vida, habría podido pasar desapercibida, como una sombra más de la noche madrileña. Pero la mezcla de sangres se había conjurado para dotarla de un atractivo tosco y exótico, y nunca le habían faltado clientes.

Es por eso que empezó a convivir con el sabor metálico del miedo cuando comenzaron los asesinatos. Porque sabía que tarde o temprano aquel hombre terminaría parándose frente a ella.

*Mataba prostitutas sudamericanas, y hay quien quiso encontrar en ello la manifestación de algún trauma infantil (padre que abandona a su familia por una sudamericana) o quizá el resultado de un rechazo amoroso o simple racismo o extremismo moralista, aunque seguramente lo hacía porque era de lo más fácil dejarse caer por la Casa de Campo y elegir una víctima impunemente como quien elige un par de zapatos nuevos, siempre con la piel oscura para que la pérdida de sangre se notara mejor. Lo cierto es que también mató a dos nigerianas y a una filipina de ojos rasgados. A quién iba a importarle. La locura no siempre tiene por qué tener una razón.*

Todas eran prostitutas y todas habían aparecido atadas, secas y pálidas, con la piel sembrada de cortes profundos y el pelo flotando en un charco de sangre. Y cada vez que algún coche se paraba en su zona escrutaba largamente la mirada del conductor en busca quizá de un fondo oscuro o una chispa de locura, como si los asesinos llevaran también, como las adúlteras, una A escarlata bordada en la pupila.

*Aquel día llevaba uno de los faros delanteros fundido y estaría nervioso por si la policía lo paraba y encontraba el cuchillo en la guantera del coche. Después, cuando todo salió mal por segunda vez en la misma noche y empezó la persecución, ese nerviosismo desembocaría en una furia incontrolada que le haría correr hasta el límite de sus fuerzas. Ella huía hacia ninguna parte con la ceguera del pánico sin volver la vista atrás y sólo podía vislumbrar a través de la lluvia los fognazos de su melena que se agitaba al viento. En algún momento creyó que lo conseguiría, cuando le pareció entrever la luz de algún coche en una carretera cercana. Pero había perdido los tacones en la carrera y una piedra que se le clavó en la planta del pie la hizo tambalearse y perder el equilibrio. Aún así se levantó y siguió corriendo a pesar del dolor, pero al escuchar sus pasos cada vez más cercanos y sentir que el pecho le ardía se dio la vuelta para mirar a la cara al hombre que iba a matarla.*

Una vaharada de ylang-ylang y jacinto le anunció la presencia de Mariel,



que le traía una cocacola y una sonrisa para aguantar en pie: *"Anthony dice que uno más y nos retiramos, mi amor"* y se alejó taconeando y bamboleando sus caderas embutidas en una minifalda vaquera que dejaba adivinar el comienzo de sus nalgas al caminar. Anais dejó escapar un suspiro de alivio, porque estaba agotada y el aire que empezaba a enredarse en su pelo olía a lluvia y a madrugada. Las nubes se habían agolpado en un puño apretado en torno a la luna y la noche estaba más oscura que de costumbre, así que apenas veía a las chicas que trabajaban junto a su zona. Se alegró al ver acercarse las luces disparejas y amarillentas de un coche que se paró frente a ella, y se inclinó como de costumbre para meter la cabeza por la ventanilla. El conductor había apagado los faros y sólo distinguía su perfil aguileño, la nariz levemente curvada hacia abajo y el mentón prominente, le preguntó que si buscaba compañía con la mejor de sus sonrisas y él por toda respuesta se inclinó para abrirla la puerta del coche. Mientras ella se acomodaba en el asiento delantero se encendió un cigarro y el tenue resplandor del mechero le permitió entrever una camisa negra y unas manos largas y afiladas, unos ojos pequeños y oscuros que le despertaron la comezón del fantasma de un recuerdo que debía haber olvidado.

En ese momento el aire tibio que había estado jugueteando con sus rizos estalló en una lluvia súbita y furiosa de gotas gruesas que se estrellaban contra los cristales del coche, dejando una huella de polvo... se le ocurrió que era la primera lluvia de aquel mes de mayo, la que traía buena suerte y protección contra el mal de ojo, y se acordó de la abuela Lubana, que además de curandera y adivina era también amarradora de agua, conjurando a los elementos desde su minúscula sala de estar, pequeña pero terrible mientras hablaba con los espíritus de los muertos. Se preguntó si seguiría todavía enfadada con ella, si habría levantado altares y prendido velas para luchar contra aquella estúpida premonición... y entonces sintió un escalofrío en la espina dorsal, como una mano helada recorriendo su espalda, porque se habían borrado de repente las telarañas que cubrían la imagen que le había despertado aquel hombre silencioso, con su nariz aguileña y su camisa negra, con sus manos alargadas, y esos ojos negros... se le vinieron encima en un instante todas las supercherías y supersticiones que le habían grabado a fuego durante su infancia y que de alguna manera seguían latentes bajo su piel, muertos que desaparecían de sus tumbas y la abuela hablando con voces que no eran la suya, desfilaron por su cabeza todas aquellas chicas asesinadas pero también los hoyuelos que le salían en las mejillas a su hija al sonreír, las paredes desconchadas de colores de su casita en Santo Domingo... todas esas cosas que no volvería a ver, porque finalmente, después de tantos meses de angustia había bajado la guardia y había sucedido, le estaba sucediendo a ella. Los latidos desbocados de su corazón borraban todos los demás sonidos, el coche ya había empezado a moverse pero aún así se resistió a la parálisis provocada por el terror y abrió la portezuela para huir del hombre cuervo, el pánico la lanzó fuera y se desolló las rodillas, echo a correr empapándose de aquel agua de mayo, encomendándose al barón Samedi y a Papá Legbá, Filomena Lubana, Anaisa Pyé, Bakúlu Baká y todos los Misterios de las tres Divisiones, corrió sin mirar atrás durante lo que le pareció una

eternidad hasta tropezarse en la oscuridad con el pecho amenazador de Anthony. Y nunca pensó que se alegraría tanto de verle.

*La encontraron a la mañana siguiente sin una sola gota de sangre en las venas, con la piel de su agresor bajo las uñas. Tenía la mirada vacía y los labios cenicientos, entreabiertos para mostrar una hilera de dientes blancos y perfectos. Llevaba una falda vaquera que permitía ver la mayor parte de sus muslos cuajados de heridas abiertas y seguramente, a pesar de la lluvia y el miedo, todavía olía flor de lis con un leve fondo amaderado.*

Se marchó una semana después, con ayuda de unos ahorrillos que Mariel guardaba en un calcetín en el fondo de un cajón. Se negó a buscar el momento exacto en el que había sabido que Anthony no tenía la menor idea de donde encontrar a Frank, que ya había trabajado suficiente para devolverle el dinero del billete de avión, que no tenía medios para perseguirla hasta los confines del mundo para cobrar su venganza. Había sufrido una parálisis total provocada sólo por la sombra de un desamor, por el veneno de todas aquellas historias en las que había hombres que regresaban y mujeres que esperaban, finales felices en castillos junto al mar, y sólo el horror había podido despertarla.

No quiso pensar en cuál había sido el instante en que el mismo Franky había dejado de importarle, aunque, de alguna manera, pensó que quizá había sido desde el principio. Había encontrado a dominicanos caminando de la mano con españolas de piel clara y labios finos o empujando el carrito de un niño rubio, había cruzado su mirada con la suya y había visto que ellos también habían dejado madres, novias, incluso hijas allá, que ellos también sabían que el mar Caribe puede tener mil colores o que el Mangú hay que prepararlo con plátanos cuanto más verdes, mejor, ellos también sabían y por eso le sonreían y bajaban la cabeza, rehuían su mirada, *ni modo chica, mi vida ahora está aquí*, y Franky (quizá ya Paco) también debía haberla olvidado para perderse para siempre en ese país sin cocos ni azúcar de caña, definitivamente sin Anais.

Así que se marchó a escondidas una mañana en que Anthony dormía la mona por enésima vez en la cama de Mariel, como si al envolverse en las sábanas que todavía guardaban su perfume pudiera hacer como que no había ocurrido nada. Cada persona tiene una manera distinta de enfrentarse al dolor e ignorarlo era la suya. Es cierto que siempre nos damos cuenta de lo que teníamos cuando ya lo hemos perdido.

Voló siguiendo al sol hacia poniente sobre un océano frío y profundo donde, de vez en cuando, se veía la mancha de un barco pesquero perdido en el infinito. Y aunque tuvo que hacer escala en Miami y llegó a casa de madrugada, yo la estaba esperando sentada en la acera porque ya le había dicho a la abuela Lubana que mi madre no iba a morir lejos de la isla y que regresaría con unos zapatos de charol rojos que me estarían pequeños y un abrazo que olería a flores y a nostalgia.

*Aunque no sabía de él más que lo que había visto en mis sueños y lo poco que me permitió vislumbrar aquel fugaz destello de mechero, le hice un muñeco negro sin que nadie me viera. Le clavé seis alfileres en la cabeza, los ojos, el*

*pecho, la barriga y los genitales y lo espolvoreé con sal y pimienta. Entonces lo lancé al mar atado a una piedra para poder librarme de su recuerdo y del miedo y de la pena. A veces, cuando mi pequeña mujercita me sonrío por las mañanas al despertar y se pone a cantar muy bajito canciones que sólo ella conoce, creo en la brujería.*



— |

| —

— |

| —

# PERDEDOR

Luis González Soler

Ilustración: Daniel Martí Pulido

Amanezco de nuevo en la misma cama de siempre, sólo, cubierto en mi propio sudor y con el agrio sabor del vómito en mi garganta.

Día tras día es así.

Sin trabajo, sin nada mejor que hacer que sumirme en las simas de mi propio fracaso como persona, sin otra afición que ahogar mi patetismo en litros de alcohol.

Me levanto renqueando una vez más. Esta rutina se ha vuelto tan común que apenas me siento culpable por lo que he hecho con mi vida.

Al principio me sentía mal, es difícil reconocer que eres escoria y que no tienes futuro, pero cuando al fin lo reconoces es mucho más fácil vivir con ello.

El camino al cuarto de baño es tan agónico como de costumbre.

Al llegar me agacho junto a la taza y vomito. Menudo ciego debí de pillar ayer si he llegado al punto de vomitar (y por mi aspecto y mi olor diría que más de una vez, no quisiera saber dónde).

Me incorporo junto al inodoro, es tan insalubre que asquearía incluso a un perro, pero con mi sueldo de ayuda social no puedo permitirme un lugar mejor para vivir que esta mierda de pensión.

Además, tampoco hay que ponerse tiquismiquis, tengo cuatro paredes, un techo, y dinero suficiente para comer una vez al día y para alcohol. Lo demás son jilipolleces.

Bueno, quizá no me parecerían jilipolleces si no fuera un sucio borracho que sólo vive para el alcohol, pero ahora mismo no tengo la cabeza cómo para plantearme esas cosas.

Me limpio los restos de vómito de la boca con algo de papel higiénico y me la enjuago un poco. Gracias a Dios el repugnante sabor a vómito se va desvaneciendo.

No he orinado en toda la noche, así que me la saco y apunto a la taza.

Orino sangre.

Joder, lo que me faltaba, no sé qué más puedo tener, pero ir a que me eche el ojo un maldito matasanos no es precisamente una de mis aficiones favoritas.

Pruebo cerrando los ojos y volviéndolos a abrir, quizá cuando los abra la sangre ya no estará allí y todo habrá sido una ilusión.

Y una mierda, el agüilla del fondo del retrete sigue roja.

Rebusco por toda la habitación a ver si encuentro algo que echarme a la boca.

Obviamente, no hay nada. Cojo algo del poco dinero que me queda y bajo al bar de la esquina. Allí la comida es asquerosa, pero ahora mismo me comería casi cualquier cosa.

No entiendo cómo hay gente que muere de hambre, porque son unos delicados.

Si yo puedo comer en esa tasca es que cualquier cosa es comestible.

Entro en la tasca. Decir que es una pocilga sería insultar a los pobres cerditos y su sentido de la limpieza. Es un antro repugnante, pero me hacen precio de amigo, así que...

Le pido una tostada con mantequilla (se supone que es mantequilla, pero no quisiera saber lo que es en realidad...) y un vaso de vino para mojar.

El vino es una mierda, pero al menos enmascara el sabor de la tostada con... lo que sea.

Acabo, me cobra con el precio de amigo y salgo a la calle. Todo el día por delante y no sé que hacer.

Debería ir al médico. Y buscar trabajo. Tampoco estaría mal ir a ver a Victoria, es la chica con la que estoy saliendo... bueno, dejémoslo en que nos acostamos juntos y no le da vergüenza que nos vean juntos por la calle, que quieras que no ya es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente.

Me tambaleo de vuelta a mi habitación de hostel, debería cambiarme de ropa, que llevo la misma desde hace una semana y empiezo a darme asco incluso a mí (y más teniendo en cuenta que me he vomitado encima al menos una vez).

Entro en mi habitación, me doy algo parecido a una ducha y me cambio de ropa, me pongo algo que está extrañamente limpio. Supongo que no me lo había puesto desde la última vez que estuve en casa de Victoria. Ella es la única que me limpia la ropa, porque lo que es yo no la limpio muy a menudo.

Salgo a la calle. Ya es medio día. Hoy he madrugado más que de costumbre.

Hace calor y empiezo a sudar. Es cuestión de tiempo que vuelva a apestar, pero aquellos que me conocen ya están acostumbrados, y los que no me conocen... francamente me importan bien poco.

Tengo que ir al médico. Tengo un amigo que es médico. Bueno, un conocido. Iba con él al colegio. Quizá si me acerco y le pido que me vea lo haga hoy. Estoy

preocupado. ¿Y si tengo un cáncer?

Seguro que tengo un cáncer. Con mi ritmo de vida...

Seguro que no puedo sobrevivir a un cáncer, y menos teniendo en cuenta que habito en la inmundicia.

Iré al doctor. Le llamo por teléfono y me dice que no hay problema, que me pase después de comer.

Y no suelo comer casi nunca así que me siento en una plaza en frente de su clínica a hacer tiempo hasta que llegue. Cuando llega le saludo cordialmente y le acompaño dentro.

Es buena gente.

La consulta del doctor está muy limpia. Creo que no había estado en un sitio tan desinfectado en los últimos tres años. Está tan limpio que da miedo.

Me dice que espere un momento. Se mete en una habitación, al rato sale todo ataviado con su bata y sus guantes y todo eso y comienza a hacerme pruebas.

Me dice que tardarán un tiempo en llegar los resultados. Que vaya a verle en una semana.

Le digo que lo haré y me voy.

Voy a ver a Victoria. Es camarera y está trabajando en un bar.

Pese a su edad aún se conserva bien y sigue siendo bastante atractiva.

Es morena y de grandes pechos (que curiosamente aún no están descolgados, aunque probablemente se mantengan así poco tiempo más).

Me acerco y le doy un beso.

Le digo lo del médico.

Me dice que tengo que dejar la bebida, que me está destrozando por dentro.

Le digo que se calle.

Ella siempre dice que quiere lo mejor para mí. Hace calor. Un calor horrible.

Y la sensación de agobio hace que sea mucho peor. La camisa se me pega al cuerpo. El sudor me cubre.

Mi sudor huele a alcohol.

Ella me mira. No sabría decir si la quiero o no. Ella siempre me dice que me quiere. Yo también se lo digo, pero nunca se si es de verdad o no. Ni siquiera yo soy capaz de reconocer cuando estoy mintiendo. Casi siempre estoy borracho, así que si se lo digo es porque es verdad.

Le digo que me invite a un Whisky. Me dice que ella no me va a dar más alcohol.

Le digo que si quisiera que la mujer que me cepillo me dijera lo que tengo que hacer me lo habría hecho con mi madre.

Me dice que soy un cabrón.

Me voy.

Amaneció hace horas.

El sol me golpea con tanta fuerza que ya no puedo evitar despertarme.

El abrir los ojos me recuerda que no estoy muerto.

Tengo que ir a ver al doctor. Hace una semana que me hizo las pruebas y debo de ir a ver los resultados.

No quiero ir.

Tengo miedo de que me diagnostique alguna terrible enfermedad. Se que va a diagnosticarme un cáncer. O algo parecido. Tengo miedo.

Me levanto de la cama y me visto poco a poco. No me he dado prisa para llegar a algún lugar en los últimos años y no voy a volver a hacerlo ahora.

Al ir al baño miro como mi orina cae y va volviendo poco a poco de color rojo el fondo del retrete. El color rojo de la sangre se ve diluido al mezclarse con el agua y con la orina, pero la sangre seguirá estando allí.

Creo que me estoy pudriendo por dentro.

Estoy convencido. Tiene que ser un cáncer, seguro que es un cáncer, o algo peor. Seguro que es algo peor que un cáncer. ¿Cómo no va a serlo? Lo raro sería que no lo fuera.

No he vuelto a ver a Victoria desde el día del bar.

No la he llamado. Ella a mí tampoco. Soy un mal tipo. No he hecho más que darle disgustos y hacerla sufrir. Me merezco lo que me pase.

Es medio día.

Bajo al bar de la esquina y como algo. No se cómo me atrevo a probar sus calamares con tomate, pero me atrevo. No están malos... comparado con las cosas que me ha dado de comer otras veces.

Antes de ir al médico hago de tripas corazón y voy a ver a Victoria.

No se cómo me atrevo a ir a verla. Creo que esta vez no va a perdonarme.

Entro en su bar.

Ella me mira y no me saluda.

Yo la saludo.

Ella no me responde. Me disculpo con ella lo mejor que puedo. Casi le suplico que me perdone.

Me dice que si quiero que me perdone tendré que cambiar.

Le digo que lo intentaré, por ella.

Ella acepta mi palabra con desconfianza.

Yo me despido porque tengo que ir a ver al doctor.

Tengo que ir a ver el doctor y tengo miedo. Espero que Victoria cuide de mí en mi lecho de muerte, pero lo dudo.

No se lo reprocho, siempre la he tratado como escoria, pero ella me ha perdonado.



Ella es demasiado buena, yo soy un gusano.

Es curioso ver cómo empieza a causarte remordimientos todos los errores que has cometido a lo largo de tu vida cuando ves que estás a punto de morir. Hace una semana todo me la sudaba. Ahora no. Ahora todo lo que he hecho me parece importante, sea para bien o para mal.

El doctor me mira desde el otro lado de su escritorio.

Es como estar ante un pelotón de fusilamiento, sólo que en vez de fusiles, tienen cables, sondas tubos y jeringuillas.

Me veo a mí mismo entubado, intentando hablar sin poder y haciendo un terrible esfuerzo por respirar.

"No tienes nada grave".

Las palabras de mi amigo el doctor me desconciertan en un principio.

No tengo nada grave. Es un problema de los riñones. No tengo nada grave.

Tengo que dejar el alcohol o se convertirá en algo grave.

No sé cómo voy a dejar el alcohol. No tengo fuerza de voluntad.

Si estuviera sobrio tendría que hacer frente a la realidad.

Sin trabajo, sin dinero, sin dignidad.

Pero lo intentaré.

Le prometo que haré lo que pueda. Le doy las gracias.

Él me dice que es mi vida, pero que si de verdad quiero vivir más, tendré que cuidarme.

Intento concienciarme de qué es lo que tengo que hacer.

No puedo dejar la bebida. Es lo único por lo que me merece la pena vivir.

Me dice que si no dejo la bebida lo más probable es que no viva mucho más.

Me ha convencido.

Ahora lo difícil va a ser hacerle caso.

No puedo dejar la bebida. Tendría que hacer frente a mi vida. Y no es algo que me haga mucha ilusión teniendo en cuenta lo que hay.

Le pregunto si no hay otra posibilidad.

Me dice que si no dejo la bebida mi cuerpo sólo podrá ir a peor.

Que aún no tiene las pruebas, pero que si no me propongo llevar una vida sana no duraré mucho.

Teniendo en cuenta que mi vida es una mierda no parece muy normal que me preocupara por una muerte inminente, pero temo la muerte.

Temo lo que pueda venir después. Así que me preocupo.

Dejar la bebida o, probablemente una muerte agónica. Las dos elecciones me resultan terribles.

Aún más deprimido salgo del médico.

Me siento en un banco de una plaza a ver pasar el tiempo. Tengo que hacer un esfuerzo por no ir a un bar y tomarme un chato de vino.

A mi alrededor los niños juegan, las palomas vuelan, parejas de jóvenes adolescentes disfrutan de su primer amor, los ancianos pasean bajo el sol de la tarde. Son más de las seis.

No puedo soportar ver las vidas felices de todas estas personas. Quizá no sean felices, quizá sus existencias se desmoronen también como la mía, pero me revienta que parezcan felices.

Me revienta porque a lo largo de mi vida apenas he podido ser feliz.

Durante un tiempo, quizá, pero viendo cómo he acabado llego a la conclusión de que lo único que hice durante ese tiempo fue engañarme de forma estúpida a mi mismo y negarme a ver lo que me rodeaba.

No, no soy feliz, soy un desgraciado, soy escoria, soy un perdedor. Quizá en algún momento de mi vida pude ser feliz, pero ese tren se me escapó.

Eso queda ya fuera de mis posibilidades.

Al final no puedo soportarlo más, me levanto y me acerco a un bar. Pido un baso de coñac y me sumo en mi propio patetismo.

Vuelvo paseando después de tomarme un par de lingotazos más. Mi vida es una mierda, pero ahora mismo me la suda bastante.

Llego a la puerta de mi habitación y encuentro a la dueña de este tugurio. Me dice que mañana me quiere fuera, que no le he pagado en los últimos tres meses. Yo le contesto que es verdad, y que no pensaba hacerlo, que estaba comprobando cuanto tiempo podía vivir allí gratis antes de que me echara. Me manda a la mierda. Le doy las gracias y le digo que a la mañana siguiente me llevaré todas mis cosas.

Lo acepta con cierto jolgorio y, al tiempo, con la resignación de la que sabe que no va a cobrar.

Entro a mi habitación y me siento a los pies de la cama. Necesito un lugar donde vivir.

Estoy preocupado. No me encuentro muy bien. Tengo el estómago revuelto.

Reprimo un eructo para no vomitar en todas direcciones. Al final las ganas de vomitar se pasan, pero la desagradable sensación del estómago sigue allí.

No quiero hacerlo, pero lo hago. Llamo a Victoria y le digo que no tengo donde vivir. Ella me dice que puedo ir a vivir con ella. Yo se lo agradezco. Ella me dice que tengo que dejar la bebida si quiero vivir con ella. Yo le prometo que haré lo que pueda si ella me apoya. Ella jura que me apoyará en todo lo que esté en su mano. Yo se lo agradezco.

Cuelgo.

Por la mañana llevaré mis cosas a su casa. Tendré que adaptarme a mi nueva vida. Sin alcohol y viviendo con una atractiva mujer. No me hago una idea de cómo puede ser, pero está claro que no puede ser peor a la alternativa.

\*\*\*\*\*

Es de día. Me levanto de la cama y ella no está. Toco las sábanas donde reposó su cuerpo junto a mí no hace demasiado tiempo y empiezo a reconocer lo que es la felicidad.

Ha pasado casi un mes desde que estoy viviendo con Victoria. Estos días han sido los mejores de estos últimos años.

Llevo casi tres semanas sin probar el alcohol. Al principio me daba miedo estar sobrio. Incluso me dolía.

Ahora sigue siendo una extraña sensación. Pero ya no es tan desagradable.

Me levanto de la cama. Desayuno comida de verdad. Bebo un café. Tomo unas tostadas con mermelada. El café con mucho azúcar. La mermelada baja en calorías. Tengo puesta la televisión, pero no le presto atención. En mi cuchitril no había televisión. Es un gozo oír voces a estas horas en tu casa. Te sientes menos sólo.

Me doy una larga ducha. Es increíble lo fácil que se acostumbra uno a las cosas buenas de la vida. Como un buen desayuno o una ducha de agua caliente en un lugar en el que sabes que no te devorarán vivo las cucarachas si entras. O a Victoria. Creo que me estoy enamorando de ella de verdad. Y eso que yo era un gusano sin sentimientos.

Estoy cambiando. Para bien. Ahora ya no aborrezco mi vida. Empiezo a entrever esa cosa de la que todos hablan que es la felicidad.

Llaman por teléfono. Contesto. Hablo largo y tendido con el hombre que se encuentra al otro lado. Cuelgo. Tengo trabajo. No lo puedo creer. Me embarga la felicidad al pensar que puedo servir para algo. Salto de alegría.

Es un trabajo en el matadero, pero para mí es cómo si fuera el mejor trabajo del mundo. Siempre fui un completo inútil. Escoria. Un gusano. Un perdedor. Ahora veo que puedo salir de ese foso y ser una persona normal. Y que puedo vivir con dignidad.

Sé que puedo ser feliz. Casi puedo palpar la felicidad.

Vuelve Victoria. Tengo una gran noticia para ella. Tengo trabajo. Los dos nos alegramos.

Ella trae una gran noticia para mí. Voy a ser padre. No sabía cómo me tomaría esa noticia, pero en mi vida me he sentido tan feliz.

Quiero tener un hijo. Tener un trabajo. Quiero casarme con Victoria. Quiero vivir en una bonita casa. No quiero volver a probar el alcohol. Quiero envejecer con dignidad. Quiero que la gente no me desprecie al pasar por su lado. Quiero ser feliz.

Beso a Victoria con pasión y le digo que ahora vuelvo. Esto merece una celebración. Voy a comprar una tarta, o unos pasteles. Algo para celebrar este maravilloso día.

Voy hacia la tienda.

El conductor estaba borracho.

Antes de darme cuenta mi cuerpo sin vida yace en el suelo.

Lo último que ven mis ojos es un charco de sangre, de mi sangre, que fluye como mis esperanzas perdidas.

Y es cuando me doy cuenta de la terrible realidad, de que era una antítesis que un individuo como yo pudiera ser feliz. La felicidad está prohibida.

Ahora comprendo que no podré tener eso que ya casi podía saborear.

No dejo de pensar en lo que tendrá que sufrir Victoria para sacar adelante ella sola al bebé. Quiero llorar. Quiero gritar. Pero no puedo. Estoy muerto.



# OLIVETTI BLUES

Pablo Escuder Abenza

Ilustración: Daniel Martí Pulido

Gaspar Olivetti encendía los cigarrillos con una mano mientras se rascaba la barbilla con la otra. Era la hora de escribir. Su máquina no era su fácil tocaya, sino una prehistórica Underwood. Cada mañana tomaba café y repetía la ceremonia completa. Se escondía del mundo durante dos o tres horas y escribía. Su objetivo diario eran dos páginas buenas; otro escritor de su generación llevaba el mismo ritmo y le funcionaba muy bien. Algunos días lograba tres y no sabía si sentirse mal.

Tenía sesenta y tres años y muchos fracasos aupados a la espalda. Vivía en un barrio pobre, en un piso casi clandestino en planta baja. Cerraba la ventana de su cuarto impidiendo el paso de la luz. No quería que los hijos del cannabis lo interrumpieran en su intimidad con sus gritos de novillo. Cuando no había escándalo afuera trabajaba en silencio, acompañado musicalmente por el ritmo majestuoso de su propio teclear. Si rugía la humanidad tras la ventana, colocaba algún disco en el que sonasen saxofones y se aislaba.

Gaspar Olivetti vio aquella mañana la ceniza de su cigarrillo más blanca de lo habitual. Fumaba un extraño tabaco negro francés que le vendían en el estanco de la esquina. El más fuerte y barato.

Un cáncer casi gratuito. No sabía que antes de acabar con aquel cigarrillo estaría muerto. Escribía una nueva historia sobre escritores que intentan triunfar poniendo a su vida el tesón necesario, incluso algo más.

Gaspar Olivetti tenía un nombre insuperable para escribir. Lo mejor que

le dejó su padre. A unos los padres les dejan inmensas fortunas o casas cómodas. Otros más desfavorecidos reciben de un padre palizas o una cara porcina. Su padre, al que casi no recordaba, le legó un apellido que casi lo obligaba a ser escritor. El nombre lo eligió su madre. Casaba con Olivetti.

Fue durante muchos años periodista de sucesos. Cubría con intenso ritmo narrativo lo más escabroso para un diario de la capital. El ritmo se le quedaba en los sucesos. Sus novelas, o abortos de novela como las definió una vez un cruel colega, pecaban de lentitud y pesadez. Leer a Olivetti, tan buen periodista, es como comer una pata de elefante poco hecha.

Pese a su prestigio como periodista y lector, y su mala fama como escritor, soñaba Olivetti con que en los diarios, a su muerte, se dijera: Gaspar Olivetti, esforzado escritor. Al menos, que se dijera que fue periodista y escritor. Se conformaría con eso. Se estaba muriendo desde hacía cuatro años. No tenía mujeres ni hijos a los que dejar herencia, así que no vio la necesidad de incrementar su ritmo productivo. Escribía sus páginas buenas bien temprano y luego salía a pasear, a sentarse en los parques. Veía a las mujeres jóvenes y a los hombres que las miraban. No le gustaba leer en público, ni escribir en los cafés, a lo que otros tienen tanta afición. La lectura, y la escritura aún más, son masturbaciones. Como tales, necesitan un poco de paz e intimidad.

Las tardes las pasaba en casa escuchando música o viendo la televisión. No era muy diferente Olivetti de los demás viejos arrastrados del barrio ni del mundo. Pese a su apellido. Al acercarse el anochecer salía a algún bar y charlaba amistosamente con cualquier conocido, de nada importante. Todos le recordaban lo buenas que eran sus crónicas de asesinatos. Parecía que la sangre iba a chorrear del periódico cuando Gaspar Olivetti así lo pretendía.

Aquel joven que encontró tirado en el parque bien podía tener el sida. La mayoría de los heroinómanos no se preocupan demasiado por su salud. Lo mismo les da morir de sobredosis que de debilidad. La muerte es igual para Superman que para un niño de cristal. Fin. El consumo de caballo estaba resurgiendo en los últimos tiempos entre jóvenes abúlicos e impresionables. Aquel chico caído en medio de un parque parecía uno de ellos. Joven, alto, no especialmente demacrado. No eran como los de antes, esta nueva generación había tenido una madre que les daba postre a diario durante la infancia.

Cuando el sida empezó, él era un periodista relativamente joven. Un atractivo sinvergüenza que entraba en la madurez y se suponía que acabaría casado con alguna poetisa o pintora. Recordaba siempre cómo todos pensaron que no iba con ellos. Era la enfermedad de los maricones. Los más conservadores celebraron que Dios por fin se opusiera bien claramente a tanta inversión. Él consideraba que simplemente les fastidiaba la diversión a los otros. Tardaron todos demasiado en ver que el sida era algo común, bien repartido. Un compañero de espectáculos, crítico de música, fue el primer caído que él conoció. Era homosexual y muy promiscuo. Después pasó lo del jugador de baloncesto y todos empezaron a tener miedo y usar condón.

Gaspar Olivetti tenía la mano del periodismo contaminada por tanta crónica

sensacionalista sobre muertes brutales entre parejas no menos brutales. En los periódicos dejó de estar bien visto ese amarillismo tan propio de él y lo echaron. No le permitieron la reconversión. Malamente prejubilado con cincuenta, se quedó en casa a escribir y estirar la pensión todo lo posible.

Seguía yendo con putas de vez en cuando. No era como a los treinta, cuando las contrataba semanalmente, pero aún llamaba a alguna. Se ponía un condón y traspasaba las puertas de la gloria. Todo escritor que se precie se debe acostar, al menos de vez en cuando, con putas. Que cobren o no es lo de menos. Gaspar Olivetti había tenido durante su vida grandes amigas putas. Las putas, olvidado su trabajo, no dejan de ser mujeres. Vivió durante años con una. Después del despido. Nunca lo quiso reconocer, pero estuvo bien enamorado de ella.

En el periódico los instaron a hacerse las pruebas cuando se supo que también atacaba a los heteros. Toda la vida con mujeres era un factor de riesgo. Los drogadictos intravenosos y los puteros fueron los segundos señalados. Dos más en el equipo de periodistas salieron marcados. Discretamente se les fue apartando de las responsabilidades y acabaron fuera de la empresa. Él se libró. Prueba negativa.

Gaspar Olivetti tenía un nombre mejor que el de Salinger o Hemingway para ser un gran escritor. Se consideraba empatado a nombre tan sólo con Scott Fitzgerald. Era el otro nombre de condenado a escritor que se le ocurría. Pero su nombre tan bueno no le confería ni un buen ritmo narrativo ni lo que llaman una voz propia. No sabía aceptarlo. Pensaba que antes o después acabaría saliendo impreso todo su talento nominal.

Olivetti tenía sesenta y tres años. Llevaba un aro dorado en la oreja izquierda y un tatuaje en uno de los tobillos. Las dos cosas se las hizo una amiga que se dedicaba a eso. También después de su jubilación forzada. En el tobillo llevaba una pequeña sirena azulada a la que nunca pensó en poner nombre antes de los últimos días, cuando algo raro sentía.

A aquel chico tirado, un policía le dio una patada a la altura del hígado. Reaccionó apenas. ¡Levanta o te mato! le gritó, pero se fue, harto de su indiferencia. Gaspar tuvo que ayudarlo al fin. Lo sentó en un banco y lo dejó allí quieto, esperando que el efecto de fealdad fuera menor. No tenía más de veinticinco, era moreno y muy alto. Al levantarlo, Olivetti vio que también era muy delgado. Llevaba unos vaqueros rotos, como tantos jóvenes del barrio, y una camiseta negra y sucia.

Algunas mañanas se acercaba a las oficinas de Proyecto Hombre y preguntaba a los asistentes si alguien lo conocía. Así de alto, les decía, señalando casi veinte centímetros sobre su cabeza, en torno a veinticinco, muy delgado, con los ojos azules. Todos los que le contestaban, también muy delgados y de ojos claros, no sabían quién podía ser. Un día una chica, que quizá aún empezaba con la heroína, porque conservaba las curvas en el cuerpo, le dijo que tal vez se tratara de Ángel. Preguntó dónde se encontraba. Encogimiento de hombros. Cualquiera sabe con ése. ¿Tiene sida? preguntó disimulando la preocupación. Idéntica respuesta: cualquiera sabe con ése.

Se le acercó aquella soleada mañana después de levantarse del banco y le tendió la mano. Le habló de mil cosas inconexas. Él conocía muy bien las charlas de los colgados y los borrachos. También su debilidad física. No los temía. Un simple empujón los apartaba de su camino. Tras media hora de cansina charla, con automáticos asentimientos de cabeza por parte de Olivetti, le pidió dinero. Él, muy digno, se lo negó. Yo te compro comida si quieres, pero no te doy dinero. Era uno de esos que siempre da esa respuesta. No quiero comida tío, quiero pillar. Por eso no te doy el dinero. Se quedó quieto, tranquilo.

Aquella fría mañana que sería la última, Gaspar Olivetti encontró ya el primer café especialmente malo. Lo achacó al agua del grifo, cada día peor, pero tan barata. El que se sirvió para escribir no mejoró su crítica al primer sorbo, y aunque no hubo más, ninguno lo habría hecho. Los jóvenes fuera alborotaban como casi todos los días. Tenían ojos de vacío mental y peinados ridículos. Vestían como en pijama y conducían motos adornadas con letreros estúpidos. Olivetti los observó de refilón mientras bajaba la persiana para enclaustrarse. Muchos días no volvía a abrirla. Puso el disco y se sentó a encontrar el ritmo definitivo para aquel cuento que se estaba volviendo tan largo, sobre un escritor muerto en casa al que nadie visitaba. Una puta contratada para los sábados, con llave propia, acaba dando con él, medio descompuesto desde el martes, casi devorado por sus propios gatos.

Invitó a aquella chica a desayunar. Os viene bien desayunar algo fuerte. Sí, concedió ella. No tenía más de veintidós. Le preguntó. Diecinueve, dijo ella. Lo sabía. Vengo por cosa de mi madre. Sólo me tiene a mí, y yo a ella. Lo suyo eran la coca y la maría. Nadie con juicio se mete caballo. Yo lo he fumado algunas veces a medias con coca, pero nunca me lo metería, y mostró los immaculados brazos. Era guapa. No la mujer más guapa de este hemisferio, pero realmente guapa. Ángel era amigo de su hermano mayor. Aunque no estaba del todo segura de que fuera Ángel al que Gaspar buscaba. Su hermano se había caído del trapecio de la existencia durante una complicada pirueta intravenosa.

Tomaron café con leche y cruasanes. Ella los rellenaba con mucha mantequilla. Le explicó cosas de su vida. Él no le hizo mucho caso. Se prostituía para pagarse los caprichos. Estoy bastante buena y no soy cara. Gaspar Olivetti hizo como que no la había oído y le explicó sus temores. Si ese Ángel tenía sida, yo también. Todavía no el sida, pero ya se desarrollará, aclaró. Hazte las pruebas, le recomendó ella. No quiero; sin las pruebas, tengo la esperanza de estar totalmente limpio. Es un escondite de la muerte sin mucho sentido. Coincidieron en que las cosas sin sentido mueven muchas veces el mundo. Ella se fue y le dejó su teléfono por si la quería ver en algún momento. Iba al Centro a que le asignaran alguna ocupación para esa semana. Salió arrastrando los pies después de decir adiós con gracia. La miró. Le salían las braguitas por encima del pantalón. Negras, anotó mentalmente, como si importara.

Aquella mañana le dolía la muñeca izquierda. No recordaba haberse golpeado. Aunque con los años, no se fiaba de su memoria. La vena se le hinchaba y deshinchaba dolorosamente. Se concedió un día de plazo. Si mañana sigue en lo mismo, voy al médico.

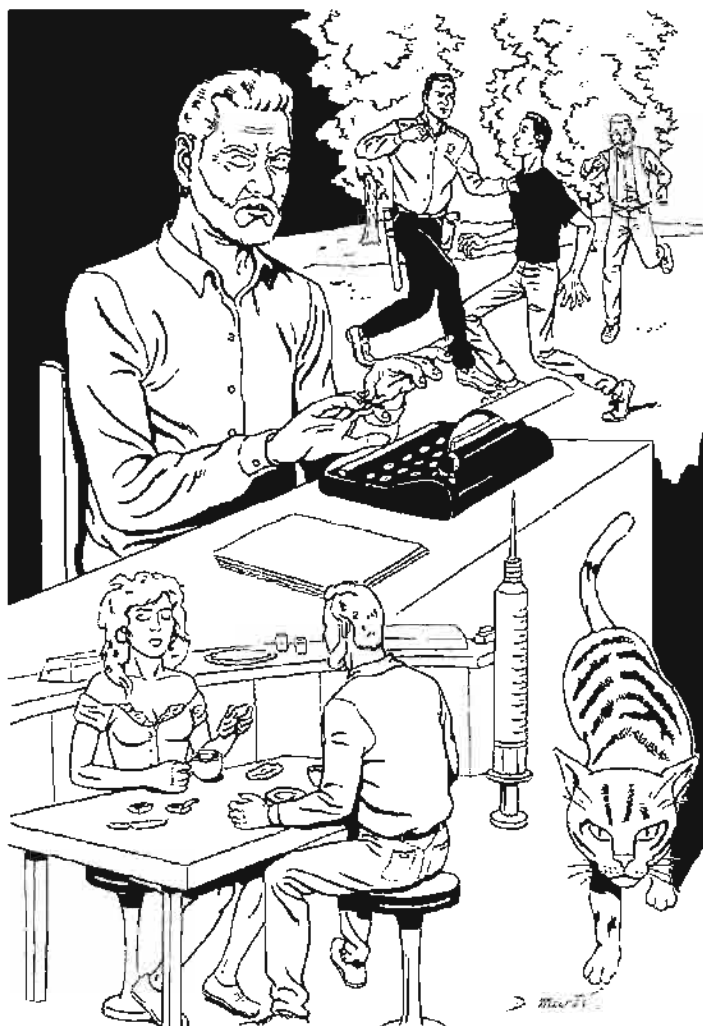


Varios días después volvió a ver al joven en el parque. Los yonquis se quedan en un parque hasta que les dan una paliza. Entonces cambian de ubicación. Allí sólo iban asustados críos y aún más temerosos viejos. Él se sentía casi un héroe con su valor para acercarse y hablarle. En cuestión de días vendrá el fuerte padre de algún crío a explicarle que no lo quiere por aquí, pensaba Gaspar Olivetti. Se había cortado los pantalones por encima de la rodilla. Pero eran los mismos del otro día. Tenía los ojos azules y brillantes.

Los barrios bajos se están llenando de gimnasios, se decía Gaspar Olivetti camino de Proyecto Hombre. Algunas mujeres lo veían con su pendiente, su barba mal rasurada, las gafas de sol tan oscuras, camino de la casa de los drogadictos, y decían: qué vergüenza, mirando al suelo, tapando casi los ojos de los niños que las acompañaban. ¿Vives por aquí cerca? le preguntó a su joven amiga. Sí. Nos hemos trasladado para que esto no me quede lejos. ¿Sigues? Por supuesto. La fiesta necesita algo de marchita, ¿o no? Le dijo que él, a sus años, tenía cara de que también le había ido mucho la marcha. Sólo la ginebra, algunos porros hace ya muchísimo. Siempre ha sido igual, pero yo estoy aquí castigada. ¿Por qué hay ahora tantos gimnasios? La policía nunca llega para protegerte. La gente quiere sentirse segura. Se fortalece y aprende cómo hacerlo. Es normal. ¿Te han violado alguna vez? le preguntó de manera estúpida. Claro que no, respondió ella con naturalidad.

No averiguaba nada del tal Ángel, que seguramente había muerto sin que a nadie le preocuparan ni él ni su historial médico. Pero estaba a gusto con la chica. Era rubia y con un cuerpo redondeado. Despierta y no muy alta. Se llamaba Irene y no follaba mal. Con él lo hacía gratis, o casi. Sólo te pido algún que otro desayuno bien completo. Él se lo daba encantado, pese a su maltrecha economía doméstica. Le enseñó sus libros editados y algunas crónicas del periódico para que creyera que realmente era, o fue, un escritor. Podrías escribir alguna cosa sobre mí, decía ella. A él no le parecía mala idea. Pero cámbiame el nombre. Llámame Helena o algo así. ¿Te habría gustado llamarte Helena? No, pero no quiero que digas que soy una puta joven y enganchada a casi todo que se ha enamorado de un viejo.

El joven heroinómano tenía los ojos azules y brillantes. Un azul que parecía haber perdido intensidad, como si fuera una camisa descolorida en vez de un iris. Los adictos son los tuberculosos del nuevo tiempo. Tienen esa belleza apagada por el transcurrir de la vida y el abuso intenso de la droga. Si existe el demonio debe ser similar, muy bello pero muy malo. Tienen esa mirada de malditos desde el nacimiento. Intentan que todos los habitantes se sientan un poco culpables de ellos, como si jamás hubiesen elegido solos ese camino. Por debajo de los pantalones cortados le asomaban dos piernas raquílicas y muy blancas. Es para ponerme moreno, le dijo a Olivetti. Estaba comiendo un paquete de donuts. Siempre van comiendo dulces recargados. Dame dinero, le dijo. No, rechazó otra vez. Sacó una navaja poco afilada. Te rajo, amenazó. Y me rajo, continuó, tengo el sida. Se levantó y se fue hacia fuera del parque, tranquilo, como si no temiera. Vino por detrás e intentó pincharle. Lo golpeó. Acabaron



enarzados a puñetazos. Lo dejó tirado en el suelo cuando se negó repetidamente a levantarse y seguirlo. Se sacudió el polvo de la ropa y se fue.

Entre semana tengo que trabajar para ganar dinero, le explicó. No te pongas celoso, cariño, bromeó. No era celoso, y sabía que no podía mantenerla y pedirle que se retirara. Los hombres de hoy aman la ropa interior de cuero, le dijo como explicación cuando él preguntó por qué llevaba esas minúsculas bragas de cuero negro. Les pone, no lo entiendo. Se encogió de hombros. Él tampoco lo entendía del todo, aunque sobre su cuerpo quedaban bien. Le dio una llave. Para que vendas siempre que puedas. Ella se la guardó en el pequeño bolso.

Un amigo del periódico le dijo que no se preocupara. Pero que se hiciera las pruebas para quedarse totalmente tranquilo. Suelen amenazar siempre con

eso. Dicen que tienen el sida para evitar que nadie les pegue. Me corté en una mano. Y él tenía sangre por toda la cara, le explicó Gaspar Olivetti a su colega, hubo intercambio. Son faroles que se tiran para que les entregues el dinero sin rechistar, no te preocupes. Pero hazte las pruebas. Gaspar Olivetti tenía entonces cincuenta y nueve, y estaba siempre muy solo.

Fue un ataque al corazón. En la máquina se había quedado enrollado el folio casi blanco. Sólo alterada su limpieza casi mística por la palabra Helena. El periódico en el que había trabajado tanto tiempo fue el único en recordarlo en una modesta esquela, después de que los bomberos lo encontraran, avisados por la vecina de arriba. Gaspar Olivetti, antiguo colaborador de este diario, decía, de sesenta y tres años.

Irene llegó y lo encontró en el suelo, tres días tarde. El cigarrillo francés, mediado, se apagó milagrosamente evitando el incendio. Las ratas y los gatos del barrio compartían lo que aún quedaba de festín en su cuello y en los muslos. En una escena que Olivetti nunca se habría atrevido a escribir, ella le quitó el reloj de la muñeca, el equipo de música portátil, lo que encontró en efectivo y las tarjetas. Y salió, sin avisar a nadie de lo que había pasado.

— |

| —

— |

| —





## **Certamen literario para el alumnado "Ana Mª Aparicio Pardo" - Relatos premiados 2002 - 2006**

El Certamen Literario "Ana María Aparicio Pardo", nace en Torre Pacheco, en el IES "Gerardo Molina". Comenzó a organizarse de forma tímida y humilde, sin muchas ambiciones; pretendíamos que fuese dirigido a alumnos y alumnas de Enseñanza Secundaria de la Región, pero... acabamos, ya en la primera edición, por circunstancias favorables que se nos presentaron, y mucho atrevimiento, abarcando un ámbito, no solo regional, sino estatal, y además, abriéndolo también a la Enseñanza Universitaria de toda España.

Aquí encontrarás los cuentos ganadores de las cinco primeras ediciones; cada una de ellas la componen tres modalidades, a excepción de la primera, que son sólo dos; establecidas éstas por edades, cada una a su vez con tres premios. En estos cuentos encontrarás los más variados estilos y las más diversas temáticas (violencia de género, amores y desamores, misterio, emigración ilegal, aventuras, explotación laboral, fantasía...), todas escritas con la sensibilidad, ternura y generosidad no viciadas de la edad juvenil, y la profundidad y madurez de las personas adultas.

